

Benjamin Black

Las sombras de Quirke



Lectulandia

Incapaz de guardar reposo pese a sus alucinaciones y desvanecimientos, Quirke regresa al trabajo en la morgue de Dublín. Es a él a quien llaman cuando aparece un cuerpo en el interior de un coche calcinado: todo apunta al suicidio de un funcionario advenedizo, pero Quirke no puede quitarse de la cabeza la sospecha de que algo no encaja. La única testigo se ha esfumado, han borrado todo rastro de ella.

Al reunir las piezas de su desaparición, el patólogo se ve atraído hacia las sombras del universo de las élites dublínas: sociedades secretas y política eclesiástica de altos vuelos, políticos corruptos y hombres con mucho dinero que perder. Mientras la psicoanalista austriaca Evelyn Blake entra en su vida y en su corazón, la pista acaba por llevar a Quirke hacia su propia familia, y pasado y presente entran en colisión. Los crímenes de antaño han de permanecer ocultos, y Quirke ha agitado la telaraña.

Lectulandia

Benjamin Black

Las sombras de Quirke

Dr. Quirke - 07

ePub r1.0

Titivillus 25.02.17

Título original: *Even the Dead*
Benjamin Black, 2015
Traducción: Nuria Barrios

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Una espléndida mañana de mediados de junio, David Sinclair tuvo la intuición de que ejercía la profesión equivocada. Tenía treinta y cuatro años y, tras ocho dedicados a formarse, era candidato al puesto de director del departamento de Patología del hospital de la Sagrada Familia en sustitución de su jefe, Quirke, ausente por una baja por enfermedad que le habían prorrogado y que, si había justicia, sería permanente. Durante aquellos ocho años, no había cesado de preguntarse, o eso le parecía, si realmente deseaba ser patólogo. Tampoco recordaba haber decidido cuando estaba en el colegio que dedicaría su vida a aquello: hacer incisiones en el vientre de los cadáveres, cortarles las costillas y serrarles el esternón, con la nariz impregnada de sus horribles olores, las manos pegajosas de sangre coagulada. ¿Qué era lo que solía decir Quirke? «Abajo, entre los muertos». ¿Era allí donde de verdad quería pasar su vida?

El laboratorio de Patología era una cueva sin ventanas situada en el sótano. Hileras de luces fluorescentes en el techo emitían un débil zumbido incesante, que aquel día le estaba perforando las sienes. Sabía que afuera brillaba el sol. Chicas con vestidos de verano paseaban junto al río, los cisnes nadaban en el agua y las banderas ondeaban en la brisa cálida. En Grafton Street, un delicioso aroma a granos de café tostados escaparía por la puerta abierta del Café Oriental Bewley, los chavales que vendían periódicos estarían voceando los últimos titulares, y se escucharía el sonido de los cascos de los caballos sobre los adoquines y los gritos de las vendedoras en los puestos de flores. Verano. Multitud. Vida.

El cuerpo sobre la mesa de autopsias era de un joven de poco más de veinte años, de constitución delgada. Estaba terriblemente quemado y olía a gasolina y a carne chamuscada. En Phoenix Park, con la primera luz de la mañana, habían sido precisos tres miembros del cuerpo de bomberos para sacarle con cuidado del amasijo de hierros aún humeantes de su coche, un Wolseley que se había salido de la carretera que atravesaba el parque, había chocado contra un árbol y estallado en llamas. Un ciclista aficionado que se había despertado temprano para pedalear en su bicicleta de carreras se topó con la escena; para entonces el fuego se había extinguido, pero una densa columna de humo negro aún escapaba del capó abierto del coche.

Un suicidio, según el agente de la Garda^[1] que acompañó a los hombres de la ambulancia. El año anterior se habían producido tres casos similares de jóvenes desesperados que deliberadamente estrellaron sus coches a gran velocidad contra obstáculos de gran dureza; eran tiempos difíciles para la juventud, con el desempleo creciendo a un ritmo preocupante. El propio policía era joven, apenas debía de tener veinte años, y se le veía sobrecogido a pesar de su aire displicente. Sinclair sospechó que era el primer caso que le habían asignado con un muerto o por lo menos con un cadáver en aquel estado: abrasado, con la ropa reducida a cenizas salvo algunos

jirones ennegrecidos, la carne crujiente como beicon frito, los ojos fuera de las cuencas.

—¿Alguna identificación? —había preguntado Sinclair.

El agente se había encogido de hombros y se había echado hacia atrás la gorra con la brillante visera negra. Tenía el cabello claro, las pestañas rubias.

—Nos hemos puesto en contacto con el ayuntamiento para comprobar la matrícula —parecía incapaz de apartar la mirada de la entepierna del muerto y de la cosa negra y arrugada que había allí, como un pequeño dedo doblado—. Pobre desgraciado. Espero que estuviera inconsciente cuando empezó el fuego.

—Sí —había dicho Sinclair.

Ya habían pasado dos horas desde entonces y hacía tiempo que el policía se había ido. Con el ceño fruncido, Sinclair observaba la apergaminada y ennegrecida calavera y la profunda contusión sobre la sien izquierda.

Inconsciente. ¿De verdad?

Los árboles de Ailesbury Road parecían palpar bajo la luz del sol, grandes copas bulbosas de hojas titilando en la neblina grisácea de la calima. Quirke miraba la calle desde una esquina de la alta ventana de guillotina. Desde hacía un tiempo su cerebro se detenía a veces con un seco chasquido, igual que una locomotora de vapor que frenara durante la noche en medio de la nada. Sabía que era imposible no pensar, que la mente estaba activa incluso durante el sueño, por profundo que este fuese, pero al final de aquellos episodios en blanco, cuando la pobre y vieja maquinaria se ponía en marcha de nuevo, él intentaba regresar a tientas al oscuro lugar donde se había detenido para descubrir qué había pasado allí, a menudo con muy poco éxito.

Philbin, el especialista del cerebro, le había dicho que los últimos lapsos tal vez fuesen fruto de la inactividad y de un estado de agitación general combinados con la tensión nerviosa. En otras palabras, pensó Quirke, me siento bajo presión y estoy aburrido... Y para diagnosticar eso se necesita a un especialista. Perfecto.

Durante meses había sufrido alucinaciones y lo que Philbin denominaría más tarde crisis de ausencia, hasta que al fin se dio por vencido y decidió ir al médico para ver si podía hacerse algo al respecto. Para entonces estaba seguro de que tenía un tumor cerebral, pero Philbin le mostró las radiografías y estaban limpias. Su hipótesis era que existía una lesión en el lóbulo temporal, de ahí las lagunas mentales y los delirios ocasionales. Se trataba probablemente de una vieja cicatriz, dijo Philbin; tan vieja, suponía Quirke, como la leve cojera que arrastraba desde la seria paliza que le dieron un par de matones a sueldo una húmeda noche de invierno de hacía años. Así regresa el pasado para acosarnos.

—Descansa —le había dicho Philbin, asintiendo juiciosamente—. Tan solo descansa, intenta relajarte, mantente alejado de los problemas y te encontrarás fresco como una rosa.

Philbin tenía una cabeza larga y estrecha, cuya parte superior dibujaba una curva brillante y algo aplanada, como la corteza de una hogaza. Estaba calvo, excepto por una franja de cabello de un negro sospechoso —¿se lo teñía?— en la parte posterior del cráneo. Cuando inclinaba la cabeza, un pequeño rombo de luz plateada se deslizaba sobre la lisa y pálida bóveda, dibujando una tenue estrella fugaz. Aunque Quirke y él fueron compañeros de universidad, nunca habían sido amigos. Quirke no valoraba demasiado la amistad, ni siquiera en su juventud.

—¿Y mi trabajo? —había preguntado Quirke—. ¿Cuándo podré incorporarme?

Philbin había comenzado a jugar con los papeles sobre la mesa. Su mirada se volvió vaga.

—Ya veremos. De momento, tómatelo con calma, como te he dicho, y permanece sobrio.

Quirke había hecho caso: se lo había tomado con calma, había descansado y solo había bebido vino, y solo en la cena. Tenía pastillas para dormir y otras pastillas para no alterarse cuando estaba despierto. Y así los días pasaban despacio y cada uno era prácticamente idéntico a los demás. Se sentía como un Robinson Crusoe que hubiese envejecido en la isla.

Mal, su hermano adoptivo, y la esposa de Mal, Rose, habían insistido en que se quedara con ellos un tiempo para recuperarse, y él, aun sin estar del todo seguro, había aceptado. No se veía a sí mismo como un convaleciente, pero sabía que no se encontraba bien. Su humor variaba como un péndulo defectuoso: tan pronto estaba hundido en el más profundo abatimiento como, al instante siguiente, bullía de impaciencia por regresar al mundo, por volver a su vida. No obstante, cuando pensaba en el hospital donde los últimos veinte años había trabajado en una habitación mal ventilada en el sótano, se le encogía el corazón.

Si no regresaba, ¿qué haría? Incluso desde aquella distancia podía oír cómo su ayudante, Sinclair, se frotaba las manos ante la perspectiva de ocupar su silla.

Aunque no lo mostrara, apreciaba a Sinclair, pero de ninguna manera iba a permitir que se quedara con su puesto. No, esperaría el momento adecuado y cuando llegara el día tomaría un taxi al hospital de la Sagrada Familia y descendería al laboratorio por las anchas escaleras de mármol. Colgaría su sombrero del perchero, se sentaría en su silla, colocaría los pies sobre la mesa y pondría a su ayudante en su sitio sin miramientos.

Escuchó abrirse la puerta a su espalda. No se movió. Por los pasos sabía quién era.

—Pareces un hombre a punto de saltar desde el alféizar —dijo Rose.

Quirke se dio la vuelta. Rose ya no era joven, pero aún era una mujer atractiva: delgada, elegante, erguida, con una sonrisa serena y una mirada burlona. Se habían acostado en una ocasión, solo una, hacía mucho tiempo. Ahora ella estaba casada con Mal. A Quirke todavía le parecían una pareja insólita, pero a Quirke todas las parejas le parecían insólitas.

Rose se aproximó y se quedó a su lado, en la otra esquina de la ventana, y juntos observaron la ancha calle soleada.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó ella con su lánguido deje; ese porte suyo de belleza sureña nunca envejecería. Quirke movió la cabeza de un lado a otro. Rose lo miró con el ceño fruncido—: Sales muy poco, ¿nunca sientes claustrofobia?

—Todo el rato, especialmente cuando estoy fuera.

—Cómo eres —repuso ella, y se rio.

Cruzó la habitación hacia la chimenea y sacó un cigarrillo de una caja dorada que había sobre la repisa. Quirke la observaba. Siempre le había intrigado cómo sería su vida con Mal, y desde que vivía con ellos su curiosidad había aumentado. Cuando marido y mujer estaban juntos, por ejemplo durante la comida o sentados en el salón al atardecer, hablaban con lo que a Quirke le parecían banales frases hechas, como si no tuvieran nada que decirse. Otorgándoles el beneficio de la duda, pensó que tal vez era un efecto de la atmósfera anquilosada de la casa, que había sido una embajada antes de que Mal y Rose la compraran. Y además estaba su propia presencia, que sin duda los cohibía. Quizá cuando se quedaban solos se comportaban de una forma absolutamente distinta, con una intimidad que a Quirke le resultaba difícil figurarse. Intentaba no especular sobre lo que hacían en la cama: Mal y Rose abrazándose, desnudos y sudorosos, dejándose llevar por la pasión... No, no podía imaginárselo, simplemente no podía. La idea era demasiado extraña, demasiado triste y también muy divertida.

—¿Cómo te encuentras hoy? —inquirió Rose. Se lo preguntaba todos los días—. Veo que ya no pasas la mitad de la mañana con esa bata horrible.

—¿Horrible? Siempre he pensado que me daba cierto aire a Noël Coward.

—No, Quirke, me temo que no. Más bien te da cierto aire a un viejo alcohólico en dique seco o, como decís aquí, haciendo una cura.

Rose no se mordía la lengua.

—La bebida no es el problema en esta ocasión —dijo Quirke—. En esta ocasión me han dicho que estoy enfermo.

—Tú no estás enfermo. La gente como nosotros no se toma la molestia de enfermar, Quirke.

Él giró el rostro de nuevo hacia la ventana, hacia la calle. Rose se quedó mirándolo con cariñoso escepticismo.

—Venga, dime la verdad: ¿cómo te encuentras? —le preguntó, con un brazo doblado sobre el pecho, mientras que con la otra mano sujetaba el cigarrillo.

—La verdad es que no lo sé. Tengo la sensación de que la mitad del tiempo mi cerebro está muerto.

—¿Y la otra mitad?

Él permaneció en silencio unos instantes, sacó sus propios cigarrillos y encendió uno.

—Me cuesta sentirme vivo. Me siento paralizado, como si algo dentro de mí se

hubiese apagado.

—El médico dijo que te pondrías bien, ¿no es cierto?

—Para serte sincero, no creo que el problema sea la lesión en mi cerebro, no creo que sea eso. Algo me ha sucedido, algo ha... desaparecido.

—Tal vez deberías irte a algún sitio, tomarte unas vacaciones.

Él la miró.

—Rose, ¡por favor!

Ofendida, ella inhaló una furibunda calada de su cigarrillo, alzó la barbilla y expulsó una delgada y veloz columna de humo hacia el techo.

—Eres imposible, Quirke, ¿lo sabías?

—¿A *ti* te parezco imposible? Imagina cómo es para mí, que no puedo escapar de mí mismo.

Rose golpeó el suelo con el pie, clavando el tacón en la alfombra persa.

—Me sacas de quicio —dijo—. A veces me dan ganas de zarandearte.

—Lo siento, solo era una broma.

—¿Bromear, tú? Por favor, ni te molestes.

Él esbozó una pequeña reverencia, concediéndole ese punto.

—No debería haber dejado que me convencieseis para quedarme aquí con vosotros. Sabía que no funcionaría... Aunque vuestra invitación fue muy amable, desde luego —añadió, y en su tono había una afilada ironía.

—¿Por qué aceptaste entonces?

—Porque fuiste tú quien me lo pidió.

Ambos desviaron la vista y permanecieron en silencio. Lo que existió entre ellos en otro tiempo se agitó y centelleó como un pez en un estanque profundo y umbrío.

Rose se sentó en el brazo de una butaca tapizada en brocado y colocó el cenicero en equilibrio sobre su rodilla.

—Mal está en el jardín, jugando a ser jardinero. ¿Has visto su nuevo sombrero para el sol? Le da un aire entre jornalero y lámpara —hizo una pausa, mientras miraba alrededor con irritada impaciencia—. Tal vez soy yo quien debería tomarse unas vacaciones. Cojamos el coche, Quirke, solo nosotros, tú y yo, y vayamos a... no sé. Montecarlo. Marrakech. Tombuctú —hizo una nueva pausa—. ¿Nunca te hartas de esta ciudad de mala muerte? ¿De este país de mala muerte?

Él se rio y una nube de humo de su cigarrillo lo envolvió.

—Continuamente.

—Entonces ¿por qué te quedas?

—No lo sé. Mi vida, tal como ha sido, ha transcurrido aquí.

—Dios santo, Quirke, ¿siempre tienes que hablar en pasado, como si ya todo hubiese sucedido y terminado?

—O como si nunca hubiese empezado.

Ella entrecerró los ojos. En la boquilla de su cigarrillo había una mancha de carmín.

—¿Qué harías si ahora mismo me acercara a ti y te dijera que me besaras? —él volvió la cabeza despacio y la miró—. ¿Y? —preguntó ella con un airado estremecimiento.

Él desvió la vista de nuevo hacia la calle.

—La última vez que estuve en el San Juan de la Cruz *en dique seco* había un tipo a quien su esposa acudía a visitar todos los días... Todos, sin excepción. Él no era joven, tendría mi edad. Ella tampoco era joven, no muy atractiva, un poco desaliñada, ya imaginas el tipo. Formaban una pareja corriente. Pero cada vez que ella entraba en la cafetería, que era donde nos encontrábamos con nuestros visitantes, lo primero que hacía siempre era sujetar la cara de él entre las manos y besarle en la boca apasionadamente, como si fuesen una pareja de jóvenes amantes y llevasen semanas sin verse ni acariciarse.

Quirke se aproximó a Rose y aplastó la colilla en el cenicero que había sobre el brazo de la butaca donde estaba sentada.

—Bonita historia —dijo Rose, alzando la vista hacia él. Su voz ya no sonaba irritada, sino melancólica.

—Lo más extraño era el impacto que nos causaba a los demás.

—¿Cómo era?

—Nos sentíamos un poco incómodos y guasones y desdeñosos..., ese tipo de cosas, ya te puedes imaginar. Pero lo que sentíamos con mayor intensidad era tristeza. Simplemente eso, tristeza. Eso no habría pasado de hecho si ellos hubiesen sido jóvenes y guapos... Imagino que entonces habríamos estado celosos. Pero no, nos sentíamos tristes —de pie junto a la chimenea, Quirke hablaba con los ojos fijos en la alfombra y las manos en los bolsillos—. Creo que lo que veíamos en ellos, en aquella pareja de cuarentones que estaban allí besándose, era el reconocimiento de lo que nosotros habíamos perdido o que nunca habíamos tenido... Todas las posibilidades de la vida que habían pasado de largo, que nosotros habíamos dejado pasar sin ni siquiera extender una mano para detenerlas, para aferrarlas. No me malinterpretes, esa tristeza no era un sentimiento lacerante. Era como... como uno de esos jirones de bruma que te atraviesan en un día caluroso, provocándote un escalofrío y dejándote con una sensación de frío que antes no tenías —calló durante un instante—. Lo siento, ¿estoy siendo melodramático? A veces me oigo hablar y tengo la sensación de que es otra persona quien dice estas cosas. Tal vez se me *está* derritiendo el cerebro.

Inquieto y contrariado, frunció el ceño. Rose se levantó de la silla, se aproximó a él y puso una mano sobre su mejilla. El hombre no alzó la mirada.

—Ay, Quirke, ¿qué vamos a hacer contigo, pobre infeliz? —dijo con suavidad mientras movía la cabeza.

Sonó un golpe en la puerta. Rose no separó la mano y, acariciándole, dijo:

—Adelante.

Era Maisie, la criada, una chica huesuda y pelirroja de rostro sonrosado. Los miró sorprendida un instante, ambos muy juntos frente a la gran chimenea de mármol, y

luego su rostro mudó rápidamente en una máscara inexpresiva.

—Hay una persona que quiere ver al doctor Quirke, señora —dijo.

Rose apartó, por fin, su mano de la mejilla de Quirke.

—¿Quién es, Maisie?

Ruborizada, la chica se mordió el labio inferior.

—Lo siento, señora, olvidé preguntarlo.

—Maisie, Maisie, Maisie —repitió Rose con hastío y, cerrando los ojos, suspiró—. No sé cuántas veces te he dicho que tienes que preguntarlo siempre. Si no lo haces, no podemos saber de quién se trata y eso puede ocasionar situaciones incómodas.

—Lo siento, señora.

Rose se volvió hacia Quirke.

—¿Quieres que baje?

—No, no —repuso Quirke—, ya voy yo.

David Sinclair aguardaba de pie en el vestíbulo. Vestía unos arrugados pantalones de lino y un chaleco de *cricket* sobre una camisa blanca algo sucia. Un mechón de su cabello, muy negro y levemente ondulado, le caía sobre el ojo izquierdo. Era el novio de Phoebe, la hija de Quirke. Quirke no sabía qué comportaba ser su novio, pero hacer conjeturas al respecto le interesaba tan poco como hacer conjeturas sobre lo que sucedía en el dormitorio de Mal y Rose. Le habría gustado que Sinclair no optara a su puesto. Eso hacía que la relación entre ellos, de por sí complicada, lo fuese aún más.

—Lamento presentarme de esta manera —dijo Sinclair, aunque no aparentaba lamentarlo en absoluto—. No encontraba el número de teléfono de la casa y la operadora se negó a dármelo.

—No pasa nada —replicó Quirke—. ¿Qué sucede?

Percibió cómo Sinclair miraba detenidamente alrededor: la mesa antigua, el gran espejo dorado sobre ella, el pie de elefante atestado con un surtido de bastones, un Jack Yeats enmarcado en la pared, un pequeño y discreto cuadro abstracto de Mainie Jellett en un nicho. Quirke desconocía el medio social del que procedía Sinclair, tan solo sabía que era judío y que tenía parientes en Cork. El chaleco de *cricket*, que era un toque de abolengo, parecía un anacronismo. ¿Jugaban al *cricket* los judíos? Quizá lo llevara como una especie de guiño irónico.

—Quería pedirle consejo —dijo Sinclair. Sujetaba entre las manos un baqueteado sombrero de paja, que hacía girar por el ala—. Esta mañana temprano trajeron a un joven. Estrelló su coche contra un árbol en Phoenix Park, el coche se incendió. La policía piensa que se trata de un suicidio. El cadáver está en bastante mal estado.

—¿Le ha hecho la autopsia? —preguntó Quirke.

Sinclair asintió.

—Pero hay un golpe en el cráneo, justo aquí —se tocó con el dedo un lado de la

cabeza, sobre la oreja izquierda.

—Sí, ¿y?

—Tiene asimismo heridas muy profundas en la frente, allí donde debió de golpearse con el volante cuando el coche chocó con el árbol. Probablemente son las que lo mataron o en cualquier caso lo dejaron inconsciente. Pero esa magulladura en un lado de la cabeza... No sé.

—¿Qué es lo que no sabe? —a Quirke le satisfizo comprobar con qué facilidad y rapidez había recuperado su tono de autoridad, la brusquedad, el tenue eco de altanera impaciencia. Si has de estar al mando, debes aprender a ser actor.

—No sé cómo pudo hacerse eso en el choque —dijo Sinclair—. Quizá me equivoco.

Quirke contempló el reflejo de ambos en el espejo inclinado, o lo que alcanzaba a ver: su propio hombro y una oreja, y la acicalada parte posterior de la cabeza de Sinclair. Era extraño, pero cada vez que se miraba en un espejo creía escuchar una especie de repique musical, un lejano y leve tintineo cristalino. Se preguntó por qué sería. Parpadeó. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué había dicho él? Entonces lo recordó.

—Así que hay una contusión en el cráneo que a usted le parece sospechosa —dijo exhibiendo una brusquedad aún mayor—. ¿Piensa que ya estaba ahí antes de que el coche chocara? ¿Que es obra de alguien? ¿Que alguien le golpeó en la cabeza y le dejó inconsciente?

Sinclair arrugó la frente.

—No lo sé —dijo y frunció los labios—. Solo que... hay algo extraño. Es una sensación que tengo, probablemente no sea nada, pero...

Si creyera que no es nada, no habría venido hasta aquí para contármelo, pensó Quirke irritado.

—¿Y qué quiere que haga yo? —repuso.

Sinclair bajó la mirada hacia sus zapatos.

—Pensé que podría acercarse a echar un vistazo y decirme qué le parece.

Se hizo un silencio. Quirke sintió un pellizco de pánico, como si una llama le hubiese rozado la piel. La idea de volver al hospital después de tanto tiempo hizo que se le secase la boca. Pero ¿cómo podía negarse? Contempló a su ayudante con los ojos entrecerrados. ¿Quería el joven, en verdad, su opinión? ¿O estaba comprobando si su jefe nunca más volvería al trabajo, dejándole el camino libre para reclamar su puesto?

—De acuerdo —dijo Quirke—. ¿Tiene coche?

Sinclair asintió; no era aquella la respuesta que deseaba, decidió Quirke.

Rose Griffin apareció en el rellano que había sobre sus cabezas.

—¿Va todo bien? —preguntó, inclinándose sobre la barandilla.

—Sí —contestó Quirke con brusquedad—. Voy a salir. No tardaré.

Rose se quedó mirándolos mientras atravesaban el vestíbulo y cerraban la puerta

principal tras ellos. En los dos meses que llevaba allí, Quirke apenas había salido. Ella, que nunca había sido madre, se sintió como si acabase de ver partir a su único hijo hacia la primera etapa de un largo y peligroso viaje.

El coche de Sinclair era un Morris Minor prematuramente envejecido. Había sufrido un prolongado maltrato, ya que Sinclair era un pésimo conductor. Se sentaba al volante con el asiento tan atrás como era posible y, envarado y con los codos estirados como si manejara el coche a distancia, pisaba al azar y con gran fuerza los pedales y movía la palanca de cambios como si estuviese desatascando una tubería. A lo largo de las calles arboladas del sur de la ciudad, el coche entraba y salía de las balsas de sombra y, cada vez que emergía, la luz del sol resplandecía en el capó y centelleaba en el cristal del parabrisas.

Al aproximarse a los muelles les llegó el hedor del río; un poco más adelante sintieron la fragancia densa y empalagosa de la malta que se tostaba en la fábrica de Guinness. No habían intercambiado una sola palabra desde que dejaron Ailesbury Road; nunca tenían gran cosa que decirse. A pesar de sus recelos, Quirke sentía un respeto sincero hacia la profesionalidad de Sinclair. Desconfiaba de él, no como médico, sino como hombre, y sospechaba que aquel sentimiento era mutuo. Casi nunca hablaban de Phoebe y hasta era raro que mencionaran su nombre.

Quirke entró en el hospital con las palmas de las manos húmedas y el corazón latiéndole con fuerza. La misma sensación que solía tener al final del verano, cuando el comienzo del curso escolar estaba a la vuelta de la esquina. Reconoció el olor familiar a medicinas, a vendas, a desinfectante y a otras cosas indescriptibles. La nueva chica de recepción sonrió a Sinclair, pero a él no le prestó ninguna atención. Los pasos de ambos resonaron mientras descendían por los escalones de mármol hacia los consabidos pasillos, las paredes pintadas del color de los mocos y las losetas de caucho caramelo oscuro, que chirriaron bajo sus pies. Se alegró al notar que, a pesar del tiempo transcurrido, su despacho conservaba un tufo rancio a cigarrillos y también a él. Tocó el respaldo de la silla giratoria tras la mesa, pero se sintió cohibido ante la idea de sentarse en ella. Lanzó su sombrero al perchero, falló y el sombrero cayó junto al archivador. Sinclair lo recogió.

Una gran ventana daba a la sala de disección y a la figura cubierta sobre la mesa de autopsias.

—Muy bien —dijo Quirke, quitándose la arrugada chaqueta de lino—, vamos a echarle un vistazo.

No necesitó más de dos segundos, el tiempo de girar hacia la luz la calavera cubierta por una tensa y apergaminada piel, para comprobar que las sospechas de Sinclair estaban bien fundadas. La hendidura sobre la oreja izquierda era el resultado de un salvaje golpe intencionado. No sabía cómo lo sabía y no existía ninguna base científica para aquella conclusión; como en el caso de Sinclair, no era más que un palpito, pero confiaba en él absolutamente.

—¿Me dijo que el coche se estrelló antes de incendiarse? —preguntó.

—Chocó contra un árbol.

—Me pregunto a qué velocidad iría.

—El policía no lo mencionó. ¿Cree que pudieron golpearle en la cabeza, lo colocaron en el asiento tras el volante con una marcha puesta y a continuación soltaron el embrague para que el coche se pusiera en marcha?

Quirke no contestó, absorto en la contemplación del cuerpo retorcido y carbonizado; luego le dio la espalda. Sinclair cubrió el cadáver con la sábana de nailon. Incluso allí abajo se percibía el calor de la calle, denso como la miel. Las luces en el techo zumbaban. En la lejanía se oía la sirena de una ambulancia que se aproximaba.

—Venga, invíteme al menos a una taza de té —dijo Quirke.

Al salir, se toparon con Bolger, el celador, con su descolorida bata verde de laboratorio y un cigarrillo con medio dedo de ceniza colgándole del labio inferior. Saludó a Quirke con frialdad; nunca había existido ninguna simpatía entre ellos. La dentadura postiza y mal encajada de Bolger silbaba cuando hablaba; en invierno siempre estaba acatarrado y, en especial por la mañana, una gota de humedad relucía al final de su nariz como un diamante.

—Qué tiempo veraniego tan soberbio —dijo con su graznido de fumador, mientras intencionadamente fijaba la vista más allá del hombro izquierdo de Quirke.

Bolger robaba vendas y rollos de esparadrapo que le pasaba a un vendedor ambulante de Moore Street. Pensaba que nadie sospechaba de sus pequeños robos, pero Quirke lo sabía, aunque nunca se había tomado la molestia de informar a la enfermera jefe. Además, era probable que Bolger tuviese un hatajo de críos que alimentar. ¿Qué importancia podían tener unas cuantas cajas de gasas de vez en cuando?

En la cafetería del cuarto piso, el humo de los cigarrillos creaba una delicada nube azulada que se mecía en la luz que entraba a raudales por los tres ventanales del fondo. Una delgada cinta de vapor procedente de la gran tetera ascendía temblorosa, y olía a repollo y beicon cocido. Solo unas cuantas mesas se hallaban ocupadas; los pacientes, algunos vendados o con una cicatriz, iban en bata y zapatillas, mientras que los visitantes daban la impresión de estar bien aburridos e irritados, bien preocupados y llorosos.

Quirke se sentó en una mesa alejada del sol, en una esquina. Sinclair trajo dos gruesas tazas grises con un té de color terroso.

—Lo toma negro, ¿verdad? —dijo.

Abrió un paquete de galletas Marietta. Quirke tomó con cautela un sorbo de té: no solo era el color, también sabía a tierra. Cogió una galleta, y tan pronto la pasta seca y pardusca se desmigajó en su boca volvió a ser por un segundo un niño perdido en un pasado vacío e insondable.

—¿Qué opina entonces? —le preguntó Sinclair—. ¿Son meras figuraciones mías?

Quirke miró por la ventana hacia los tejados erizados de chimeneas y abrasados por el sol.

—Tal vez —contestó—. Supongo que no se localizó ningún arma.

—¿El famoso instrumento romo? —Sinclair lanzó una pequeña risa burlona—. Ya se lo dije, el agente que se presentó aquí estaba convencido de que se trataba de un suicidio, aunque su informe no diga nada al respecto. Es increíble la cantidad de conductores que se estrellan accidentalmente contra un árbol o contra un muro de piedra a medianoche. O que se caen al Liffey con los bolsillos llenos de piedras —prendió un cigarrillo—. Por cierto, ¿cómo se encuentra usted?

—¿Cómo me encuentro? —molesto por la pregunta, Quirke intentó ganar tiempo. Sacó su pitillera y encendió asimismo un cigarrillo—. Estoy bien. Todavía tengo jaquecas y algún que otro breve episodio en blanco, pero no tengo alucinaciones. Parece que ya son parte del pasado.

—Eso está bien, ¿no?

Sinclair no era un tipo efusivo y su tono mostraba un interés cortés, nada más.

—Sí, imagino que sí —asintió Quirke, ligeramente a la defensiva—. Lo que me deprime es la confusión, esa sensación de avanzar a tientas a través de la niebla. Eso y la incertidumbre... Me refiero a no saber con seguridad si llegaré a encontrarme mejor de como me encuentro ahora. ¿Y cómo sé siquiera si ahora mismo no me encuentro igual a como se encuentra todo el mundo y la única diferencia es que los demás no se quejan? ¿Alguna vez ha tenido usted visiones? ¿O ha salido de un estado de trance y se ha dado cuenta de que no tenía ningún recuerdo de lo que había sucedido en la media hora anterior?

—No —contestó Sinclair, golpeando con suavidad el extremo de su cigarrillo contra el borde del cenicero metálico que había sobre la mesa—. Aunque quizá eso solo signifique que no tengo mucha imaginación. Además, yo no bebo tanto como usted... —se interrumpió de golpe, ruborizado.

—No se preocupe —dijo Quirke—, probablemente tiene razón. Probablemente lo único que me sucede es que he sido un borracho durante tantos años que la mitad de mis neuronas se han muerto.

—Lo siento, no quería decir... —replicó Sinclair, azorado, con la vista baja.

Quirke se inclinó hacia delante, apagó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y carraspeó.

—En cuanto al pobre desgraciado del coche, aceptémoslo: ambos estamos convencidos de que le golpearon en la cabeza, le metieron en el coche y pusieron en marcha el vehículo para que se estrellara contra el árbol y pareciese un accidente o un suicidio.

—¿Ha notado el fuerte olor a gasolina?

—Sí, pero ¿qué importancia tiene eso? La gasolina explota... Los coches en llamas siempre huelen así.

—¿Tan fuerte? Es como si al tipo lo hubieran rociado.

Quirke reflexionó unos instantes mientras tiraba hacia fuera de su labio inferior.

—No hay duda de que alguien lo quería muerto.

Sinclair probó el té, hizo una mueca y apartó la taza. Quirke le tendió la pitillera y Sinclair sacó su mechero. Ambos expulsaron al mismo tiempo un cono de humo hacia el techo.

En una esquina alejada de la habitación, una mujer de mediana edad con una pierna vendada empezó a llorar quedamente, aunque no tanto como para que los demás no la oyesen. Todo el mundo se esmeró en ignorarla. El joven que estaba con ella, que debía de ser su hijo, echó una rápida e inquieta mirada alrededor con expresión abochornada.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Sinclair.

Quirke sonrió.

—Creo que iré a ver a un viejo amigo.

El inspector Hackett estaba almorzando en una mesa soleada del comedor delantero del hotel Gresham. Era un capricho que se regalaba de vez en cuando. A menudo se prometía que así sería su vida cuando se jubilara: comería en el Gresham, luego daría un paseo hasta el río bajando por O'Connell Street y cuando llegara giraría a la derecha, hacia los muelles, para echar un vistazo a los puestos de libros o giraría a la izquierda, hacia el puerto, para contemplar durante una media hora cómo descargaban los botes. Si el tiempo no acompañaba, entraría en el cine Savoy y echaría una cabezadita frente a una película de guerra o una de vaqueros. Nunca le habían interesado las películas, encontraba las historias inverosímiles y a los personajes irreales, pero le gustaba arrellanarse en un asiento cómodo y quedarse adormilado en la aterciopelada oscuridad. Siempre se sentaba en la parte de atrás, donde el sonido del proyector era un relajante zumbido y las parejitas de novios estaban demasiado ocupadas como para ponerse a charlar y molestarle. Y cuando la película acabara iría andando hasta el bar Prince en Prince's Street o hasta el Palace, un poco más lejos, y se bebería con calma una pinta antes de subir al autobús y regresar a casa para cenar.

Sueños vanos. Sueños vanos. Aún le quedaba mucho para la jubilación... Y eso era bueno. Aún le queda mucha energía a este viejo perro, se dijo.

Había pedido para comer una sopa de rabo de buey, que resultó ser demasiado densa y pesada, un plato de jamón frío con una ensalada fría de patatas —aliñada con la auténtica Salsa para Ensaladas del Chef: se lo había preguntado a la camarera para asegurarse— y, de postre, una macedonia de frutas con natillas. Le gustaba el contraste de la fruta envasada fría y la sedosa y cálida textura de las natillas. Acompañó la comida con un vaso de leche de Jersey, pensando en sus pulmones —la tuberculosis seguía en aumento—, y cuando acabó, después de encender un cigarrillo, pidió una taza de té negro muy cargado con leche y cuatro terrones de azúcar, cuatro terrones que, de haber estado allí su mujer, le habrían sido estrictamente prohibidos.

De hecho, estaba removiendo con la cuchara la dulce y caliente capa de azúcar que permanecía sin disolver en el fondo de la taza cuando, al escuchar su nombre,

alzó la vista con expresión culpable —pero no era May, por supuesto que no era ella — y reconoció la figura familiar que atravesaba la sala hacia él.

—¡Y los muertos resucitaron y se aparecieron a muchos! —exclamó con una amplia sonrisa—. ¿Estoy viendo fantasmas o es usted, doctor Quirke?

—Hola, inspector —Quirke se detuvo ante él sonriendo a su vez, si bien no de manera tan efusiva.

—¿Sabe qué me ha pasado al verle? —continuó Hackett—. De la sorpresa por poco me trago la cucharita del té. Se le nota descansado y en buena forma.

Quirke se alegró de encontrar a su compañero de armas mucho más de lo que habría imaginado. Y además se estaba divirtiendo: ya había notado en otras ocasiones que cuando Hackett se sobresaltaba o se sentía inseguro adoptaba una teatral pose irlandesa, guiñando un ojo, ceceando e intercalando exclamaciones coloquiales irlandesas. Su discreción y agudeza habituales quedaban reducidas a meros destellos en las profundidades de sus pálidos ojos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Quirke.

Siempre sucedía así, cada vez que Hackett se metamorfoseaba en Synge, Quirke respondía transformándose en Oscar Wilde. Desde luego formaban una buena pareja, aunque Quirke no supiera muy bien qué tipo de pareja.

Tomó asiento.

—¿Qué le apetece beber? —le preguntó Hackett—. Quizá una copa de vino o un whisky de malta... ¿O es demasiado temprano para un zumo de cebada?

—Me temo que para mí siempre es demasiado temprano últimamente —contestó Quirke, colocando su sombrero en el suelo, bajo la silla.

Hackett se echó hacia atrás con una exagerada expresión de asombro.

—¿Cómo? No me diga que ha hecho promesa de no beber.

—No, por supuesto que no. En Navidad tomé un vasito de jerez, y en mi cumpleaños, una botellita en miniatura de vino de cebada.

El inspector se rio, su panza subía y bajaba mientras movía la mano con gesto desdeñoso.

—¡Váyase al diablo! Deje de tomarme el pelo. ¡Señorita! —hizo una seña a una camarera que pasaba y ella se acercó—. El caballero tomará una copa del mejor vino blanco que tengan en la bodega. ¿No es así, doctor Quirke? Su preferido para la comida es un buen Chablis, si la memoria no me falla.

Quirke sonrió a la camarera. Era alta y rubia, con unos claros ojos azules y párpados de un pálido rosado.

—Un zumo de tomate con salsa Worcester y...

—¿Quiere un Virgin Mary? —atajó ella con aspereza.

—Eso mismo.

¡Un Virgin Mary, ni más ni menos! Nunca habría imaginado que un cóctel semejante fuese conocido en ese lado del Atlántico. ¿Qué sería lo próximo? ¿Gin Slings? ¿Whisky Sours? ¿Highballs? Después de todo, quizá el país sí estaba

cambiando.

Hackett seguía mirándole con su ancha sonrisa de sapo, el arco de la boca casi le llegaba de una oreja a otra. Por increíble que pareciera se veía moreno, al menos bajo la línea que le había dejado el cerco del sombrero. Por encima de ella, su alta frente plana tenía su luminoso tono rosado habitual.

—¿Ha estado fuera? —preguntó Quirke.

Hackett le miró con asombro.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su saludable aspecto bronceado.

—Ah, bueno, vale —la parte lechosa de su frente enrojeció y hasta su piel morena se oscureció algo—. He estado en un sitio que se llama Málaga, en el sur de España. ¿Lo conoce? —Quirke negó con la cabeza y Hackett, tras mirar a un lado y a otro, se inclinó hacia delante y murmuró en tono de complicidad—: Para serle sincero, doctor, es un sitio espantoso. La gente te tima al menor descuido y todas las mujeres van medio desnudas en la playa e incluso en la calle. No veía el momento de regresar a casa. Sin embargo, la señora Hackett... —lanzó una tosecilla—. A la señora Hackett le pareció fabuloso —se sirvió el té frío en la taza y tomó un sorbo—. Y usted, ¿qué me cuenta?

—También he estado fuera, aunque no en el soleado sur de España.

Hackett frunció el ceño.

—¿No habrá estado de nuevo en... en aquel extraño sitio?

—¿En el San Juan de la Cruz? —Quirke había estado internado en varias ocasiones en el hospital San Juan de la Cruz para darle a su hígado la oportunidad de recuperarse del maltrato al que lo sometía desde hacía más años de los que se atrevía a pensar—. No, allí no. He estado en un hospital local por Strawberry Beds. Pequeño, tranquilo, agradable. Muy relajante.

—¿Los nervios? —la preocupación no había desaparecido del rostro del inspector.

—Algo así. Por lo visto, mi cerebro resultó dañado cuando aquellos dos tipos me tiraron por las escaleras y me dieron una paliza que casi me matan.

—¡Pero eso ocurrió hace años!

—Así es el pasado, siempre vuelve a atormentarnos.

La camarera apareció con la bebida de Quirke. Hackett le preguntó si podía traer una jarra de agua hirviendo para revivir las hojas de té de la tetera. Ella ofreció traer otra con té recién hecho, pero él se negó.

—Una tetera da para dos usos, decía siempre mi anciana madre.

Quirke sonrió, tapándose la boca. Hackett ya estaba metido de lleno en su papel, poseído por el espíritu de la balada «Old Bog Road», pero sus ojos seguían tan perspicaces como de costumbre.

—Por cierto —dijo Hackett cuando la camarera se alejó—, ¿cómo supo dónde encontrarme? ¿O es una mera y feliz coincidencia?

—Me acerqué a Pearse Street. Su agente, el sargento Jenkins, me indicó de manera confidencial que usted podría estar aquí. Me hizo jurar que no se lo contaría, así que ni una palabra del asunto, ¿de acuerdo? Hay que admitir que se cuida usted bien: comida en el Gresham, ¡ni más ni menos!

—Me está tomando el pelo, doctor Quirke. Usted a mí no me engaña.

Trajeron el agua caliente y Hackett la vertió en la tetera. A Quirke le fascinaba siempre la parsimonia del inspector, que aparecía y desaparecía misteriosamente según las circunstancias. ¿La utilizaba como una maniobra de distracción? ¿O era una señal de agitación mental? No cabía duda de que se moría de curiosidad por saber qué había llevado a Quirke a buscarle. En aquel mismo instante le estaba observando mientras bebía de su taza recién servida. Sus pequeños ojos brillaban.

—He venido a hacerle una consulta —dijo Quirke—. Esta mañana temprano hubo un accidente de coche en Phoenix Park. ¿Ya lo sabía?

—Sí, un desafortunado joven se estrelló contra un árbol y se achicharró. Según mis agentes, tiene toda la pinta de tratarse de un suicidio —dejó la taza sobre la mesa. Su parsimonia había desaparecido.

—Bueno, mi segundo de a bordo, que muy probablemente será comandante en jefe dentro de nada, el joven Sinclair, vino a verme esta mañana —dijo Quirke.

—¿Fue hasta Strawberry Beds?

—No, ya no estoy en el hospital. De momento vivo con mi... con Malachy Griffin y su esposa en su casa de Ailesbury Road. Se ofrecieron muy amablemente para acogerme y cuidarme mientras me recuperaba de lo que sea que me estoy recuperando.

—Ah, bien, ¿y cómo se encuentra el doctor Griffin? ¿Disfrutando de su jubilación?

—No creo.

—¿Qué me dice? Eso es una pena, de verdad es una pena.

—Se ocupa del jardín —dijo Quirke.

—El jardín, ¡no me diga! Es una excelente ocupación. Salúdele de mi parte, el doctor Griffin es un buen hombre.

Se observaron en silencio durante unos instantes. Mal Griffin no siempre había sido el buen hombre en que se había convertido; durante largo tiempo encubrió asuntos que no debería haber encubierto. Pero aquello era agua pasada, pensó Quirke.

—A lo que íbamos, Sinclair vino para hablarme del pobre tipo que se estampó contra un árbol en el parque —tomó un sorbo de su densa bebida, roja como la sangre.

—Ah, ¿sí? —dijo Hackett con voz pausada y la vista fija en su taza. Cauteloso, pensó Quirke, cauteloso y, al mismo tiempo, interesado, como un perro viejo que olfatea sangre en el aire.

—Tiene una contusión en un lado de la cabeza, justo aquí —señaló un punto a la altura de la sien, justo encima de la oreja—. A Sinclair le pareció sospechoso y me

pidió que fuera a echarle un vistazo.

—¿Y lo hizo?

—Sí, y coincido con él.

Hackett se retrepó lentamente en su silla con los labios fruncidos y la barbilla baja.

—¿Qué quiere decir con «sospechoso»? ¿Que no parece fruto del desafortunado encontronazo del pobre tipo con el imponente roble?

—Exacto.

Quirke se echó hacia atrás asimismo y ambos permanecieron recostados observándose. Un potente haz de luz, que entraba por la ventana que había junto a ellos, caía sobre una esquina de la mesa y parecía atravesar el barniz y penetrar en la madera. Como un estanque centelleante de truchas, divagó Quirke, el agua del color pardo del brezo, el grano de la madera igual que algas sumergidas que la lenta corriente hubiese sacado a la superficie y que ahora se deslizaban con indolencia. Un pez aparecía y desaparecía, su costado blanco, la aleta tremolando. Piedras, piedras como guijarros, menguadas por el agua y los años, los años. Connemara, un mediodía deslumbrador. Tumbado boca abajo, intentando hacer cosquillas a una trucha, atontado el pez por el calor de aquella hora, su aleta caudal moviéndose apenas. De repente una voz, un grito lejano. *Corre, Quirke... ¡Por el amor de Dios, corre!* Y de repente Clifford, el hermano Clifford, nombrado deán de disciplina, avanzando hacia él a grandes zancadas sobre el brezo con sus enormes botas y la sotana ondulante.

¿Cómo?

Parpadeó.

—Lo siento. Mi cabeza... Tenía la cabeza en otra parte. ¿Qué me estaba diciendo?

—Le preguntaba si conocemos la identidad del infortunado joven, el del golpe en la cabeza —dijo Hackett, hablando muy despacio, como si se dirigiera a un niño.

—Pensé que tal vez usted la sabría. Alguien me comentó que sus agentes estaban investigando la matrícula del coche.

Hackett se echó hacia delante y se secó la boca con una servilleta de lino.

—Bueno, si no le importa acompañarme a comisaría, podríamos preguntar para comprobar qué han averiguado las infatigables hordas de trabajadores.

Hizo una seña a la alta y pálida camarera y le pidió la cuenta. Mientras esperaban a que la trajera se entretuvieron mirando alrededor. En una mesa cercana, una mujer con un sombrero adornado con medio velo de encaje negro sonrió a Quirke y, una vez más, a este le sorprendió cómo las mujeres eran capaces de sonreír de aquella manera, con semejante confianza y facilidad aparentes. ¿Era una argucia que habían aprendido? No, seguro que no. Parecía algo espontáneo y siempre removía algo dentro de él, una veta profundamente enterrada de melancólico anhelo.

Hackett pagó y le dejó un chelín de propina a la camarera. Quirke tanteó bajo la silla en busca de su sombrero. No había terminado su zumo de tomate; el color le

había quitado las ganas.

Fuera, en la calle, el aire era azul grisáceo por la calima y olía a estiércol fresco de caballo y al humo de los tubos de escape. Anduvieron uno al lado del otro por O'Connell Street, abriéndose camino a través del gentío de compradores. Todas las mujeres parecían llevar vestidos de verano sin mangas y sandalias, y dejaban tras de sí embriagadoras estelas de perfume mezclado con sudor. Inmerso en aquel bullicio soleado, Quirke, que llevaba recluido mucho tiempo, se sintió aturdido.

¿Qué le había llevado de repente a pensar en el hermano Clifford después de tantos años?

Clifford, un alegre sádico, había dirigido con despiadada eficiencia la Escuela Industrial Carricklea, donde Quirke había padecido algunos de los años más terribles de su infancia. Había sido Clifford quien había ido tras él y dos chicos más el día que se escondieron en el pantano, el día que casi atrapa la trucha tumbado boca abajo a la orilla de aquel riachuelo parduzco, con el sol calentándole el cogote y el brezo espinoso arañándole las rodillas. ¿Quiénes eran los otros dos que estaban con él? Un tal Danny, un canijo travieso con pecas y el pelo zanahoria, y el gordo Archie Summers, que tenía asma y era tuerto. Clifford y tres o cuatro prefectos más los habían atrapado y escoltado hasta la fortaleza de piedra gris de Carricklea, donde Clifford los golpeó con una vara hasta que les sangró la espalda. Muchos años después, Quirke leyó por casualidad una noticia en *News of the World* sobre un caso judicial: un hermano cristiano irlandés llamado Walter Clifford había sido condenado por robar ropa interior femenina en unos grandes almacenes de Birmingham; tuvo que pagar una multa de diez libras y recibió una severa amonestación. Después de todo a veces había justicia, pensó Quirke, por mínima que fuese.

En la comisaría de la Garda había un ambiente enrarecido y caluroso y el aire olía misteriosamente, como de costumbre, a libros viejos. Quirke se sentó en un banco a esperar, mientras Hackett se dirigía a hablar con el sargento Jenkins. Un borracho entró y comenzó a contarle al sargento de guardia una intrincada y confusa historia sobre un asaltante desconocido que le había atacado en la calle, le había tirado al suelo, le había pateado y le había robado su arpa de boca. El sargento, un hombre alto y reservado, le escuchaba con paciencia mientras intentaba hablar sin éxito.

Quirke leyó los avisos clavados en el tablón. Eran los mismos de siempre: recordatorios para obtener la licencia canina, una alerta contra la rabia, algo sobre malezas nocivas. El 27 iba a celebrarse un baile de disfraces para los miembros del cuerpo, todavía quedaban entradas. Había en circulación dinero falso en billetes de uno, de cinco y de veinte. En la iglesia de St. Andrew, en Westland Row, iba a celebrarse un retiro para hombres al que todos estaban invitados.

Y mi cerebro está lesionado, pensó.

El inspector Hackett regresó, hurgándose los dientes con una cerilla. Se sentó en el banco junto a Quirke, apoyó la cabeza contra la pared y suspiró.

—¿Y? —dijo Quirke.

El inspector cerró los ojos un segundo.

—El coche estaba a nombre de un tipo llamado Corless, Leon Corless, veintisiete años, funcionario del Ministerio de Sanidad, con domicilio en una dirección del pueblo de Castleknock.

—Corless —repitió Quirke—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Leon Corless es... era el hijo de Sam Corless, líder y, según parece, único miembro del Partido de la Alianza de la Izquierda Socialista, más conocido por los graciosos caballeros de la prensa como SLAP^[2]. El señor Corless sénior, como bien sabrá, salió hace poco de la cárcel de Mountjoy tras cumplir una condena de tres meses por no pagar los impuestos. El último de sus numerosos desencuentros con la ley. El señor Corless se toma muy en serio el resultar molesto.

El borracho, tras agotar todas sus reclamaciones, fue conducido a la puerta, la manaza cuadrada del sargento de guardia firmemente apoyada en su hombro. Afuera, en la calle, se escuchó el petardeo del motor de un autobús y desde la dirección del pub de Mooney llegó el impacto sordo de los barriles de cerveza al ser descargados de un carro y ser empujados rodando.

—No sabía que Sam Corless tenía un hijo —dijo Quirke.

—Bueno, ya no lo tiene, pues según usted y su ayudante parece que alguien apaleó al pobre chico hasta matarlo y luego dejó que se achicharrara en su coche en llamas.

Phoebe Griffin adoraba su oficina. No era *su* oficina literalmente hablando, pero ella la sentía como si lo fuera. Frente a su mesa, dos altas ventanas de guillotina miraban sobre las copas de los árboles a las casas del otro lado de Fitzwilliam Square. A lo largo del día la luz cambiaba sutil y gradualmente sobre los lejanos muros de ladrillo. Por la mañana, cuando las sombras aún no habían desaparecido, era de un turbio morado, pero al mediodía, cuando el sol estaba en su cénit, se transformaba en una deslumbrante y tenaz llamarada blanca. Lo mejor llegaba al final de la tarde, cuando los ladrillos refulgían como si estuviesen barnizados con una capa de oro derretido y las ventanas ardían en llamas azafranadas.

Había dejado su trabajo en la Maison des Chapeaux sin gran pesar y ahora trabajaba de secretaria y recepcionista en la consulta de la doctora Evelyn Blake, psiquiatra. Quirke había conocido al marido de la doctora Blake e intercedió por Phoebe cuando solicitó el trabajo. Ese era un detalle que ella solía obviar, pues era una joven independiente y le gustaba pensar que se abría camino por sí misma. Para contrarrestar lo anterior, además, estaba el hecho de que la doctora Blake era una mujer y por tanto alguien único en su profesión, por lo menos en Irlanda. A Phoebe le complacía imaginar que su jefa y ella estaban unidas en una tácita conjura contra aquel mundo dominado por hombres en el que se veían obligadas a vivir y trabajar.

La idea de pasar los días tratando con locos la había preocupado antes de que le dieran el trabajo. Sin embargo, resultó ser todo lo contrario: los pacientes de la doctora Blake parecían absolutamente normales y solían comportarse de manera amable y respetuosa... Hasta el momento, pues Phoebe llevaba en la consulta tan solo unas semanas. Es cierto que algunos transmitían una perturbadora sensación de agitación y tensión apenas controladas; con los ojos desorbitados y trémulos daban la impresión de que en cualquier momento comenzarían a dar saltos y romperían a gritar y gesticular, pero jamás lo hacían. Otros se mostraban tímidos, vigilantes, cabizbajos.

Phoebe había observado que un gran número de pacientes se comía las uñas. Llegaba a resultar turbador escucharlos roer igual que ardillas, como si estuviesen intentando llegar al dulce y crujiente núcleo de sí mismos mientras esperaban sentados. A veces escupían con disimulo trocitos de uña a la alfombra, sin dejar de observarla con el rabillo del ojo. Uno de ellos, un hombre más bien joven con unas orejas enormes y tan delgado que parecía estar muriéndose de hambre, no solo se comía las uñas sino que en ocasiones se chupaba el pulgar. Ella intentaba no mirarle: allí sentado, chupándose el dedo como un bebé grande y raquítico.

Nunca había más de un paciente esperando; era la norma de la doctora Blake. La habitación donde pasaba consulta tenía dos puertas: aquella por la que entraba el paciente, que estaba situada detrás de la mesa de Phoebe, y otra por donde salía sin ser visto cuando la sesión acababa, en la pared opuesta del cuarto. Ningún sonido escapaba de allí. La puerta de entrada era especial, más compacta de lo normal, y a

Phoebe siempre le resultaba inquietante aquel permanente y tenso silencio a su espalda.

Estaba bastante contenta con el trabajo aunque a veces se aburría. Los clientes de la tienda eran personas normales —al menos la mayoría— y solían charlar con ella, hablaban del tiempo y de las noticias y cotilleaban sobre el comportamiento impropio de gente conocida. En la consulta de la doctora Blake de cuando en cuando tenía la sensación de encontrarse en la iglesia; como un monaguillo que, fuera del confesionario, vigila a los penitentes que aguardan en silencio su turno para introducirse en el habitáculo en penumbra y contar sus bochornosos pecados.

David Sinclair le tomaba el pelo sobre su trabajo. «¿Qué tal hoy con los chiflados?», le preguntaba, sacando la lengua y bizqueando. A ella le molestaba. Normalmente él era una persona sensible que no se burlaba de los demás. Quizá, como era médico, se sentía amenazado por la psiquiatría, esa práctica extraña, casi mística, que la Iglesia se había empeñado en abolir y que prohibía a sus feligreses. Sin embargo, Freud era judío al igual que David y eso debería haber suscitado en él una empatía o, al menos, una comprensión de la teoría sobre la que se basaba la psiquiatría. Aunque tal vez esa era una presunción descabellada.

El día, de momento, avanzaba despacio. El tipo que se chupaba el pulgar con expresión ofendida y acusadora había sido el primer paciente. A continuación llegó una mujer muy agobiada con su asilvestrado hijo de diez años; los siguió un hombre sombrío de unos sesenta años que, a pesar de vestir pantalones y camisa deportiva, tenía un aire indudable de ser cura. ¿Por qué los curas que llevaban ropa de calle para intentar pasar inadvertidos siempre se delataban al ponerse calcetines blancos? Era como si, por la fuerza de la costumbre, tuviesen que mostrar en su persona algún signo de santidad. Casi era la hora de comer y el siguiente paciente, el señor Jolly^[3] —ese era su auténtico nombre—, aún no había aparecido, aunque en la agenda figuraba citado a las doce y media. Al señor Jolly le gustaba charlar y le había contado a Phoebe su problema sin escatimar detalle: no podía evitar golpear a su mujer, si bien aseguraba quererla muchísimo. En algunas ocasiones, Phoebe pensaba que el señor Jolly no necesitaba ver a la doctora Blake, pues acababa de desembuchar sus conflictos más íntimos en la sala de espera.

Al final el señor Jolly no apareció, y a la una la doctora Blake salió de su despacho y le dijo a Phoebe que podía tomarse la tarde libre, pues no esperaba más pacientes. No era algo excepcional que la doctora Blake le permitiera irse antes de tiempo, ese era otro de los aspectos agradables del trabajo. La doctora, que debía de tener unos cuarenta años, era una mujer corpulenta y atractiva con un cabello alborotado y prematuramente salpicado de canas. Phoebe estaba convencida de que se lo cortaba ella misma; ningún peluquero la habría dejado marchar con aquel aspecto desastroso de paje achispado. Su marido, un cirujano, había fallecido no hacía mucho en un accidente de coche en la carretera de Naas. La doctora era una persona taciturna, pero no antipática, y sonreía muy poco, si bien cuando lo hacía se

transformaba. Tenía un rostro ancho y sereno y unos ojos casi negros asombrosamente grandes. Su conducta era pausada y poseía un aire de leve melancolía que Phoebe creía que le era natural y no fruto de su reciente duelo. Vestía faldas de *tweed*, blusas sueltas de seda y cómodos zapatos planos. Así era como Phoebe se imaginaba a sí misma en el futuro, salvo por el corte de pelo.

Phoebe cubrió la máquina de escribir con su funda de plástico, mientras se preguntaba si la señora Jolly se estaría llevando hoy una paliza extra y era eso lo que había retrasado a su marido. En realidad, sospechaba que no existía ninguna señora Jolly excepto en la imaginación calenturienta del señor Jolly.

Aunque hacía calor, una brisa fresca soplabá desde las montañas, cuyo pálido y lejano contorno se distinguía en el horizonte. Phoebe caminó siguiendo la verja verde de la plaza, mientras disfrutaba del olor a hierba recién cortada. Al llegar a la consulta aquella mañana, había escuchado el sonido del cortacésped de gasolina. Giró a la izquierda al final de la calle y caminó por Merrion Row hasta St. Stephen's Green.

No había vuelto al Country Shop desde la muerte de Jimmy Minor; era allí donde solían quedar. Mientras bajaba las escaleras recordó con afecto cómo Jimmy entraba en el café a la carrera, se dejaba caer en la silla y se lanzaba de inmediato a contar una historia difamatoria sobre algún político o algún empresario, dejando que la ceniza de su cigarrillo cayera descuidadamente sobre la mesa, mientras su té se enfriaba y el sándwich empezaba a curvarse en los bordes. El pobre y querido Jimmy, a quien habían matado de una paliza una noche sombría y habían lanzado al canal como un perro.

Se sentó en una mesa junto a la ventana y pidió un té y un sándwich de jamón en honor a Jimmy. Sacó su cajetilla de Gold Flake y su mechero y los dejó sobre la mesa. No sabía por qué había vuelto a fumar el último día que trabajó en la tienda de sombreros. No era una auténtica fumadora y raramente se tragaba el humo. Lo que le gustaba era la imagen de ella sentada sola en la mesa de un café, con un cigarrillo y un libro; una figura misteriosa o, al menos, interesante. Siempre había sido un alma solitaria y aún lo era, aunque saliese con David Sinclair. Él también era un alma solitaria. El resultado era que nunca estaban juntos en realidad, tan solo uno al lado del otro, igual que dos árboles del bosque que crecen próximos.

La camarera trajo lo que había pedido. Era una chica gordita y sonriente con un lobanillo en una aleta de la nariz, que trabajaba allí desde que Phoebe podía recordar.

—Ah, señorita, esto es para usted —le tendió un trozo de papel doblado—. Una persona me ha pedido que se lo entregue.

Era media hoja rasgada de un cuaderno, el tipo de cuaderno que se utilizaba para las prácticas en la academia donde ella había hecho el curso de taquigrafía. El mensaje, garabateado a lápiz, estaba escrito en taquigrafía, como Phoebe advirtió con cierto asombro.

¿Podemos vernos? Te espero en el Green, en el banco junto al estanque.

Necesito hablar contigo. Me reconocerás de la academia. Ven, por favor. Lisa.

Phoebe lo leyó tres veces antes de hacer una seña para llamar a la camarera.

—¿Quién le ha dado esto?

—Una chica, señorita —contestó la camarera, algo nerviosa.

—¿Cómo era la chica?

—Pues una chica, señorita. Era joven.

—¿Dónde estaba? ¿Estaba aquí, en el café?

—No, entró de la calle. Yo creo que la vio a usted por la ventana y entonces bajó y me llamó para que me acercase a la puerta y me dio ese papel, la señaló a usted y me pidió que se lo entregara.

—¿Qué aspecto tenía?

La camarera frunció el ceño y arrugó la nariz.

—No lo sé, señorita. Normal.

—¿De qué edad?

—Yo diría que la misma que usted.

—¿Eso fue todo lo que hizo, le dio el mensaje y le pidió que me lo entregara?

—Sí, luego se marchó. Parecía tener mucha prisa y también parecía nerviosa.

—Gracias.

Phoebe leyó el mensaje de nuevo. Sí, había una Lisa en su clase de la academia. No recordaba el apellido, si es que lo supo alguna vez. Una chica callada, de aspecto corriente, con el cabello castaño; eso era lo único que le venía a la memoria. ¿Por qué le había escrito un mensaje? ¿Por qué no se había acercado a su mesa para hablar con ella? ¿Y por qué se había marchado con tanta prisa? Aquello resultaba muy enigmático. Tal vez alguien le estaba tomando el pelo. Se acordó una vez más de Jimmy. Era un bromista, con un sentido del humor de niño de colegio, y ese era el tipo de cosas que le gustaba hacer. Pero Jimmy estaba muerto.

Miró alrededor de la sala. Oficinistas, gente que había salido de compras, esposas de granjeros que venían desde el campo. Jimmy arrugaba la nariz cada vez que entraba allí, Jimmy el reportero, Jimmy el personaje. Pero a pesar de todo, en el fondo aquel sitio le gustaba. En una ocasión le confesó que le recordaba la cocina de su casa, al sur del país, con la tetera sobre la estufa y su madre haciendo magdalenas glaseadas.

Se tomó su taza de té y medio sándwich. Ya no tenía hambre; la nota de la tal Lisa le había quitado el apetito. Sentía ganas de levantarse de un salto y correr al Green, al banco junto al estanque, para resolver el misterio. En lugar de eso, se obligó a encender un cigarrillo y permaneció sentada mientras fumaba, intentando recordar a Lisa, procurando evocar su imagen.

Normal, había dicho la camarera.

Acabó el cigarrillo, dobló la nota y la metió en el bolsillo lateral de su bolso, pagó la cuenta y se fue.

La luz la cegó un instante. Luego cruzó la calle, dejó atrás los cocheros en sus tálburis, dejó atrás el olor denso y especiado de los caballos y entró en el parque por la puerta pequeña, sumergiéndose en la sombra de los árboles. Igual que una nadadora cuando se zambulle con suavidad en la piscina y avanza hasta su fondo umbrío, pensó. Caminó por el agradable sendero bajo la hilera de tilos. Pasó por el pequeño puente jorobado.

Tan pronto vio a la joven sentada en el banco, la recordó. De tez pálida y cabello castaño oscuro. No iba maquillada. Su vestido de color beis era caro, pero no era nuevo. Estaba sentada muy recta, con la mirada perdida frente a ella, como si estuviese en trance, y las manos cruzadas sobre el bolso en su regazo.

—¿Lisa?

La joven dio un respingo.

—Ah, eres tú. No creí que vinieras.

Phoebe se sentó a su lado.

—Disculpa, no recuerdo tu apellido.

—Smith —contestó con presteza la joven, y se mordió el labio inferior—. Lisa Smith. ¿Te acuerdas de mí, de la academia?

—Sí, claro que me acuerdo, pero no recordaba tu apellido.

Saltaba a la vista que la joven era presa del pánico. Temblaba como un poni aterrorizado que hubiese estado galopando largo tiempo hasta que lo obligaron a detenerse.

—No podía entrar en el café, por eso le di la nota a la camarera —dijo.

—Pero... ¿por qué no podías entrar? —preguntó Phoebe.

—No quería que nadie me viese. Podía haber alguien que me conociera —se llevó el nudillo del pulgar a la boca y lo mordió con fuerza—. No puedo quedarme en ningún sitio... Tengo la sensación de que si estoy al aire libre nadie... —se interrumpió de repente.

—Nadie... ¿qué?

Lisa desvió la mirada, el blanco de sus ojos brillaba.

—No lo sé —murmuró.

—Bueno, me alegro de volver a verte —dijo Phoebe, esforzándose en sonar activa y alegre—. No recuerdo que nosotras habláramos mucho cuando hicimos el curso, ¿verdad?

—Creo que solo nos decíamos hola. Tú siempre andabas muy ocupada —contestó Lisa y desvió de nuevo la mirada.

Phoebe la observó. Estaba claramente aterrorizada, pero ¿qué era lo que la aterrorizaba?

—¿Te importa que te pregunte... —dijo con tiento— de qué quieres hablar conmigo?

Lisa movió la cabeza con un gesto brusco, aunque no de rechazo, sino de desconcierto.

—No lo sé. Quiero decir que no sé cómo explicártelo —sacó del bolso una cajetilla de Craven A y una caja de cerillas. Abrió la cajetilla y se la tendió a Phoebe—: ¿Quieres?

Phoebe negó con la cabeza. La mano de Lisa temblaba tanto que le costó mantener firme la llama de la cerilla para encender el pitillo.

—Pareces preocupada —dijo Phoebe—. ¿Vas a contarme qué te sucede?

—Tengo que irme —contestó Lisa en voz baja y apremiante—. Tengo que encontrar un sitio donde esconderme.

—¿Esconderte? ¿Esconderte de qué? —Phoebe sintió cómo un hormigueo le recorría la columna.

Lisa volvió a sacudir la cabeza con brusquedad.

—No te lo puedo decir —era una fumadora aún más inexperta que Phoebe: daba pequeñas caladas al cigarrillo y dejaba escapar el humo casi en el mismo instante—. Ha ocurrido algo. Algo... terrible y tengo que huir —se giró hacia Phoebe y la miró. Sus ojos eran de un verde luminoso. Parecía al borde de las lágrimas y le temblaba el labio inferior—. ¿Me ayudarás? Eres la única persona a quien puedo pedirselo —desvió la mirada y se llevó una mano a la frente—. ¿Qué estoy diciendo? Prácticamente somos dos desconocidas, apenas habíamos intercambiado un par de palabras hasta ahora y aquí me tienes, suplicándote que me ayudes. Debes de pensar que estoy loca.

Phoebe frunció el ceño. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Qué se suponía que debía hacer? Es cierto, eran dos desconocidas o casi lo eran; ella no sabía nada de aquella chica, quién era o de dónde venía o por qué se encontraba sumida en aquel estado de desesperación. Y, sin embargo, sintió una repentina simpatía hacia ella y la sensación de que debía encontrar la manera de ayudarla. Phoebe sabía lo que era el miedo, sabía qué significaba estar sola y asustada.

—Pero, dime, ¿por qué has acudido a mí? —preguntó.

—¡No lo sé! Por casualidad miré hacia la ventana del café y, al verte, te reconocí. Te recordaba del curso. Me parecías agradable entonces. Así que escribí la nota y le pedí a la camarera que te la entregara —dio otra calada rápida y superficial a su pitillo—. No tengo a nadie, a nadie a quien recurrir. Mi madre murió, mi padre... —se detuvo de nuevo y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No hay nadie —susurró—, nadie.

Phoebe miró en derredor. En el banco más próximo dormía un vagabundo tumbado de costado todo lo largo que era, con las manos unidas bajo la mejilla; parecía, pensó Phoebe, la escultura de un santo sobre una tumba. Junto al estanque, un niño intentaba lanzar al agua un barquito de juguete; a su lado estaba la niñera, con una cofia blanca, cara de aburrimiento y aire de tener la cabeza en otra parte. Los patos graznaban y meneaban las colas. Una gaviota se lanzó en picado, viró y volvió a ascender. En el cielo azul flotaban pequeñas nubecillas blancas. Así era el mundo, familiar y tranquilizador; el terror no tenía cabida y, sin embargo, estaba claramente

allí, en el rostro de la joven, en sus manos temblorosas, en su mirada enloquecida.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Phoebe.

—¿Qué? —Lisa la miró sin comprender.

—Me refiero a si quieres irte del país. ¿Es eso?

—Sí. No. Me da lo mismo. No, no quiero marcharme. No puedo. Solo necesito un lugar donde quedarme una temporada, un lugar donde nadie pueda encontrarme.

—Y no me puedes decir por qué.

—No. No en este momento, en cualquier caso —movi6 de nuevo la cabeza—. Debes de estar pensando que soy una timadora, que te estoy engañando para que me ayudes y luego robarte. Te juro que no es así.

Phoebe sintió el impulso repentino de poner su mano sobre las de ella, pero se contuvo.

—Te creo —dijo sin saber qué era exactamente lo que se suponía que debía creer.

La joven percibió algo en su tono y la miró con más detenimiento.

—¿Has estado en peligro alguna vez?

—Sí, sí lo he estado. Hace mucho tiempo... Al menos parece mucho tiempo —contestó Phoebe.

—¿Qué te pasó?... ¿Qué ocurrió?

—Da igual. Cuando estés preparada para contarme tu historia, quizá yo te cuente la mía. Mientras tanto, creo que conozco un sitio donde podrías ir.

—¿Un sitio? ¿Dónde?

—En la costa. Vámonos, tengo que hacer una llamada de teléfono.

Lisa, que se había relajado un poco, se tensó de nuevo.

—¿Adónde vamos?

—Ahí al lado, al Shelbourne. En el bar hay un teléfono público. Siempre lo utilizo.

Lisa apretó con fuerza los labios. De repente pareció muy joven, una cría testaruda.

—No quiero ir allí, no quiero entrar en el hotel. Allí también puede haber gente que me conozca. Por eso tengo que marcharme —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me están buscando. No te puedo contar más. Por favor, no me preguntes.

—De acuerdo, ¿me esperarás aquí? —quiso saber Phoebe.

—¿Tardarás mucho?

—Lo menos posible. Necesito pedir prestado un coche, por eso tengo que llamar por teléfono.

—Entonces te esperaré —dijo Lisa. Había arrojado el cigarrillo y otra vez sujetaba el bolso con fuerza—. No sabes lo mucho que te lo agradezco. Seguro que piensas que soy una loca de la que no consigues librarte.

—No creo que estés loca, pero antes o después tendrás que contarme por qué estás asustada.

—Lo haré. Si puedo, te lo contaré.

Phoebe se puso en pie.

—Quiero que me prometas que estarás aquí cuando regrese. Tienes que confiar en mí, igual que yo estoy confiando en ti. Si te vas, nunca sabré qué te ha pasado y eso no sería justo, ¿verdad?

—Te lo prometo —dijo Lisa—. Pero si no estoy aquí, te doy mi palabra de que no me habré ido por mi propia voluntad.

Phoebe asintió.

—No me imagino en qué clase de grave problema estás metida, pero haré todo lo que pueda por ayudarte.

Se dio la vuelta con presteza y rehízo el camino por donde había llegado. Cuando estaba a punto de cruzar la calle, se detuvo y miró alrededor con cautela. No sabía qué estaba buscando, pero sentía en la espalda una escalofriante sensación, como si la estuvieran vigilando. Se dijo que eran imaginaciones suyas, pero en el pasado le habían sucedido cosas salvajes y violentas, cosas que habría pensado inimaginables.

David contestó al tercer timbrazo. Phoebe le había llamado al laboratorio de Patología. Le dijo que necesitaba que le prestara el Morris Minor. Cuando él le preguntó para qué, ella ya tenía una respuesta preparada:

—Le he dicho a Quirke que le llevaría al hospital para su revisión —siempre se refería a su padre por el apellido; no concebía llamarle de otra manera.

—¿A qué hospital? —preguntó David, con tono desconfiado.

—St. James. Y le he dicho que luego podríamos ir a dar una vuelta por el campo. ¿Te importa? ¿Necesitas el coche?

—No, ahora mismo no lo necesito. Está en el garaje.

—Entonces, ¿me lo puedo llevar?

Él permaneció callado durante unos instantes.

—¿Desde cuándo vas con Quirke a dar paseos por el campo?

—Necesita salir, lleva meses encerrado en ese mausoleo de Ailesbury Road.

Se hizo un silencio de nuevo.

—Vale, de acuerdo. Tendrás que venir para recoger las llaves.

—No tardo nada en llegar.

Phoebe colgó, escuchó cómo los peniques caían en la caja, abandonó el hotel y cruzó la calle a toda velocidad. En realidad, no esperaba que Lisa siguiera en el parque y se sorprendió al ver que continuaba sentada donde la había dejado, rígida de miedo, con el bolso en el regazo.

—Tengo que ir al hospital de la Sagrada Familia —dijo Phoebe—. El coche es de mi... de mi novio y necesito ir allí a recoger las llaves.

—¿Tu novio? ¿Es médico?

Phoebe sonrió con ironía.

—Algo así. Voy a coger un taxi y tú vas a venir conmigo.

—Yo...

—No te lo estoy pidiendo. No pienso dejarte aquí sentada, muerta de miedo. Estarás mejor conmigo. Puedes esperarme fuera del hospital, en el taxi, mientras yo recojo las llaves del coche.

Se dirigieron con premura a la puerta principal, salieron del parque y cruzaron hacia la parada de taxis, al final de Grafton Street. Solo había uno, tenía todas las ventanas bajadas. El conductor, un tipo sonrosado, gordo y calvo, estaba dormido con la cabeza vencida en un extraño ángulo contra el respaldo del asiento y la boca abierta. Cuando Phoebe le tocó, dio un respingo y lanzó un bufido, parpadeando.

El interior del taxi olía a cuero caliente, a humo de cigarrillos y a algo más, cálido y carnal, que debía de proceder del conductor. Él hablaba del tiempo, se quejaba del calor.

—No consigo mantener los ojos abiertos y luego me paso la noche sudando sin poder dormir. Mi mujer dice que me va a dejar —se rio y en su garganta vibraron las flemas—. Yo le he dicho que cuando quiera. Hala, ¡aire!

En el asiento trasero, las dos jóvenes no le escuchaban. Con las cabezas giradas cada una hacia su ventanilla, miraban pasar las calles abrasadoras. El viento caliente que entraba por las ventanas abiertas agitaba sus cabellos y hacía que les ardieran los ojos.

Phoebe le dijo al taxista que se detuviera en la puerta de entrada del hospital y esperara. Corrió hacia el interior y en recepción pidió las llaves del coche que David había dejado para ella. La joven del mostrador la miró con expresión hosca —David era el soltero más cotizado de la Sagrada Familia— y le tendió el llavero.

—Gracias —dijo Phoebe.

La recepcionista, que era muy poca cosa y tenía estrabismo, contestó con amargura:

—Las que usted tiene, estoy segura —y le dio la espalda.

Lisa estaba acurrucada en el asiento trasero, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos entrelazadas con fuerza sobre el regazo.

—Ya está —dijo Phoebe—. Ahora vamos a tu casa para recoger lo que necesites. ¿Cuánto tiempo piensas que estarás fuera?

La cuestión aumentó aún más la angustia de Lisa.

—No sé, no lo he pensado.

—Vale, entonces solo mete en la maleta lo que creas que vas a necesitar.

—¿Necesitar dónde?

—Ya te lo dije antes, en la costa. Bueno, cerca de la costa. Vamos a una casita de campo, un chalet en realidad, que está en... —miró de reojo la parte trasera de la cabeza del taxista; la paranoia de Lisa era contagiosa—. Ya lo verás cuando lleguemos. Te gustará, seguro. Bueno, ¿dónde vives?

—En Rathmines. En un piso.

—Vale. Primero iremos a por el coche.

Cuando no lo utilizaba, David guardaba el Morris Minor en una cochera situada en un antiguo callejón de establos detrás de Herbert Place, donde Phoebe tenía su piso. A ella no le gustaba conducir y solo lo hacía en escasas ocasiones, pero se trataba de una emergencia. Tras pagar al taxista —Lisa intentó darle el dinero, pero ella la ignoró—, abrió la puerta basculante de hierro galvanizado y, con ayuda de Lisa, la empujó hacia arriba hasta subirla del todo.

Esperaba que hubiese gasolina en el depósito. David olvidaba llenarlo a menudo y en más de una ocasión se habían quedado tirados. Alguien así no debería tener un coche.

El motor estaba frío —¿cómo podía estarlo en un día tan caluroso?— y Phoebe tuvo que utilizar la manivela para que arrancara. Luego tardó unos buenos cinco minutos en maniobrar para sacar el coche del estrecho espacio hasta el callejón. Con ayuda de Lisa, tiró de la puerta hacia abajo y la cerró. Echar una mano en esas tareas pareció calmar algo a Lisa, que incluso sonrió cuando Phoebe masculló una palabrota al soltar el embrague demasiado deprisa y provocar que el pequeño coche diera una sacudida como un caballo asustado.

Rathmines estaba silencioso, cociéndose a fuego lento bajo la calima de la tarde. El apartamento de Lisa estaba en el segundo piso de un edificio adosado de ladrillos rojos, alto y cochambroso. Lisa fue al dormitorio para hacer la maleta y Phoebe aguardó en el cuarto de estar, intentando no mirar alrededor con demasiado detenimiento. Siempre se sentía incómoda en las casas de los demás, no le gustaba encontrarse en medio de sus pertenencias, le transmitían una sensación de tristeza y vulnerabilidad. No obstante, allí no parecía haber muchas cosas de Lisa. El mobiliario lo integraban los habituales muebles baratos que solo un casero tiene el valor de comprar. Unos cuantos cuadros colgaban de las paredes, malas reproducciones en marcos de plástico, pero no había ninguna fotografía de familiares o de amigos. Tampoco olía a nada, salvo al olor habitual de los pisos alquilados. Tal vez Lisa acababa de mudarse y no había tenido tiempo de dejar su impronta en el piso. O tal vez su impronta era tan leve que no dejaba huella y nunca lo haría.

En aquel instante, Lisa salió del dormitorio con una pequeña maleta en la mano. Era de piel, notó Phoebe, y tenía aspecto de ser cara. ¿Quién era aquella chica tan misteriosa, tan desesperada?

—Solo he cogido ropa y un neceser —dijo Lisa, dubitativa—. ¿Debería llevar sábanas y otras cosas así?

—No te preocupes, lo único que necesitas es ropa. Pararemos en el camino para comprar provisiones.

—¿Provisiones? —preguntó Lisa, casi chillando. En su estado de nervios, parecía tener dificultades para comprender los conceptos más simples.

—Comida... Leche, pan, ese tipo de artículos —Phoebe sonrió—. Tendrás que comer, digo yo.

Lisa se ruborizó e intentó devolverle la sonrisa.

Bajaron al coche y Lisa colocó la maleta en el asiento trasero. La tapicería ya estaba caliente por el sol. Esta vez el motor arrancó sin necesidad de manivela.

—¡Allá vamos! —dijo Phoebe en un tono intencionadamente desenfadado. Tenía hambre y deseó haberse terminado el sándwich de jamón.

Sam Corless habitaba en un piso de dos habitaciones sobre un estanco en Dorset Street. Cuando su esposa murió de cáncer, tres años atrás, dejó la casa de protección oficial en Finglas, donde la pareja había vivido desde que se casó. No podía soportar aquel espacio lleno de recuerdos de su vida con Helen y su hijo, Leon.

A pesar de las protestas de Helen, Sam había insistido en bautizar a su hijo como su héroe, Leon Trotski. Sam había tenido toda su vida una fe ciega en la revolución permanente. Como trotskista, estaba en contra de la URSS y de su último líder, Josef Stalin, cuya muerte no había lamentado. Para Sam Corless, una de las etapas en la larga marcha del comunismo internacional tuvo un brusco final el 20 de agosto de 1940 cuando, en una casa de la Ciudad de México, el agente de Stalin Ramón Mercader le clavó a Trotski un piolet en la cabeza por la espalda, hiriendo de muerte al gran hombre. Pero Sam no había perdido la esperanza. Su héroe podía estar muerto, pero la revolución seguía en marcha.

Había escuchado en el boletín de la radio la noticia del coche incendiado que habían encontrado aquella mañana en Phoenix Park y que conducía una persona aún sin identificar, pero había prestado escasa atención. Las únicas muertes que importaban eran las políticas. Que un joven hubiese pasado la noche en la ciudad y a continuación, borracho, hubiera estampado su coche contra un árbol no era tanto una cuestión de mala suerte como de clara irresponsabilidad. Los jóvenes tenían el deber de vivir, de ser activos políticamente, de contribuir al cambio. Si no, se convertían en meras piezas del engranaje capitalista y en una carga para el Estado. Sam no tenía el corazón duro, pero sí tenía una cabeza bien dura. En la lucha por la libertad y el triunfo del proletariado no había sitio para el sentimentalismo.

Sam se ganaba la vida como conductor de autobuses y aquel era su día libre. Cuando, mediada la tarde, un policía llamó a su puerta, no se inquietó. Llamadas como esa habían sido una constante en su vida, un recordatorio permanente de que le vigilaban, de que le controlaban, de que el Estado tenía los ojos fijos en él. Aquello le suscitaba un secreto orgullo del cual se avergonzaba, o al menos sentía que debía avergonzarse.

Le bastó con echarle un vistazo para saber que el tipo en la puerta era policía: el traje azul con brillos y los zapatos negros cuarteados, la media sonrisa vaga y artificial, los penetrantes ojillos de cerdo. Tenía un aspecto levemente familiar, pero Sam no acertó a descubrir dónde le había visto antes.

Quien le sorprendió fue el otro hombre, a espaldas del policía. No era un agente; iba demasiado bien arreglado, con una camisa de seda y una corbata azul asimismo de seda, la chaqueta de lino y los zapatos de cuero hechos a medida. Podría haber sido un banquero o incluso un juez en su día libre.

—¿Señor Corless? —dijo el de la mirada penetrante—. Mi nombre es Hackett, inspector Hackett. Y él es el doctor Quirke.

Sam permaneció inmóvil, con una mano apoyada en el marco de la puerta, mirándolos con frialdad. Una larga experiencia en el trato con las fuerzas del orden le había enseñado que lo más inteligente era decir lo menos posible. Intentó adivinar el motivo de aquella visita. Una cosa era un policía —de hecho, ahora estaba seguro de que había coincidido con aquel en alguna parte—, pero ¿un doctor? Y ¿qué clase de doctor era aquel? ¿En medicina o en otra materia? Había en él algo propio de los hospitales, pero había algo más, algo oscuro.

—¿Le importaría que entráramos un instante? Tenemos que hablar —dijo Hackett.

El rellano donde aguardaban olía a aire enrarecido, a fritanga y al cuarto de baño común que estaba en el piso de abajo.

—¿De qué tenemos que hablar exactamente? —preguntó Sam.

—Es un asunto delicado —contestó con amabilidad el policía. Llevaba el sombrero en la mano y giraba el ala con los dedos.

Corless permaneció pensativo un rato antes de echarse atrás y abrir del todo la puerta. Cuando los dos hombres entraron, la cerró y los condujo al diminuto cuarto de estar. Había un sofá, un sillón y una mesa plegable con las dos alas recogidas. Junto a la ventana, sobre una mesa baja, había un gran aparato de radio. El sintasol estaba tan gastado que en algunas zonas se veían las tablas del suelo. En una esquina había un fregadero, un escurrer platos y una cocina de gas de hierro negro. Se veían libros en todas partes: en las estanterías, sobre la mesa, encima de la radio, apilados en el suelo. En aquel espacio atestado, los tres hombres permanecieron envarados, escuchándose respirar.

—Su hijo se llama Leon, ¿no es cierto, señor Corless? —preguntó Hackett.

Corless guardó silencio un instante. No era lo que esperaba oír. Un afilado escalofrío se deslizó entre sus omóplatos.

—Sí, ¿por qué?

—Me temo que tengo malas noticias —dijo Hackett sin dejar de jugar con su sombrero—. Muy malas noticias.

Corless sintió cómo se le secaba la boca, igual que si se le hubiera llenado de polvo. Aguardó. El otro, el doctor, le observaba fijamente con una extraña y profunda quietud.

—Su hijo ha tenido un accidente, un accidente de coche, esta madrugada en Phoenix Park. Siento comunicarle que ha muerto.

En aquel mismo segundo, Corless vio olas, el mar con el sol encima, un brillo cegador y una pequeña figura que se aproximaba a él con algo en la mano. ¿Qué era? Un cangrejo moviendo las patas, una pinza estaba abierta y la otra se abría y cerraba en vano. *Mira, papá, ¡mira lo que he cogido!* El policía seguía hablando, pero Corless era incapaz de entender lo que decía. Los oídos le retumbaban. Se dirigió al fregadero dando zancadas, pasó de largo junto al policía y cogió una taza del escurrer platos, la llenó de agua del grifo y bebió, la llenó de nuevo y de nuevo se la

bebió. Su sed parecía insaciable.

El policía le preguntó algo.

Pero ¿por qué habían enviado a un policía? Normalmente asignaban semejante trabajo a algún pobre novato que estaba haciendo la ronda. Y ¿por qué un doctor?

Se volvió hacia Hackett con la taza aún en las manos.

—¿Qué? Lo siento, no he escuchado lo que decía.

—Le estaba preguntando cuándo fue la última vez que le vio... A su hijo.

Corless se llevó la mano a la frente. Era un hombre bajo y musculoso, con el pecho ancho de los conductores de autobús y fuertes hombros. Su cabello negro estaba engominado y peinado liso hacia un lado. Llevaba unas gafas baratas de montura transparente, la patilla izquierda estaba sujeta con un trozo de esparadrapo. Debía de tener cuarenta años largos, quizá cincuenta. Quirke le observó. Él ya había pasado por un momento como aquel y conocía su impacto, conocía la cruda y desgarradora sensación en el pecho, conocía la sequedad en la boca, las palmas húmedas, la falta de aire.

—Debería sentarse, señor Corless —dijo—. Yo quitaré los libros de la silla.

Los colocó en el suelo y Corless se sentó muy despacio, con mucho cuidado, como si pensara que la silla se derrumbaría con su peso.

—Gracias.

Corless se sentía tembloroso y sin fuerzas. El corazón le latía a toda velocidad. Le asombró ver el sol brillando en la ventana. ¿Cómo podía brillar el sol? Debería ser de noche... Debería ser de noche, estar sumido entre tinieblas, en lo más crudo del invierno. Debería ser la última noche del fin del mundo. Apoyó las manos en las rodillas. Llamó en silencio a su esposa muerta, pronunció su nombre en su cabeza, lo repitió una y otra vez.

El policía estaba hablándole de nuevo, preguntándole algo distinto o lo mismo que antes.

—¿Cómo?

—¿Ha estado en contacto con su hijo recientemente? Me gustaría saber si ustedes dos tenían... ¿Tenían una buena relación?

Corless apenas le escuchaba. Aguanta, se dijo clavándose los dedos en los huesos de las rodillas, aguanta; otros han sufrido cosas peores que esto, camaradas cuyas familias fueron aniquiladas; sus mujeres fueron violadas; sus padres, asesinados; sus hijos, torturados ante sus ojos. Aguanta.

—¿Buena? Hay cosas en las que no estamos de acuerdo. Política, ese tipo de cosas. Pero es mi hijo —apretó los dientes—. Era..., era mi hijo.

Hackett estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera como si allí hubiese algo que ver. Seguía con el sombrero en las manos.

—Así que a su hijo no le gustaba la política, no seguía la tradición familiar, digamos.

Corless lanzó una breve y áspera carcajada.

—Mi hijo está firmemente convencido del inevitable triunfo final del capitalismo.

Tenía la sensación de que la voz no le salía de la boca, sino de alguna máquina cercana, como si no estuviese hablando, como si las palabras que oía fuesen una grabación de mala calidad, una sucesión mecánica de eslóganes desgastados, afirmaciones, denuncias. Le sorprendía su propia actitud. Incluso en aquel momento, de pie ante el precipicio y con un mar de aflicción extendiéndose ante él, era presa de la vieja amargura, del viejo y agraviado sentimiento de decepción generalizada e indignación ante el sueño fracasado de transformar el mundo. ¿Qué importaba nada de todo aquello ahora?

El doctor estaba junto a la puerta, mirándole con la misma intensa atención. ¿Qué veía? Un hombre perdido, un hombre que se había entregado a una causa, se había encadenado a una férrea ideología. Todo lo que había amado le había sido arrebatado, su mujer y ahora su hijo. ¿Qué era la política comparada con la muerte de los seres amados? Cerró otra vez las manos en torno a sus rodillas. ¡No! Aguanta. *Aguanta*.

—Tenemos una duda sobre la causa de la muerte de su hijo, señor Corless —dijo el médico.

Corless intentó prestar atención. ¿Qué estaban diciendo? ¿Qué engaño estaban tramando?

—¿Qué quiere decir? ¿Qué duda?

El médico no contestó, se limitaba a contemplarle. ¿Qué demonios veía? ¿Qué buscaba? Parecía estar mirando por la lente de un microscopio, pensó Corless, examinando algún bicho atrapado entre dos placas de cristal, retorciéndose de pánico y dolor.

El policía se giró hacia él, dejando la ventana a su espalda.

—Como le he dicho, hubo un... un accidente en Phoenix Park. El coche de su hijo se estrelló contra un árbol. Hubo un incendio.

Corless le miraba fijamente, la cara contraída en una mueca de angustia.

—¿Se quemó? —preguntó—. ¿Se quemó Leon?

El policía movió la cabeza.

—Estamos prácticamente seguros..., el doctor Quirke está prácticamente seguro de que estaba muerto o al menos inconsciente antes de que el coche se incendiara. Eso es un hecho, el hecho de que no sufrió. No debe dudar de eso.

¿Cómo sabe usted que no sufrió?, deseaba preguntar Corless. ¿Cómo sabe lo que sucedió o lo que no sucedió? ¿Cómo sabe cómo fue la muerte de mi hijo? La muerte es la muerte, siempre hay sufrimiento. Cerró los ojos un instante y de nuevo vio a su mujer, ya apenas reconocible, tan consumida y frágil, tumbada de lado en la cama del hospital, vomitando bilis en el suelo. Él le había sujetado la frente con la mano, mientras la enfermera acudía corriendo. *Sam, Sam, ya no puedo más*. Y ahora Leon, abrasado en aquel maldito coche del que estaba tan orgulloso. ¡Qué ironía! Su hijo, el único hijo de Sam Corless, había muerto atrapado en el producto que era la quintaesencia del mercado capitalista.

Abrió los ojos y miró con determinación al médico.

—¿Qué quiere decir con que existe una duda sobre la causa de su muerte? ¿Cómo murió?

—Su coche se estrelló contra un árbol, pero según parece no iba a gran velocidad en el momento del impacto —dijo Quirke—. Además, sufrió un golpe de cierta consideración en un lado de la cabeza.

Hubo un instante de silencio.

—¿Qué está diciendo? ¿Alguien le golpeó antes? —inquirió Corless.

Quirke alzó las manos y se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo.

—Pero lo *está* diciendo, ¿no? Está diciendo que es una posibilidad... Más que una posibilidad, incluso.

—No estoy seguro de lo que estoy diciendo, señor Corless. La mía es una ciencia incierta.

—¿Y qué ciencia es la suya?

—Soy forense.

De nuevo, Corless vio el mar, derretido, incendiado, el murmullo final del agua y el crío que corría hacia él.

—Así que, señor Corless, según dice usted su hijo no mostraba ningún interés por la política... No se involucraba de ninguna manera —dijo el inspector desde la ventana.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importa eso? —dijo Corless.

Hackett se pasó un dedo por el mentón azulado.

—Si su hijo no murió por accidente, o si no era su intención morir...

—¿Cómo? —Corless se incorporó a medias antes de dejarse caer de nuevo en la silla—. ¿Si no era su intención morir?

Fue Quirke quien respondió.

—Los hombres de la ambulancia y los policías, que fueron los primeros en llegar al lugar, pensaron que se trataba de un suicidio. Pero quizá esa era la impresión que se pretendía dar.

Corless había inclinado la cabeza y la movía lentamente de un lado a otro igual que un toro herido. Todo aquello era un sueño, no podía ser real.

—Leon no se mataría —dijo—. Sencillamente no lo haría.

—¿Está seguro? —Hackett le observó con atención.

Corless se limitó a desviar la mirada. Se dio cuenta de que no había derramado una lágrima, ni una sola lágrima. Se alegró; cuando lloras, no lloras por los muertos, solo lloras por ti. Se sentía embotado. Se le pasaría, sí, el embotamiento desaparecería pronto.

Hackett se dirigió de nuevo a él.

—El asunto, señor Corless, es que si el doctor Quirke tiene razón... Y, dicho sea de paso, su ayudante está de acuerdo con él... Y su hijo murió en... Bueno, digamos,

en circunstancias poco claras, mi trabajo es averiguar qué sucedió, averiguar cómo murió Leon —hizo una pausa—. Usted, señor Corless, debe de tener enemigos. Es un hombre prominente, sus opiniones son bien conocidas y no son precisamente populares.

Una vez más se hizo el silencio en la habitación. El sonido del tráfico en la calle llegaba hasta ellos. Pasaron un caballo y un carro. Un borracho voceó un fragmento de una canción. Era una ciudad nueva, pensó Corless. Una ciudad que había empezado a existir hacía unos minutos, cuando le dijeron que Leon estaba muerto. Una ciudad nueva y yo ya no soy el mismo en ella. Muchas cosas habían muerto con su hijo y otras habían surgido, cosas que percibiría cuando desapareciera su embotamiento. Nada volvería a ser lo mismo.

—No entiendo nada —dijo, repentinamente quejumbroso—. No sé de qué me están hablando, qué me están preguntando.

—Lo siento —asintió Hackett—. Lo comprendo, lo mejor será que le dejemos en paz —miró de reojo a Quirke, que asintió.

En paz, pensó Corless. En paz.

Los dos hombres se dirigieron a la puerta. Corless no se movió de la silla. Tenía la sensación de que, si intentaba ponerse en pie, se caería hacia atrás y se desplomaría como un saco medio lleno.

El mar. Las olas. El niño con el resplandor del sol a la espalda, sin que ahora pudiera distinguir sus rasgos.

Cuando salieron a la calle, el calor los golpeó de nuevo, una vaharada llena de humo, y durante un segundo les costó respirar. Hackett miró su reloj.

—Ya ha pasado la hora del ángelus —hizo un gesto con la cabeza en dirección a un pub con la fachada de mármol que había en la acera de enfrente—. Ese sitio parece fresco y a nosotros nos vendría bien tomar algo para poder seguir luego.

Cruzaron la calle, sorteando el tráfico, y se adentraron por la doble puerta de vaivén en aquel silencioso santuario en penumbra. A Quirke nunca dejaba de asombrarle la grandeza palaciega de los pubs de Dublín. Aquel, con su gran vitral y su mostrador de mármol rosado, parecía una iglesia. Pasaron al acogedor salón revestido en madera con la sensación de estar colándose en una sacristía. Quirke deseaba beber alcohol —un gin-tonic, por ejemplo, con cubitos de hielo entrechocando y una leve capa de escarcha en la parte exterior del vaso—, pero se decidió por un agua con gas y una rodaja de limón. Hackett pidió un botellín de cerveza Bass. El camarero, alto, esquelético y con expresión lúgubre, tenía asimismo un aire eclesiástico. Les sirvió a través de una ventanilla cuadrada, inclinando su larga cara demacrada de monseñor y tomando el dinero como si fuese un diezmo.

—Pobre hombre, Corless. Nunca me han interesado ni él ni sus monsergas socialistas, pero me parece admirable cómo ha reaccionado al oír la noticia que le

traíamos —dijo Hackett.

Quirke sacó un cigarrillo de su pitillera de plata y lo encendió. Una vez más le impresionó cuán acre resultaba el olor del alcohol cuando no bebías. El vaso de cerveza de Hackett tenía un tufo a aguas del pantoque.

El camarero se aproximó con el cambio.

—¿No es excesivo este calor? —comentó en tono plañidero.

Bebieron, disfrutando de la calma de media tarde. Parecían ser los únicos clientes. Se escuchaba el zumbido ininteligible de una radio en algún rincón.

—Bueno, ¿qué opina? —preguntó Quirke.

—¿Qué opino de qué?

Quirke sabía que aquello no era una pregunta; él y Hackett tenían sus rituales.

—¿Tiene Corless enemigos tan enconados como para matar a su hijo? No me lo creo. Nadie se toma en serio a Sam Corless, salvo el arzobispo y algunos santurriones como nuestro viejo amigo el señor Costigan.

Hackett se rio entre dientes.

—Ay, Corless es un regalo del cielo para gente como Costigan. ¿Qué harían el uno sin el otro? Laurel y Hardy.

Joseph Costigan, un celoso católico de orígenes oscuros e intenciones nada claras, había irrumpido en la vida de Quirke en un momento crítico con nefastas consecuencias. Quirke estaba convencido de que Costigan, a pesar de haber sido un estrecho colaborador de su padre adoptivo, el fallecido juez Garret Griffin, era quien, unos años antes, había enviado a un par de matones para darle una descomunal paliza cuando tuvo la temeridad de inmiscuirse en los turbios asuntos de los Caballeros de St. Patrick, la sociedad semisecreta que Costigan parecía dirigir sin ninguna ayuda. Costigan clamaba sin descanso, en los periódicos y en la radio, contra Sam Corless y su insignificante y, con toda seguridad, inofensiva Alianza de la Izquierda Socialista. No cabía duda de que se alegraría al enterarse de la trágica pérdida de Corless y sugeriría, o tal vez incluso diría con franqueza, que la muerte del hijo era el dictamen y la venganza de Dios contra el ateo Samuel Corless.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó Quirke.

—¿Qué haré? —Hackett meditó la respuesta—. Esperaré para escuchar lo que dicen los chicos de la Policía Científica sobre el coche. Si lo rociaron con gasolina y lo prendieron, es bastante probable que ellos puedan confirmarlo, a menos que hagan una chapuza, cosa de la que son muy capaces —el policía terminó de un largo trago la cerveza que le quedaba, dejó el vaso y se secó los labios con el dorso de la mano—. ¿Y qué me cuenta de usted, doctor?

—¿Yo? ¿Qué sucede conmigo?

—¿Cómo se encuentra de verdad? Pero dígamelo en serio, ¿cree que ya está curado?

—Bueno, bueno —Quirke sonrió con ironía—, esa es una pregunta complicada. Mi cabeza está mejor, desde luego, o por lo menos no está tan mal como antes. Ya no

tengo visiones, o eso creo. Lo que quiero decir es: ¿cómo voy a saberlo si las cosas que veo son tan convincentes que parecen reales? Sigo teniendo lapsos en blanco, esa extraña experiencia en la que me separo de mí mismo. Los llaman «crisis de ausencia», según me han dicho. Siempre reconforta poder dar un nombre a una enfermedad.

Hackett le escuchaba a medias, mientras asentía con la cabeza.

—¿Y cómo está su chica? —preguntó.

Quirke no supo qué contestar durante unos instantes: ¿se refería Hackett a Phoebe o a su antigua amante, Isabel Galloway? Decidió que debía de tratarse de Phoebe. Hacía mucho tiempo que no veía a Isabel y era probable que pasase otro tanto antes de que la volviera a ver. Apagó la colilla y encendió otro cigarrillo.

—Phoebe está muy bien, que yo sepa. Dejó la tienda de sombreros. Ahora trabaja para una médico en Fitzwilliam Square... Una psiquiatra.

—No me diga —dijo Hackett, echando hacia atrás la cabeza y observando a Quirke con una de sus prolongadas y lentas miradas—. ¡Una psiquiatra! Vaya, vaya.

Era imposible saber qué pensaba al respecto. Quirke no creía que a Hackett pudiera agradaarle la doctora Evelyn Blake, pero por otro lado tal vez sí. Conocía al policía desde hacía muchos años, pero sabía de él tan poco como la primera vez que se encontraron. Ni siquiera estaba seguro de dónde vivía. Sabía que tenía una mujer y dos hijos ya mayores que estaban en Inglaterra. ¿O era en América?

Hackett y él apenas hablaban de temas personales, y cuando lo hacían, cada uno permanecía a salvo en su lado de la invisible barrera que existía entre ambos. Su amistad, y Quirke no imaginaba qué otro nombre darle, era de una clase especial y no muy frecuente. A ambos les convenía. Habían trabajado juntos en media docena de casos: ¿los convertía eso en un dúo? ¿En un equipo? Había algo levemente absurdo en ese concepto y Quirke lo descartó. No había formado parte de un equipo en su vida y ya era demasiado tarde para empezar a hacerlo.

—¿Le he dicho que estoy viviendo con Malachy Griffin y su esposa? —dijo.

—Sí, me lo ha dicho. Debe de encontrarse muy cómodo allí —contestó Hackett.

Sí, se dijo Quirke, esa era la palabra: cómodo.

—Estoy deseando volver a trabajar.

Llevaba mucho sin pensar en el trabajo. La llamada de Sinclair para que echara un vistazo al cuerpo de Leon Corless debía de haber despertado la idea en su cabeza. En cualquier caso, antes o después tendría que volver a trabajar. ¿O había pensado en jubilarse? Quirke nunca estaba plenamente seguro de lo que sucedía en su interior y siempre se sorprendía ante decisiones que no era consciente de haber tomado. Pero sí, sí volvería a trabajar. Sinclair sufriría una decepción; Quirke sabía que lo consideraba acabado desde hacía tiempo. Eso era razón suficiente para aparecer el lunes por la mañana en el hospital de la Sagrada Familia y reclamar su antiguo puesto, su antigua autoridad, ocupar de nuevo su pequeño dominio. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se levantó, se dirigió a la ventanilla y se inclinó.

—Póngame un gin-tonic cuando pueda —dijo al cadavérico camarero—. Doble.
Y otro botellín de Bass para mi amigo.

Ballytubber era uno de esos pueblos costeros sin razones aparentes para alzarse donde están o incluso para existir. Se encontraba situado en el interior, a unos dieciséis kilómetros del mar, en un pliegue entre colinas arenosas donde dormitaba tranquilamente. Ninguna carretera importante pasaba por allí, ni siquiera cerca. No se hallaba de camino a ninguna parte, excepto a un par de pueblos similares. En los años inmediatamente posteriores a la guerra había disfrutado de un auge momentáneo como destino veraniego y unas cuantas familias adineradas de Gorey y Arklow, e incluso una o dos de Dublín, construyeron allí una casa para las vacaciones. Tenía tres pubs, un supermercado, y una iglesia protestante pequeña y encantadora —como les gustaba describirla a sus parroquianos con silenciosa satisfacción de propietarios—, aunque ninguna para los católicos, lo que era fuente de resentimiento e incluso en ocasiones de tensión en la comunidad. Durante la guerra civil, en la encrucijada que estaba al norte del pueblo hubo una emboscada que se saldó con la muerte a tiros de un joven de la localidad. Aquel suceso era conmemorado con bastante frecuencia a altas horas de la noche en canciones y relatos en el Ballytubber Arms o en cualquiera de los establecimientos hermanos. Salvo por ese episodio de gloria manchado de sangre, nada había sucedido en Ballytubber según decían los ballytubberianos, sin que quedara claro si se jactaban o se lamentaban de ello.

Malachy Griffin era uno de los tipos importantes de Dublín que habían construido una casa en el pueblo. En realidad, no era una casa, sino un chalet de madera de una sola planta con el tejado sellado con alquitrán, paredes con tablillas machihembradas y un porche acristalado por el que se colaba el agua en invierno, ocasionando un olor a humedad en las habitaciones de la vivienda que ni siquiera los veranos más calurosos conseguían erradicar. Tenía dos dormitorios: uno con una cama de matrimonio y otro con una especie de catre alargado de muelles que, pese a haber perdido su elasticidad hacía mucho, seguían resonando cada vez que se movía quien durmiera allí.

Cuando llegaron, Phoebe intentó enseñarle la casa a Lisa, pero esta se encontraba demasiado alterada como para prestar atención. Se dirigieron al dormitorio más grande y, cuando Lisa insistió en quedarse en el pequeño, Phoebe le dijo que aquello no tenía sentido, pues iba a ser la única ocupante de la casa. Al final, Lisa aceptó de mala gana y llevó su maleta al cuarto con la cama de matrimonio.

Se habían detenido en el ultramarinos de Mahon, en la carretera de Wexford, para comprar provisiones. Mientras Lisa deshacía la maleta, Phoebe puso la mantequilla, la leche y los huevos en la fresquera con la puerta de malla, una hogaza en la panera, el té en la lata del té. Guardó las lonchas de jamón cocido envueltas en papel encerado, los tomates, la lechuga y las cebolletas y una caja con un surtido de galletas de chocolate. Estaba segura de que habían olvidado algo importante. Comprobó que hubiera jabón y todo lo necesario en el baño, sacó toallas limpias, encendió el

calentador de agua sobre la bañera. Se sentía como si fuese una niña jugando a las casitas.

¡Vino! Deberían haber comprado vino antes de marcharse de la ciudad. Ahora era demasiado tarde, pues en Mahon no encontrarían nada. En cualquier caso, Phoebe no sabía si Lisa bebía alcohol. Era una de las muchas cosas que desconocía de Lisa.

Prepararon el té y se sentaron a la mesa de la cocina para tomarlo. Se hizo un silencio incómodo, ninguna de ellas sabía de qué hablar. Había hormigas en el cuenco del azúcar.

—Eres muy amable —dijo por fin Lisa—. Para ti soy prácticamente una completa desconocida y aun así me prestas tu casa.

—Bueno, no es mía, es de mi tío. Yo vivía con él y con mi tía. De hecho, viví con ellos hasta que cumplí los diecinueve. Yo creía que eran mis padres.

—¿Creías?

Phoebe se rio.

—Es una historia complicada. Tal vez te la cuente algún día.

De nuevo callaron hasta que habló Lisa.

—¿Sabe tu tío que estoy aquí? —preguntó tímidamente.

—No, pero si se enterara no le importaría. Se llama Griffin, Malachy Griffin —se detuvo al percibir un titubeo en los ojos de Lisa. ¿Habría reconocido el nombre?—. Antes era médico; bueno, me refiero a que ahora está jubilado. Apenas viene por aquí, salvo muy de vez en cuando para comprobar cómo está la casa. Su primera mujer murió hace unos años —calló y, con expresión soñadora, desvió la mirada—. Lo pasábamos muy bien aquí. Tengo la sensación de que fue hace siglos.

Silencio una vez más. Lisa, en su silla, estaba encorvada sobre su taza de té. A pesar del viaje, de la compra en Mahon, de la llegada a la casa y de haber desempaquetado la maleta, el miedo no la había abandonado ni un solo momento. Lo primero que había hecho cuando entraron fue ir de ventana en ventana escudriñando el exterior, sin que Phoebe alcanzara siquiera a adivinar qué esperaba encontrar: ¿perseguidores acechando en los arbustos, agresores potenciales escondidos detrás de los troncos?

—Escucha, Lisa, veo lo asustada que estás, vas a tener que contarme qué sucede. ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguien te ha hecho algo? ¿Por qué crees que te persiguen?

Era difícil saber si Lisa, que tenía los ojos clavados en la superficie de la mesa, la había escuchado. Se irguió y con un suspiro echó a un lado la taza de té a medio beber.

—Alguien resultó herido —dijo, eligiendo con cuidado las palabras, como si fuesen escalones traicioneros cubiertos de lodo—. Alguien a quien yo conocía.

—¿Cuándo? Me refiero a cuándo resultó herido.

—Anoche.

—¿Anoche?

—Sí.

—¿Está en el hospital?

—No —una larga pausa—. No está en el hospital. Murió.

Phoebe se llevó la mano a la boca.

—¿Murió? —susurró—. ¿Cómo?

—Hubo un accidente de coche. Él era el único que estaba dentro. El coche se estrelló contra un árbol y se incendió. Eso es lo que dijeron en las noticias.

—¿Y eso sucedió anoche?

—A primera hora de esta mañana. Yo había estado con él antes de que ocurriera. Hui.

Lisa miró de nuevo la mesa, como si estuviese hipnotizada. Se encuentra en estado de *shock*, pensó Phoebe.

—¿Qué quieres decir con que huiste?

—No puedo contarte más. Ni siquiera debería haberte contado eso.

Phoebe recordó que en la casa solía haber una botella de brandy. Se levantó de la mesa y buscó en los aparadores, luego se dirigió al cuarto de estar para buscar allí. Al final, localizó la botella en una estantería detrás del aparato de radio, que ya no funcionaba. Solo quedaba una gota de brandy. Regresó a la cocina, cogió un vaso de vino y vació en él la botella antes de ponérselo delante a Lisa.

—Bébetelo —dijo.

Lisa frunció el ceño. El temor la había dejado en un estado de incontrolable desconcierto; era como un sonámbulo a quien hubiesen despertado bruscamente.

—¿Qué es? —preguntó.

—Brandy. Hay muy poco, mira. Bébetelo, ahora.

Phoebe se dirigió al fregadero y llenó un vaso con agua del grifo. El agua de Ballytubber tenía fama de ser la mejor y más dulce del país. En las afueras del pueblo, en la carretera a Enniscorthy, había en otro tiempo una fuente de agua milagrosa. Enfermos e inválidos de todos los rincones del país acudían a ella; tal vez aún lo hacían. En el pueblo había vivido asimismo un renombrado componedor de huesos al que acudía mucha gente, especialmente mujeres, y no solo de la zona, también de Dublín y hasta de Londres. Había otro mundo —¡había mundos!— más allá del que ella conocía, el mundo de la ciudad, donde la vida tenía fama de ser abierta y sofisticada, aunque, de hecho, a su manera era más limitada que la vida de aquel pequeño pueblo. Allí existían antiguos modos secretos que se remontaban a un tiempo anterior al comienzo de la historia. Aquel era un espacio de rituales, de ofrendas, de sacrificios.

Intentó recrear lo ocurrido en su cabeza: el parque sumido en la oscuridad, y en el centro de la oscuridad una inmensa pira bajo un árbol, disparando llamas entre las hojas, chamuscándolas; tras el parabrisas, una figura desplomada sobre el volante. ¿Cómo era aquel verso de la Biblia sobre el horno de fuego ardiente? No conseguía recordarlo. Sintió un escalofrío de terror. ¿Se había comportado como una necia al atender a aquella chica desesperada? ¿Y si Lisa se lo había inventado todo? ¿Y si

sufría delirios? Podía ser alguien que se hubiese escapado de un manicomio. Podía ser cualquier cosa... La oscuridad presionaba los cristales, como un cuerpo que estuviese intentando entrar.

Lisa no había tocado el brandy. Estaba llorando, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pero su expresión seguía vacía.

—Tengo tanto miedo —dijo con una extraña voz, como si canturreara—. Y voy a tener un niño.

En los últimos tiempos, la cena en casa de los Griffin se había convertido en un trámite solemne, una suerte de sagrado y enojoso ceremonial más que una comida. No estaba claro cómo se había llegado a semejante situación y nadie parecía saber qué hacer al respecto. Rose creía que era culpa de la casa, a la que había empezado a referirse como «el establo», o incluso «el mausoleo» cuando Mal no la oía. Era un edificio enorme, una mansión con imponentes salas de recepción doradas, amplias escaleras que se dirían diseñadas por M. C. Escher y que conducían a silenciosos rellanos, y adustas habitaciones tapizadas en brocado que no parecían destinadas a dormir, sino a otro tipo de reposo, como un velatorio, un coma por encantamiento o siestas vampíricas.

—*Odio* este sitio, pero al mismo tiempo me apasiona —suspiraba Rose—. Soy una retorcida, lo sé.

Los orígenes estadounidenses de Rose eran oscuros. Su acento sureño sugería recepciones, sirvientes negros con levitas y pelucas empolvadas e infinitos acres de campos de algodón, pero una vez ella confesó a Quirke que en cierto momento de su vida había trabajado en una tintorería.

Quirke también disfrutaba del horror de la casa de manera masoquista. De alguna forma concordaba con su estado: no estaba ni enfermo ni sano; tampoco realmente vivo, sino que flotaba, medio hundido en su ensimismamiento. El hogar tenía sus distracciones. Había, por ejemplo, cierta lúgubre comedia en las crecientes excentricidades de Mal. Su última pasión era el jardín. La prolongada duración del buen tiempo, con días frescos y soleados y noches suaves y cortas, le tenía tan excitado como un abejorro y pasaba feliz las horas entre los rosales y los arriates. Aunque la mayor parte del trabajo lo realizaba un jardinero, Casey, un tipo viejo y nudoso con ojos brillantes de patán —era un peligro con el podón y las tijeras—, este permitía que el señor Malachy, como llamaba al dueño de la casa con manifiesta ironía, se presentara como el impulsor y cultivador jefe de la abundante producción de la temporada.

Mal estaba orgulloso de sus guisantes, y aquella semana el plato principal de la cena noche tras noche había sido una fuente de cristal tallado con esos frutos delicados y, en opinión de Quirke, indecentemente llamativos. Su perfume adormecedor añadía un peculiar sabor a la trucha a la parrilla y a la ensalada que Maisie servía en aquel momento a los tres comensales, sentados alrededor de la gran mesa de roble pulido como tres figuras de cera de tamaño natural.

—Gracias, Maisie, puedes dejar la ensalada. Ya nos serviremos nosotros —dijo Rose.

—Sí, señora.

Maisie había estado recluida —esa era la palabra— en la Lavandería Madre de Misericordia, adonde la envió su familia cuando su propio padre la dejó embarazada.

La lavandería era una de las numerosas instituciones creadas y financiadas por el padre de Mal, el juez Griffin, en colaboración con el primer marido de Rose, el fallecido Josh Crawford, para alojar, y apartar de la vista, a docenas de niñas y jovencitas como Maisie. Fue Mal, animado por Quirke, quien sacó a Maisie de la lavandería y la llevó a su casa para trabajar como cocinera, gobernanta y criada para todo. El tabaco era el gran vicio de Maisie, y Rose tenía que enviarla con frecuencia al baño para que se quitara las manchas de nicotina de los dedos frotándoselos con piedra pómez.

La cena no acababa nunca. Con grave soniquete, Mal se deshacía en elogios sobre sus guisantes y de paso aprovechaba para quejarse con suavidad de la supuesta holgazanería de Casey. Rose intentó captar el interés de Quirke hablándole de un libro que estaba leyendo, pero él no lograba prestar atención y el tema pronto languideció. Afuera, en el jardín, un mirlo silbaba sin descanso y su melodía sonaba tan tensa y florida como la del cantante principal en una ópera. La trucha a la parrilla estaba seca; el vino blanco, tibio.

—Ese, en concreto, se llama Winston Churchill —dijo Mal.

Rose se giró para mirarle.

—¿Cómo? —dijo, perpleja.

—Ese, ahí —Mal apuntó con el cuchillo un guisante de la fuente, de un rojo tan vivo como la sangre del corazón—, toma su nombre de Churchill.

—Fascinante —replicó Rose antes de volver el rostro de nuevo hacia su plato.

Quirke los observaba: su hermano adoptivo, estirado, quisquilloso y prematuramente envejecido, y Rose, atractiva, impaciente, insatisfecha. No creía que fuesen infelices juntos, pero tampoco que fueran felices. Una vez más se preguntó en vano sobre el misterio de su vida en pareja.

—Voy a volver al trabajo —dijo.

Ambos, Mal y Rose, dejaron de masticar y, con el cuchillo y el tenedor en vilo, se quedaron mirándole.

—¿En serio? —preguntó Rose.

Él asintió.

—Sí, creo que ha llegado el momento de hacer algo conmigo mismo, de hacer algo útil. Estoy empezando a atrofiarme.

Rose sonrió con escepticismo.

—Imagino que esto guarda relación con el joven que vino a verte hoy.

—¿Qué joven? —preguntó Mal, mientras su mirada se desplazaba de uno al otro.

—Su ayudante en el hospital —contestó Rose.

Mal se volvió hacia Quirke.

—¿Sinclair? ¿Ha estado aquí?

—Sí —dijo Quirke—. Quería que le echara un vistazo a algo.

—¿Has ido a la Sagrada Familia?

Quirke dejó el cuchillo y el tenedor. Sentía como si el pescado, su textura

apelmazada de algodón hidrófilo, se le hubiese quedado hecho una bola tras el esternón.

—Sí, he ido. Qué sensación tan rara he tenido. Como en uno de esos sueños donde te envían de nuevo a la escuela, aunque ya eres un adulto.

Rose lanzó un bufido.

—¿Y eso es lo que ha hecho que decidas volver a trabajar? Cómo te gusta sufrir, Quirke.

Quirke se retrepó en la silla.

—También voy a regresar a mi piso. Ya he abusado suficiente de vuestra hospitalidad. Os alegrará tener de nuevo la casa para vosotros.

El espacio entre las cejas de Rose, repentinamente tenso, palideció y su sonrisa se endureció.

—Todo esto es muy repentino —dijo con tono vivo y suspicaz—. Deberías habérmelo dicho antes, haberlo comentado con nosotros.

Mal tenía los ojos fijos en su plato; cuando Rose se enfadaba, todos bajaban la mirada. Quirke la observó desconcertado, mientras se preguntaba por qué estaría enfadada.

—Lo siento, no quería soltarlo así. De hecho, lo he decidido hace un instante.

No estaba seguro de por qué se disculpaba. Era dudoso que su presencia en la casa los últimos meses hubiese sido una fuente de pura felicidad. Nunca había llegado a saber qué sentía Rose por él o qué sentía él por ella. Parecía poco probable que la única vez que se habían acostado, años atrás, hubiese sido tan importante para ella. No obstante, en ese momento recordó cómo aquella precisa mañana ella había hablado de que él la besara o de que ella le besara a él, ya no se acordaba. No había prestado gran atención, dando por supuesto que se trataba de una de las bromas de Rose. Pero ¿y si se equivocaba? No era capaz de imaginarse deseando a Rose como la había deseado fugazmente en el pasado. Para él, ella era la mujer de Mal, por anacrónica que pareciese la pareja.

Rose había reanudado su cena y estaba comiendo, o al menos ejecutaba los gestos de comer con pequeños movimientos rápidos y airados.

—Lo siento —dijo de nuevo Quirke—. Como de costumbre, he actuado con torpeza. Os agradezco mucho a los dos que me hayáis aguantado tanto tiempo, pero ha llegado el momento de que me ponga en marcha.

Rose ni siquiera alzó la vista, como si no le hubiese escuchado, mientras que Mal le miró, tras los relucientes cristales de sus gafas de montura metálica, con aquella expresión de vaga perplejidad que parecía no abandonarle últimamente.

—No *tienes* que irte. Sabes que puedes quedarte tanto tiempo como desees —le dijo.

Quirke dobló la servilleta, la dejó junto a su plato, puso ambas manos sobre la mesa y apoyándose en ellas se levantó. Mal seguía mirándole, inquieto y confundido. Rose continuó sin levantar la cabeza. Quirke se dio la vuelta envarado y salió de la

habitación. Se sentía como si le hubiesen dado un objeto precioso para que lo sujetara y admirara y, en lugar de eso, él hubiera dejado que se resbalara, haciéndose añicos a sus pies.

¿Por qué todo tenía que ser siempre tan difícil?

Subió a su dormitorio, grande y desangelado. De repente apareció ante sus ojos como una simple celda, astutamente disfrazada, donde durante un largo período, demasiado largo, había permanecido en voluntaria reclusión. Hizo la maleta con rapidez —tenía pocas cosas— y la llevó abajo. Media hora antes se sentía parte de la casa, tan integrado como una pieza del mobiliario; ahora no veía el momento de marcharse. La casa estaba silenciosa. Sabía que debía ir a buscar a Rose para hacer las paces. En lugar de eso, atravesó en silencio el zaguán, abrió la puerta de entrada con el mayor sigilo y se zambulló en la tarde soleada.

Las sombras se proyectaban nítidas y sesgadas en la calle. Mientras caminaba, pasaron algunos coches, pero ninguno era un taxi. No le importó, ya no tenía prisa. Le llenaba una sensación nueva de libertad, casi de levedad. Era un fugitivo.

Al llegar a Merrion Road, giró a la izquierda rumbo a la ciudad. Un coche patrulla de la Garda apareció a su espalda y disminuyó la velocidad. El policía sentado en el asiento del copiloto lo observó con recelo. Quirke supuso que debía de tener un aspecto extraño: un hombre con un traje y un sombrero oscuros que paseaba sin rumbo cargando una maleta. El coche siguió de largo. Apareció un taxi, que venía en la dirección opuesta. Quirke le hizo una seña y el coche giró en la calle. Se acomodó en el asiento de atrás. El conductor era un hombre de campo con una gran cabeza redonda y las orejas rojas.

—Al final de Mount Street —dijo Quirke.

A casa, pensó. No era una palabra que acudiera a menudo a su mente; desde luego, no cuando pensaba en sí mismo.

El día se negaba a terminar. A las diez y media, el cielo parecía una fuente invertida de un brillante azul violáceo salvo en poniente, donde la puesta de sol recordaba una encendida batalla naval, un Trafalgar detenido. Permaneció de pie junto a la ventana abierta del piso, estirando el cuello para ver, más allá de las casas altas que había enfrente, una pálida estrella solitaria suspendida sobre los tejados, una daga de luz trémula. Hacía mucho que no se sentía tan tranquilo, tan despreocupado. Sereno: la palabra surgió espontáneamente. Se sentía sereno. ¿Por qué había permanecido tanto tiempo en casa de los Griffin? ¿Por qué había permitido, para empezar, que le metieran en sus tediosas vidas, en aquella casa desabrida?

El piso olía a cerrado, pero no le importó. Sí, estaba en casa.

Se preguntó qué hacer, cómo pasar aquella noche interminable. Era una sensación

maravillosa no tener que complacer a nadie, no tener que pensar en nadie salvo en sí mismo. No podía irse a la cama, no conseguiría dormir... ¿Quién era capaz de dormir en las noches blancas? En el pasado se habría acercado al 47, en Haddington Road, o al Shelbourne, donde sin duda se habría encontrado con alguien para tomar una copa. Pero no podía regresar a su vieja vida. Si empezaba a beber, no se detendría. Se había caído del tren demasiadas veces y tenía magulladuras que lo mostraban, desgarros permanentes.

Cogió el sombrero y bajó a la calle.

Las putas ya estaban allí, una media docena: la mayor, con el bastón, que llevaba en el negocio desde que él vivía allí, y dos jovencitas, vestidas de negro y tan flacas como cuervos, que debían de ser nuevas porque no las había visto antes. A menudo se preguntaba cómo serían sus vidas, de dónde vendrían, cómo habían acabado haciendo la calle. Habría podido hablar con ellas, preguntarles, pero nunca reunía el valor suficiente. Había crecido en un mundo de hombres; un mundo primero de sacerdotes y hermanos cristianos, luego de estudiantes de Medicina, después de médicos, como él. También había conocido a mujeres, por supuesto, pero aquel había sido siempre un conocimiento de cierto tipo, uno que se detenía justo debajo de la superficie o, en la mayoría de las ocasiones, justo en la superficie. ¿Habrían sido diferentes las cosas si hubiese existido una madre que le cuidara, que le enseñara, que le permitiera acceder a secretos de los que solo las madres estaban al tanto? Nunca lo sabría. Suponía que exageraba el valor de todo lo que no había conocido.

Era un dulce deleite secreto compadecerse de uno mismo de vez en cuando, lamentar los quebrantos e infortunios propios.

A veces tenía la sensación de que llevaba toda su vida con la espalda contra un alto muro al otro lado del cual se celebraba un espectáculo circense sin fin. La brisa le traía en ocasiones el redoble de un tambor o un fragmento de música estridente, un grito ahogado de asombro o una oleada de agudas risas de la multitud. ¿Por qué no podía escalar el muro, alzarse a pulso aunque le sangraran las manos y se le astillaran las uñas, saltar al otro lado, correr hacia la entrada de la carpa y mirar dentro? Tan solo para ver cómo era la actuación, aunque no entrase. Incluso si solo llegaba a vislumbrar la mísera magia de las lentejuelas merecería la pena.

Atravesó Merrion Square. Tras la verja, la vegetación irradiaba su nocturna fragancia. No se encontró con nadie. Por alguna razón, las putas no se aventuraban hasta allí y se quedaban por Mount Street y el canal, Fitzwilliam Square, Hatch Street. Quirke era consciente de la agradable y melancólica sensación que mecía su corazón, tan suave y penetrante como la fragancia de los árboles y de las plantas. Estaba vivo. Resultaba sorprendente, por inverosímil, aquel proyecto misterioso y en apariencia sin sentido que era su vida.

Entró en Merrion Street. Varias ventanas de los edificios gubernamentales estaban encendidas. Pensó en los pobres esclavos a quienes sus ministros habían ordenado que se quedaran para finalizar un informe, diseñar un programa, formular preguntas

para el Parlamento. Se preguntó si Leon Corless se habría sentado junto a una de esas ventanas, bien entrada la noche, haciendo... ¿Haciendo qué?

Antes de comenzar sus estudios de Medicina, Quirke consideró durante un tiempo ingresar en la administración pública. Había sacado muy buenos resultados en los exámenes finales del colegio y quedado entre los cincuenta mejores del país: ante él se abría una carrera como burócrata, como mandarín. Qué extraño pensar que él mismo podría haber estado tras una de aquellas ventanas, encorvado sobre la mesa, emborronando con la pluma un folio tras otro mientras el largo día se desvanecía en la noche crepuscular de mediados de verano. Qué extraño.

En la esquina con Merrion Row un coche solitario estaba detenido ante el semáforo. Al llegar a su altura, Quirke advirtió que era Phoebe quien se encontraba tras el volante. En aquel instante, la luz cambió a verde y el coche se puso en marcha. Quirke corrió tras él, lo alcanzó y golpeó el techo con los nudillos. Phoebe frenó y miró hacia fuera asustada. Él abrió la puerta del pasajero y se inclinó hacia dentro.

—Soy yo —dijo, riendo.

—¡Quirke! Me has dado un susto de muerte... Creí que eras un vagabundo, o algo por el estilo. ¿Qué haces deambulando por las calles a estas horas?

Un coche se aproximó a su espalda y el conductor tocó la bocina.

—Lo siento —dijo Quirke, sin quitar la mano de la puerta—. Te vi y... Y pensé... Solo pensé en decirte hola.

A su espalda sonó de nuevo el claxon, un bocinazo más largo ahora.

—Entra de una vez, ¡por amor de Dios! —le conminó Phoebe.

Quirke se sentó a su lado, sintiéndose como un tonto y tontamente alegre.

—Lo siento —repitió.

—¿Qué sucede? —Phoebe arrancó y giró hacia Baggot Street.

—No sucede nada. Yo... —Quirke se detuvo. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo explicar algo tan simple como la felicidad?—. Estaba dando un paseo.

—Estás muy lejos de Ailesbury Road.

—Bueno, de eso mismo se trata, ves. Ya no vivo en Ailesbury Road. He vuelto a mi piso —dijo.

Ella le miró de reojo.

—Me alegra oírte decir eso.

—¿Te alegras?

—Por supuesto. Desde el principio, cuando fuiste allí a quedarte, pensé que estabas loco.

—¿Por qué?

—Ay, Quirke, ¿es que nunca te enteras de nada?

—Qué curioso, Rose dijo algo similar esta mañana —se rio de nuevo—. En cualquier caso, la respuesta, por supuesto, es sí... Nunca me entero de nada.

Se miraron sonriendo, algo desvalidos. De alguna forma, a Quirke le pareció un momento emblemático, como si las cosas tuviesen que suceder de esa manera entre

ellos: encuentros por casualidad al anochecer, sin saber qué decirse y sin que eso les importara. Porque no importaba: podían hablar o permanecer en silencio, daba lo mismo. Sintió de nuevo aquella felicidad, un pellizco en el pecho, una especie depreciado dolor.

Phoebe se dirigió a Herbert Place. Subieron por la escalera escasamente iluminada hasta su apartamento, en el primer piso. Grandes sombras flotaban en el cuarto de estar y, a través de la ventana, la farola de la calle proyectaba en el suelo un paralelogramo que resplandecía amarillento, como la ilustración de un libro de geometría; una de sus esquinas se doblaba en ángulo en el espacio donde se encontraba con la pata de una silla.

Phoebe soltó el bolso y las llaves sobre la mesa y se aproximó a la ventana.

—A menudo no enciendo la luz, tan solo dejo las cortinas abiertas. ¿Te importa?

—No, no me importa.

—Me gusta permanecer en la oscuridad y contemplar la noche, tan brillante y tranquila. Fantaseo con que afuera hay un animal gigantesco, apretujado contra la casa, durmiendo.

—El gato de medianoche —dijo Quirke.

—¿Cómo?

—Así solía llamarlo tu madre: el gato de medianoche. A ella también le gustaba la oscuridad, decía que la prefería al día. Atraía su lado felino.

Recordó a Delia, muerta hacía tanto tiempo, cómo se acurrucaba ronroneando contra él: su lado felino. Se alegró de que estuviese oscuro; no deseaba que Phoebe viese su cara, su expresión. Ya casi no pensaba en su esposa muerta.

—¿Preparo café? —preguntó Phoebe.

Se giró hacia él, con la espalda hacia la ventana, y su rostro se convirtió en una máscara vacía, anodina.

—Como quieras. Siempre que tú también vayas a tomar café, claro.

—Ay, Quirke, ¿no puedes simplemente contestar sí o no, sin darle más vueltas?

Él la siguió a la cocina. Ella encendió la luz allí. Quirke observó cómo llenaba el hervidor en el fregadero. Qué pálida se veía, y cansada. Se preguntó adónde habría ido con el coche, el coche de Sinclair. Sabía que a ella no le gustaba conducir, especialmente de noche.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Ella no le miró.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé. Pareces... No sé.

—Te preocupas de todo el mundo. De todos, excepto de ti mismo, claro —dijo ella.

—La gente siempre me dice eso.

—¿Y no crees que a lo mejor tiene razón?

—A lo mejor. Lo dudo. A veces me parece que solo pienso en mí mismo, que soy

incapaz de pensar en nada que no sea yo. Soy mucho más egoísta de lo que creen los demás.

—Todos nos sentimos así, Quirke. Somos prisioneros de nosotros mismos.

Puso el hervidor sobre un quemador y encendió el fuego. Percibieron el blando olor del gas al quemarse. Un día, pensó él, un día, sin ningún motivo, me acordaré de todo esto: la oscuridad en la ventana, la llama del gas chisporroteando, el mantel de cuadros rojos y blancos, las tazas, el aroma a café molido y Phoebe con su vestido negro con el cuello de encaje blanco, esta hija mía que parece una monja.

—¿Qué sucede, Phoebe? —le preguntó.

Esta vez ella lo miró, una fugaz ojeada.

—No es nada. O tal vez sí. No lo sé. Vamos a esperar a que se haga el café y te cuento.

El hervidor entró en ebullición y Phoebe vertió el agua en la cafetera de filtro, la colocó sobre el quemador y bajó el fuego. El café empezó a borbotear enseguida contra la tapa de cristal de la cafetera. Sacó tazas, platitos, cucharas. Sirvió el café. Él la observaba. A veces pensaba que habría sido mejor médico que forense. Tenía ojo para percibir cómo se movían los demás, sus tics, sus tensiones. Pero ¿habría sido capaz de relacionarse con los vivos? Por decirlo de algún modo, hasta los muertos resultaban demasiado para él.

Regresaron al cuarto de estar con las tazas en la mano. A sus ojos les llevó un tiempo adaptarse a la oscuridad. Quirke se raspó una espinilla contra algo. Phoebe le preguntó si quería que encendiera la luz, pero él dijo que no. Suponía que tampoco ella querría que él viese su cara. Ambos preferían el anonimato de las sombras.

Quirke avanzó a tientas hasta la mesa y se sentó en una silla de mimbre, mientras que Phoebe se acomodaba sobre el brazo del sofá; la luz de la farola de la calle iluminaba sus rodillas.

—Hoy me he encontrado con alguien —dijo—. Alguien que conocí en la academia donde hice el curso de taquigrafía. Ha sido muy extraño. Estaba comiendo en el Country Shop y la camarera me ha traído una nota, apenas unas palabras, donde se me pedía que fuese al parque.

Se quedó en silencio, mientras observaba cómo Quirke encendía un cigarrillo. Al frotarla, la cerilla produjo una súbita esfera creciente de luz amarilla y la cara de él quedó iluminada igual que una caricatura, la nariz grotescamente curvada y las cuencas de los ojos vacías.

—¿De quién era la nota? —preguntó él.

—De una chica llamada Lisa, Lisa Smith. Apenas la traté durante aquel curso, solo nos saludábamos con un hola o con un gesto de cabeza. Ella me vio por el ventanal del café, me escribió esa nota y se la dio a la camarera para que me la entregara. Fui al parque como me había pedido y, en efecto, allí estaba ella, esperándome junto al estanque —hizo una pausa—. ¿Me das un cigarrillo? Se me han acabado los míos.

Él se puso en pie y se aproximó a ella con la pitillera en la mano.

—¿Yo sabía que habías vuelto a fumar? —preguntó.

—No lo sé. ¿Lo sabías?

—Es probable, me olvido de todo sin parar. Tengo un buen barullo en la cabeza.

Ella se rio.

—Eso es lo que solía decir Nana Griffin.

—¿De verdad? Bueno, resulta bastante apropiado. Últimamente me siento como si fuese la abuela de todo el mundo.

—¡Vamos, Quirke!

Él se dirigió de nuevo a la mesa y se sentó. Aunque sabía que Phoebe le regañaría, utilizó el platillo de la taza como cenicero.

—Sigue contándome lo de esa chica. ¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó.

—Lisa Smith. Al menos así se presentó ella.

—Creí que me habías dicho que la conocías.

—Te lo he dicho, estaba en el mismo curso que yo, eso es todo. No creo que supiera su nombre ni siquiera entonces. Era una más de la clase —se detuvo un instante a reflexionar—. Pero «Lisa Smith» no me suena. Lisa, sí, pero no Smith. Parece como si se lo hubiera inventado.

—¿Qué quería de ti?

—Que la ayudara. No sé en qué lío anda metida. Para empezar, está embarazada.

—¿Y no está casada?

—No.

—Entonces, sí está en un lío.

Phoebe hizo un gesto displicente con la mano, la brasa del cigarrillo dibujó un breve arabesco en la oscuridad.

—No me refiero a eso, estoy hablando de un problema serio. Su novio se mató.

Algo en la oreja izquierda de Quirke, o más bien justo sobre ella, donde estaba la lesión de su cerebro, pareció dar un chasquido, como un interruptor de la luz al ser pulsado. Aquel podría ser el último sonido que un día escuchara. La luz ya no se encendería.

—¿Se mató? ¿Cómo?

—En un accidente, no sé muy bien: un coche se estrelló, hubo un incendio... No sé. Ella empezó a contármelo y de repente se detuvo y no quiso seguir.

—¿Cuándo sucedió eso?

—A lo largo de la noche de ayer o a primeras horas de esta mañana.

Quirke se levantó con estrépito.

—¿En Phoenix Park?

Ella intentó ver su rostro en la oscuridad.

—¿Cómo lo sabes?

Quirke se dirigió a la repisa de la chimenea y tanteó hasta encontrar la lamparita que sabía que estaba allí y la encendió. Un cono de débil luz se proyectó hacia el

suelo.

—Él se llamaba Leon Corless. Su coche impactó contra un árbol y se incendió. David le hizo la autopsia esta mañana. Me llamó para que fuera porque quería conocer mi opinión.

Ella lo miraba con suma atención; un vacilante rastro de humo ascendía al techo desde su cigarrillo, olvidado entre sus dedos.

—¿Por qué quería conocer tu opinión? ¿Había algo extraño?

Quirke empezó a caminar por la habitación, con la mirada fija en sus pies. Era algo que acostumbraba a hacer.

—En un lado de la cabeza había algo, una contusión. Tenía un aspecto raro, no me preguntes por qué. Para esas cosas desarrollas un sexto sentido.

Se detuvo junto a ella y la miró a la cara. Un coche con el tubo de escape defectuoso pasó por la calle entre petardeos y chirridos.

—Dime lo que te dijo la chica.

Ella se encogió de hombros.

—Era todo muy confuso. Sonaba tan descabellado y melodramático que ni siquiera sabía si creerla o no. Pero al mismo tiempo veía que estaba aterrorizada... No consigo quitarme de la cabeza cómo me miró cuando me marché, el miedo en sus ojos —calló mientras recordaba, luego sacudió la cabeza como si quisiera librarse de la imagen de Lisa sentada en la cocina, encogida, con un aspecto tan pequeño, frágil e indefenso—. Me dijo que había estado en el coche con él. Después de una fiesta o de lo que fuera, él la llevaba a casa. Se pelearon, me imagino que por el embarazo, ella le obligó a detenerse y salió del coche. No esperaba que él se marchara, pero lo hizo. En ese momento pasó otro coche. Ella cree que le seguía a él. Estaba esperando a que apareciera un taxi cuando vio el resplandor de las llamas en el parque. Se fue hacia allí. Reconoció el coche. Podía ver a... ¿cómo me has dicho que se llamaba él?

—Leon. Leon Corless.

—Le vio desplomado sobre el volante, las llamas le rodeaban.

—¿Qué hizo?

—Nada. Estaba muy asustada y huyó. Supongo que fue presa del pánico. Llegó a su piso, imagino que debió de ir hasta Rathmines andando, y durmió unas horas. O intentó dormir. No sé adónde se dirigía cuando me vio en el café. Supongo que caminaba sin rumbo, aturdida, sin saber qué hacer.

Quirke sacó otro cigarrillo de la pitillera que estaba sobre la mesa y lo prendió. Sentía como si una cuña de hielo le presionase dentro, entre las costillas. Quería una copa, necesitaba una copa, pero no debía, no debía, *no* debía tomar una copa.

—¿Qué hiciste cuando te reuniste con ella en el parque?

—Le pedí prestado el coche a David y la llevé a Wicklow.

—¿A Wicklow?

—A la casa de Ballytubber. Me dijo que necesitaba un sitio donde esconderse, un sitio donde nadie pudiese encontrarla.

—¿A quién se refería?

—¿Qué?

—¿Quién deseaba encontrarla? ¿De quién se escondía?

—Ni idea. Se lo pregunté, pero no me lo dijo. Estaba demasiado asustada.

Quirke se aproximó a la ventana y permaneció allí, mirando afuera. A esa hora todavía se veía una luminosa veta plateada en el cielo de poniente y una nube larga y delicada como una pluma, del color del tabaco.

—¿Quién era? Me refiero a Leon Corless —preguntó Phoebe.

Quirke se encogió de hombros.

—Un funcionario. Su única relevancia era que su padre es Sam Corless.

—¿Quién es Sam Corless?

—El comunista. De la Alianza de la Izquierda Socialista, o comoquiera que se llame.

—Ah, sí, él. ¿También estaba él, el hijo, metido en política?

—No, no tenía ningún interés por el asunto, o al menos eso dice su padre.

Permanecieron en silencio, sumido cada uno en sus propios pensamientos. A la cabeza de Quirke vino la imagen de Sam Corless, sentado en aquel cuartito atestado, sobre el estanco, aferrando sus rodillas con las manos, demacrado y aturdido. Siempre había sentido una cierta admiración por Corless, por su audacia, su desfachatez, por los discursos sarcásticos que lanzaba vilipendiando al Estado y a la Iglesia, riéndose de los conspiradores de club de golf, de los intrigantes de las cenas con baile, de todos los sepulcros blanqueados, los jueces Garret Griffin, los Josh Crawford, los Joe Costigan de esa pequeña ciudad mezquina y mendaz.

—La chica, Lisa, dices que está embarazada. ¿Leon Corless era el padre? —preguntó Quirke.

—Sí, eso creo.

—¡Dios! —murmuró él—. ¿Qué embrollo es este? —dio la espalda a la ventana y comenzó a caminar por la habitación de nuevo—. ¿Tienes algo para beber?

—¿Cómo?

—Algo para beber. Whisky, vino, lo que sea.

—No, no tengo nada para beber y, aun en caso de que lo tuviera, tampoco te lo daría.

Él rio con aspereza. Ella tenía razón, tenía razón, pero le iban a estallar los nervios si no tomaba un pequeño sorbo. Aunque no sería así, por supuesto; no sería un pequeño sorbo, nunca lo era.

—Así que la dejaste en Ballytubber. ¿Cómo se las apañará allí sola?

—No lo sé. Mañana iré a verla, veré cómo se las arregla.

—¿Sabe David de su existencia?

—No, le dije que te iba a llevar al hospital a una revisión y que luego daríamos una vuelta en coche.

Él se rio de nuevo, pero más tranquilo esta vez. Intentó imaginarse qué habría

pensado Sinclair de aquella historia de Phoebe y él saliendo juntos de excursión. No eran en absoluto ese tipo de padre e hija. En realidad, apenas eran un padre y una hija.

—Me voy a casa, es tarde —dijo Quirke—. Tú deberías dormir. ¿Tienes que trabajar mañana?

—Mañana es sábado.

—Es verdad.

Él cogió su sombrero.

—¿De verdad te has ido de Ailesbury Road? ¿De verdad has vuelto a tu piso? —preguntó Phoebe.

—Sí.

—¿Cuándo te fuiste?

—Esta noche, poco antes de que nos encontráramos. También voy a volver a trabajar —Quirke sonrió a Phoebe en la tenue luz de la lámpara—. Mi retiro en el desierto ha terminado.

—Me alegro, estaba preocupada por ti. ¿Qué dijo Rose?

—¿Sobre qué? ¿Sobre que me fuera? No gran cosa. Imagino que se siente aliviada, aunque parecía ofendida. En cuanto a Mal, quién sabe lo que piensa. Ni siquiera estoy seguro de que se hubiera dado cuenta de que vivía con ellos. Ya conoces a Mal.

Phoebe le acompañó a la puerta del edificio. Permanecieron uno al lado del otro en el escalón superior, mirando la noche. Todo estaba en silencio, salvo por el sonido del agua que caía en una de las esclusas del canal. Una sensación de suave y penetrante melancolía invadió de nuevo a Quirke. Deseaba tocar a su hija, hacer un gesto que mostrara todo lo que sentía por ella, fuera lo que fuese. Pero no lo hizo, por supuesto. Débilmente, como si llegara de muy lejos, la música del circo resonó en su cabeza. ¿Pasaría algún día al otro lado de aquel muro? ¿Vería algún día a los payasos, al hombre forzudo, a la amazona ataviada de lentejuelas que trotaba en torno a la pista, a los trapezistas volando a través de los haces de luz polvorienta? Sintió una dulce punzada de autocompasión, y se despreció por ello.

—Buenas noches —le dijo a Phoebe—. Que descanses.

—Buenas noches, Quirke.

Ella le contempló mientras bajaba los escalones y, caminando, desaparecía en la noche. Tras cerrar la puerta, subió a su piso, apagó la lámpara sobre la repisa de la chimenea del cuarto de estar y se sentó en el sillón, junto a la ventana. No tenía sueño. Pensó en Lisa, sola en el pueblo. Pensó en Quirke, caminando solo por las calles oscuras.

Permaneció completamente inmóvil un minuto y luego se levantó con presteza y cogió su bolso y las llaves del coche de encima de la mesa. Mientras bajaba las escaleras escuchó la campana de St. Stephen repicando a medianoche.

La misma campana repicaba cuando, horas más tarde, sonó el teléfono de Quirke, que se despertó sobresaltado. Estaba despatarrado sobre el sofá de su piso, todavía vestido, con un libro abierto colocado boca abajo sobre el regazo. Debía de haberse quedado traspuesto. Atontado, se puso en pie, cruzó la habitación hacia el teléfono, que seguía sonando, y levantó el auricular.

—Se ha ido —dijo Phoebe con una vocecita distante y temerosa.

—¿Qué? —dijo Quirke sin comprender—. ¿Dónde estás?

—En Ballytubber.

—¿Cómo has llegado ahí?

—Cuando te fuiste, cogí el coche. Estaba preocupada... No conseguía dormir, pensando que Lisa estaría aquí, sola. Pero se ha ido, Quirke.

—¿Dónde se ha ido?

—No lo sé. No lo sé —su voz era un lamento lejano—. Solo sé que la casa está vacía y ella no está.

Era poco más de la una cuando llegó a la casa de Ballytubber por segunda vez aquella noche. Detuvo el coche, apagó las luces y permaneció sentada en la oscuridad unos cinco minutos, mientras se repetía que debía dar media vuelta y volver a Dublín. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza regresar de ese modo? Aunque solo fuese porque le daría un susto de muerte a Lisa si llamaba a la puerta: ¿quién iba a aparecer a semejante hora en una casa que llevaba tanto tiempo vacía? ¿Y cómo iba a explicarle el haber vuelto cuando hacía apenas dos horas que se había ido? A pesar de todo, no podía ignorar la corazonada que la había empujado a regresar. Algo no iba bien, estaba segura.

Al final se armó de valor y salió del coche. En la casa no se veía ninguna luz. En lugar de llamar a la puerta principal, rodeó el edificio por un lateral hasta llegar a la ventana del cuarto con la cama de matrimonio, tamborileó sobre el cristal y llamó a Lisa por su nombre. No hubo el más mínimo movimiento dentro, nadie respondió. Tamborileó de nuevo, con más fuerza esta vez. Regresó a la puerta delantera y llamó, aunque para entonces ya sabía que era inútil insistir. Lisa no estaba allí; no sabía muy bien cómo, pero se había ido. Phoebe se arrodilló junto al poste de la verja y, echando mano de su memoria, levantó una piedra de la base y encontró la llave de repuesto que siempre se guardaba allí.

Presa de pavor, abrió la puerta y entró en la oscuridad del vestíbulo.

El olor a cerrado y a humedad, tan familiar desde que era niña, la tranquilizó un poco. Cerró la puerta tras de sí. Pensó en encender la luz, pero decidió no hacerlo. Tanteando la pared, se dirigió primero al cuarto de estar, a la derecha. Iluminado por el resplandor de la luna, el cuarto estaba vacío. Cruzó entonces el vestíbulo y llamó a la puerta del dormitorio. Nada. Abrió y encendió el interruptor. Tal como había presentido, Lisa no estaba allí, y tampoco su maleta ni la ropa que había sacado de ella cuando llegaron. Advirtió que nadie se había tumbado sobre la cama. Fue a la cocina. No quedaba ninguna huella de la presencia de ambas cuando, hacía unas horas, se habían sentado a la mesa para tomar un té. Las tazas que utilizaron habían sido lavadas, secadas y colocadas en su sitio. La botella de brandy no estaba en ninguna parte: ni sobre la mesa, ni en el fregadero, ni en el cubo de plástico negro que había debajo.

La desnudez del lugar fue lo que más la asustó. Era como si un ser sobrenatural se hubiese abatido sobre la casa, dejando a su paso aquel inquietante vacío.

Apagó las luces, salió y cerró con la llave, que dejó a continuación en su escondrijo, colocando de nuevo la piedra suelta en su sitio para ocultarla. Le temblaban las manos. Mientras abría la puerta del coche, sintió que, a su espalda, en la oscuridad, había alguien presto a aferrarla y taponarle la boca para silenciar sus gritos. Pero no había nadie. Se sentó con premura tras el volante y giró la llave de contacto, rogando para que el motor arrancara y no tuviera que volver a salir a la

oscuridad a utilizar la palanca de mano. Tuvo suerte y el coche arrancó al primer intento. Pisó el acelerador con tanta fuerza que la grava salió despedida de debajo de las ruedas, y mientras se alejaba escuchó su crujido al caer sobre la carretera.

La cabina telefónica, en la esquina de la iglesia protestante, olía a pescado y a patatas fritas y a orina. Aunque la bombilla que la iluminaba era de muy pocos vatios, Phoebe habría preferido que no hubiese ninguna luz. Allí, a plena vista, acurrucada y con el auricular apretado contra la oreja, se sentía terriblemente vulnerable; la viva imagen de la inquietud y el pánico.

Por la voz pastosa de Quirke adivinó que lo había despertado. Aunque al principio él no comprendió lo que le estaba contando, enseguida le dijo que regresara al coche de inmediato, echara los pestillos y volviese a la ciudad. Pocas veces en su vida Phoebe se había encontrado a punto de llorar de alivio y gratitud al escuchar cómo le ordenaban qué hacer. Sobre todo tratándose de Quirke.

Había luna llena, podría haber conducido con las luces apagadas. Inmerso en el resplandor fantasmal de la luna, el campo aparecía lentamente en las ventanas del coche, a su derecha y a su izquierda, como dos abanicos gigantescos que se abrieran sin cesar. Había muy pocos vehículos en la carretera. Un Land Rover con un remolque para caballos la adelantó a toda velocidad y desapareció tras la cima de una colina, si bien durante varios kilómetros Phoebe distinguió en la lejanía las luces de los faros rastrillando la oscuridad. Un zorro salió corriendo de un seto y casi se precipita bajo las ruedas delanteras; ella tuvo que frenar tan bruscamente que el coche estuvo a punto de calarse. Continuó conduciendo, tensa y temblorosa.

Pasaban unos minutos de las tres cuando llegó a Upper Mount Street y se detuvo frente al piso de Quirke. No conseguía entenderlo; tenía la sensación de que había transcurrido una noche entera desde que decidió ir a Wicklow y escuchó la campana de St. Stephen repicando a medianoche.

Había luz en el piso de Quirke; cuando llamó al timbre, él se asomó de inmediato a la ventana y le lanzó la llave envuelta en un pañuelo. Mientras subía las escaleras, se lo encontró a medio camino. En la agitación, pensó que la abrazaría. Casi deseaba que lo hiciera, pero no sucedió.

—¿Estás bien? —le preguntó Quirke, mientras la observaba detenidamente, como si esperara encontrar una costilla rota o sangre manando de una herida.

—Claro, por supuesto que estoy bien —respondió ella con más impaciencia de la que hubiera deseado. Tenía los nervios de punta; parecían las piezas de un reloj roto, desordenadas y moviéndose todavía a sacudidas.

—Vamos, te prepararé algo para desayunar —dijo él, guiándola escaleras arriba.

Cuando entraron en el piso, hizo que Phoebe se sentara en el sillón junto a la chimenea de gas. Como a esa hora hacía frío, la encendió y bajó el nivel. A continuación fue a la cocina a preparar el té, lo llevó en una bandeja y lo colocó sobre la mesa baja que había al lado del sillón.

—No hay gran cosa para comer. ¿Te gustaría, no sé...? ¿Un huevo, quizá? Puedo

abrir una lata de sopa —le dijo.

Ella no pudo evitar reírse.

—Estoy bien, Quirke. No tengo hambre. No me apetece nada.

Él se acuclilló para servir el té. Phoebe pensó de nuevo en juegos infantiles. Quirke estaba haciendo de padre mientras ella hacía de su niñita. Le sorprendió su calma al pensar en todo lo que no habían compartido, todo lo que podrían haber vivido juntos si, cuando nació, él no la hubiera entregado a Mal y a su esposa Sarah como si fuese su supuesto bebé. Tantas mentiras, tantos subterfugios, tantas dolorosas traiciones. ¿Por qué no estaba enfadada? ¿Por qué no sentía una furia irreprimible hacia aquel hombre que se había comportado de manera tan infame con ella, que le había robado la infancia que le correspondía por derecho?

Él se sirvió asimismo una taza de té, aunque ella sabía que no tenía ninguna intención de beberla, que solo lo hacía por educación. Cayó en la cuenta de que para Quirke la vida consistía en eso: realizar los gestos, respetar las formas, hacer lo correcto.

—Cuéntame qué sucedió cuando llegaste a Ballytubber. Por cierto, ¿por qué regresaste, si acababas de estar allí? —le preguntó él.

—No lo sé —contestó. Quirke había echado demasiado azúcar a su té—. Supongo que tuve... No sé cómo llamarlo. ¿Una premonición? Un mal presentimiento, digamos. Y no me equivoqué. La casa estaba vacía, Quirke. Y no me refiero únicamente a que Lisa no estaba, sino a que cualquier rastro de ella había sido eliminado. Hasta llegué a preguntarme si no me habría imaginado toda la historia, como si jamás hubiese estado allí con ella, como si, para empezar, jamás me la hubiera encontrado, como si todo fuese fruto de mi imaginación.

Quirke alzó la taza de té y volvió a colocarla en el plato.

—Debía quedar alguna señal de que ella había estado allí —dijo.

—Ninguna. La casa estaba como si nadie la hubiese habitado.

Quirke se puso en pie, se aproximó a la repisa de la chimenea, sacó un cigarrillo de la pitillera de plata y lo encendió. Iba vestido con unos pantalones de pana y un viejo jersey dado de sí del color del trigo húmedo. Llevaba puestas unas pantuflas. Phoebe pensó que nunca lo había visto en pantuflas. Lejos de darle un aspecto hogareño, aquel atuendo le confería un aire extrañamente siniestro, como si fuese uno de esos afables villanos de las películas de espías, un agente enemigo haciéndose pasar por un terrateniente.

—¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Lisa Smith.

—Sí, eso es, Lisa Smith. Aparte de su nombre, que ni siquiera crees que sea el verdadero, ¿qué más sabes de ella?

—Nada, salvo lo que ya te conté, que está embarazada —dijo Phoebe.

Permanecieron en silencio hasta que Quirke rompió de nuevo a hablar.

—Mira, estoy seguro de que está bien. ¿Qué puede sucederle a alguien en

Ballytubber? Aparte del hecho de que nadie más que tú sabía que estaba allí.

—Sé dónde vive o, mejor dicho, sé dónde está su piso. No sé nada de su familia ni de su pasado. Apareció de la nada y en la nada ha desaparecido —alzó los ojos asustados al rostro de él—. Ha sido sobrecogedor, Quirke, la casa estaba completamente vacía, como si nadie hubiese estado allí. ¿Dónde ha podido ir? No se habría ido por su propia voluntad, estoy segura. Alguien debió de seguimos, alguien a quien ella conocía, alguien a quien le abriría la puerta. Es lo único que tiene sentido —se detuvo un instante, mientras contemplaba las llamas de la chimenea de gas—. Estaba completamente aterrorizada, lo sé con la misma certeza con que sabes cuándo un niño tiene una fiebre altísima sin necesidad siquiera de tocarlo.

Advirtió que Quirke estaba contemplando una fotografía enmarcada sobre la repisa de la chimenea. Era de él y de Delia, la madre de Phoebe, cogidos del brazo con Mal y Sarah, la hermana de Delia. Las dos hermanas estaban muertas. Delia había muerto en el parto de Phoebe, y Sarah había fallecido de un tumor cerebral hacía... ¿cuánto hacía ya? No lo recordaba.

Puso la taza de té y su platillo en la bandeja y se levantó.

—Estoy agotada. Me voy a casa a descansar. Soy incapaz de pensar, tengo la mente en blanco —dijo.

—Ya hablaremos mañana —dijo Quirke—. Pero qué digo, si ya es hoy. Está amaneciendo.

La acompañó al coche. Tenía razón: en la parte oriental del cielo, sobre los tejados, había un tenue brillo grisáceo, turbio como el agua de lavar los cacharros.

—¿Aún no le has contado nada a David? —preguntó, inclinándose sobre la puerta abierta del coche mientras ella llevaba la mano al estárter.

—No. ¿Qué voy a contarle? —dijo, sin mirarle.

Quirke no hizo ningún comentario al respecto.

—Me alegro de que vinieras.

Ella alzó los ojos hacia él, sorprendida.

—¿De verdad?

—Claro, por supuesto —Quirke esbozó su media sonrisa, que más parecía una mueca en la oscuridad—. Por supuesto que me alegro.

Tan pronto llegó a Herbert Place, Phoebe se dirigió al dormitorio y se echó sobre la cama. Deseaba descansar un par de minutos y ni siquiera se desvistió, tan segura estaba de que no podría dormir. Horas después se despertó, sobresaltada por el sol que entraba por la ventana y caía sobre su rostro. Se puso en pie; tenía el cuerpo agarrotado, como si hubiese ido a Ballytubber corriendo y no en coche.

Se preparó un café y una tostada, luego llenó la bañera de agua tibia y permaneció allí tumbada largo tiempo, hasta que el agua se enfrió y empezó a temblar. El cuarto de baño era tan estrecho que tuvo que ponerse de lado para secarse con la toalla.

Regresó a la cocina para preparar más café —sabía que le daría taquicardia, pero no le importaba— y, en bata, se sentó a la mesa, junto a la ventana. Todavía era temprano y la calle estaba vacía. Era sábado, además, y todas las oficinas de los edificios próximos permanecerían cerradas. Le encantaba pasar los fines de semana allí: el día transcurría tan silencioso que podía escuchar el sonido del agua del canal al otro lado de la carretera y los patos graznando. El aserradero que había en Percy Place abría a veces los sábados por la mañana, pero no lo hacía hasta las diez o incluso más tarde, y aún eran las siete.

El sol entraba con fuerza por la ventana y caía sobre la mesa; iba a ser otro día caluroso. La gente ya se estaba empezando a cansar del buen tiempo; en los autobuses y en las tiendas se oían quejas del calor. A Phoebe no le molestaba y, mientras todos los demás ya se habían puesto la ropa de verano, ella no veía ninguna razón para quitarse su habitual vestido negro. Cuando dejó la Maison des Chapeaux, su propietaria, la señora Cuffe-Wilkes, le dio una gran pamelita de paja con el ala flexible como regalo de despedida. Ella la guardó en el estante superior del armario, pensando que era demasiado frívola, pero decidió ponérsela aquel día, por ridículo que resultase su aspecto.

Se dirigió al armario, bajó la sombrerera y sacó la pamelita. Era muy bonita, un sofisticado diseño de paja de un amarillo pálido con una cinta roja que caía en la parte posterior. Tenía aún la etiqueta del precio; la señora Cuffe-Wilkes había tenido cuidado de dejarla para que Phoebe supiese lo caro que era el regalo. Tres guineas; desde luego, era un montón de dinero. Giró el sombrero entre las manos, contemplándolo desde todos los ángulos. Era tan leve como el ala de un pájaro. Se lo puso y se miró en el espejo con cierta timidez.

Frunció el ceño. Aunque se había esforzado en no pensar en Lisa Smith, no pudo seguir fingiendo y lo sucedido la noche anterior la asaltó de golpe. El sol, el café, el sombrero ridículo... la habían ayudado a cuestionar los acontecimientos de la noche anterior, pero de repente recordó la mirada angustiada, y angustiada, de Lisa y todo volvió a ser real.

Debía encontrarla. Sentía aquel cometido igual que un solemne deber: había sido confiada a su cuidado una persona inquieta y aterrada, a la que había intentado ayudar y a la que, de alguna manera, había fallado.

Desde debajo de la teatral y flexible ala de paja, el rostro en el espejo la miraba con gesto acusador. Se quitó el sombrero, volvió a meterlo en su caja y colocó la caja en su repisa. Mientras cerraba la puerta del armario, sorprendió fugazmente su imagen en el espejo de nuevo, pero esta vez su expresión era de recelo, y también de culpabilidad.

Era temprano cuando Sam Corless llegó al hospital. Hackett había enviado al sargento Jenkins en un coche patrulla a recogerlo. Vestía sus pantalones azules de sarga de conductor de autobús y una vieja chaqueta de *tweed* con una insignia de una bandera roja en la solapa. Iba sin corbata y llevaba el cuello de la camisa abierto. Tenía el aspecto que tendría cualquier hombre el día después de haber conocido la violenta muerte de su hijo. Hackett le estaba esperando en la puerta principal. Entraron juntos al hospital y bajaron por aquella escalera de mármol absurdamente imponente al final de la cual los aguardaba David Sinclair ataviado con su bata blanca. Hackett presentó a los dos hombres.

—Lo siento, señor Corless. Sé lo duro que es esto —dijo Sinclair.

Cuántas veces, se preguntó, había pronunciado esas mismas palabras en aquel mismo lugar.

Sam Corless no dijo nada. Parecía enfermo, tenía el rostro abotargado y los ojos inyectados en sangre. Recorrieron el sofocante pasillo pintado de verde, Sinclair y Sam Corless delante, y Hackett detrás, pegado a ellos. Sinclair abrió la puerta del laboratorio. Cuando entraron, Bolger, el celador, se quitó de la boca con premura un cigarrillo a medio fumar y lo escondió tras la espalda.

Los restos carbonizados de Leon Corless se encontraban en una camilla, bajo una sábana de nailon blanca. En uno de los grandes lavabos de metal goteaba un grifo estropeado. Sam Corless se frotó los ojos enrojecidos, irritados por la violenta luz que proyectaban las lámparas del techo. Bolger lo observaba con indisimulada curiosidad: el infame Sam Corless no parecía en aquel momento una gran amenaza para las instituciones del Estado.

Sinclair alzó una esquina de la sábana. Durante un segundo, el ancho rostro de Corless pareció colapsar.

—Es su hijo, señor Corless, ¿no es así? —dijo Sinclair.

Corless asintió.

—Sí —respondió.

Parecía tener problemas para tragar. Hackett se aproximó y le puso una mano en el brazo, justo debajo del codo. Sinclair dejó caer la esquina de la sábana.

Frente a la verja del hospital había un café. Media docena de mesas de formica, algunas sillas metálicas, una barra alta con expositores de cristal que exhibían sándwiches variados y bollería pegajosa. Tras la barra, una chica muy nerviosa de pelo claro y de unos diecisiete años manejaba una tetera y una complicada máquina de hacer café con innumerables palancas y boquillas.

Hackett y Sam Corless se sentaron en una mesa cerca de la ventana. Hackett fue a la barra y pidió una taza de té, y aunque Corless dijo que no quería nada, pidió otra

para él. Colgó el sombrero del perchero de la esquina y tomó asiento de nuevo. Corless estaba encorvado sobre la mesa, con la mirada perdida y las manos enlazadas frente a él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hackett.

Corless le miró como si no recordara quién era.

—Sí, estoy bien.

Sacó una cajetilla de Woodbine y un mechero Zippo, pulido por los años, y ofreció un pitillo a Hackett, que movió la cabeza de un lado a otro.

—Si no le importa, fumaré de los míos. Esos son demasiado fuertes para mis pobres y viejos bronquios —el policía cogió el mechero del hombre y lo hizo girar entre los dedos.

—Febrero de 1937, batalla del Jarama, en las afueras de Madrid —dijo Corless.

—¿Sí? ¿Estuvo usted en España? —preguntó Hackett.

—Estuve con la columna Connolly. Luchamos junto al batallón Thälmann en el cerro Pingarrón. Nosotros lo llamábamos Colina del Suicidio. Me encontraba tumbado boca abajo en una zanja y mi amigo Charlie McRory estaba a mi lado. Uno de los francotiradores alemanes le dio a Charlie en la garganta —señaló con la cabeza el mechero—. Me lo dio antes de morir. Tal vez quería que lo trajera y se lo diera a sus padres como recuerdo, o tal vez quería que me lo quedara yo. La sangre en la garganta no le dejaba hablar, así que no lo sé.

Hackett puso el mechero sobre la mesa, entre ellos.

—Fue una gran contienda —dijo, y Corless le lanzó una áspera mirada—. La batalla del Jarama. He leído sobre aquel suceso. Es una afición que tengo.

Corless asintió con una fría sonrisa. Hackett imaginó que no era un hombre dado a las aficiones.

—Sí, fue una gran contienda, pero perdimos. Al final luchamos cuerpo a cuerpo —Corless alzó las manos—. Maté a hombres con ellas. Cuando matas a alguien a esa mínima distancia, nada en tu vida vuelve a ser lo mismo. Muchos buenos camaradas murieron en pocos días: Bill Beattie y Bill Henry, los dos Bill, Liam Tumilson y Charlie Donnelly, también otros. Tuve suerte de salir vivo. En casa me esperaban una mujer y un hijo —se detuvo y tuvo que apretar las mandíbulas para impedir que le temblaran los labios.

—¿Leon era su único hijo? —preguntó con delicadeza Hackett.

Corless se aclaró la garganta.

—Sí, mi único chaval. Su madre murió hace tres años. Ahora solo quedo yo. Quizá habría sido mejor que el francotirador me hubiera dado a mí en el cerro Pingarrón.

Dio un sorbo a su té y acabó lo que le quedaba del cigarrillo. El sol entraba por la ventana que estaba junto a él; el humo se enroscaba en la luz formando espirales azul grisáceas.

—Oiga, ¿yo le conozco? Su rostro me es familiar —dijo Corless.

Hackett esbozó su sonrisa de sapo, con sus delgados labios estirados de una oreja a otra.

—En una ocasión, hace años, le arresté.

—¿De verdad? —dijo Corless sin mostrar sorpresa ni gran interés; le habían arrestado más veces de las que recordaba—. ¿Por qué motivo?

—Había organizado una protesta solitaria frente al Ministerio de Asuntos Exteriores. No recuerdo qué había hecho el Gobierno para enojarle. En aquella época yo era sargento e iba de uniforme. Usted arrojó un huevo al coche del ministro. Fue demasiado lejos y tuve que arrestarle.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro de Corless.

—Pero me libré, ahora lo recuerdo.

—Así es. El juez le dejó ir con una mera amonestación. Usted me estrechó la mano al salir del tribunal. Se lo agradecí.

—No tengo nada en contra de un hombre que hace su trabajo.

—¿Incluso un lacayo capitalista armado con una porra?

—Yo no vi ninguna porra.

Fumaron en silencio durante un rato, contemplando ociosamente por la ventana a los que pasaban por la calle. Hackett se preguntó cómo sería perder a un hijo. Sus dos chavales, ya hombres, estaban en América y les iba bien. ¿Y si llegara un telegrama con la noticia de que habían encontrado a uno de ellos dentro de un coche reducido a un amasijo de hierros, su hijo convertido por el fuego en mero pergamino sobre unos cuantos huesos carbonizados? Se imaginó en el recibidor de su casa, con el telegrama temblando en la mano y May, a su espalda, llorando a lágrima viva. ¿Tendría que ir a América a identificar el cuerpo? No, probablemente lo haría el hermano superviviente. Enviarían el cuerpo en avión para enterrarlo en el cementerio de Lissenard, donde estaba sepultada toda la familia y donde los propios huesos de Hackett descansarían cuando llegara su hora.

Corless se disponía a encender otro Woodbine, pero un largo acceso de tos le detuvo. Tan pronto recuperó el aliento, lo encendió e inhaló profundamente. Nada como llenar los pulmones de humo para tratar una tos semejante, pensó Hackett con severidad.

—Señor Corless, ¿puedo preguntarle si ha pensado en lo que le dijo el doctor Quirke ayer? —dijo.

—¿Qué doctor?

—El forense. Estaba conmigo ayer cuando fuimos a su casa a darle la noticia.

—Ah, sí, ese. ¿Qué dijo? Tengo un recuerdo confuso de las últimas veinticuatro horas.

—Estoy seguro de ello, señor Corless —Hackett sacó su cajetilla de Player's y encendió un pitillo—. Mencionó el golpe que tenía su hijo en la cabeza y que a él le resultaba, digamos, muy sospechoso.

Corless entrecerró los ojos. Se removió en la silla y una vaharada llegó al extremo

opuesto de la mesa. Hackett la reconoció: era el olor pegajoso, denso y caliente que despedían todas las personas que acababan de perder a un ser querido con las que él se había cruzado a lo largo de su carrera.

—Dígame la verdad —la voz de Corless se había tornado áspera—: ¿Alguien mató a mi hijo deliberadamente? ¿Lo asesinaron?

Transcurrió un rato antes de que Hackett respondiera.

—Le voy a decir la verdad: el hecho es que no está claro. Podríamos decir que es posible que rociaran el coche con gasolina y le prendieran fuego, pero es un juicio aventurado. El coche se estrelló contra un árbol, no con gran fuerza, es cierto, pero aun así es posible que el depósito de gasolina reventara con el impacto y eso explicaría por qué había restos de gasolina en el interior del coche, sobre los asientos.

—¿Y qué me dice del golpe en la cabeza, ese que el doctor como-se-llame considera sospechoso?

—Ah, sí, está eso, pero de nuevo no podemos estar seguros. Quizá su hijo tenía la cabeza girada en esa dirección en el momento del impacto y esa podría ser la marca que le dejó el volante al golpearse contra él. Pero el doctor Quirke no cree que sucediera así. Tampoco lo cree el doctor Sinclair, su segundo al mando.

—Y ¿qué me dice de usted? ¿Cuál es su opinión?

Hackett se encogió de hombros teatralmente.

—No soy médico, señor Corless. Solo trabajo con pruebas sólidas..., con hechos.

—¿Qué sucede con... no sé... con las huellas? ¿No debería haber huellas de pisadas si dejaron inconsciente a Leon de un golpe y luego lo cargaron para meterlo en el coche?

—Lo hemos tenido en cuenta, desde luego, pero no hemos encontrado nada concluyente. El coche se salió de la carretera en un ángulo cerrado y se precipitó por una cuesta. Si su hijo fue víctima de una agresión, eso debió de suceder en la carretera para que no quedaran huellas o, mejor dicho, para que las huellas se confundieran con las propias del desgaste natural del asfalto; esa carretera que atraviesa el parque tiene mucho tráfico. Aunque, de nuevo, puede que a su hijo lo dejaran inconsciente en otro lugar, lo condujeran al parque en su propio coche y al llegar allí lo colocaran en el asiento del conductor. Como comprenderá, todo es pura especulación. Si hubieran existido indicios claros de violencia, el fuego se habría encargado de eliminarlos. Solo contamos con el golpe en la cabeza, si se trata de un golpe, y con la posibilidad de que rociaran gasolina en el interior del coche antes de dejarlo ir colina abajo —hizo girar el extremo del cigarrillo sobre el borde del cenicero, afilando la brasa como la mina de un lápiz—. Así que la cuestión en la que debemos centrarnos es el motivo. No tengo la impresión de que su hijo fuese el tipo de joven que tiene enemigos o, en cualquier caso, la clase de enemigos que desearan matarlo y tuvieran agallas para hacerlo.

Corless tenía los ojos fijos en su taza; en la superficie del té, ya frío, había aparecido una membrana brillante, como un vertido de gasolina en miniatura. A

Hackett le impresionaba el autocontrol del hombre; estaba aún más impresionado que el día anterior, cuando le comunicó la muerte de su hijo.

Al policía le resultaba familiar el dolor de los demás; había visto mucho, demasiado, en su vida. El dolor se expresaba de múltiples formas. Algunas personas lloraban, otras gritaban, algunas incluso se rasgaban las vestiduras y se arañaban. Una mujer que acababa de quedarse viuda tras un robo se lanzó contra Hackett y le golpeó violentamente con los puños hasta que la contuvieron. Otros, muy pocos, se retenían, como si su vida pendiese de un hilo. Corless era uno de esos. Era un hombre duro, un hombre inquebrantable; Hackett lo veía con claridad.

Corless se removió en su asiento.

—Lo que usted está diciendo es que si alguien asesinó a Leon, debió de ser un enemigo, pero no suyo, sino mío. ¿Me equivoco?

Hackett le miró impasible.

—¿Usted cree tener esa clase de enemigos, señor Corless?

Corless se retrepó en la silla y encendió otro Woodbine. Tenía esa manera furtiva de fumar de los trabajadores, ocultando el cigarrillo en el hueco de la mano y con la brasa hacia el interior.

—Lo que sucede con los enemigos es que en la mitad de las ocasiones no sabes que los tienes. Tres meses antes de que Trotski fuese asesinado, se produjo un ataque armado por agentes de Stalin a su casa de Coyoacán, en las afueras de la Ciudad de México. Usted pensará que eso le hizo tomar precauciones respecto a las personas en quien confiar, ¿no es cierto? En aquel momento, un hombre llamado Ramón Mercader aparece y se abre camino como un gusano hasta conseguir entrar en el hogar de Trotski, afirmando que es un revolucionario comprometido y toda esa palabrería, aunque en realidad era agente de Stalin. Un día, mientras Trotski está sentado en su mesa leyendo un artículo que Mercader le había recomendado, este saca de repente un piolet del bolsillo de su gabardina y le parte el cráneo —Corless aspiró una honda calada de su pitillo, cerrando un ojo para protegerlo del humo—. ¿Hay gente que me odia lo suficiente como para matar a mi hijo? No lo sé. Probablemente sí. Pero si lo que me está preguntando es si conozco a alguien que alimenta ese tipo de resentimiento contra mí, mi respuesta es no. Yo no soy Trotski, por más que digan el arzobispo McQuaid y sus grandes batallones.

Apagó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero que había sobre la mesa y se puso en pie.

—Y ahora, si no le importa, me voy a casa —dijo.

—¿Se encuentra bien?

—¿Bien? Lo dudo. He perdido a mi hijo, no me queda mucho más por lo que vivir, pero imagino que sobreviviré.

Hackett se aproximó al mostrador y pagó la cuenta, luego cogió su sombrero del perchero. Salieron a la luz del sol. El techo de los coches reverberaba, la carretera alquitranada rielaba.

—Sabe, usted perdió aquella batalla, la de España, pero su gente ganó la guerra fundamental —dijo Hackett.

Sin mirarle, Corless echó una ojeada a la calle.

—Supongo que es así —dijo, mientras hacía girar el mechero Zippo entre los dedos—, pero ¿para qué sirvió al final?

—Para mucho, señor Corless. Consiguió que usted y yo y muchos otros seamos libres hoy.

Corless esbozó una leve sonrisa.

—¿Libres? Mi hijo Leon creía ser libre. Y mire cómo ha acabado.

Iba a darse la vuelta para irse cuando Hackett extendió la mano. Corless la miró y luego miró a Hackett.

—No es frecuente que se me invite a estrechar la mano que hay al final del largo brazo de la ley.

Hackett sonrió ampliamente.

—Ya lo hizo en una ocasión, ¿por qué no hacerlo de nuevo?

Con cierta timidez, se estrecharon las manos.

—El cerro Pingarrón —dijo Hackett—. No lo olvidaré.

Quirke no lograba recordar cuándo había sido la última vez que estuvo en la oficina de Hackett, un cuarto estrecho y con forma de cuña en los altos de la comisaría de la Garda, en Pearse Street. Pero nada había cambiado desde entonces. La mesa continuaba abarrotada de lo que parecían los mismos papeles que siempre habían estado allí, el calendario que colgaba de un clavo en la pared estaba varios años atrasado, la ventana tras la silla de Hackett seguía condenada por una capa de pintura. Incluso seguía la misma mancha marrón en la parte superior de la pared, donde alguna vez alguien aplastó una moscarda. El brillante traje azul de Hackett también parecía el mismo que vestía desde que Quirke le conocía. Se había quitado la chaqueta, que colgaba en el respaldo de la silla, y estaba sentado en mangas de camisa, echado hacia atrás y con los pies encima de la mesa.

—Así que esa chica, la tal Lisa Smith, ha desaparecido, ¿no?

—Vio a Phoebe en un café. Según Phoebe, estaba aterrorizada, pero no quería decir por qué. Phoebe la llevó a la casa de verano que Malachy Griffin tiene en Wicklow, en Ballytubber, y la dejó allí, a salvo, según creía. No sé qué sucedió después... Phoebe se puso nerviosa, tuvo una premonición. No lo sé, pero regresó y, cuando llegó, la chica se había ido.

—¿Se había ido?

—Ya se lo he dicho... Desapareció.

—Y usted piensa que no se marchó por su propia voluntad.

—No sé qué pensar. Phoebe cree que alguien fue hasta allí y se la llevó, alguien a quien ella conocía... Probablemente la misma persona que le inspiraba terror, esa es mi hipótesis.

—¿Por qué se iría ella con alguien a quien temía?

—No lo sé.

Hackett asintió mientras cavilaba.

—Y Lisa Smith estaba con Leon Corless antes de que él entrara con su coche en Phoenix Park, ¿no?

—Volvían a casa después de una fiesta y se pelearon. Ella le hizo parar para salirse del coche y él, me imagino, continuó su camino a casa, en Castleknock, en el otro extremo del parque. Ella estaba esperando a que apareciera un taxi cuando el coche se incendió... Vio el resplandor de las llamas y se aproximó para mirar qué sucedía, pero cuando descubrió lo que había pasado se asustó y salió huyendo.

Hackett unió las yemas de los dedos de ambas manos frente a él y alzó la vista hacia una esquina del techo con expresión soñadora.

—Ella está esperando familia y el hijo es de Corless, ¿no es cierto?

—Phoebe cree que es de Corless, en efecto.

Hackett asintió lentamente, mientras proyectaba hacia fuera el labio inferior.

—Y dígame, doctor, ¿qué se supone que debemos hacer con todo eso?

—Bueno, esa es la cuestión.

Quirke sacó la pitillera de plata y el mechero y encendió un cigarrillo.

—¿Sabe? —le dijo Hackett, sin quitarle el ojo de encima—. Estoy pensando en dejar de fumar.

Quirke le miró fijamente.

—¿Por qué?

—Tengo los pulmones en un estado deplorable. Debería oírme por la noche, justo antes de ir a la cama, resollando como una vieja cafetera, y al día siguiente me despierto con una tos que hace temblar los cristales de las ventanas. Sin contar con que tengo a la mujer encima de mí para que lo deje, mañana, tarde y noche.

—No es fácil —Quirke expulsó el humo hacia el techo—. No es fácil renunciar a nada.

Hackett bajó los pies de la mesa, se inclinó hacia delante y empezó a jugar con el montón de papeles que tenía frente a él.

—No, no lo es. Nos gusta concedernos nuestros pequeños caprichos, ¿verdad?

Ambos estaban pensando en cómo bebía Quirke y en sus repetidas estancias en el hospital San Juan de la Cruz.

—¿Dónde me ha dicho que vive la chica? —preguntó Hackett—. ¿En Rathmines? ¿Sabe la dirección? Quizá deberíamos acercarnos a echar un vistazo. Voy a decirle a Jenkins que traiga el coche —se levantó, se puso la chaqueta y entonces se detuvo—. No, no se lo voy a decir, hoy es sábado. El joven Jenkins estará en casa con su mujer y sus hijos. Veré quién más anda por aquí.

Bajaron a la sala donde estaban los agentes de servicio.

—¿Está casado Jenkins? No aparenta ser mayor de diecinueve años.

Hackett se rio.

—Es joven, desde luego. Debía de ser un niño cuando se casó.

Al final encontraron a un conductor. Era un tipo de rostro delgado, con mala dentadura y el cabello pajizo engominado y peinado con raya al lado. Parecía incluso más joven que Jenkins y vestía un uniforme demasiado grande que le daba un aspecto aún más juvenil.

—¿Quién es usted?

—Wallace, señor.

—¿Ese es su nombre o su apellido?

El joven arrugó la frente con cautela.

—Mi apellido, señor.

—De acuerdo, guarda Wallace. Espero que tenga edad suficiente para haberse sacado el carné de conducir.

—La tengo, señor.

Hackett suspiró.

—Era una broma. Vámonos.

Quirke y el inspector se sentaron en el asiento de atrás. Hacía calor y el aire

estaba cargado de polvo y de los olores de la ciudad.

—Los granjeros están rezando para que llueva —dijo Hackett—. Antes o después, el buen Dios les hará caso, sin duda. Los que trabajan la tierra tienen mano en el cielo.

Se dirigieron al canal y pasaron por Portobello Bridge. Quirke miró hacia la otra orilla y vio la pequeña casa de Isabel Galloway. Recordó la primera vez que durmió allí. Era bien entrada la noche cuando se levantó de la cama, mientras Isabel dormía, y se inclinó en la ventana para mirar el exterior iluminado por la luna; dos cisnes avanzaban en el agua, uno junto al otro, criaturas de apariencia irreal, tan pálidas como para poder ser sus propios fantasmas.

Debería llamar a Isabel. No la había tratado bien, había desaparecido de su vida sin una sola palabra. Ella decía que le amaba. *Amor*, había decidido Quirke hacía mucho tiempo, era una palabra que las personas utilizaban cuando sus emociones las sobrepasaban y no sabían qué hacer. Era igual que decirle a alguien que era un genio o un santo, como si en determinado momento se hubiese atravesado una barrera a partir de la cual los criterios humanos habituales ya no se aplicarían.

—Cuando vine a trabajar aquí —dijo Hackett—, recién salido del centro de entrenamiento de Templemore, la ciudad me pareció un lugar inmenso, mucho más grande de lo que jamás hubiese imaginado. Me mareaba solo de ver a tantas personas en las calles, todas corriendo, yendo de un sitio para otro, entrechocando y maldiciendo y continuando su camino a toda prisa. En el lugar de donde yo venía nadie tenía prisa. ¿Adónde iban a ir con semejante prisa? —cambió de postura en el asiento. Tenía el sombrero en equilibrio sobre las rodillas y tamborileaba con los dedos en el ala. Quirke intuyó que se moría por un cigarrillo—. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que esta ciudad no era más que otro pueblo. Mire el asunto con el joven Corless. Muere en medio de la noche y, al día siguiente, su hija se encuentra con la novia.

—Phoebe no se encontró con Lisa Smith —dijo Quirke—. Fue Lisa Smith quien se acercó a ella. Y no estoy seguro de que se tratara de una mera casualidad.

Hackett le miró de reojo.

—¿Qué quiere decir?

—Ellas habían coincidido en un curso tiempo atrás. Tal vez Lisa Smith sabía quién era Phoebe. Tal vez sabía que era mi hija y que yo le conocía a usted. Nuestros nombres, el suyo y el mío, han aparecido en los periódicos.

—¡Por todos los diablos! —se rio Hackett—. Si es así, desde luego eligió una manera bien complicada de buscar la ayuda de la justicia. Podría haber ido a cualquier cuartel de la Garda, decir quién era y pedir protección.

—Phoebe dijo que estaba aterrorizada y que por eso buscaba un lugar donde esconderse.

—No permaneció mucho tiempo escondida.

—¿Usted cree que se marchó de Ballytubber por su propia voluntad?

—No sé qué otra cosa debo pensar. ¿Quién sabía que se encontraba allí, aparte de su hija?

Se incorporaron a Rathmines Road. Había poco tráfico. Cuando habían recorrido tres cuartas partes de la calle, giraron a la derecha y entraron en una estrecha vía lateral con altas casas adosadas de ladrillo rojo y se detuvieron en el número 17. Ambos lados de la calle estaban ocupados por coches y Wallace tuvo que continuar para buscar un sitio donde aparcar. Quirke y el inspector permanecieron en la acera, mirando la casa. Tenía un aspecto destartado. Las ventanas estaban sucias y de algunas de ellas colgaban, torcidas, unas andrajosas cortinas de encaje.

—Tiene todo el aspecto de ser un edificio insalubre —dijo Hackett.

Junto a la puerta había un panel de telefonillos, pero todas las etiquetas que había al lado de los botones estaban en blanco o los nombres estaban emborronados. Hackett se encogió de hombros y presionó el botón del segundo piso. Aguardaron, pero nadie respondió. A continuación, presionó el botón del bajo. Escucharon el débil sonido del timbre en el interior. Un minuto después, en la ventana más próxima a ellos se movió la cortina, una cara pálida y demacrada se asomó y, al verlos, se retiró con presteza. Pasó el tiempo. Hackett pulsó el botón de nuevo sin retirar el dedo. Al final, la puerta se abrió, apenas una rendija, y por la abertura asomó el mismo rostro pálido y nervioso que habían visto en la ventana.

—Buenos días —saludó Hackett, impostando su voz de inspector—. Estamos buscando a Lisa Smith. ¿Sabe si está?

La cabeza se movió de derecha a izquierda con agitación. Podía ser de un hombre joven, aunque también podía ser de una mujer joven.

—Aquí no hay ninguna Lisa Smith —respondió.

Hackett apoyó la mano en la puerta y empujó, con suavidad pero con firmeza. La persona que estaba al otro lado resistió, pero de repente se retiró y la puerta se abrió de golpe. Un olor a beicon frito les llegó desde el fondo de la casa.

El tipo que estaba en la entrada era un hombre joven, no había duda. Llevaba una sucia camiseta blanca y unos pantalones cortos de color caqui increíblemente sucios. Iba descalzo. Tenía los dientes saltones y un problema serio de acné. Miró indeciso a los dos individuos que estaban en la puerta.

—¿Y usted es? —preguntó Hackett.

—¿Qué quiere decir? —replicó el joven, receloso.

—Lo que le pregunto —el policía hablaba muy lenta y cautelosamente— es cómo se llama usted.

—Prentice. ¿Por qué?

Hackett sonrió enseñando los dientes.

—Porque siempre me gusta saber el nombre de la persona con la que hablo. A lo que íbamos: Lisa Smith. ¿Ha dicho que ella no vive aquí?

—¿Los envía el casero? —preguntó el joven, desconfiado.

—No nos envía el casero, no, pero usted podría decirme el nombre del casero y

dónde encontrarle.

Apenas quedaba nada de la inquietud inicial de Prentice, que había adoptado una pose chulesca.

—¿Y quién me lo pregunta? —dijo con cierto desprecio.

—Soy el inspector Hackett y él —señaló a Quirke— trabaja conmigo.

El joven tragó, su nuez subió y bajó. Se volvió hacia Quirke.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Quirke no contestó. La sonrisa de Hackett era cada vez más severa.

—Lo que sucede es lo que acabo de decirle. Estamos buscando a una joven que responde al nombre de Lisa Smith.

Prentice movió la cabeza nervioso.

—Ya se lo he dicho, aquí no vive nadie con ese nombre.

Hackett suspiró. Era un tipo paciente y cachazudo, pero en algunas ocasiones sentía cómo se le agotaba la paciencia. Aquel joven, con su camiseta y sus pantalones sucios, no era especialmente desagradable, desde luego no era tan desagradable como algunos miembros de la sociedad a quienes le había tocado interrogar en otro tiempo, pero había algo en él, algo de hurón, de armiño, que resultaba muy poco atractivo.

—De acuerdo —dijo Hackett, esforzándose en mantener un tono bajo y tranquilo—. Dígame entonces cómo se llama el casero y dónde es posible encontrarlo.

—Solo conozco al tipo que viene a cobrar el alquiler.

—Y ¿cómo se llama él?

—Abercrombie.

Hackett intercambió una mirada con Quirke antes de dirigirse de nuevo al joven.

—Abercrombie —dijo con voz inexpresiva—. El hombre que viene a cobrar el alquiler se apellida Abercrombie.

—Eso es. No sé su nombre de pila.

—Abercrombie —repitió Hackett—. La gente real no suele apellidarse Abercrombie. ¿No estará tomándome el pelo?

—¡Se llama así! —replicó indignado el joven—. Se lo juro.

Hackett se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Y dónde podemos encontrarle?

—Tiene un cuarto encima de la tienda de patatas fritas que está allí —señaló en dirección a Rathmines Road—. Se llama Luigi's. Está justo a la vuelta de la esquina.

—Y el señor Abercrombie vive arriba, ¿no es eso?

El joven soltó una risita.

—Yo diría más bien que se recoge allí. Es un cubil.

Hackett iba a decir algo más, pero cerró abruptamente su enorme boca y se fue con paso airado.

—¿De verdad es un policía? —preguntó el joven mientras Quirke se daba la vuelta para irse—. Al viejo Crombie le va a dar un ataque al corazón —y soltó su aguda risita de nuevo.

Quirke fue tras Hackett y le alcanzó en la esquina.

—La juventud de hoy —dijo Hackett, moviendo la cabeza—. Dios nos coja confesados.

Giraron a la izquierda; un poco más abajo se veía el letrero de Luigi's.

—Dígame una cosa: ¿alguna vez se coge el día libre? —preguntó Quirke mientras caminaban.

—¿Un día libre? —Hackett pareció tomarse la pregunta como una broma—. Pues sí. Soy pescador aficionado, ¿lo sabía? Con frecuencia agarro la caña y el anzuelo y conduzco hasta Wicklow, o hacia el oeste, algunas veces hasta Connemara, hay muy buena pesca allí. ¿Qué me dice de usted? Tengo la impresión de que siempre está trabajando.

—¿A qué trabajo se refiere?

Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de Hackett.

—Al trabajo de la curiosidad. ¿No es eso lo que nos mueve a nosotros, a usted y a mí, por igual? Yo diría que los dos somos hombres intensamente indagadores.

Quirke permaneció en silencio. Las palabras de Hackett le habían sorprendido. Según su criterio, él no era más curioso o indagador que cualquiera. No obstante, tal vez Hackett tuviera razón. ¿Cómo explicar si no qué hacía en una resplandeciente mañana de verano pateando esas calles desoladoras, en pos de la estela de aquel policía de pies planos, en busca de una joven que, por lo que él sabía, no deseaba que la encontraran? Era consciente de que no había en él sed de justicia y de resolución de agravios. No se hacía ninguna ilusión sobre la posibilidad de poner orden en el mundo, o por lo menos no de ponerlo él, que era incapaz de ordenar su propia vida.

Estaba convencido de que era la ausencia de un pasado lo que le movía. Cuando miraba hacia atrás, cuando intentaba mirar hacia atrás, a sus primeros días, solo encontraba un espacio en blanco. No sabía quién era, de dónde venía, quién lo había concebido, quién había sido su madre. Casi podía verse: un niño solo en medio de una vasta llanura desnuda, con nada a sus espaldas, excepto nebrura y tempestad. Por eso estaba allí, siguiendo el rastro de otra criatura perdida.

La tienda de patatas fritas estaba cerrada, abría por la noche. Retrocedieron unos pasos para examinar el edificio, si aquello se podía llamar edificio. Era poco más que un cobertizo hecho de ladrillos. La tienda era una habitación con un ventanal y un mostrador alto de acero al fondo. Encaramada encima había otra pequeña caja de ladrillos con una sola ventana que daba a la calle y a la que se llegaba por unos escalones de hormigón que había en un lateral. Al final de la escalera había una puerta estrecha, cuya parte inferior había devorado la podredumbre. Hackett golpeó la madera con los nudillos. Aguardaron. Quirke se preguntó cuánto tiempo de su vida pasaría el policía aguardando ante puertas como aquella, impasible, paciente, sin esperar nada.

Escucharon pasos dentro y un sonoro eructo.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz.

—Abra —dijo Hackett con tono seco.

—¿Quién es usted? —la voz estaba ahora muy próxima—. ¿Qué quiere?

—Soy policía. Abra.

Hubo un largo silencio, seguido por un ruido de cadenas y cerrojos, y la puerta se abrió.

Abercrombie era un tipo flaco y calvo, largo y encorvado. Vestía una camisa de algodón a rayas y sin cuello y unos viejos pantalones negros, brillantes de tanta mugre, sujetos por unos tirantes marrones. Tenía unos ojillos negros y unas largas orejas peludas, cuyos lóbulos colgaban como si fuesen papadas. Los tirantes eran tan pequeños que los pantalones, muy subidos, se le clavaban en la entrepierna y las vueltas de las perneras no le llegaban a los tobillos y dejaban a la vista los bajos de unos calzoncillos largos de lana que pedían a gritos un lavado. Masticaba algo muy despacio, moviendo la mandíbula inferior en círculos, igual que una vaca rumiando.

—¿El señor Abercrombie? —preguntó Hackett.

El hombre dejó de masticar.

—¿Quién es usted?

Hackett se presentó y presentó a Quirke. Abercrombie, que había comenzado a masticar de nuevo, deslizó la mirada de uno a otro con expresión vacía.

—¿Le importa que entremos un minuto? —dijo Hackett.

Abercrombie se lo pensó un instante y luego se echó a un lado para dejarles pasar.

La habitación olía a distintas cosas, pero sobre todo a perro. En una mesa cubierta por periódicos viejos se veían los restos de la comida: un plato sucio, una taza, una botella de cerveza, el cuscurro de una hogaza. Bajo la mesa había una alfombrilla de tela escocesa sobre la que descansaba un perro pequeño e informe de pelo blanco y castaño y con unos ojos febriles y diminutos. Al ver a los dos extraños rompió a ladrar con ladridos pequeños y agudos.

—¡Cállate de una maldita vez! —gritó Abercrombie, estampando el pie contra el suelo; el perro dejó de ladrar y empezó a lloriquear.

Sobre la mesa, en un marco, había un grabado de un Cristo afeminado, de labios color rosa, que mostraba con coquetería un goteante corazón carmesí, ceñido por una corona de espinas de cuya parte superior salían unas llamas. Bajo él, en un pequeño soporte de madera, había una bombilla roja del Santísimo cuyo filamento tenía forma de cruz.

Abercrombie cogió el pan, partió un pedazo y se lo lanzó al perro. Luego se volvió hacia Hackett.

—¿Dice usted que es policía? —su tono era escéptico.

—Así es —contestó Hackett.

El perro olfateó desdeñoso la corteza y luego volvió a mirar con rencor a los dos intrusos.

—¿Es por las bicis? —preguntó Abercrombie.

—No, no es por ninguna bici.

—Entonces es por el moreno, ¿no? Me dijo que era estudiante de Medicina. ¿Sabe que se largó dejando tres meses de alquiler sin pagar?

Hackett tenía una forma peculiar de permanecer de pie, con las piernas separadas, la barbilla hundida en el pecho y el labio inferior proyectado hacia fuera. De aquella guisa recordaba todavía más a un rechoncho sapo azulado.

—Estoy aquí por una chica llamada Lisa Smith. Es una de las inquilinas del 17, a la vuelta de la esquina.

—¿Lisa qué? —gruñó Abercrombie—. Nunca he oído ese nombre.

Hackett echó una mirada a Quirke.

—El piso de ella está en ese edificio —subrayó Quirke.

Abercrombie le miró con furia.

—¿Eso quién lo dice?

—Ella pasó por allí anoche, estuvo un rato.

—¿Ah, sí? ¿Estuvo *un rato*? —dijo Abercrombie con descarado sarcasmo—. Bueno, estuviera o no, ella no vive allí. En el 17 no hay nadie con ese nombre.

A Quirke le resultaba difícil decidir qué era más perturbador: si la malvada mirada del perro o la melancólica y dolorida expresión del Cristo.

—Usted cobra los alquileres del edificio, ¿no? —dijo Hackett.

—Sí —contestó Abercrombie—. Digamos que me encargo de cuidar el lugar, de vigilar para que el ganado que vive allí no lo destroce. Son todos una pandilla de salvajes. Los estudiantes del Trinity son los peores —echó un vistazo a Quirke con agria expresión de mofa, fijándose en sus zapatos hechos a mano, la camisa de seda, la cara chaqueta de lino—. Los señoritos nunca muestran ningún respeto por las cosas de los demás —se volvió hacia Hackett—. ¿Quién es ella...? ¿Cómo se llama? ¿Smith?

—Es alguien con quien necesitamos hablar —dijo Hackett—. ¿Está seguro de que no la conoce? El doctor Quirke se la puede describir.

Quirke intentó recordar lo que le había contado Phoebe. Pelo oscuro, ojos verdes, tez pálida.

—Tiene poco más de veinte años. Probablemente trabaja como secretaria o algo parecido.

Abercrombie lo miró de nuevo con claro desprecio.

—Una secretaria de unos veinte años. Eso apunta a Rathmines, no hay duda.

Quirke sacó la pitillera. Sorprendió la mirada anhelante de Hackett e, indeciso, enarcó una ceja. Hackett asintió. Quirke le dio un pitillo.

—Yo también me fumaré uno —dijo Abercrombie—. Así tendremos una auténtica asamblea de indios.

Bajo la mesa, el perro estornudó con un sonido curiosamente sordo y remilgado.

—¿Cuántos inquilinos hay en el edificio? —preguntó Hackett.

Abercrombie, saboreando su cigarrillo, miró el techo un instante; movía los labios mientras contaba en silencio.

—Dieciséis. Cuatro de ellos comparten piso y hay una pareja casada, al menos eso dicen ellos. Con el moreno hacían diecisiete, pero como ya les he contado se despidió a la francesa.

—¿No hay ninguna mujer de unos veinte años que viva allí? —preguntó Quirke.

Abercrombie negó con la cabeza mientras desviaba la vista. Quirke estaba seguro de que mentía. Pero ¿por qué iba a mentir? Abercrombie le miró de nuevo y luego miró a Hackett.

—En cualquier caso, ¿para qué quieren verla? —preguntó.

—Es un asunto serio —dijo Hackett—. ¿Ha oído en las noticias o ha leído en el periódico algo al respecto del accidente que hubo en Phoenix Park el jueves por la noche? Lisa Smith conocía al joven que murió.

El rostro de Abercrombie no cambió de expresión. Quirke y el policía lo miraban con atención.

—Ya se lo he dicho, en el 17 no hay nadie que se llame así. Y ahora, ¿puedo terminar de cenar? —dijo Abercrombie.

Hackett suspiró. Conocía bien ese momento, ese frustrante y enojoso momento en el que, persuadido de que le estaban mintiendo, no le quedaba más remedio que retirarse e intentar encontrar otro modo de sorprender al mentiroso en la siguiente ocasión y con otro método que no fuese un franco interrogatorio.

—Gracias por dedicarnos su tiempo —dijo y dio media vuelta.

Abercrombie no hizo el más mínimo ademán de acompañarlos; encorvado en el centro de su maloliente dominio, los observó desfilar hacia la puerta con expresión sardónica. Lo último que vio Quirke al cerrar la puerta fue el enfermizo y dulzón resplandor rosado de la luz del Santísimo y, sobre ella, la imagen con la suave barbita que le seguía con una mirada tristemente acusadora.

Bajaron la escalera y, al salir a la calle, Hackett miró alrededor.

—Nos hemos olvidado de Wallace. Debe de estar dando vueltas por medio condado de Dublín buscándonos.

Rehicieron el camino hasta la esquina y entraron en la calle de los edificios de ladrillo rojo. El coche patrulla estaba frente al número 17, aparcado en doble fila. Al verlos por el espejo retrovisor, Wallace salió con premura y les abrió las puertas del vehículo.

—¿Le ha creído? —preguntó Quirke mientras se acomodaban en el asiento trasero.

—No, ¿y usted?

El coche arrancó y ambos se dieron la espalda para mirar por la ventanilla, mientras se preguntaban por qué razón les habría mentido.

—Abercrombie —dijo Hackett—. Si hubiera visto a ese payaso en la calle, ¿habría acaso imaginado que se apellidaba así?

Quirke sonrió, sin molestarse en contestar.

Aquella noche, Quirke llevó a Phoebe a cenar al hotel Russell. Era su sitio favorito en la ciudad, aunque Phoebe siempre se preocupaba por el dinero. Cada vez que iban a cenar allí seguían la misma rutina. Phoebe analizaba la carta, movía la cabeza al ver los precios y decía que eran un escándalo, a lo que Quirke respondía que eran exactamente los mismos que la última vez que habían estado y que, en cualquier caso, una dama no debería leer la carta de derecha a izquierda. Si ella insistía, él atajaba la conversación simulando sentirse ofendido, mientras afirmaba que era su dinero y lo gastaba como le apetecía y que una de las formas en que le apetecía gastarlo era invitando a su hija a una cena decente. Entonces ambos sonreían y la velada comenzaba oficialmente.

El camarero se aproximó y ellos pidieron: salmón ahumado de primero y, a continuación, urogallo para Quirke y pescado para Phoebe.

—Me recuerdas a tu madre cuando discutes conmigo acerca del dinero —le dijo Quirke—. Entrecierras los ojos y frunces la boca igual que ella.

—Me encantaría que me hablaras más de ella —dijo Phoebe.

—¿Ah, sí? No sé qué podría contarte. El recuerdo que tengo de ella es extraño.

—¿Extraño?

—No estoy seguro de si es ella realmente a quien recuerdo. En mi memoria, se ha convertido en una especie de... No sé... Una especie de figura mítica —sonrió con una pizca de vergüenza—. Es mi quimera, digamos.

—En las fotografías aparece guapísima.

—Sí, era muy guapa —Quirke frunció el ceño, mientras deslizaba los dedos sobre el mantel sintiendo su textura—. Tenía una piel maravillosa, suave como la seda y, no sé cómo, siempre fresca, incluso cuando el tiempo era bochornoso.

El camarero trajo la botella de Chablis que Quirke había pedido, mostró la etiqueta, la descorchó y sirvió una breve cantidad en la copa de Quirke. Él lo saboreó y asintió; el vino fue servido; el camarero se marchó. Quirke siempre disfrutaba de ese pequeño ritual, era como un juego de niños al que todavía se permitía jugar a los adultos.

Padre e hija entrecocaron las copas. Phoebe llevaba su vestido negro con el cuello de encaje. Nunca lucía joyas.

—Es la primera copa que tomo esta semana —dijo Quirke; era solo una mentira sin importancia—. Espero que estés orgullosa de mí.

Les trajeron el primer plato.

—¿Sabías que el Russell fue concebido como un hotel donde no se servían bebidas alcohólicas? Sir no-sé-quié Russell lo inauguró en..., no recuerdo cuándo. Era un acérrimo combatiente en la guerra contra el demonio de la bebida —dijo Quirke.

Phoebe arqueó una ceja.

—Imagino que sir no-sé-quién debe de estar removiéndose en la tumba desde entonces.

Quirke empujó el plato a un lado y se retrepó en la silla; el vino ya estaba desplegando sus cálidos zarcillos por sus venas.

—Este es el último sitio de Dublín donde se cocina auténtica sopa de tortuga. ¿Lo sabías?

Se dio cuenta de que ella no le escuchaba. Su humor se había ensombrecido de repente. También ella había echado su plato a un lado y permanecía sentada con los ojos bajos, jugueteando con los restos del panecillo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en voz baja y apremiante—. Da igual lo que el hombre te dijera, Lisa vive allí. Yo estuve en su piso... Allí estaban sus cosas.

Él le había contado que había ido a Rathmines con el inspector Hackett, que habían hablado con el joven de la camiseta sucia y después con Abercrombie, y que ambos habían insistido en que no conocían a ninguna Lisa Smith.

—Si ella vive allí, debió de darte un nombre falso. Tú misma dijiste que su nombre te sonaba raro.

Bebieron vino. Una camarera se acercó para llevarse los platos y el camarero regresó para volver a llenar sus copas. El comedor no tenía ventanas y el aire estaba cargado y resultaba desagradablemente cálido. Quirke se aflojó la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa. Sus pensamientos regresaron a Delia, a su pálida y fresca piel. El breve tiempo que pasó con ella había sido una especie de exultante tormento. Delia había sido su obsesión; su anhelo de ella no se agotaba. Ella lo sabía y se controlaba por el mero placer de verle sufrir, de escucharle rogar. ¿Le había amado? Durante un tiempo, suponía. ¿Por qué se habría casado con él si no? Nunca la había comprendido. Lo que le había dicho a Phoebe no era del todo cierto. Delia no era una quimera, era un enigma. Su esfinge: hermosa, amada con desesperación y pernicioso.

Les trajeron el segundo plato.

—¿Podrías intentar conseguir una lista de las personas que estuvieron contigo en aquel curso? Quizá uno de los nombres te refresque la memoria —dijo Quirke.

Phoebe no había probado la comida.

—Estoy convencida de que le ha sucedido algo malo —dijo.

—Eso no lo sabes. Quizá cambió de opinión sobre quedarse en la casa. Quizá tenía miedo de estar allí, más miedo del que ya sentía, y se fue a otro sitio... Puede incluso que regresara a Dublín.

—¿Cómo iba a hacer eso? No tenía coche, recuerda que fui yo quien la llevó allí.

—Pudo pedir un taxi.

Phoebe movió la cabeza de un lado a otro.

—No, no había ninguna señal de que hubiese estado allí. ¿Crees que ella se habría preocupado por hacer algo así?

—Tal vez es una obsesa del orden.

—No —insistió Phoebe, con mayor vehemencia esta vez—. Alguien se aseguró de que no quedaran pruebas de su paso por la casa. Ella se había desvanecido como si...

Una pareja apareció en la puerta y se detuvo un instante para examinar la sala. El hombre vestía traje de etiqueta. Debía de rondar los treinta años, aspecto juvenil, con el cabello claro y fino y un rostro afilado e inteligente. La mujer era mayor que él, de unos cuarenta, algo gruesa, pero de una forma que resultaba atractiva, con un rostro ancho y unos inmensos ojos oscuros. Su cabello estaba prematuramente salpicado de gris y lucía un corte descuidado justo por debajo de las orejas. A los ojos de Quirke, tenía una belleza honesta. La mirada de la mujer se detuvo en Phoebe y sonrió.

—Ah, es... —murmuró Phoebe.

La mujer le dijo algo al joven y juntos se aproximaron a su mesa. Phoebe se puso en pie.

—¡Doctora Blake! ¡Qué sorpresa!

—Buenas tardes, Phoebe —dijo la mujer—. Qué agradable coincidencia.

Tenía un leve acento extranjero. Miró a Quirke, que se puso en pie.

—Es... es mi padre —dijo Phoebe.

—¿Cómo está, señor Griffin?

—Mi nombre es Quirke, en realidad. ¿Cómo está usted?

Se estrecharon las manos. Era la primera vez que él la veía. De cerca, los ojos de la mujer resultaban extraordinarios, dos grandes remansos de oscuridad. Quirke sintió que nadie le había mirado nunca de aquella manera; es más, era como si le contemplasen por primera vez en su vida, y se sintió intimidado.

—Les presento a Paul Viertel —la mujer señaló al joven—. Paul, ella es Phoebe, la persona de la que te he hablado que trabaja conmigo. Y él es el señor..., el señor Quirke.

Paul Viertel le estrechó la mano con sorprendente firmeza, por más que sus dedos fueran largos y delgados, como de mujer.

—¿Cómo está, señor Quirke? —también él tenía acento, aunque más pronunciado que el de la mujer. Alemán, pensó Quirke, o tal vez austríaco; era incapaz de notar la diferencia. El joven se volvió hacia Phoebe—. Señorita... Griffin, ¿no?

—Sí, Phoebe, Phoebe Griffin —contestó ella, tartamudeando un poco.

Quirke se dirigió a la mujer.

—Yo conocí a su difunto marido.

—Sí, claro, lo había olvidado.

Era extraño, pensaría Quirke más tarde, cómo a partir de aquel instante fue como si estuviesen los dos solos en la habitación, él y aquella mujer corpulenta y de ojos oscuros, dueña de aquel extraño encanto, que le miraba con lo que parecía una inmensa paz interior.

El encargado apareció frotándose las manos con inquietud y pidió disculpas a los recién llegados por no haber estado allí para recibirlos cuando entraron. La mujer, la

doctora Blake, se volvió hacia él con una leve sonrisa.

—No tiene importancia —dijo, y Quirke notó cómo el hombre se sentía asimismo distinguido por su atención, importante por un momento. La doctora Blake los miró—. Lo siento, los hemos interrumpido mientras cenaban —tocó el codo de Phoebe con un dedo—. Por favor, siéntate. Quizá nos veamos luego, antes de que se marchen.

Mientras se alejaban, Paul Viertel se giró un segundo, sonrió a Phoebe y le hizo una pequeña y rápida reverencia.

Sentado de nuevo a la mesa, Quirke se sintió extrañamente turbado. Como si una repentina ráfaga de viento hubiese atravesado la habitación dejando todo alterado a su paso, él incluido.

—No había caído en que no la conocías —comentó Phoebe.

—No —dijo Quirke, distraído—. Conocía a su marido, del hospital, y no muy bien en cualquier caso. Él era cirujano, así que nuestros caminos no solían cruzarse. Creo que bebía —pinchó lo que quedaba del urogallo. La carne estaba dura y apenas sabía a nada. Se bebió el vino. Debería haber pedido tinto para acompañar la caza. Se dio cuenta de que le temblaba la mano—. ¿Es...? ¿Es agradable trabajar para ella?

Phoebe enarcó las cejas.

—¿Agradable? Supongo que sí. Desde luego, supone un cambio notable respecto a la señora Cuffe-Wilkes y sus horribles sombreros —Phoebe sonrió.

—¿Eran horribles aquellos sombreros? Yo pensaba que te gustaban.

—Eran simplemente ridículos, como la señora Cuffe-Wilkes. La doctora Blake, por el contrario, no es en absoluto ridícula.

—Sí, parece... —Quirke buscó la palabra—. Parece extraordinaria —echó a un lado el plato, sintiéndose levemente revuelto al mirarlo, aquella mezcla de la carne con la sangre y los diminutos huesos oscuros. Encendió un cigarrillo—. ¿Quién es el joven?

—No lo sé. Un familiar, ¿no crees?

—Sonaba extranjero.

—Sí, austríaco probablemente, como la doctora Blake.

—¿Cómo dijo ella que se llamaba?

—Feertel, algo así —Phoebe le miró con atención—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. ¿Por qué?

—Tienes un aspecto... No sé. Raro.

—La comida no me ha sentado bien —buscó con la vista al camarero—. Creo que tomaré un brandy. Siempre me calma el estómago.

Ella esbozó una cómica mueca acusadora, empujando hacia abajo los hombros y las comisuras de la boca.

—Ay, Quirke, eres un crío.

—¿Qué quieres decir?

—Si quieres un brandy, pide un brandy. Creo que no deberías hacerlo, en serio

creo que no deberías, pero si lo vas a hacer, al menos no te engañes a ti mismo con cuentos.

Herido, él le lanzó una mirada fulminante, luego se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—De acuerdo, no pediré un brandy.

Ella sonrió.

—Lo estás haciendo tan bien. Por favor, no lo eches a perder ahora.

Quirke la miró a la cara, a los ojos, los ojos de su madre, y sintió en la zona del diafragma un lento espasmo, como una oleada, y algo pesado y cálido ascendió en su interior como si fuese a romper a llorar. La sensación solo duró un par de segundos, pero la reconoció. Era algo que le sucedía a veces, en los momentos más inesperados. Cualquier cosa bastaba para provocarla: una palabra grata dicha con amabilidad, un repentino recuerdo doloroso, la voz de una mujer en otra habitación o simplemente una escena: una llamativa puesta de sol, la visión de un lugar familiar transfigurado por la neblina en una mañana de invierno, el cabrillear de la luz de abril en la carretera mojada por la lluvia. Cualquier cosa. Era como si en el fondo de sí mismo, tan al fondo que no era consciente, hubiese un remansado pozo sin fondo de anhelo, de pena, de ternura, del que en ocasiones surgía irrefrenable una brillante e irresistible salpicadura, que se alzaba y volvía a caer en aquellas secretas profundidades perennemente ocultas.

Un extraño; era un extraño para sí mismo.

Pero, ay, se moría por una copa.

De camino a la salida, una vez terminada la cena, pasaron por la mesa donde estaban sentados la doctora Blake y el joven. Ella alzó la vista y los miró con aquellos inmensos y tranquilos ojos oscuros. A Quirke le vino a la cabeza un amplio e imponente espacio cerrado con llave, un castillo custodiado, un aislado monasterio donde se realizaban vigiliias, meditaciones durante toda la noche y silenciosos ceremoniales al alba.

Volvió a la realidad. ¿De dónde salían aquellos caprichosos pensamientos?

—¿Han disfrutado de su cena? —preguntó la doctora Blake, mirándole desde su asiento.

—Sí, ha estado bien... —contestó Quirke—. Estaba muy buena.

Al oírle, ella se limitó a sonreír, como si pasara por alto con gentileza aquella trivialidad. Sus manos estaban posadas sobre el mantel una encima de la otra, como una pareja de animales dormidos. El joven rubio también sonrió, pero a Phoebe.

—Buenas noches —le dijo con su acento entrecortado—. Espero que volvamos a vernos.

Solo cuando llegaron a la puerta principal del hotel el rubor de Phoebe empezó a desaparecer.

Quirke compró la prensa dominical en el quiosco que estaba junto a la iglesia de Haddington Road. Hacía una mañana soleada y se dirigió al canal por Percy Place, dando un paseo. Anduvo por el camino de sirga hasta que llegó a su banco favorito y se sentó a la sombra de los árboles. En el canal ya había un grupo de chicos, que llegaban a nado desde la esclusa en Mount Street Bridge. Encendió un cigarrillo y durante un rato se entretuvo observándolos, criaturas flacas y pálidas como masa de pan, vestidos con ropas anchas, vocingleros, alegres y tan groseros como si fuesen estibadores. Los más audaces preferían saltar desde el parapeto del puente: de pie, tapándose la nariz con los dedos, se dejaban caer al agua como ranas. Era frecuente verlos allí los fines de semana y a Quirke le maravillaba su resistencia al hervidero de innumerables microbios que debía de haber en aquel agua sucia donde flotaban la más variada basura y algún que otro perro muerto.

Estaba leyendo un extenso artículo sobre la mejora de las relaciones entre América y Hungría cuando escuchó unos pasos. Al alzar la vista, le sorprendió ver a Rose Griffin, que se aproximaba por el camino de sirga.

—Bueno, bueno, ¿quién diría que no eres la viva imagen de la felicidad al verte ahí sentado a «la sombra de las hayas y las innumerables sombras»? —Rose se sentó a su lado—. Es de Keats, por cierto, por si no lo has reconocido. ¿Tienes un cigarrillo? —llevaba un vestido sin mangas de un pálido beis y unas sandalias doradas, y en la mano sujetaba una pequeña cartera blanca de piel.

Quirke aproximó el mechero y ella se inclinó hacia la llama, rozando con la yema de uno de sus dedos el dorso de la mano del hombre mientras le miraba con los ojos entornados.

—¿Me has encontrado por casualidad? —preguntó Quirke.

—No, sabía que este es tu rincón favorito para las mañanas de domingo. ¿No solías reunirte aquí con Sarah?

Sarah era la anterior mujer de Mal, ya fallecida, de la que Quirke había estado enamorado. O creía que lo había estado.

—Sí, a veces ella se acercaba aquí después de ir a misa.

—Es verdad, Sarah era muy devota, ¿no? Y su Dios la recompensó regalándole un tumor cerebral —Rose le sonrió—. Te gustaba mucho Sarah, ¿verdad? Yo siempre estuve un poco celosa. ¡Qué hombre tan cruel! Nos tenías a todas suspirando por ti.

Él se rio.

—¿Qué fue lo que me dijiste una vez? Algo sobre cómo nos parecíamos tú y yo. El corazón frío y el alma ardiente, así nos describiste.

—¿Sí? No lo recuerdo, pero suena bastante acertado. ¡Dios mío! Mira ese chico, qué flaco es... ¿La gente de aquí no da de comer a sus hijos?

—Vienen de Ringsend. Los indestructibles niños de los pobres —la miró con una sonrisa maliciosa—. Esa frase es de Ezra Pound, por cierto.

—*Touché*. Siempre has sido muy leído.

—No, no lo soy. Soy una urraca. Robo pedacitos brillantes y los guardo para impresionar a los demás cuando se presenta la ocasión.

—Y es muy fácil sorprendernos, por supuesto.

Fumaron mientras contemplaban jugar a los chavales. Rose cruzó las piernas y dejó que una de las sandalias se columpiara en la punta de su elegante pie de largos dedos.

—¿Ya has recuperado todos tus antiguos rincones favoritos? —le preguntó sin mirarle.

Él notó que seguía molesta por su abrupta partida de la casa de Ailesbury Road.

—Recuperar no es algo que se me dé muy bien.

—Pero seguro que estás contento de haber vuelto a tu piso. Es bastante más alegre que nuestra casa —Rose hizo una pausa—. Mal te echa de menos, ¿sabes? Le sorprendió el modo en que te marchaste.

—Lo siento —dijo Quirke—. Supongo que debí de parecer un desagradecido.

—No pedimos gratitud. Estábamos contentos de tenerte con nosotros. Estábamos contentos de poder ayudarte.

Él se volvió hacia ella y contempló su perfil. Ella, con la vista fija en los bulliciosos nadadores, persistía en no mirarle.

—¿Qué sucede, Rose? No tiene que ver solo con que me marchara, ¿no es cierto?

Ella permaneció en silencio unos instantes. Había algo extraño en la intensidad con que observaba a los chicos en la esclusa.

—Ven a comer hoy —dijo al fin—. No intentaremos retenerte ni te encerraremos en una habitación. A Mal le gustaría verte. Tiene algo que contarte.

—¿Qué?

—Mejor que te lo cuente él.

Tiró la colilla a la grava y la pisó con el tacón de la sandalia antes de ponerse en pie.

—Por cierto, casi me olvido —cogió la cartera y la abrió—. Revisando cosas viejas, encontré esto.

Le tendió una fotografía; estaba descolorida y doblada con torpeza en una esquina. Era una imagen de Mal y él vestidos de tenis, cada uno con el brazo puesto encima de los hombros del otro, sonriendo a la cámara. Había árboles a su espalda y a lo lejos un alto edificio blanco. La habían sacado en Boston, donde Mal y él habían estudiado juntos Medicina.

—¡Dios! Esto debe de ser de hace cerca de... ¿unos veinticinco años?

—Sí, no me digas que no se os ve felices.

Alzó la vista hacia ella, aún sentado en el banco, con los periódicos caídos a sus pies, sobre la tierra seca.

—¿A qué hora quieres que vaya? —le preguntó.

—Cuando quieras. Mal y yo intentamos no atarnos ya a ningún horario. Hacemos

las cosas según surgen.

Quirke intentó devolverle la fotografía, pero ella la rechazó con un gesto de la cabeza.

—Para ti. Métela en la cartera y llévala contigo.

Se miraron durante un largo momento; Rose extendió una mano y le rozó la cara.

—Los años vuelan, ¿verdad?

Le dio la espalda y se marchó a paso ligero con la cabeza inclinada.

Fue caminando a Ailesbury Road. Era un paseo de una media hora. A mediodía el calor era intenso y se alegró de llevar su sombrero de paja y su traje de fresco lino. Al irse de la casa de Mal y Rose, se había sentido como un niño que hiciera novillos y esa placentera y culpable sensación de libertad aún persistía. Su tiempo le pertenecía y hacía con él lo que deseaba. Mal y Rose no le habían exigido nada mientras permaneció con ellos, pero ahora se daba cuenta de lo agobiado que se había sentido durante las semanas que vivió en su casa. ¿Por qué había cedido y les había dejado que le llevaran con ellos? Por miedo, suponía. No se fio del diagnóstico de Philbin sobre su confusión mental y sus episodios de ausencia; si iba a morir, no quería morir solo. Pero parecía que Philbin estaba en lo cierto, que no iba a morir, y a pesar de sí mismo, Quirke disfrutaba del repentino gusto por la vida que le había proporcionado su indulto.

Fue Maisie quien le abrió la puerta.

—Buenos días, doctor Quirke. Y son buenos de verdad, ¿no es cierto?

—Es cierto, Maisie, hace un día precioso.

Ella recogió su sombrero panamá y le guio por la casa a través de aquel vestíbulo absurdamente grandioso.

—¿Cómo va todo, Maisie?

—Mejor que bien, doctor —contestó—. El doctor Griffin es un hombre encantador.

La intencionada omisión de cualquier referencia a Rose hizo sonreír por dentro a Quirke; podía imaginarse lo que Maisie pensaba de la señora de la casa.

—Ah, te he traído algo —le tendió una cajetilla de Player's de veinte cigarrillos—. No digas que te los he dado yo, ¿eh? No deberías fumar ni un solo pitillo.

Maisie se ruborizó mientras sonreía y deslizó la cajetilla en el bolsillo de su delantal.

—Me está echando a perder, doctor Quirke, se lo digo en serio.

El hijo de Maisie, el que engendrara con su propio padre, había nacido en la Lavandería Madre de Misericordia, donde se lo arrebataron de inmediato y lo enviaron a un paradero del que nunca le hablaron... Probablemente a América, para que lo adoptase una familia católica de allí. Quirke suponía que eso había sido lo mejor. ¿Cómo habría sobrevivido la muchacha en el mundo sin estar casada y con un

hijo que cuidar, un hijo que era fruto de un incesto? Aun así, se preguntaba qué sentiría ella, si aún penaba por el hijo perdido.

Rose se encontraba en el invernadero, que daba al amplio jardín trasero. Estaba sentada ante una mesa de hierro forjado, frente a una palmera en miniatura. Se había cambiado el vestido por unos pantalones anchos de lino y una camisa también de lino. Delante de ella tenía un vaso alto de cristal con cubitos de hielo de los que sobresalía una verde ramita de algo.

—Me he preparado un julepe de menta en recuerdo de los viejos tiempos. ¿Te apetece uno, Quirke? —dijo.

—Gracias, pero mejor no, aunque algo frío sí me gustaría —Quirke se volvió hacia Maisie—. Una tónica no estaría mal. Con mucho hielo, Maisie.

—Enseguida, doctor. Se lo traigo volando.

—Acerca una silla y siéntate —dijo Rose—. Estás muy acalorado —había un libro sobre la mesa—. Ezra Pound —Rose le lanzó una mirada cortante. Cogió el libro y lo hojeó—. Él lo llama *Cantos*. Supongo que son poemas. Yo no los comprendo.

—No creo que nadie los entienda. Sospecho que no están escritos para ser comprendidos. Piensa en ellos como si fuesen música —comentó Quirke.

Rose se encogió de hombros y arrojó el libro a la mesa.

—A mí me parecen un hatajo de tonterías. No me extraña que a Pound lo encerraran en un manicomio. Y desde luego no tiene muy buena opinión de los judíos.

Él abrió el libro, pasó las páginas, se detuvo en una y leyó en voz alta:

*Lo que bien amas perdura,
lo demás es escoria.*

Lo que bien amas no te será arrebatado.

Lo que bien amas es tu verdadera herencia.

—Muy bonito —dijo Rose con expresión escéptica—. ¿Tú te crees eso, Quirke? ¿Crees que algo permanece cuando ya no estamos?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Los hijos, quizá?

—Mmmm... Yo no tengo, así que no puedo decirlo.

—Lo siento, Rose.

—¿Por qué? Yo no lo siento. No he querido hijos... Soy demasiado egoísta.

Quirke encendió un cigarrillo. Dentro de aquellas paredes de cristal el aire era cálido y letárgico; parecía condensarse sobre sus labios y sus párpados como un denso esmalte húmedo.

—¿Dónde está Mal? —preguntó.

Rose hizo un gesto vago con la mano en dirección al jardín, al otro lado de los

numerosos paneles de cristal.

—En algún rincón entre sus amadas flores. Estoy convencida de que dentro de poco él mismo se convertirá en planta.

Maisie regresó con la bebida de Quirke. Cuando se inclinó para dejar el vaso sobre la mesa, él notó un tufillo a humo de tabaco. Le dio las gracias y ella sonrió complacida, se mordió el labio inferior y se marchó. Rose la miró alejarse.

—Esa chica no nació para ser criada.

—¿Hay alguien que sí? —replicó Quirke.

Ella le observó con dureza.

—No me irás a soltar un discurso político, ¿eh? Los derechos de las masas oprimidas y todo lo demás.

Quirke sonrió.

—No, Rose, no me atrevería a darte una charla.

—Mejor —ella tomó un sorbo de su bebida e hizo una mueca—. No sé por qué, pero aquí no sabe igual. Hay que estar sentado cerca de un pantano, escuchando las ranas y los grillos, mientras aúllan los viejos perros de caza.

—¿Dónde naciste exactamente, Rose? —le preguntó Quirke. Nunca se le había ocurrido preguntárselo.

—Por ahí. No me gusta pensar en aquel tiempo. Mi papá era un borracho y mi madre... Bueno, cuanto menos hable de mi madre, mejor.

—¿Echas de menos América?

—¿La echo de menos? —se detuvo a reflexionar un momento—. Supongo que sí. Es un país de locos, la gente es terca como una mula, pero resulta excitante. Imagino que tuve una dosis suficiente de excitación y por eso me vine aquí.

—¿Y ya te has aburrido?

Riendo, ella se inclinó hacia delante y le dio una torta en broma.

—Eres un liante, ¿sabes, Quirke? Me dices esas cosas con una vocecita de no haber roto un plato en tu vida, pero yo sé bien a qué juegas: quieres ponerme en un compromiso, pinchándome para que suelte algún comentario imprudente sobre este país tuyo tan verde y agradable.

—Eso es de Blake, aunque él hablaba de un país que no tenía nada que ver con este —dijo Quirke.

—Ay, don Listo —replicó ella y en broma le propinó otra torta. Luego enmudeció mientras contemplaba el jardín—. Ojalá no te hubieses ido de esa forma tan brusca, Quirke. Me gustaba tenerte aquí. Y también a Mal... Sobre todo a Mal. Te tiene mucho aprecio, ya lo sabes —lo miró—. ¿Lo sabes?

Él desvió la mirada con presteza.

—Creo que nunca he entendido a Mal. Y no creo que él me entienda tampoco.

—Claro que te entiende, Quirke. Él percibe esa tristeza tuya, ese... ese anhelo sin nombre —Rose sonrió, divertida y burlona—. Él también tiene algo de eso, ¿no lo percibes?

Quirke se removió incómodo en la silla de metal. Sentía el sudor en la espalda, entre los omóplatos. Se había quitado la chaqueta, pero aun así seguía teniendo mucho calor.

—No sé, Rose, no se me dan bien ese tipo de cosas. No me comprendo a mí mismo y mucho menos a los demás. A estas alturas ya has tenido que darte cuenta.

—Desde luego, me lo has dicho en bastantes ocasiones. Tantas, de hecho, que me pregunto si no será una forma de persuadirte de que no necesitas hacer el esfuerzo. Esforzarse por los demás es muy tedioso, ¿no, Quirke? —ladeó la cabeza y, sonriendo, lo contempló con los ojos muy abiertos.

De improviso, golpeó la mesa con las palmas de las manos y se puso en pie.

—Vamos a buscar a Malachy. Le dije que vendrías.

Salieron al aire libre. Tras el ambiente sofocante de la habitación acristalada, el cielo parecía más alto de lo habitual y de un azul más profundo, moteado con pequeñas e inmóviles nubes blancas. Bajo sus pies, la hierba, bruñida por una luz que no parecía provenir del sol, era más plateada que verde. Pájaros invisibles trinaban en los matorrales que se extendían alrededor.

—La naturaleza —suspiró con aire sombrío Rose—. ¿No te deprime?

Encontraron a Mal en el centro de un grupo de arbustos de aire exótico, de los cuales colgaban grandes racimos de flores moradas. Llevaba aquel sombrero que parecía la pantalla de una lámpara, una camisa caqui y unos pantalones de pana pelados en la zona de las rodillas.

—Hola, Quirke, ¿has vuelto? —dijo con expresión sorprendida.

—Te dije que iba a venir a comer, cariño. ¿No te acuerdas? —dijo Rose.

—Ah, sí, sí, es verdad, me lo dijiste —sonrió a Quirke como pidiendo disculpas—. Últimamente se me olvida todo.

—¿Cómo estás, Mal? —dijo Quirke.

—Estoy bien, estoy bien. Tú también tienes buen aspecto, aunque se te ve un poco acalorado.

—He venido desde la ciudad dando un paseo. Este sol te mata, deberías tener cuidado.

Mal sonrió de nuevo con tristeza y miró de reojo a su mujer.

—Sí, debería tener cuidado. Debería.

—Bueno, caballeros, los dejo con sus viriles conversaciones. Voy a comprobar qué ha decidido esa chica quemarnos para comer —dijo Rose.

Los dos hombres la contemplaron mientras se alejaba.

—Pobre Rose —suspiró Mal.

Quirke lo observó con atención.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo? —había algo titubeante en la mirada de Mal, como si su miopía hubiese aumentado de repente—. Tengo la impresión de que lo que ha de soportar Rose es excesivo. Excesivo.

—¿A qué te refieres?

Mal soltó una carcajada.

—A mí, por ejemplo.

Metió en el bolsillo delantero de su camisa las tijeras de podar que sujetaba y se quitó los guantes de jardinería.

—¿Te han ofrecido algo para beber?

—Sí, estoy bien. Espero que sea verdad que Rose te avisó de que iba a venir. ¿Lo hizo?

—Sí, lo hizo, claro que lo hizo. Lo olvidé, ya te lo he dicho antes, lo siento. ¿Es una grosería que me haya olvidado de que vendrías? En estos días todo resulta... —alzó las manos con gesto de impotencia y las dejó caer de nuevo—. Anda, vamos a sentarnos. Tienes razón, este sol es agotador.

Atravesaron el césped hacia un banco de madera cuyas patas estaban cubiertas de hiedra. Era un rincón a la sombra, verde y fresco. Tomaron asiento. Mal se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con el faldón de la camisa.

—El jardín está precioso —dijo Quirke—. Lo has mejorado mucho.

—Sí, no está mal. Hay rincones bonitos, a pesar de los esfuerzos denodados del señor Casey por desbaratar mis planes y matar todo lo que no es comestible. Ahora estoy plantando hierbas ornamentales. No se les da la importancia que merecen, a las hierbas —sonrió, mientras inclinaba la cabeza con timidez—. Ya sé que a ti esto te aburre.

—Es por mi ignorancia, no soy capaz de distinguir una flor de otra —dijo Quirke.

—Aprenderías enseguida, no es tan difícil —hizo una pausa, mientras miraba las plantas y los arbustos con vaga satisfacción—. También he plantado nuevas rosas. No creo que florezcan este año, la estación ya está muy avanzada —asintió lentamente—. Todo pasa muy rápido.

Quirke lo observaba.

—¿Qué sucede, Mal? ¿Hay algo que no va bien?

—¿Cómo?

—Rose vino esta mañana para pedirme que viniera. Hay un motivo, ¿no?

Durante un largo rato, Mal no dijo nada, como si no le hubiera oído. Volvió a ponerse las gafas y miró el cielo con los ojos entornados, como si estuviese intentando localizar algo en el espacio azul, entre aquellas nubecillas flotantes.

—La verdad es que no me encuentro bien, Quirke —dijo.

Qué extraño es, pensó Quirke, cómo ciertas cosas, las más trascendentales, parecen presentarse no como algo nuevo e inesperado, sino como una mera confirmación de lo que ya sabíamos.

—Explícate.

Mal seguía con los ojos fijos en el cielo.

—Cáncer. De páncreas.

—Entiendo —Quirke dejó escapar un largo y desalentador suspiro—. ¿Desde

cuándo lo sabes?

—Desde anteayer. Me hice las pruebas la semana pasada.

—¿Es grave?

Mal sonrió.

—Es de páncreas, ¿qué crees tú?

—¿Lo sabe Rose?

—Por supuesto. Ha reaccionado muy bien, sin lágrimas ni histrionismo. Ya conoces a Rose.

No en esta situación, pensó Quirke. Desconozco todo lo relacionado con esta situación.

—Aún somos jóvenes, Mal. Es demasiado pronto.

—Sí, bueno, supongo que siempre lo es. Cuando estudiábamos Medicina en Boston, hace siglos ya, traté a un anciano que tenía algo, no recuerdo qué. Algo sin importancia, una uña encarnada, algo así. Me contó que tenía noventa y siete años. «¿Sabe, joven? La gente me dice: “No me gustaría vivir tanto tiempo, tener noventa y siete años”. Pero todos cambian de opinión en cuanto cumplen noventa y seis», me dijo.

Se levantaron del banco y caminaron juntos hacia la casa. Marchaban en silencio. Por hablar de algo, Quirke le contó la muerte de Leon Corless y el extraño encuentro de Phoebe con Lisa Smith. Se daba cuenta de que Mal apenas le prestaba atención. Tenía un aire de ligero asombro, de leve aturdimiento. Era como un hombre que, tras un largo y profundo sueño, despierta en un mundo que no reconoce.

—¿Phoebe está bien? —preguntó Mal.

—Está preocupada, solo eso.

Mal asintió.

—Que la joven desapareciera así debe de haberla trastornado. Es una buena chica. Se preocupa de la gente, siempre lo ha hecho, y eso le acarrea problemas, claro.

Quirke titubeó.

—¿Se lo has dicho?

—No, todavía no. Tengo muchas cosas que pensar y que hacer. Debería hacer una lista. Pero se lo diré.

—Puedo decírselo yo, si quieres.

—No, gracias, Quirke, prefiero hacerlo yo. No tardaré —hizo una pausa—. Es todo tan... tan nuevo.

Se estaban aproximando al invernadero. Podían ver a Rose en el interior, una figura imprecisa tras las sombras que reflejaba el cristal. Se detuvieron.

—¿Cómo es, Mal? Quiero decir..., ¿cómo te sientes al saberlo? —preguntó Quirke.

Mal sonrió con amabilidad.

—Quirke, eres la única persona que conozco con el valor suficiente para hacer esa pregunta.

—Lo siento, yo...

—No te disculpes, es lo que todo el mundo quiere saber —miró de nuevo hacia el cielo, pensativo—. Es extraño, todavía no me he hecho a la idea. Siento una cierta... una cierta ligereza, como si todo se hubiese desmoronado. Ahora solo quedo yo frente a mí mismo. ¿Tiene sentido lo que digo? Casi me siento aliviado. De repente las cosas son muy sencillas.

—Tienes la religión. Eso debe de ayudar.

—No, qué va, esa es una de las cosas que se han venido abajo. Imagino que de alguna manera aún creo. Estoy seguro de que algo de mí quedará, que no desapareceré del todo. Pero todas esas viejas historias, Dios y San Pedro y las puertas perladas..., eso se ha desvanecido.

Permanecieron en silencio, de pie sobre la hierba. Quirke se dio cuenta de que el aire parecía haberse ensombrecido, aunque el sol lucía con la misma intensidad que antes; era como si una gotita de tinta hubiese caído en un cuenco de agua clara.

—Ese pobre tipo que murió —dijo Mal—. ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Corless?

—Sí, Leon Corless. El hijo de Sam Corless.

—¿El político? Ah. ¿Tú crees que se trata de un asesinato?

—Sí, eso creo.

—Parece un asunto turbio. Seguro que tu amigo el inspector Hackett lo está investigando. Y, por supuesto, tú debes de estar ayudándole —sonrió—. Hay que reconocer que no has tardado mucho en retomar tu rutina.

—Sabes lo agradecido que os estoy a Rose y a ti por haberme alojado durante tanto tiempo... Y por *aguantarme* también durante tanto tiempo.

—Claro que lo sé —dijo Mal. Se detuvo como si buscara las palabras—. Tú y yo, Quirke, hemos tenido nuestras diferencias durante años. Hice mal ciertas cosas, cosas realmente execrables, y ahora lo lamento profundamente. Espero que lo entiendas.

Quirke desvió la vista. Años atrás, Mal había intentado proteger a su padre de las consecuencias de sus delitos; delitos que Quirke había contribuido de forma clave a revelar o había intentado revelar. Todo seguía ahí, dentro de Quirke: la indignación, la ira frustrada, las recriminaciones tácitas, pero ¿qué importaba eso ahora? Mal y él se habían criado como hermanos, con el embrollo de emociones que implica la relación de fraternidad. A partir de aquel instante tendrían que encontrar un vínculo nuevo; y no les quedaba mucho tiempo.

Cuando iban a cruzar las puertas francesas para entrar en el invernadero, Mal se echó a un lado y puso una mano en el hombro de Quirke para que pasara primero y, por un momento, Quirke sintió como si tropezara, no realmente, sino en su interior.

—Bueno, chicos —dijo Rose con forzada alegría, levantándose de la mesa con un vaso en la mano—. ¿Habéis charlado a corazón abierto?

—Vamos a comer —dijo Mal—. De repente me ha entrado hambre.

Fueron al pequeño comedor que había en la parte de atrás de la casa, que daba al jardín. El papel de la pared era dorado con numerosas listas azules y el techo abovedado estaba pintado con una escena de dioses, doncellas con guirnaldas y querubines juguetones que hacía que a Quirke le diera vueltas la cabeza cada vez que cometía el error de mirar hacia arriba. Maisie les sirvió *vichyssoise*, seguida de salmón ahumado decorado con rodajas de pepino y acompañado de una ensalada de patata. Había una botella de Riesling seco en un cubo con hielo. Quirke notó que Mal no bebía. Hablaba de sus guisantes y de sus matas de flores, y Rose le tomaba el pelo en tono vivo y crispado, mientras sonreía con determinación y rehuía mirar a Quirke.

Tras una pausa en la conversación, si aquello podía llamarse conversación, Mal se dirigió a Rose:

—¿Sabías que Quirke ya anda metido en otra de sus investigaciones?

—¿Ah, sí? —Rose se volvió hacia Quirke con aquella sonrisa de acero. Se había bebido tres copas de vino seguidas y en sus ojos había un brillo aturdido—. ¿Por eso nos dejaste tan de repente? ¿Fue la llamada de la persecución?

—Un coche se estrelló en Phoenix Park y su conductor, un hombre joven, murió. La policía sospecha que hay gato encerrado —dijo Mal.

—¡Qué horror! —exclamó Rose y de nuevo se dirigió a Quirke—: Vaya, debes de estar eufórico. Siempre me llama la atención la expresión «gato encerrado». Suena como algo que ha hecho un crío y que merece una azotaina.

Quirke sabía por experiencia que debía ser precavido con Rose cuando bebía demasiado y dejaba aflorar su acento del sur.

—Phoebe también está implicada en cierta manera —dijo Mal.

Rose seguía pendiente de Quirke.

—¿Ah, sí? No se puede negar que es tu hija, Quirke. ¿Qué ha hecho para verse envuelta en el asesinato de un joven?... Y doy por sentado que estamos hablando de un asesinato.

Quirke le habló de Lisa Smith y le contó que Phoebe la había llevado a la casa de Ballytubber. Rose abrió los ojos con gesto teatral.

—¡Esto es increíble! Digo yo que debería habernos consultado antes de brindar su hospitalidad a una desconocida y ofrecerle nuestra casa de verano.

—Cariño, creo que has olvidado que le he dejado la casa de Ballytubber a Phoebe, así que prácticamente es suya —dijo Mal con calma.

—¡Ah, maravilloso! Ahora vamos a hablar de testamentos, ¿no? —replicó Rose con acritud.

Mal extendió el brazo y puso una mano sobre la de ella. Rose se crispó y por un momento pareció que iba a retirar su mano, pero no lo hizo.

—Lo siento —dijo Mal, y bien podría haber sido una disculpa general, sin referirse a nadie en particular.

Rose tensó la boca mientras giraba el rostro para no verle. Quirke permanecía rígido, como si al moverse pudiese romper algo. Entonces ella relajó la mueca,

asintió, volteó la mano bajo la de Mal y entrelazó sus dedos.

—Yo también lo siento, querido. Lo siento mucho.

Maisie apareció para retirar los platos. Mal le sonrió.

—Maisie, siéntate con nosotros un minuto.

La joven lo miró con asombro y lo mismo hizo Rose.

—Venga, siéntate, será solo un rato. Tómate una copa de vino —dijo Mal, imperturbable.

Maisie estaba ahora aterrorizada.

—Tengo muchas cosas que hacer en la cocina, doctor —se disculpó con voz entrecortada.

Rose se volvió hacia Mal con una mirada de aviso.

—Sí, debe de tener un montón de tareas esperándola.

—Sí, lo sé, pero pueden seguir esperando cinco minutos más. Siéntate, Maisie —dijo Mal, sin apartar los ojos de la joven.

Con expresión de absoluta perplejidad, ella miró a Rose, que resignada se encogió de hombros. Maisie acercó una silla, la colocó a casi un metro de la mesa y se sentó con el rostro encendido. Ya no se atrevía a mirar a Quirke.

—Veamos —dijo Mal—, ¿podemos ofrecerte una copa de vino?

—No, doctor, yo no pruebo el alcohol —se apresuró a decir Maisie.

—¿No? ¡Qué lástima! Aunque supongo que tienes razón, es mejor no empezar.

Se hizo un silencio. Todos oían la respiración agitada de la muchacha. Alguien tenía que iniciar la conversación y le tocó a Rose.

—Cuéntanos, Maisie, ¿cómo se encuentra tu madre? ¿Has tenido noticias de ella? Maisie, nerviosa, negó con la cabeza.

—No se le da muy bien escribir, señora. Pero sé de mis hermanos y ellos me dicen que está mejor que bien.

Rose iba a contestar, pero Mal la interrumpió.

—¿Y tu padre? ¿Has tenido noticias de él?

Maisie movió la cabeza de nuevo, mientras se retorció las manos enrojecidas.

—Por Dios, no, doctor. Seguro que él no quiere saber nada de mí.

—¿Dónde está ahora? ¿Está en casa? —preguntó Mal.

—No, doctor, creo que está en Wolverhampton. Estará trabajando en la construcción.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hace?

—Es enlucidor, señor.

—Es un oficio, ¿no?

—Eso creo, doctor.

Hubo una breve pausa antes de que Mal retomara la palabra.

—¿Y echas de menos a tu familia?

—Echo de menos a mi madre, señor, y a algunos de mis hermanos.

—¿Te gustaría ir a verlos?

El rostro de Maisie se arreboló aún más y pareció inflamarse y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No, doctor, aquí estoy mejor que bien —dijo con una nota de terror en la voz.

—No hay ningún problema, Maisie —intervino Rose—. Lo que quiere decir el doctor Griffin es que tal vez te gustaría hacer una visita a tu familia.

Maisie apretó los labios con fuerza y movió de nuevo la cabeza con gesto nervioso.

—No, no, gracias, estoy mejor que bien —de repente sonrió de oreja a oreja—. Desde luego, se llevarían un susto de muerte si me vieran aparecer de golpe en la puerta.

Probablemente la última vez que la había visto su familia, pensó Quirke, fue el día en que se la llevaron a la Lavandería Madre de Misericordia, embarazada de su padre. Miró con dureza a Mal para que dejara de atormentar a aquella pobre criatura, aunque lo estuviera haciendo sin darse cuenta, y le permitiese regresar a su madriguera, en la cocina. Era obvio que ella pensaba que, por alguna razón que se le escapaba, la estaban amenazando con despedirla.

Mal la contemplaba con una leve sonrisa distraída. Rose se volvió hacia ella.

—Maisie, querida, es hora de que traigas el café —dijo con firmeza—. ¡Hala, vete!

Maisie se puso de pie de un salto y, lanzando una mirada de temor a Mal, salió a toda prisa de la habitación.

Rose suspiró y se volvió hacia su marido.

—Cariño, casi matas del susto a la pobre criatura.

Él la miró, parpadeando con asombro.

—¿Por qué se ha asustado? —preguntó con inocencia.

—Ha pensado que la estabas despidiendo... ¿No te has dado cuenta?

—No —a Mal se le escapó la risa—. ¿Cómo va a haber pensado eso? Solo quería hablar con ella, preguntarle por su familia, saber si la echaba de menos —miró por la ventana el jardín soleado—. Hay tanta gente a la que nunca he hablado, en la que nunca he pensado siquiera. Enfermeras, conserjes, otros médicos... Incluso mis pacientes.

—Siempre fuiste bueno con los pacientes. Todo el mundo lo decía —comentó Quirke.

Mal movió la cabeza lentamente.

—Solo era teatro. Nada más.

—Todos somos actores, Mal —replicó Quirke—. El truco es actuar de manera convincente. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Mal se levantó de la silla, se dirigió a la ventana y permaneció allí, de espaldas a la mesa, con las manos en los bolsillos.

—Cómo se ha reproducido todo este año —murmuró como si hablara para sí mismo—. Cuánta vida.

Quirke y Rose intercambiaron una mirada, con el semblante inexpresivo.

—¿Me das un cigarrillo? —le pidió Rose.

Volvieron al invernadero para tomar el café. La luz había perdido la intensidad del mediodía y había refrescado un poco, aunque el aire seguía tan pesado y húmedo como antes. Se sentaron en torno a la pequeña mesa de hierro forjado y Maisie, que parecía haberse recuperado del susto, apareció para servirles, rehuyendo mirar a nadie. Cuando se fue, Rose se dirigió a Quirke:

—Cuéntame más sobre ese asunto en el que Phoebe se ha visto envuelta.

Quirke le habló de Leon Corless y de las sospechas que tanto él como Sinclair tenían sobre las circunstancias en que el joven había encontrado la muerte.

—¿Y la chica? ¿Esa a la que Phoebe llevó a Ballytubber? —preguntó Rose.

—La novia de Corless. Según parece, está embarazada de él.

Rose se retrepó en la silla y tomó un sorbo de café. Ya no parecía estar achispada, como antes en la mesa del comedor, y su ánimo resultaba casi lánguido.

—Madre mía —dijo—. Pensaba que ese tipo de cosas solo sucedían en el país de donde vengo: chicas que se quedan en estado y chicos que acaban en un coche en llamas, estrellado contra algún viejo y gigantesco álamo. Imagino que si aquí hubiese negros, acabaríais linchándolos, igual que sucede allí.

Quirke estaba encendiendo un cigarrillo.

—Os voy a pedir de nuevo un favor. A ambos. Voy a intentar convencer a Phoebe para que venga a vivir aquí una temporada —sonrió con ironía—. Puede quedarse en la habitación que yo usaba.

Rose miró a Mal antes de volverse hacia Quirke.

—Por supuesto que nos encantaría tenerla aquí con nosotros, pero ¿hay alguna razón?

—¿Crees que necesita protección? —preguntó Mal.

Quirke rehuyó su mirada. Si Phoebe estaba en peligro, no sería la primera vez, como bien sabía Mal. En el pasado, la joven había sufrido en manos de gente con la que Mal y su padre tenían relación. Mal no era responsable del daño que le habían hecho, pero tampoco era del todo inocente. Aquello era agua pasada, aunque eso no significaba que estuviese olvidado o totalmente perdonado.

—La chica, Lisa Smith, desapareció sin dejar rastro. Eso basta para que me preocupe por Phoebe —dijo Quirke.

—Quizá no ha «desaparecido» —replicó Rose—. Quizá cambió de idea y se marchó. Así actúan las jóvenes, ya lo sabes.

—Estaba asustada —contestó Quirke—. Según Phoebe, estaba aterrorizada. Debió de recibir serias amenazas.

—Bah, las chicas imaginan cosas —se mofó Rose—. Sobre todo si acaban de enterarse de que están embarazadas y no tienen marido.

—No, hay algo que no huele bien, que no huele nada bien.

—Y, por supuesto, tú vas a descubrir de qué se trata —dijo Rose con una sonrisa burlona—. Tú y ese hombrecillo, el inspector... ¿Cómo se llama?

—Hackett.

—Eso es. Tú y el inspector Hackett. Menudo par: Wyatt Earp y Doc Holliday.

Quirke sonrió, sin molestarse. A Rose siempre le había gustado bromear, pero existía una amargura nueva en su tono, un deseo de hacer daño. Bueno, era comprensible. Había vivido la agonía de un marido y ahora tendría que revivir lo mismo con otro.

—No hay duda entonces de que debes hablar con Phoebe y animarla para que se venga con nosotros. Será bienvenida —dijo Mal.

—Por supuesto —asintió Rose, sin quitarle los ojos de encima a Quirke—, pero ¿qué te hace pensar que estará más segura aquí que en otro lado? ¿En tu casa, por ejemplo?

—Ya lo había pensado, pero no hay sitio —dijo Quirke con calma.

—Claro, y tampoco te gusta que te molesten, ¿no? —Rose le sonrió con dulzura, mostrando el borde de los dientes.

Era obvio que estaba intentando provocar una discusión, pero él no tenía ninguna intención de pelearse con ella. Se puso en pie.

—Debo marcharme.

—¿Tienes cosas que hacer? —Rose alzó la mirada hacia él con aquella clara sonrisa provocadora. Él no contestó y ella giró el rostro hacia el jardín y el sol.

Mal acompañó a Quirke por la casa hasta la puerta.

—No te lo tomes a mal —dijo en voz baja—. Rose está esforzándose todo lo que puede por asimilarlo.

—Tal vez no sea una buena idea traer aquí a Phoebe. Vosotros dos, Rose y tú, tenéis mucho en que pensar ahora mismo.

—No, no, nos hará bien tenerla aquí —hizo una pausa—. ¿Crees de verdad que está en peligro?

—No lo sé, pero tengo miedo de que lo esté —Quirke sospechó que Mal creía que había sugerido que Phoebe se refugiara allí con el fin de distraerle, para alejar sus pensamientos del trance mortal, aunque solo fuese un rato. Tal vez era cierto, tal vez esa había sido su intención—. Ella te quiere mucho, Mal —le dijo.

—Sí, ya lo sé.

Estaban en la puerta principal cuando Maisie apareció con el sombrero de paja de Quirke. Se lo echó a las manos y se escabulló.

—Mal, parece que le has dado un susto de muerte a la pobre Maisie.

—¡Dios santo! ¿De verdad? —dijo Mal con pesar—. Desde hace unos días tengo la impresión de que todo lo hago mal. Es como si hubiese perdido la habilidad de ser normal. Seguro que es algo temporal. Nada resulta raro mucho tiempo. Supongo que la muerte será tan corriente y aburrida como todo lo demás —se rio por lo bajo—.

Eso espero, desde luego.

Estaban de pie en el umbral, bajo la gran sombra sesgada del tejado. Más allá, la luz parecía hostil y sin calor, un cruel resplandor.

—Lo siento, Mal —dijo Quirke—. No sé qué decirte.

Mal contempló la calle, desierta los domingos.

—No necesitas decirme nada. ¿Qué se puede decir? Antes me preguntaste cómo era para mí. Es como descubrir que durante todo el tiempo has estado caminando sobre una cuerda floja y de repente el final de la cuerda está a la vista. Quieres bajarte, pero no puedes y tampoco puedes detenerte o volver sobre tus pasos; solo te queda seguir hasta que ya no puedas seguir más. Tan sencillo como eso —se volvió hacia Quirke, serio aunque sonriendo—. No es gran cosa, créeme. Eso es lo que puedo decirte: no es gran cosa —retrocedió unos pasos hacia el interior de la casa—. Adiós, Quirke, hasta pronto. Trae a Phoebe. Velaremos por ella, cuidaremos de ella.

Quirke no dijo nada, tan solo asintió, dio media vuelta y bajó las escaleras. Cuando llegó a la verja, miró hacia atrás. Mal seguía allí, en la puerta, bajo aquel fragmento de sombra.

David Sinclair estaba sinceramente consternado, incluso furioso, por la repentina reincorporación de su jefe al trabajo. Era probable, pensaba Quirke, que se maldijera por haber ido a buscarle en persona aquel día para pedirle que fuese al hospital a examinar la marca del golpe en la cabeza de Leon Corless. Y quizá Sinclair tuviese razón, tal vez él no habría puesto fin a su convalecencia, o lo que fuera aquello, de no haberse visto obligado a interrumpirla. En casa de Mal y Rose había entrado en un estado de torpor que podría haber continuado meses, incluso años, hasta que no quedase nada de su experiencia profesional. Pero había regresado pleno de energía, decidido y, tal como pensaba Sinclair, tan entrometido como siempre.

Quirke sabía que Sinclair había disfrutado siendo el jefe; ahora volvía a ser su ayudante. En su fuero interno, Quirke se congratulaba.

Pasó la mayor parte de su primera mañana de trabajo revisando los informes de todos los casos que se habían cerrado en su ausencia. Aquello intensificó el sentimiento de agravio de Sinclair. Aunque le indignaba ser controlado de semejante manera, no podía arriesgarse a tener un enfrentamiento con su jefe. Quirke percibía el estado de ánimo de Sinclair, pero le daba igual. Él era el responsable del departamento de Patología y a Sinclair le vendría bien verse obligado a reconocerlo y aceptarlo; al joven todavía no le había llegado el momento de ocupar su silla y ahí se acababa el asunto.

Tenían pendiente una autopsia a una adolescente que había conseguido matarse con una dosis de lejía doméstica; si por un milagro Quirke paraba de escudriñar los informes, podrían terminar antes de la hora de la comida. Sinclair ya había averiguado que la chica estaba embarazada. Otro hijo ilegítimo, otra muerte.

Quirke había hablado con Phoebe la noche anterior y le había explicado su plan para que fuese a vivir con Mal y Rose hasta que encontraran a Lisa Smith y se aclarara el misterio de su desaparición. Phoebe descartó la idea desde el principio y, cuando Quirke insistió, se enfadó, o simuló enfadarse. Le dijo que estaba siendo ridículo y, además, aunque estuviese en peligro, una eventualidad que no se le pasaba por la cabeza ni un solo instante, no estaba dispuesta a dejar su casa, aunque fuese temporalmente, y mudarse a Ailesbury Road.

—Si tú no has sido capaz de quedarte allí, ¿qué te hace pensar que para mí sería distinto? —le dijo.

Quirke no supo qué contestar, pero se dio cuenta de que Phoebe no se sentía tan segura y despreocupada como aparentaba. Lisa Smith había acudido a ella aterrorizada y a continuación había desaparecido sin dejar huella. Si se la llevaron a la fuerza como Phoebe creía, quienes lo hicieron sabían, para empezar, que ella la había ayudado a esconderse.

No logró encontrar ningún error en los informes de Sinclair, de modo que cerró la última carpeta y la dejó a un lado. Encendió un cigarrillo, inclinó hacia atrás su silla

giratoria y puso los pies sobre la mesa. Era como un perro marcando de nuevo su territorio; lo sabía y, aunque sentía una pizca de vergüenza, no pensaba actuar de otro modo.

¿Deseaba hallar algún signo de negligencia en los informes archivados por Sinclair: una conclusión chapucera aquí, una esquina rota allá, un juicio claramente erróneo que no había sido corregido? De ser así, se había llevado un chasco. Sinclair era un buen forense, diligente y concienzudo. Lo que a Quirke le molestaba era la incomprensible seguridad que el joven tenía en sí mismo y en su propia valía. Quirke nunca había conocido a nadie tan dueño de sí y, tenía que admitirlo, estaba celoso. Bueno, no, celoso no; envidioso sí, pero no celoso, al menos había que concederle eso. Existía una diferencia, según definía Quirke ambos conceptos. Estar celoso significaba no solo querer algo que otro tenía, sino desear además que al otro le fuese arrebatado; tener envidia era reconocer el don de otro y desear asimismo tenerlo, pero nada más. Sopesar esa diferencia era una forma de tranquilizarse a sí mismo.

Hizo girar la silla y contempló la pequeña ventana en la parte superior de la pared, junto al techo. No era una ventana en realidad, sino un estrecho panel de cristal, de unos quince centímetros de alto y protegido por una malla de hierro, que estaba situado al nivel del suelo de la calle y resultaba muy poco práctico como medio para dejar entrar la luz. A Quirke le gustaba ver pasar a las mujeres con sus tacones altos. Se acordó de la nueva jefa de Phoebe, la doctora viuda Evelyn Blake. No lograba imaginársela con tacones altos. Qué extraño era cómo le había mirado, con calma y aparente indiferencia y sin embargo... ¿Cuál era la palabra? Apreciativa, sí, eso era, fue una mirada apreciativa. Por alguna oscura razón, le había complacido ser escrutado así.

Aplastó el cigarrillo para apagarlo y se puso en pie.

Sinclair estaba sentado en una silla metálica en la sala de disecciones, leyendo el periódico. Alzó la vista cuando Quirke salió de su oficina con la bata blanca.

—Bien, vamos a terminar esto —dijo Quirke con brusquedad.

La cantidad de lejía que la chica había ingerido, si bien había causado un daño considerable a su esófago, no era suficiente para matarla.

—Cuando desean morir, y lo desean con desesperación, mueren —dijo Quirke en tono grave.

Era una de las sentencias que repetía con regularidad. Sinclair no dijo nada.

Cuando acabaron, Quirke dejó que su ayudante adecentara el cadáver, se quitó los guantes quirúrgicos, fue a sentarse en la silla metálica, junto al lavabo, donde Sinclair se había sentado antes, y encendió un cigarrillo. Contempló la sala de techo bajo y prácticamente vacía. Era como si nunca se hubiese ido, como si los últimos meses no hubiesen existido.

—Traerán otro después de la comida —Sinclair extendió la sábana sobre la chica muerta—. Es lo habitual. Si desea marcharse, puedo encargarme yo.

—Marcharme ¿dónde? —preguntó Quirke con cierta suspicacia.

Sinclair alisó con cuidado los pliegues de la sábana y retrocedió para admirar su obra. Aquella era otra de las cosas que a Quirke le molestaban de él: su orden obsesivo.

—Como es su primer día, pensé que quizá le apetecería terminar más temprano.

—Gracias —contestó Quirke; Sinclair le lanzó una rápida mirada por encima del hombro—. Lo siento, no estoy de muy buen humor. Anoche discutí con Phoebe. Bueno, no fue una discusión. Digamos que tuvimos unas palabras.

—Sí, me lo ha contado —dijo Sinclair sin hacer ningún énfasis.

—Solo le sugerí que se quedara en casa del doctor Griffin, por su bien. Un joven ha muerto y hay una chica desaparecida.

Sinclair murmuró algo, fue casi un susurro, y Quirke tuvo que pedirle que se lo repitiera.

—Digo que yo cuidaré de ella.

—Bien, me alegra oírlo —dijo Quirke, aunque no sonaba alegre.

—Me preocupa la seguridad de Phoebe tanto como a usted —replicó Sinclair, controlándose de manera obvia.

—Claro, estoy seguro de ello. ¿Y qué hará? ¿Dormir en el Morris Minor a las puertas de su piso? —el rostro de Quirke se ensombreció.

¿Había querido decir eso? Últimamente de su boca salían cosas que no esperaba y que no parecían guardar ninguna relación con nada que tuviese en la cabeza. ¿Era fruto de su lesión en el cerebro? ¿O tan solo se estaba convirtiendo en un cascarrabias, malhumorado, irresponsable e incapaz de morderse la lengua?

—De hecho, le he pedido que venga a vivir conmigo una temporada.

Quirke evitó mirarle.

—¿Ah, sí? —dijo en un tono siniestramente neutro.

—Me ha dicho que no, por supuesto.

—Bueno, es una chica independiente.

—Una mujer, querrá decir.

Ahora le tocó a Quirke el turno de controlarse y dominar su indignación. Se obligó a no responder. Encendió un cigarrillo. Su corazón latía a toda velocidad. Fijó los ojos en la brasa del pitillo. Contó hasta tres. Volvió a contar hasta tres.

Sinclair estaba inclinado sobre el lavabo, en el otro extremo de la habitación, lavándose las manos.

—Si usted no me ve con buenos ojos, debería decírmelo —declaró con suavidad y sin alzar la vista del lavabo.

—¿Qué quiere decir con no verle con buenos ojos? —preguntó Quirke—. ¿Como novio de Phoebe? ¿Es *novio* la palabra adecuada? Y si además fuese así, ¿acaso importaría?

—¿Importaría? Depende de a qué se refiera cuando lo dice. A Phoebe le afectaría, aunque quizá no tanto como usted imagina.

Sinclair se secó las manos con la toalla del dispensador que estaba clavado a la

pared, sobre el lavabo.

—¿Y qué me dice de *usted*? —la voz de Quirke temblaba por el esfuerzo que estaba haciendo para frenar su ira—. ¿Le importaría?

Sinclair se giró hacia él, se apoyó en el lavabo, cruzó los brazos y clavó la vista en la puntera de sus zapatos.

—Usted y yo tenemos que trabajar juntos. La situación no sería muy cómoda si creyera que usted piensa que no soy lo bastante bueno para ella.

Quirke casi dio un salto en la silla.

—¿Quién ha dicho nada sobre ser o no ser bastante bueno?

—Creo que tiene algo contra mí —dijo Sinclair sin alterarse—. Podría conjeturar la causa, pero tal vez cometería una injusticia con usted.

Quirke iba a contestar, pero se detuvo. ¿Le estaba acusando Sinclair de que no le aprobaba por ser judío?

—Entonces no lo haga... No cometa una injusticia.

Entre ambos se instaló un tenso silencio. Ninguno de ellos parecía saber con certeza qué había pasado. ¿Se habían peleado? Si era así, la pelea había finalizado sin ganador. Nunca se habían peleado antes. Quizá solo era consecuencia del intenso calor que hacía fuera y que sofocaba el ambiente en aquella cámara subterránea de los muertos. La presión atmosférica creaba una tensión que debía ser liberada de alguna manera. Siempre era mejor echarle la culpa al tiempo.

Quirke regresó a su oficina y Sinclair se dirigió al cubículo que le habían asignado como despacho, al final del pasillo, para escribir el informe, otro más, escueto, comedido y perfectamente mecanografiado. Quirke incubaba su enojo. Tal vez no debería haber regresado a trabajar aún, tal vez lo que Sinclair había dado a entender era cierto, que todavía no estaba preparado para retomar su antigua vida. Pero si no lo estaba ahora, ¿cuándo lo estaría?

Sonó el teléfono. Era Hackett. Le preguntó si podía encontrarse con él en el café que había al otro lado de la calle.

Comieron unos sándwiches de jamón y una ensalada terrible, mustia y aguada. El calor era una pesadilla. El sol que entraba por la ventana había calentado tanto la superficie de plástico de la mesa que apenas podían tocarla. Hackett pidió un vaso de gaseosa roja; el aroma dulzón le revolvió el estómago a Quirke. Le vino a la cabeza una imagen de Hackett de niño, rechoncho, con el pelo cortado al rape, las orejas rojas y las rodillas al aire, sentado en una densa mata de hierba sobre la tierra húmeda y zampándose un sándwich, con una botella de gaseosa llena de leche a los pies, tapada con un rulo de papel encerado, tras pasar la mañana cortando el césped con su padre. No era a Hackett a quien se imaginaba, desde luego, sino a sí mismo, y no había ningún padre en la escena, solo el hermano Clifford, que había cosido medio penique en el extremo de su cinturón de cuero para endurecerlo y aumentar la

escocedura del golpe.

Regresó con esfuerzo del pasado. Hackett le estaba hablando, mientras le mostraba lo que parecía una lista con nombres. Intentó concentrarse. Le retumbaba la cabeza; ¿estarían empeorando los dolores de cabeza que le aquejaban últimamente?

—Su hija la consiguió esta mañana —dijo Hackett—. Son los nombres de las chicas que estaban con ella en el curso de taquigrafía. Tenga, échele un vistazo.

Tras pasar por el bolsillo de Hackett, la hoja estaba arrugada y se le había roto una esquina. La puso sobre la mesa y la alisó con el lateral del puño. Quirke sintió un extraño pellizco de ternura al ver la escritura de su hija. ¿Cuándo era la última vez que la había visto? No conseguía recordarlo. Hacía años, cuando ella aún estaba en el colegio. No había cambiado: las letras inclinadas a la izquierda, con el rabo de las y formando una gran circunferencia y pequeños globos en lugar de puntos sobre las íes. Empezó a leer los nombres en alto, bisbiseando.

—Siobhan Armstrong, Annette Bellamy, Denise Bergin, Elizabeth Costigan, Doris Cranitch, Philomena Davis —sus ojos saltaron al final de la lista—. Siobhan Latimer, Lisa Murtell, Elspeth Noyek, Aileen Quirke, Julianne Richardson, Alida Vernon, Estella Yorke.

—Ya veo que hay alguien con su apellido: la señorita Aileen Quirke. ¿Será pariente de usted? —Hackett soltó una risita—. ¿No es un poema esa lista? Es fácil imaginarse a todas inclinadas sobre sus cuadernos, garabateando como buenas chicas.

—La única Lisa es esta —dijo Quirke, señalando con el dedo—. Lisa Murtell.

—Sí. Y no hay ninguna Smith.

—Me he fijado en que hay una Costigan.

—¿Cómo se llama? —Hackett giró el cuello para leer el nombre—. Elizabeth. Tal vez el tal Joe Costigan tiene una hija.

Intercambiaron una mirada y ambos se encogieron de hombros al mismo tiempo. Quirke dejó la lista a un lado.

—No es de mucha ayuda, ¿verdad? —un pensamiento le vino a la cabeza—. ¿Dónde ha visto a Phoebe para que se la diera?

—Me llamó por teléfono para decirme que la había conseguido en la academia y que podía traérmela. Envié a Jenkins a su trabajo en el coche patrulla. A Fitzwilliam Square... Muy bonito. Debe de estar a gusto allí.

A Quirke le sorprendió lo mucho que le molestaba que Phoebe hubiese llamado a Hackett y no a él. Bueno, se merecía el desaire, reconoció. Ella tenía una astuta manera de recordarle, con cierta frecuencia, los casi veinte años durante los cuales él había simulado, ante ella y ante todos los demás, que no era su hija.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Hackett tomó un sorbo de su gaseosa, mientras Quirke desviaba la mirada. Lo más desagradable del brebaje era su color.

—He enviado a dos de mis chicos al edificio de Rathmines con una orden de registro.

—¿Qué van a buscar?

—Su hija insiste en que estuvo en el piso de Lisa Smith, en ese edificio, y yo la creo, a pesar de lo que diga el caradura del señor Abercrombie —tocó con un dedo una corteza de su sándwich, que había dejado sin comer—. También voy a tener una charla con el jefe del joven Corless en los edificios del Gobierno. He pensado que... —lanzó una suave tosecilla—. He pensado que, si tuviera un rato libre, quizá podría acompañarme.

Quirke siempre se olvidaba de lo nervioso que se sentía Hackett cuando debía tratar con quienes llamaba, con una mezcla de deferencia y desprecio, «la gente bien». Para el inspector, esa expresión incluía a profesionales como abogados, médicos, altos cargos de la Iglesia y cualquier tipo de funcionario del Gobierno.

—Sí, por supuesto, lo acompañaré —dijo Quirke.

Pagaron los sándwiches y cruzaron la calle hacia el aparcamiento del hospital, donde el joven agente Wallace, el de la mala dentadura y el mechón desvaído, los esperaba en el coche patrulla. Hacía calor en el asiento trasero y abrieron las ventanillas, pero el aire bochornoso que entró no les supuso ningún alivio.

—Recuérdeme en qué ministerio trabajaba Corless —dijo Quirke.

—Sanidad. El ministro es Crawley. El repelente Crawley, lo llaman. O Monseñor. Es conocido por su beatería. Tiene doce hijos, tres de los varones son curas y una chica es monja. Seguro que hay un sitio en el cielo reservado para él.

—¿Es a quien vamos a ver?

—No, para nada, él es demasiado importante como para dignarse a hablar con la policía. Vamos a encontrarnos con un tipo llamado O'Connor u Ó Conchubhair, como le gusta hacerse llamar cuando se siente extrapatriótico, imagino —se rio—. Es el secretario del ministro y supongo que eso no significa que sea quien le pasa las cosas a máquina.

En Merrion Street los dejaron entrar por una puerta lateral y los hicieron aparcar cerca de una imponente puerta de roble tallado. Ya dentro, una chica tras una ventanilla les indicó que subieran dos pisos, allí alguien iría a buscarlos. En el segundo piso, otra chica los condujo hasta una amplia sala de techo alto y con una moldura de escayola. Dos grandes ventanales daban a Merrion Street. Entre las ventanas había un enorme escritorio tras el que se sentaba un hombrecillo gordo ataviado con un tres piezas. Tenía una cabeza redonda como un melón y estaba calvo por completo, excepto por unos largos y grasientos mechones de pelo descolorido que nacían en algún lugar de su nuca y recorrían, cuidadosamente pegados, la parte superior del cráneo, de un rosa grisáceo. Llevaba una pajarita azul marino con topes de un rojo oscuro. Una cadena de reloj de oro cruzaba la parte delantera del chaleco abotonado. Podía tener cualquier edad entre treinta y cinco y cincuenta años. Se puso en pie, esbozando una sonrisa glacial.

—*Dea-lá a thabhairt duit, uaisle.*

—*Dea-tráthnóna, a dhuine uasail*^[4] —contestó Hackett, acentuando el marcado acento de las Midlands—. Soy el inspector Hackett y este es el doctor Quirke.

El hombrecillo tendió a Quirke una manita regordeta para que la estrechara.

—Turlough O'Connor —una arruga apareció en su frente lisa—. ¿Nos conocemos, doctor Quirke?

—Trabajo en el hospital de la Sagrada Familia, en el departamento de Patología. Pero quizá hayamos coincidido en casa del juez Garret Griffin.

Algo cambió en el fondo de los pálidos ojos de O'Connor, un trazo cortante y frío.

—En ese preciso lugar. Entonces usted debe de ser el hijo de Garret.

—El adoptado —dijo Quirke en tono glacial.

—Sí, sí, claro —una mancha de rubor apareció en los pómulos del hombre, que tosió por lo bajo—. ¿Cómo está el otro hijo de Garret?... ¿Cómo está el doctor Malachy? ¿Qué tal le va últimamente?

—Se ha jubilado.

—¿No me diga? Bueno, bueno —tosió de nuevo—. Por favor, caballeros, tomen asiento, acerquen esas sillas y pónganse cómodos. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Queríamos preguntarle sobre uno de sus empleados, Leon Corless.

Mientras asentía, O'Connor cerró sus suaves y abultados párpados y luego abrió exageradamente los ojos un instante.

—Ah, sí, pobre Leon, un suceso terrible. ¿Saben ya qué sucedió? Me enteré por el periódico. ¿Qué estaría haciendo a esas horas fuera de casa?

Hackett sacó una cajetilla de Player's, abrió la tapa, con un ágil movimiento hizo asomar los pitillos en formación, igual que los tubos de un órgano en miniatura, y se los tendió a O'Connor por encima del escritorio. Este movió las manos gordiflonas frente a él.

—No, gracias, no fumo.

Tampoco bebe, dedujo Quirke, al ver la insignia de Pionero en su solapa, justo debajo del *fáinne*, el pequeño aro de oro que le identificaba como un defensor de la lengua irlandesa. No pudo evitar maravillarse de la perfecta y pulida imagen que proyectaba aquel hombre: el traje azul con sus insignias en la solapa, la pajarita, la cadena del reloj, su afectada pose. Quizá existía una escuela para funcionarios civiles, igual que hay una escuela de teatro para los actores.

—Creemos que Leon Corless estuvo en una fiesta —dijo Hackett, mientras sacudía con vigor una cerilla para apagarla— y que regresaba a su casa, atravesando Phoenix Park hacia Castleknock, donde vive. O vivía. Había alquilado un cuarto en casa de una pariente, una tía política. Su coche se estrelló contra un árbol y se incendió.

O'Connor asintió; su cabeza parecía nacer directamente del tronco, sin la

intermediación de un cuello.

—Sí, eso es lo que decía el periódico, aunque no hacía mención a ninguna fiesta —chasqueó la lengua en un gesto en parte de compasión y en parte de reproche—. Esas fiestas nocturnas se están haciendo cada vez más populares entre los jóvenes. ¿Había bebido?

—Tenía alcohol en la sangre, sí, pero no lo suficiente como para estampar su coche contra un árbol —dijo Quirke.

O'Connor no parecía haberle oído.

—No está bien, no está nada bien. Por lo que le conocía, nunca hubiese imaginado en él ese desenfreno. Claro que con esa familia, ese padre... —dejó la frase sin acabar.

Se hizo un breve silencio hasta que Hackett, removiéndose en su silla, tomó la palabra.

—Señor O'Connor, ¿podría decirnos qué trabajo realizaba Leon Corless en el ministerio?

De nuevo O'Connor cerró con suavidad los párpados y los abrió de manera desmesurada con un movimiento mecánico. Debía de ser un tic y resultaba un tanto desconcertante.

—Bueno, puedo decirles que era un joven muy prometedor, realmente muy prometedor. Entró aquí como subalterno, le fue muy bien en los exámenes, extraordinariamente bien, y no pasó mucho tiempo antes de que su potencial llamara la atención. Tenía una cabeza excelente para los detalles, no solo una buena memoria, sino también una gran capacidad para organizar el material. Así que le destiné a estadística. Es un nuevo campo que estamos abriendo y Leon parecía la persona idónea, como así se demostró. Tenía una brillante carrera por delante, inspector, una brillante carrera trágicamente truncada.

Quirke lo observaba. Se sentía como si contemplara a un gran actor en un papel menor que interpretaba, no obstante, con su brillante aplomo habitual. Aquel edificio rebosaba de otros como él, los dirigentes de la nación, interpretando con gran seriedad el papel de estar al mando y sujetando con firmeza, en sus pequeñas manos gordezuelas, las riendas del Estado. De manera instintiva, él despreciaba y aborrecía a ese tipo de gente. Eran personas como O'Connor las que, con el rápido trazo de una pluma, le habían condenado a una infancia de crueldad y terror.

—Cuéntenos, ¿cuál era exactamente su cometido? —preguntó Hackett.

O'Connor esbozó una insulsa sonrisa y cruzó las manos con pulcritud sobre el escritorio.

—No creo que pueda contárselo *con exactitud*. No quisiera aturdirlos con... ja, ja, ja... estadísticas.

La expresión de Hackett era tan amable como de costumbre.

—Entonces quizá nos podría dar una idea general. ¿Sería posible?

O'Connor lo miró en silencio un instante, sopesándole, intentando calcular su

autoridad, qué amenaza podía representar. Después de todo, ambos eran empleados del Estado y, como tales, enemigos naturales.

Estirando los dedos y uniéndolos por las yemas como si formaran un tejado, O'Connor contempló la superficie del escritorio con el ceño fruncido.

—Puedo contarles que Leon estaba trabajando en... ¿Cómo les diría? En un área delicada. Como bien saben, el palacio arzobispal está muy pendiente de las cuestiones relativas a la salud —O'Connor alzó la vista y miró a Quirke—, en particular de los problemas que tienen que ver con madres e hijos.

Se hizo un silencio. Hackett se removió de nuevo en su silla.

—¿Podría explicarnos de manera general cuál era el cometido de Corless? —sonrió con paciencia—. No estoy seguro de entender qué significa *estadística*.

O'Connor desvió la vista a un lado, mientras fruncía los labios.

—Como ya le he dicho, inspector, se trata de un área delicada.

Hackett aguardó, pero al ver que no daba ninguna explicación más, prosiguió:

—Sí, señor O'Connor, y también es delicado lo que nosotros estamos investigando. Puede que apunte a un delito.

O'Connor giró la cabeza hacia él con celeridad y lo miró fijamente. Era la primera vez, pensó Quirke, que mostraba una reacción genuina a lo que se le decía.

—Un delito —repitió en un susurro—. ¿Qué clase de delito?

—Según las investigaciones llevadas a cabo por el doctor Quirke y su equipo, existe la posibilidad de que la muerte de Leon Corless esconda un acto delictivo.

—Lo que intenta decir es que... —O'Connor estaba casi sin aliento—. ¿Lo que intenta decir es que su muerte no fue un accidente?

—No parece, no.

O'Connor se volvió hacia Quirke con expresión de creciente alarma.

—Tenía una contusión en un lado de la cabeza, que no creemos que sea consecuencia de la colisión —dijo Quirke—. Parece como si le hubiesen dejado inconsciente de un golpe antes de que el coche se estampara contra el árbol.

—¿Está diciendo que puede tratarse de un caso de asesinato?

—Es una posibilidad que estamos considerando —dijo Hackett.

Hubo otro silencio, esta vez de mayor duración. O'Connor extendió las manos sobre la mesa y miró con agitación a un lado y a otro; de repente parecía un hombre aferrado a una balsa en medio de un mar tempestuoso.

—Pero eso... eso es imposible —dijo entre dientes, más para sí mismo que para los otros dos—. ¿Leon Corless asesinado? No puede ser. Solo era un joven que hacía su trabajo.

—Y su trabajo consistía en llevar las estadísticas sobre... ¿Sobre qué exactamente? —preguntó Hackett.

O'Connor, con la mirada enloquecida y la respiración entrecortada, parecía haberse olvidado de los dos hombres que tenía enfrente. Súbitamente, regresó del supuesto escenario de terror al que sus pensamientos le habían arrastrado.

—Creo que en esta coyuntura no debo decir nada más. Tengo que... Tengo que informarme. He de consultar con el ministro —miró a Hackett—. Usted comprenderá, inspector, el menor indicio de... de escándalo o de delito... —se detuvo y se quedó mirando al frente con expresión de espanto.

—Pero ¿podemos decir, señor O'Connor, que Leon Corless trabajaba compilando estadísticas que tenían que ver con..., digamos, con partos, tasas de natalidad, mortalidad infantil...? —Quirke hizo una pausa—. ¿Incluso... adopción?

O'Connor movió sus pequeñas manos de un lado a otro cruzándolas con rapidez.

—He dicho todo lo que tenía que decir por ahora. Hablaré con el ministro. Quizá... —se volvió hacia Hackett—, quizá usted debería pedir cita con el ministro. En este asunto, el señor Crawley posee la autoridad que yo no tengo —se puso en pie; tenía aspecto de encontrarse levemente indispuerto—. Les deseo un buen día, caballeros. La señorita O'Malley les enseñará la salida.

Quirke y Hackett se miraron con aire dubitativo. Sabían que no tenían más remedio que irse, que la entrevista, tal como se había desarrollado, había terminado, al menos por el momento. Se levantaron despacio de sus sillas, con los sombreros en las manos. O'Connor se apresuró a conducirlos hasta la puerta. La joven que había salido a su encuentro cuando llegaron al segundo piso los esperaba en el pasillo.

—Deirdre —dijo O'Connor—, por favor, indíqueles a estos caballeros la salida —se volvió hacia los dos hombres, que estaban a su espalda—. Inspector, doctor Quirke, que tengan un buen día. Doctor Quirke, por favor, dígame al doctor Griffin que he preguntado por él.

Sonrió con pesadumbre, les estrechó las manos a toda prisa, se escabulló a su despacho y cerró la puerta.

La joven, que tenía una melena oscura y vestía un vestido con el corpiño bordado y aire vagamente celta, sonrió a los hombres. Había un brillo levemente travieso en sus ojos.

—Por aquí, caballeros. Solo tienen que descender la escalera, es el mismo camino que cuando vinieron. Cuando lleguen abajo verán, de frente, una puerta —se mordió el labio intentando no sonreír. Estaba claro, pensó Quirke, que no era habitual ver a su jefe tan alterado y era obvio que le había divertido la escena.

Bajaron la escalera, sus tacones resonaban en los escalones de mármol.

—Todos estos edificios me recuerdan a un hospital —comentó Hackett—. Imagino que como usted trabaja en un hospital de verdad, no tendrá la misma impresión.

Llegaron a la planta baja. La chica de la ventanilla les sonrió; parecía una foto enmarcada de sí misma.

Fuera el calor golpeaba con fuerza. Wallace había salido del coche y fumaba un pitillo a la sombra. Cuando los vio aproximarse, lo arrojó al suelo apresuradamente y lo pisó. Abrió la puerta trasera y Hackett entró en el vehículo, mientras Quirke se dirigía hacia el lado opuesto. La tapicería de los asientos estaba caliente al tacto.

Wallace se sentó al volante y arrancó el motor. Hackett se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos al agente en el hombro.

—Abra las rendijas de ventilación, nos estamos asfixiando aquí atrás.

Enfilaron hacia la puerta lateral y entraron en Merrion Street.

—Bueno, ¿qué impresión ha sacado? —preguntó Quirke.

Hackett no contestó. Quirke se fijó una vez más en su forma de sentarse en el coche: erguido, con la espalda recta y las manos sobre las rodillas, como un niño al que van a dar una sorpresa.

—Le diré lo que pienso —dijo al final—. Creo que estamos metiéndonos en un lodazal que no es ajeno a los poderes fácticos.

—¿Otra vez? —dijo Quirke con ironía y una leve sonrisa.

Hackett se apeó en Pearse Street y ordenó a Wallace que condujera a Quirke al hospital. A este le dijo que le llamaría tan pronto como tuviera el informe de los dos policías que había enviado al edificio de Rathmines con una orden de registro. Luego entró en la comisaría con el sombrero echado hacia la coronilla, Wallace giró el volante para alejar el gran coche de la acera y se introdujo en el tráfico de la tarde.

En el asiento trasero, Quirke miraba pasar las tórridas calles. Un autobús de dos pisos se había averiado en O'Connell Bridge y, aunque Wallace encendió la sirena, les llevó sus buenos diez minutos abrirse paso en el atasco de coches, camiones y carretas de caballos. La marea estaba baja y el río era un hilo de agua turbia entre dos orillas de brillante barro azulado. El hedor del agua hizo que Quirke se tapara la nariz y respirara por la boca, pero ni aun así consiguió librarse del humo nocivo de los tubos de escape. Al final consiguieron escapar del embotellamiento y aceleraron por O'Connell Street hasta llegar a Parnell Square.

—¿Qué tal es trabajar para el inspector? —dijo Quirke.

Los ojos del policía buscaron los suyos en el espejo retrovisor.

—Es un buen jefe, si no le enfadas.

—¿Y qué sucede si le enfadas?

El joven se rio.

—No le enfadas, de eso se trata.

—Entiendo —dijo Quirke—. Entiendo.

Cuando entró en el hospital le dijeron que Sinclair había utilizado algunas horas que le debían y se había tomado la tarde libre. Quirke empezó a irritarse, pero se controló. ¿Por qué no podía tomarse Sinclair la tarde libre? Era inútil, peor que inútil, era propio de una venganza infantil buscar con tanto anhelo motivos de queja contra su ayudante.

Fue a su despacho, colgó el sombrero en el perchero y se sentó en su escritorio. Había papeleo por hacer, pero no se sentía capaz. Notó aquel cosquilleo en la columna que, como bien sabía, era presagio del aburrimiento. En su vida cotidiana,

aburrirse era uno de los mayores temores de Quirke. Abrió el cajón inferior del escritorio, donde acostumbraba a guardar una botellita de whisky para las emergencias, algo que solía acontecer con impresionante regularidad. El cajón estaba vacío. ¿Había tirado la última botella? No conseguía recordarlo. Lamentó que no hubiera nada; le gustaba tener un trago de alcohol a mano; aunque no tuviera intención de beber, le reconfortaba la idea.

Se había visto abocado a abrir un ejemplar viejo de *The Lancet* y estaba leyendo un artículo acerca de una nueva investigación sobre la clasificación de los grupos sanguíneos cuando llamó Hackett. Sus hombres habían sacado a Abercrombie de su madriguera y le habían obligado a que les dejara entrar en el edificio de Rathmines. Habían estado en todos los pisos, pero no descubrieron ninguna pista de Lisa Smith. Uno de los pisos estaba vacío y, según Abercrombie, llevaba así mucho tiempo. Lo inspeccionaron de todas maneras, pero no encontraron nada. Hackett había llamado a Phoebe a la consulta de la doctora Blake y le dio la descripción del piso vacío que le habían hecho sus hombres, y ella dijo que parecía el mismo al que Lisa Smith la había llevado. Si era el mismo piso, alguien había borrado todas las huellas de la chica desaparecida, tal como ocurrió en la casa de Ballytubber.

—¿Qué opina, doctor? —preguntó Hackett.

Quirke pensó que el asunto de Lisa Smith parecía más negro a cada minuto que pasaba. Sintió cómo algo se le tensaba en la boca del estómago, igual que una mano cerrándose en un puño.

Mediada la tarde, Quirke subió a un taxi en dirección a Fitzwilliam Square. Se le había ocurrido ir a buscar a Phoebe a la salida del trabajo e invitarla a tomar una copa; al menos, eso fue lo que se dijo a sí mismo. Todavía no eran las cinco y media cuando llegó, así que decidió hacer tiempo junto a la verja, bajo los árboles que, misteriosamente, siempre le olían a pis de gato. El sol vespertino sobre las fachadas de los edificios hacía que pareciesen hechos de lingotes de oro ensamblados. Aún le dolía la cabeza y tocó con gran cuidado la zona donde se hallaba su lesión cerebral, en un lateral. Cayó en la cuenta de que era el punto exacto donde Leon Corless había sido golpeado. Una coincidencia. A Quirke no le gustaban las coincidencias, le parecían defectos en la estructura del mundo y, según su experiencia, ninguna resultaba afortunada.

Pasaban unos minutos de las cinco y media cuando Phoebe apareció. La doctora Blake estaba con ella. Aunque las dos mujeres bajaron los escalones delanteros del edificio sin hablar, no cabía duda de que iban juntas. El corazón de Quirke empezó a latir con fuerza, palpitaba lenta y sordamente. La doctora Blake llevaba un vestido blanco sin mangas con un estampado de flores de color granate que cruzaban en diagonal la parte delantera. El efecto desde donde se encontraba Quirke era teatral e inquietante: las flores parecían una descuidada salpicadura de sangre.

Titubeó en la penumbra de los árboles. ¿Debía cruzar la calle y saludarlas? Y si no era así, ¿por qué razón? Era obvio que iban juntas a alguna parte, al Shelbourne quizá. Bajo la espléndida luz dorada vespertina y en contraste con la mujer de granate que iba a su lado, Phoebe, con su pulcro vestido negro de cuello blanco, parecía más que nunca una monja.

Acababa de decidir no saludarlas y dejarlas marchar cuando Phoebe lo vio y cruzó la calle hacia él. Se paró a mirarle, riendo.

—¿Qué haces ahí, acechando en la sombra? Pareces alguien que está tramando algo.

—Pasaba por aquí y pensé en subir a saludarte —mintió él. La doctora Blake aguardaba en la acera de enfrente—, pero ya veo que la doctora y tú os dirigís a alguna parte.

—No, qué va. Ella va conmigo porque tiene que ir andando a casa. Están reparando su coche en un taller detrás de Herbert Place.

Él dudó, no sabía qué decir, no sabía qué quería hacer. Su ridículo corazón seguía retumbando.

—¿Te has enterado de lo que dijeron los hombres de Hackett sobre el edificio de Rathmines? —preguntó Quirke.

—Sí, Hackett me llamó. No encontraron rastro de Lisa Smith. No lo entiendo. Quirke cruzó la calle junto a Phoebe.

—Hola, doctora Blake —dijo.

Ella no contestó, se limitó a mirarle con aquella peculiar y penetrante luz de sus inmensos ojos oscuros.

—Le he contado que tiene su coche en el taller —dijo Phoebe.

—Sí —confirmó la mujer—. Según parece estaba muy grave, pero ya se ha curado.

No sonrió, pero aun así logró mostrar su ironía, no solo respecto al aprieto de su coche, sino también a lo absurdo del mundo en general.

—¿Vamos caminando? —preguntó Phoebe.

Mientras atravesaban la plaza, Quirke se encontró en medio, con una mujer a cada lado. Se sentía agradablemente acorralado. Phoebe hablaba, mientras la doctora Blake y él permanecían en silencio. Debía de ser su imaginación, pero le pareció percibir un tenue hormigueo en el espacio que le separaba de aquella extraña y serena mujer de andares pesados con el vestido blanco y rojo sangre. Pero ¿cuándo había caminado él al lado de una mujer sin sentir que el aire vibraba? Se fijó en que no llevaba bolso; tuvo la impresión de que nunca había conocido a una mujer que no llevara bolso. Sin nada que sujetar en las manos, caminaba como un hombre, con firmeza y con los puños en los costados.

Phoebe se quedó pronto sin temas de conversación y siguieron andando en silencio. Giraron en Baggot Street, poco después llegaron al canal y bajaron las escaleras hacia el camino de sirga. Allí se vieron obligados a caminar en fila india, Phoebe abriendo el paso, seguida por la doctora Blake y, cerrándolo, Quirke. Una gallineta y sus crías avanzaban junto a ellos sobre el agua cristalina, cada diminuta criatura dibujaba a su paso una pequeña estela en forma de abanico. Los juncos estaban verdes; Quirke nunca había visto antes juncos verdes. Desde el aserradero, en la otra orilla, llegaba un dulce aroma a tablones cortados. Un hombre con su perro los adelantó. Saludó a cada una de las mujeres y a continuación miró a Quirke con expresión socarrona. ¿Qué fue lo que vio? ¿Qué pensó que había visto? Una joven con un ligero vestido negro, una mujer grande y seria de rostro pensativo y, cerrando la comitiva, un tipo azorado de aspecto sospechoso.

—Tened cuidado, aquí hay un pájaro muerto, no vayáis a pisarlo —les previno Phoebe.

Era un polluelo, una piltrafa sin plumas con un flaco pescuezo y el pico abierto. Este es un mundo duro donde no sobreviven los débiles, pensó Quirke.

Phoebe se detuvo y se dio la vuelta.

—Bueno, aquí acaba mi camino. Adiós, doctora Blake, nos vemos mañana.

Sujetó a Quirke por el brazo un instante y le besó en la mejilla —¿cuándo era la última vez que le había besado?—, y, mirándole, esbozó una leve sonrisa de complicidad. Luego le dio la espalda, se dirigió hacia uno de los huecos que se veían en la verja y, lanzando una última mirada burlesca a su padre, desapareció.

—¿Usted también se va? —dijo la doctora Blake, sacudiéndose una hoja en el hombro de su vestido.

—Puedo acompañarla al taller —dijo Quirke.

—Claro.

Ella empezó a caminar por el sendero y él la siguió.

¿Qué edad tendría?, se preguntó Quirke. Era más joven que él, pero no mucho más. Gracias al vestido sin mangas podía ver que sus brazos eran firmes y torneados. Siempre le enternecía la parte superior del brazo de las mujeres, tan temblorosamente vulnerable; y lo mismo le sucedía con los codos, esas pequeñas y arrugadas espirales.

—¿Qué le ocurre a su coche? —preguntó por decir algo.

—No tengo ni idea —contestó ella sin girar la cabeza o relajar el paso—. No sé nada de coches. En realidad, hay muchas cosas de las que no sé nada —aquello pareció divertirla—. Y usted, doctor Quirke... ¿Cómo se dice?... ¿Entiende de motores?

—No, me temo que no.

Resultaba extraño encontrarse hablando a la nuca de aquella mujer.

—Como yo, entonces. Eso está bien.

¿Por qué estaba bien?, se preguntó él.

Ella llevaba unas sandalias doradas como las que se había puesto Rose Griffin el día anterior. La piel sobre el talón de Aquiles se veía arrugada y un poco áspera, como la de sus codos. Se imaginó sujetando aquel pie en la mano; se imaginó sujetando ambos pies en sus manos. ¡Qué extraña es a veces la vida!, pensó.

Llegaron a Huband Bridge, cruzaron la calle en dirección a la iglesia del Pimentero y giraron a la izquierda para coger Herbert Lane. Él sabía, con una certeza casi onírica, hacia dónde se dirigían. En el pasado había tenido un coche, un Alvis, un vehículo precioso que aparcaba en un garaje alquilado que, no sabía muy bien cómo, había heredado David Sinclair. Allí era donde Sinclair guardaba ahora su Morris Minor. Aquel garaje estaba un poco más allá del taller de reparación de Perry Otway y, por supuesto, fue el mismísimo Perry, Perry el del sucio cabello rubio y los andares de pato, quien salió del taller con su mono de color masilla, mientras se limpiaba las manos con un trapo grasiento.

—¡Doctor Quirke! —exclamó con acento engolado—. ¡Y la doctora Blake también! ¡Madre mía! ¡Qué mundo tan pequeño!

El coche de la doctora Blake era un Volkswagen; se encontraba en un estrecho recoveco del taller, brillante, negro y algo amenazador, como un escarabajo gigante al acecho. Perry explicó largo y tendido la avería que tenía y cómo la había solucionado. La doctora Blake le escuchaba con atención, la cabeza levemente tendida hacia delante, los ojos fijos en el ancho rostro anodino de Perry. Quirke se fijó en el labio superior de la mujer, carnoso e inocente; su contorno parecía el estilizado dibujo infantil de una gaviota, con una diminuta ampolla de carne casi transparente en el centro.

Una vez concluido su informe quirúrgico, Perry tendió la llave, sujetándola remilgadamente entre las yemas grasientas del índice y del pulgar, y la dejó caer en la

palma de la doctora Blake.

—Me hará el favor de enviarme una factura —dijo ella.

Perry, restregándose de nuevo las manos en el trapo, se volvió hacia Quirke.

—Aquel coche suyo era una belleza —comentó, moviendo la cabeza. Se dirigió hacia la mujer, que avanzaba por el estrecho espacio que quedaba entre el lateral del coche y la grasienta pared del taller—. Era un Alvis. Y no cualquier Alvis: un TC108 Super Graber Coupé. ¡Un coche impresionante!

Quirke deseó que Perry cerrara la boca. Quirke había estrellado el Alvis y había dejado que se precipitara al mar por la pendiente de un acantilado. No era un recuerdo muy agradable.

La doctora Blake había conseguido abrir la puerta y deslizarse dentro para sentarse por fin al volante. Arrancó el coche y los dos hombres se quedaron a un lado, dejándole espacio para que maniobrara y saliera del angosto hueco en el que el pequeño coche parecía estar encajado. Ella bajó la ventanilla:

—¿Le llevo a algún sitio? —ofreció a Quirke.

—No, gracias, vivo a la vuelta de la esquina.

—Ah, entiendo —contestó ella, pero siguió sin moverse, con las manos en el volante y la vista alzada hacia él.

Quirke se dio cuenta una vez más de la manera que ella tenía de concentrar la mirada en un objeto o en una persona, de tal forma que todo lo que había alrededor parecía desaparecer tras una nube de insignificancia. Se sintió a punto de enrojecer, pues no estaba acostumbrado a que le mirasen así, con aquella serena intensidad.

—No importa, déjeme que le acerque. Entre —dijo ella.

Él bordeó el coche hasta el lado del pasajero, la mujer se inclinó hacia el seguro de la puerta y lo abrió. Perry, a quien ambos ya habían olvidado, agitó el sucio trapo como despedida y desapareció en la penumbra grasienta del garaje.

Recorrieron el callejón, giraron a la derecha y de nuevo a la derecha para entrar en Herbert Street.

—Como le dije, vivo a la vuelta de la esquina —indicó Quirke.

—Sí, lo sé, pero no me apetece regresar a casa todavía. ¿Me acompañaría a tomar una copa?

—Sí —contestó Quirke.

Sí.

Ella aparcó en Merrion Street y fueron andando hasta Doheny & Nesbitt. Ambos tomaron un whisky con soda. Más tarde, él no lograría recordar de qué habían charlado. Era extraño, pues hablaron largo tiempo e intensamente de muchas cosas. Quirke se preguntó con inquietud si ella habría conseguido hipnotizarle de forma leve —¿no era eso lo que los psiquiatras hacían a sus pacientes algunas veces?— para asegurarse de que no recordaría nada de lo hablado. Una idea loca, desde luego. ¿Por

qué iba a querer ella que él olvidara?

Aquella tarde sucederían cosas que él no olvidaría, cosas que no olvidaría jamás, pero no eran cosas que pudieran describirse con palabras.

Después de las copas, ella le condujo a su edificio, en Upper Mount Street. Cuando llegaron permanecieron sentados en el coche y conversaron de nuevo largo y tendido, pero tampoco él lograría recordar aquella conversación más tarde. En la calle, la luz del atardecer parecía un río de oro que flotara alrededor de ambos.

No conseguían despedirse, no sabían cómo hacerlo, y la doctora Blake —Evelyn— sugirió que dieran un paseo. Salieron del coche y pasaron de nuevo por la iglesia del Pimentero, esta vez en la dirección opuesta, cruzaron el canal y se sentaron en el banco de metal, junto al puente, donde a Quirke le gustaba pasar las mañanas de domingo. Él le habló de los chicos que venían los fines de semana a bañarse y saltaban al agua desde la esclusa e incluso desde el puente. Le contó que Rose Griffin había acudido para invitarle a comer, que él había hablado con Mal en el jardín y que Mal le había dicho que se estaba muriendo. Después, fueron a su piso.

La densa luz del atardecer entraba por el ventanal sobre la cama; en poniente, una nubecilla redonda, inmóvil a simple vista.

—Es tan gracioso cómo tuvimos que caminar —dijo Evelyn, tumbada a su lado y apoyada en un codo—, tan gracioso.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Dónde?

—En el canal con Phoebe. Ella, tú y yo, como indios siguiendo unas huellas.

—Nuestras propias huellas.

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Eso es, estábamos siguiendo nuestro propio rastro. Sentía cómo me mirabas detrás. ¿Te gustaba lo que veías?

—Mucho.

—Mi gran trasero.

—Tu gran trasero precioso.

Desvestirla había sido una experiencia deliciosa, como quitarle la cáscara a un suave, grande y pálido huevo. Ella lo contemplaba hacer, bregando con cremalleras, botones, cierres. Se rio y dijo que parecía un niño pequeño, ansioso y torpe. Cuando se besaron, ella mantuvo los ojos abiertos y él la imitó.

—¿No somos muy viejos para esto? —preguntó ella.

—Sí, unos carcamales —contestó él con una sonrisa.

Cuando ella se tumbó de espaldas, sus pechos se abrieron temblorosos hacia los lados de las costillas. Tenía estrías en el vientre.

—Tuve un hijo —dijo ella—. Murió.

Él inclinó la cabeza y recorrió las marcas con la punta de la lengua; eran suaves, perladas y algo quebradizas, como el rastro seco de un caracol.

—¡Qué hermosa eres!

—Qué dices.

—Sí, lo eres.

—Vale, como quieras.

Ella prestaba atención a todo lo que él hacía, como si nunca hubiese hecho el amor y estuviera memorizando cómo se procedía. Le envolvió con su cuerpo, con sus brazos, con sus piernas.

—Quiero tragarte —le susurró—, meterte entero dentro de mí.

Era austríaca.

—De Salzburgo —dijo con una mueca—. Una ciudad nazi, siempre lo ha sido y sigue siéndolo. No volveré —su apellido era Nussbaum—. Nogal, el árbol de las nueces, ¿no es bonito? —su familia, los padres, dos hermanas y un hermano, habían muerto en los campos. Ella le puso un dedo sobre los labios—. Ssshh. No es algo de lo que hablar. No puede ser hablado.

Él le preguntó por el joven que estaba con ella, cenando en el Russell.

—Paul. Paul Viertel. El hijo de mi hermana, el mayor.

—¿Ella...?

—Sí, en Theresienstadt. De tuberculosis, así que fue una afortunada, podría decirse.

Ella le hizo cerrar los ojos para besarle los párpados.

—Es como besar una polilla.

Se sentaron con la sábana sobre las rodillas y compartieron un cigarrillo, que se pasaban el uno al otro.

—Puedo sentir tu sabor en el papel —dijo ella—. También el mío en tus labios. El de ambos —se rio—. Tuve un novio de niña, con trece o catorce años. Todo muy inocente. Él tuvo que irse con su familia. Nos escribíamos cartas. Yo siempre intentaba abrir el... ¿Cómo se llama?... ¿La solapa? Siempre intentaba abrirla para chupar donde él había chupado —sonriendo, suspiró—. Era un chico encantador. No era judío. Él decía que no importaba que yo lo fuese, pero al final parece que sí importó. Quizá fue mejor que se marchara.

Se levantaron, se echaron algo de ropa por encima y se sentaron en la mesa de la cocina. Fuera, la luz se disipaba con rapidez. Ocaso era otro nombre para el crepúsculo, le contó él.

—Ocaso —repitió ella—. No lo olvidaré.

Llevaba puesta la bata de él. No la había cerrado del todo y Quirke veía la redondez de sus pechos; tenían una claridad luminosa y la separación entre ambos era del color de la hoja de un cuchillo. Cuando él hablaba, ella inclinaba la cabeza, con la barbilla metida hacia dentro, y le miraba desde debajo de su flequillo gris. Su carnoso labio superior se veía aún más carnoso tras los besos de él.

Él le preguntó qué hacía Paul, Paul Viertel, el hijo de su hermana muerta. Ella le contó que estudiaba Medicina.

—Quiere ser un médico de verdad —dijo, sonriendo—, no como tú, no un ladrón

de cadáveres.

Él se rio.

—¿Eso es lo que soy yo?

—¿Lo que yo quería decir es un matasanos? No lo sé.

Hablaron de Phoebe.

—Tu hija no es feliz.

—¿No es feliz? ¿Estás segura? ¿Por qué no es feliz?

—Por muchas cosas. Ella misma. Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Ella te quiere muchísimo.

—¿De verdad?

—No te lo crees porque no eres capaz de verlo.

Él esbozó una burlona reverencia.

—*Jawohl, Herr Doktor* —dijo.

—¡*Frau Doktor*, por favor! ¿Te parezco tan masculina?

Cada vez que un coche pasaba por la calle, los faros delanteros hacían un poco más oscuro el crepúsculo.

—La infelicidad no es tan mala —dijo Evelyn—. En una ocasión fue a ver a Freud una mujer que estaba muy enferma, muy enferma de la cabeza, ya me entiendes, y le preguntó si podía curarla. «No puedo curarla», le dijo Freud, «pero tal vez pueda conseguir que sea infeliz de una forma normal». Eso es muy sabio, ¿verdad? Infeliz de una forma normal, como todos los demás.

Él le preguntó por su marido.

—Ah, Richard, él era *más* que infeliz.

—La verdad es que yo no le traté —dijo Quirke—. ¿Qué problema tenía?

—Todos. Incluyéndome a mí, creo. Podría decirse que tenía un don para la infelicidad, el pobre hombre. Y además bebía. ¿Lo sabías?

Quirke asintió.

—¿Dónde os conocisteis?

Sonriendo, ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Debes comprender que hay cosas de las que no hablaré. No porque sean especialmente terribles, como lo que le sucedió a mi familia, o porque sean muy íntimas, como la tristeza incurable de Richard o como nuestro hijo, que murió.

—Entonces, ¿por qué?

Ella alzó la vista hacia la ventana, a la luz exterior, de un azul cada vez más sombrío.

—Yo creo que cada uno de nosotros tiene un arcón de cosas que son... No sé cuál es la palabra. Yo soy como un barco que transporta un valioso cargamento en medio de una gran tormenta. Todos los marineros le dicen al capitán que debe arrojar el cargamento por la borda o el barco se hundirá y todos ellos se ahogarán en el mar. «No», les contesta el capitán, «si hago lo que me piden, la pérdida será mucho mayor

que el riesgo de morir. Esa pérdida no es la de los comerciantes a quienes pertenece el cargamento, que siempre podrán conseguir otro, sino la nuestra. Llegaremos a puerto y seremos menos de lo que éramos cuando zarpamos» —ella puso su mano sobre la de él—. ¿Lo entiendes?

Él tenía el ceño fruncido.

—No, no lo entiendo. ¿No es esa la finalidad de lo que tú haces? ¿No consiste tu trabajo en conseguir que la gente hable, especialmente de aquello que es doloroso o íntimo?

—Sí, por eso soy doctora y no una paciente.

Fueron al dormitorio para terminar de ponerse la ropa. Una vez vestidos, se sintieron repentinamente cohibidos en presencia del otro. Él la acompañó, escaleras abajo, hasta la calle. Aquella estrella solitaria con forma de estilete brillaba muy baja en el horizonte, sobre los tejados.

—Mira eso —dijo Evelyn, señalando irritada su Volkswagen—. Mi pequeño coche hitleriano. Debería darme vergüenza.

Abrió la puerta. Él sintió un repentino ataque de pánico.

—¿Volverás a verme? —preguntó, tocándole el hombro, mientras ella se metía en el coche.

Ella se detuvo y le miró girando la cabeza sobre el hombro.

—Claro, por supuesto, ¿por qué no iba a volver a verte?

—Sí, pero... —no sabía qué quería decirle—. Me refiero... Me refiero a si me verás de esta manera. ¿Volverás a estar conmigo de esta manera?

Ella se sentó al volante.

—No lo sé —tenía el ceño fruncido y la mirada fija en el parabrisas—. Imagino que sí. Ha sido muy bonito lo que ha sucedido —dijo sin mirarle.

Él se inclinó, metió la cabeza por el hueco de la puerta y la besó con torpeza. Ella le sujetó por el cuello de la camisa y le retuvo, agachado, con medio cuerpo dentro del coche y medio fuera, apenas en equilibrio.

—Querido, no seas tonto, mírate. ¿Crees tal vez que podemos ser infelices juntos, infelices de una forma corriente?

—¿Como los demás?

—Sí, como los demás.

Ella le soltó y él retrocedió y cerró la puerta. Sin bajar la ventanilla, ella giró la llave de arranque, encendió las luces y se alejó.

Media hora más tarde sonó su teléfono. Era Evelyn. Con el auricular en la oreja, Quirke llevó el teléfono a la ventana y permaneció allí, mirando la estrella que brillaba trémula sobre los tejados. Se preguntó cómo se llamaría. ¿Sería Sirio, la Estrella Perro? ¿Serían los días de la canícula? No lo sabía.

—Solo quería darte las buenas noches —dijo Evelyn.

—Me alegro de que hayas llamado.

—¿De verdad?

Todas sus preguntas, notó él, por intrascendentes que fuesen, parecían preguntas serias que exigían respuestas serias.

—Sí, de verdad. Estaba pensando en ti.

—Qué bien —ella permaneció callada un instante—. Es extraño, aún queda algo de ti dentro de mi cuerpo. Acabo de meterme el dedo ahí y lo he chupado.

—¿Lo has hecho? ¿A qué sabe?

—A pan.

—Eso me gusta.

—A pan y a perlas.

—Las perlas no saben a nada.

—¿Cómo lo sabes? En cualquier caso suena bien, ¿a que sí?

—Sí, eso es cierto.

—Oye, ¿le dirás a Phoebe lo que ha pasado esta noche entre nosotros?

—No lo sé, no lo había pensado.

—Entonces, lo haré yo.

—¿Se lo contarás?

—Sí, ¿por qué no? Se alegrará, creo. Ella se preocupa por ti, le preocupa que te encuentres solo.

Él sintió una súbita punzada de recelo. ¿También ella pensaba que estaba solo? ¿Por eso había dejado que le quitara la ropa y le hiciera el amor?

—Puedo oír tus pensamientos —dijo Evelyn—. No debes pensar cosas tristes. Eres una persona amada... Es verdad lo que te estoy diciendo. Incluso si tú y yo no volviéramos a vernos, yo te habría amado. Y siempre tendrás a tu hija —hizo una pausa—. Sé bueno contigo mismo, cariño. Intenta serlo.

Él permanecía en silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí, no sé qué decirte —contestó Quirke.

—Entonces no digas nada. Cuida tu cargamento, no arrojes nada por la borda.

—En cualquier caso, tú sabes lo que estoy pensando.

Ella se rio con suavidad.

—Claro que lo sé, soy la doctora maga, por supuesto. Tengo un paciente que dice que después de cada sesión conmigo se siente vacío, como si le hubiese embrujado y le hubiera sacado toda la sangre.

—¿Eso es bueno o malo? No suena bien.

—No es bueno ni malo. Solo es parte del proceso.

—¿Parte de la curación?

—No hay curación, ya te lo dije antes. Solo hay un proceso.

—Creo que me he enamorado de ti, Evelyn.

—Sí, lo sé —ella hablaba con dulzura, como si intentara calmar a un niño.

—¿Sabes que te amo? ¿O sabes que en realidad solo creo que te amo? ¿Cuál de las dos cosas?

—Tal vez las dos. Estoy cansada, mejor me voy a la cama. No me voy a lavar las manos ni a cepillar los dientes. Quiero despertarme por la noche y notar tu olor y sentir tu sabor —ella suspiró—. Estoy siendo ridícula.

—Los dos estamos siendo ridículos. No importa.

—No, no importa —dijo ella.

En el despacho de Hackett hacía un calor asfixiante; el inspector se dijo que debía mandar que repararan aquella maldita ventana para poder abrirla y dejar que entrara un poco de aire. Pero, en lugar de hacerlo, decidió salir a dar una vuelta. Otro día de calor insoportable, ni una sola nube en el cielo y la ciudad aletargada, como una gigantesca tortuga encallada bajo un sol inclemente y deslumbrador. Había pensado en comprarse un sombrero de paja como el que lucía ladeado Quirke en esos días, pero concluyó que no tendría valor suficiente para ponérselo. Y además, May se reiría de él. Su mujer tenía buen corazón y, a su manera, le quería, al igual que él la quería a ella, pero era implacable con sus debilidades y sus tonterías y no le dejaba pasar ni una sin hacer algún comentario. Así que cogió su sombrero de fieltro, cerró la puerta del despacho y bajó a la calle.

Subió por College Green y recorrió Westmoreland Street. Bewle's eructaba nubes de humo desde la gran máquina para tostar café que había junto a la puerta de entrada, que estaba abierta. El reloj en el edificio del *Irish Times* indicaba que eran las once y veinticinco en punto, pero mientras lo observaba el minuterero se movió con un pequeño y trémulo salto. Hackett mantenía la vista apartada de los escaparates, pues no deseaba contemplar su propio reflejo. May insistía últimamente en que debía ponerse a dieta para bajar la barriga, pero él sabía que eso no iba a suceder, era demasiado tarde para intentar eliminar tanta grasa. Suspiró. La vida no era fácil, desde luego.

A media altura de O'Connell Street, bajo las mangas de la camisa del inspector habían aparecido cercos de sudor, la cinta interior del sombrero parecía haberse soldado con su frente y él se secaba sin descanso el cogote con un pañuelo que ya estaba empapado y lacio. Cruzó la calle y subió a un autobús que acababa de arrancar y se dirigía a Dorset Street. No se molestó en buscar asiento, prefirió quedarse de pie, con la mano en la barra, mientras intercambiaba quejas con el conductor sobre aquella ola de calor que parecía no ir a terminar nunca.

Cuando llegó a Dorset Street, se detuvo ante el estanco y alzó la vista hacia la ventana de Sam Corless. No había nada que ver, por supuesto, excepto el cristal lleno de mugre y la cortina de cretona deshilachada. Quizá no debería haber ido, pensó, quizá debería dejar al pobre hombre a solas con su dolor. No obstante, llamó al timbre y un par de minutos más tarde Corless bajó y le abrió la puerta. Estaba envejecido y ojeroso y, a pesar del breve tiempo transcurrido desde la muerte de su hijo, se diría que había perdido peso; estaba tan demacrado que las gafas, todavía con el pedazo de esparadrupo en la patilla, parecían demasiado grandes para él, como una prótesis mal ajustada.

—Buenos días, señor Corless. Soy... —dijo Hackett.

—Sé quién es, sería difícil olvidarlo, ¿no cree? —su voz, tenue y apagada, semejava el eco de una cisterna subterránea—. ¿Qué desea?

—He salido a dar una vuelta y se me ocurrió pasar para ver cómo se encuentra. Si prefiere que me vaya, dígamelo.

Corless esbozó con dificultad una sonrisa.

—¿Por qué me iba a molestar la visita de un policía? —se echó hacia atrás y abrió la puerta—. Puede entrar.

Hackett siguió a la figura encorvada que subió con esfuerzo la estrecha escalera. En el piso el aire estaba aún más cargado que la vez anterior y había un olor sofocado y dulzón, el olor a cosas que llevan mucho tiempo sin lavar.

—Siéntese —dijo Corless—. Tire los libros al suelo. ¿Le apetece un trago? No tengo cerveza, solo hay whisky.

—Un dedo de whisky me vendría bien —asintió Hackett, mientras buscaba con la vista un sitio donde dejar el sombrero—. Dicen que el alcohol tiene un efecto refrescante, en contra de lo que uno podría pensar.

Corless rebuscó bajo el fregadero y se puso en pie con una botella de Powers de la que solo quedaba un cuarto.

—Entonces yo debo de estar bastante fresco. En estos dos últimos días he bebido una buena cantidad de este maldito brebaje. Esta es la segunda botella, si no la tercera... He perdido la cuenta —dijo.

Puso dos vasos pequeños sobre el escurridor y los llenó hasta el borde.

—A su salud —dijo Hackett, alzando su vaso a la altura de los ojos.

Apoyado en el fregadero, Corless no devolvió el brindis. Bebió y de un solo trago apuró la mitad.

De algún lugar llegaba música de baile, no muy alta. Corless señaló el suelo.

—El imbécil de abajo tiene la radio puesta todo el día. A mí me suena todo a lo mismo. Para mí que está ensayando para ser bailarín. Tras él entrarán los cómicos y el público estallará en aplausos. Se llama Furlong. No fuma. Imagínese, un estanquero que no fuma.

Escucharon la música un rato. Glenn Miller, Joe Loss, uno de esos... Hackett no sabía nada de bandas de música, nunca le había gustado bailar.

—El funeral fue ayer, lo sé. Me gustaría haber ido, pero no pude. ¿Cómo fue? —dijo.

Corless soltó una risa sardónica.

—Espectacular. Asistió una gran multitud y todos pasaron un día muy agradable. Luego dicen del baile... Aquello fue un no parar hasta la madrugada —en su rostro apareció una expresión amarga y se terminó el whisky que quedaba en su vaso—. Estuvimos la hermana de mi difunta mujer, yo y un tipo que no había visto en mi vida y que, si no me equivoco, se metió en el funeral que no era. La hermana de mi mujer tuvo que irse a casa para preparar la cena del marido.

—Lo siento, debería haber ido —dijo Hackett con torpeza.

—No importa, cuanto antes se entierre a los muertos, mejor. No soy partidario de los llantos y lamentos —volvió a llenar su vaso y, en silencio, tendió la botella a

Hackett, que rechazó con la cabeza.

—Con todo, un funeral es un triste trago —dijo el policía—. Esa es su finalidad. No hace mucho enterré a mi madre. Solo cuando vi el ataúd en el hoyo tuve conciencia finalmente de que ella ya no estaba.

Corless, que seguía apoyado en el fregadero, se encogió de hombros con impaciencia.

—Tengo la sospecha de que no ha venido para consolarme. ¿Ha descubierto algo? Hackett se levantó de la silla y le tendió el vaso.

—Quizá no sea mala idea tomar otro dedo.

Corless le sirvió el whisky. Su mano temblaba. Hackett regresó a su silla. En el piso de abajo la banda de música de la radio tocaba «Chattanooga Choo Choo». Hasta Hackett era capaz de reconocer ese tema.

—Dígame, señor Corless, ¿alguna vez su hijo le hablaba de su trabajo?

—¿No me preguntó ya eso el otro día?

—No creo, pero la verdad es que mi pobre memoria no es lo que era —tomó con precaución un sorbo de su vaso—. Aun así, se lo pregunto de nuevo: ¿hablaba de eso?

—Ya se lo dije, Leon y yo no hablábamos muy a menudo. Él me reprobaba, no le gustaba mi postura política. El sentimiento era mutuo.

—Pero ¿se veían de vez en cuando?

—Sí, alguna vez quedábamos a tomar una cerveza —se fijó en la expresión de Hackett y suspiró—. Usted está pensando que no me porté como un padre. Es posible, pero en cualquier caso yo le quería. Simplemente no se me daba bien mostrárselo. Él lo entendía. Él también era así. Como mi madre solía decir, nosotros no somos besucones.

—¿Conoció a su novia?

Corless se le quedó mirando.

—¿Tenía novia? Primera noticia.

—Una chica llamada Lisa.

—Lisa ¿qué?

—Smith, eso decía ella, aunque no es del todo seguro que ese sea su verdadero apellido. Según parece, ella estaba allí la noche que murió su hijo.

—Estaba ¿dónde? ¿Dónde estaba ella?

Hackett sacó su cajetilla.

—¿Le apetece un Player's?

—No, gracias, prefiero fumarme un Woodbine.

Ambos encendieron sus cigarrillos. Con la primera calada de humo, Corless rompió a toser con tanta fuerza que tuvo que dejar el whisky en el escurridor para no volcarlo.

—¡Santo Dios! —jadeó—. Uno de estos días echaré los pulmones —permaneció con la cabeza inclinada respirando hondo, luego agarró de nuevo el vaso y bebió. El

cigarrillo seguía prendido entre sus dedos.

—Por lo visto esa chica, esa joven, Lisa, acudió con su hijo a una fiesta. Cuando volvían a casa, tuvieron una pelea y ella hizo que Leon se detuviera y se bajó del coche para buscar un taxi. Según parece, lo siguiente que vio fue el coche en llamas.

Corless permanecía inmóvil, observándole.

—¿Y qué hizo ella entonces?

—Sintió pánico, supongo, y se fue a casa.

—¿Se fue a su casa? ¿No intentó ayudar a Leon? ¿No llamó a una ambulancia o a la policía?

—No creo que a esas alturas hubiera sido posible hacer nada —dijo Hackett con la vista fija en su sombrero, que había colocado junto a su silla, sobre una pila de libros en el suelo—. Nada que hubiese podido ayudar a su hijo, en cualquier caso.

La boca de Corless dibujaba una línea amarga.

—Sea como sea, ¿quién es ella?

—Bueno, eso es precisamente lo que no sabemos.

—¿Qué saben?

Hackett sorbió su whisky.

—Es una situación bastante extraña. ¿Recuerda al doctor Quirke, el forense que estaba conmigo el otro día? Parece que la chica, Lisa, conocía a su hija de un curso que ambas habían hecho y acudió a ella para pedirle ayuda, le dijo que estaba asustada y que necesitaba un lugar donde esconderse.

—¿Qué la asustaba?

—No quiso decirlo. De todos modos, la hija del doctor Quirke llevó a Lisa a una casa en Wicklow, una casa de verano de su familia, y la dejó allí. Pero unas horas más tarde, Phoebe, la hija del doctor Quirke, empezó a preocuparse, regresó a la casa y se encontró con que ya no estaba, que Lisa se había ido sin dejar el más mínimo rastro de su paso. Nosotros acudimos a buscarla a su piso, en Rathmines, o lo que creemos que era su piso, pero allí tampoco había nada. Ella ha... Bueno, ha desaparecido.

Corless tenía los ojos clavados en Hackett.

—¿Y usted interpreta eso como otra señal de que la muerte de Leon no fue un accidente?

—No sabemos cómo interpretarlo, señor Corless, esa es la verdad. No me importa confesarle que estamos desconcertados.

Corless encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior antes de arrojarla al fregadero, donde se apagó con un siseo.

—Antes me preguntó si Leon me hablaba alguna vez de su trabajo. ¿Por qué le interesa eso?

—Fui al ministerio a ver al jefe de Leon, un tipo llamado O'Connor. ¿Lo conoce?

—Lo conozco de oídas. Patriota, devoto, de los Caballeros de St. Patrick, ese tipo de cosas.

—Ese mismo. Dijo que Leon trabajaba llevando algún tipo de estadística del área

materno-infantil. ¿Le suena?

—¿Cuántas veces tengo que decírselo? Leon no me hablaba de su trabajo.

—¿Diría que él se comportaba de manera hermética?

—No, no es eso. Sabía que no me interesaba. Me importa un bledo lo que hace esa panda de corruptos, nuestro presunto Gobierno.

—Pero su hijo era un funcionario del Gobierno —dijo Hackett con suavidad.

—¡No me diga! —dijo Corless con brusquedad—. Como le comenté el otro día respecto a su propia... —sonrió con frialdad— profesión, jamás echo en cara a nadie cómo se gana la vida —desvió la vista, parpadeando—. Nunca le dije lo orgulloso que estaba de él. Otra cosa más que no me perdono.

—Ya, ya... —Hackett había terminado su whisky y mantenía en equilibrio el vaso vacío sobre la rodilla. Frunció los labios y bajó la vista de nuevo a su sombrero—. El asunto es que cuando pregunté por el trabajo de Leon, el señor O'Connor pareció ponerse muy nervioso, dijo que eran asuntos delicados y mencionó el palacio arzobispal —miró a Corless con una sonrisa—. Cada vez que una persona en una posición de poder, como el señor O'Connor, menciona al arzobispo noto cómo mis orejas empiezan a vibrar de una manera muy interesante.

Corless cerró los párpados y se masajeó el puente de la nariz con el pulgar, el corazón y el índice.

—Es curioso, en estos días no consigo centrarme. Aunque no piense en Leon, mi cabeza parece estar siempre en otra parte. Es la misma sensación de cuando te despiertas después de que te hayan dejado inconsciente de un golpe.

—Lo siento, debería marcharme y dejarle solo —dijo Hackett.

Corless hizo un gesto con la mano.

—No, no, no se preocupe por mí. Es solo que... es solo que estoy...

—Está extenuado, señor Corless. Eso es lo que le sucede. El dolor es agotador.

Corless se sirvió otro trago. Esta vez no le ofreció a Hackett.

—Cuénteme de qué está hablando exactamente. Cuénteme qué cree que está sucediendo aquí. He pasado toda mi vida procurando no imaginar que existen conspiraciones contra mí. Es un gaje del oficio para un viejo revolucionario —soltó una risa apagada—. Fíjese en Stalin. Pero por lo que usted dice, o al menos por el tono con que lo dice, me da la impresión de que piensa que debajo de esto hay un buen embrollo y que la muerte de Leon es parte de ese embrollo. ¿Tengo razón?

Hackett se tomó su tiempo para contestar.

—No lo sé. Lo que intento decir es que sé que hay mucho más de lo que parece a simple vista, solo que no puedo explicarle qué es. No solo es la muerte de su hijo, también está esa joven, Lisa, y la forma en que ha desaparecido. Y está el señor O'Connor, que casi se me encima cuando le hice unas simples preguntas sobre el trabajo de Leon en el ministerio —cogió el sombrero—. Señor Corless, cada telaraña tiene una araña sentada en el centro. Esa es mi experiencia, en todo caso.

Se puso en pie. Su camisa de algodón, empapada de sudor, se había quedado fría

y sintió un escalofrío. Aquello le hizo recordar su infancia, los días grises de verano en la playa, los dientes castañeteando y él envuelto en una toalla mojada sujeta bajo los brazos. Nada se pierde nunca, pensó. Todo está ahí, en alguna parte, preparado para salir a la menor oportunidad. Podía imaginar por lo que estaba pasando el pobre Corless durante aquellos días, el pasado surgiendo a raudales, un torrente irrefrenable.

—Debo irme, señor Corless. Gracias por el whisky, ha sido un gran reconstituyente, aunque imagino que tendré que dormir una pequeña siesta esta tarde.

Corless bajó las escaleras tras de él. En la calle, el aire se veía azulado por el humo de los tubos de escape y el polvo que levantaban las ruedas, los cascos de los caballos y los pies.

—Manténgame informado —dijo Corless.

—Por supuesto. Lo que voy a hacer es lo siguiente: voy a sacudir la telaraña. Voy a darle una buena sacudida y ya veremos lo que aparece corriendo.

Con la cabeza ladeada, Corless le escrutaba.

—¿Qué hará si averigua con total certeza que mi hijo fue asesinado?

Ambos escuchaban la radio encendida en la tienda vecina. En esta ocasión Hackett no logró reconocer el tema.

—Buscaré al asesino y lo llevaré ante la justicia. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Corless lanzó una seca carcajada.

—Claro, ¿qué otra cosa podría hacer?

Hackett se alejó caminando. Cuando llegó a la esquina, miró hacia atrás: Corless seguía en el umbral de la puerta, observándole. Sin saber por qué, Hackett se despidió con la mano y dobló hacia North Frederick Street. Fuera de la iglesia Findlater, un mendigo con una sola pierna tocaba un arpa de boca apoyado contra la pared.

¿Debería haberle contado a Corless que Lisa Smith estaba embarazada y que el bebé era su nieto? Decidió que ya era suficientemente pesada la carga que el hombre tenía encima.

Sacudir la telaraña, sí; sacudir la telaraña.

Phoebe se sorprendió cuando la doctora Blake le preguntó si podía acompañarla a comer. El señor Jolly acababa de marcharse con aire sigiloso de conspirador. Al finalizar su cita, pasó ante la mesa de Phoebe, se detuvo e, inclinándose, susurró agitado:

—He sido un chico malo, ¡un chico muy malo!

Ella suponía que era inofensivo, aunque probablemente la señora Jolly, en caso de que existiera, no estaría de acuerdo. Se encontraba ordenando su mesa cuando la doctora Blake salió de su despacho:

—Phoebe, ¿vas a ir a ese sitio del que me has hablado? ¿Ese agradable café que está en un fresco y agradable sótano? Si me lo permites, podría ir contigo.

Caminaron, bajo el sol, a lo largo de Fitzwilliam Square.

—Tenemos una llave de la verja, ¿no? —preguntó la doctora Blake.

—Sí, creo que es para uso exclusivo de los residentes, pero hay una en la consulta.

—Bien, un día de estos debemos traer comida para hacer un pícnic en el jardín. Sería bonito. El buen tiempo no durará siempre y luego nos arrepentiremos.

Phoebe la miró de reojo: parecía sonreír sola. Aquel día estaba de un humor peculiar. Tal vez era el resultado de la hora pasada con el señor Jolly, pues se comportaba de forma similar a él, como si tuviese un secreto que la desbordara.

A Phoebe le interesaba cada vez más lo que sucedía exactamente tras la puerta reforzada de la consulta. Sin duda debía de ser aburrido estar sentado una hora tras otra escuchando a gente desgranar sus problemas, sus obsesiones, sus manías. Imaginaba que parte del entrenamiento de un psiquiatra era permanecer sentado erguido y limitarse a escuchar. En su fuero interno, estaba convencida de que a la mayoría de los pacientes de la doctora Blake no les sucedía nada, salvo sus excentricidades habituales —todo el mundo tenía excentricidades, la absoluta normalidad no existe—, y de que lo único que padecían, si podía llamársele padecimiento, era una especie de orgullo invertido, la arrogancia de las personas obsesionadas consigo mismas.

En el Country Shop se sentaron en la mesa favorita de Phoebe, junto a la ventana. La doctora Blake leyó la carta con la calmada y profunda concentración con que hacía todo.

—Tomaré una ensalada con pollo frío. Con eso bastará.

La camarera se aproximó y le dijeron lo que habían decidido. Phoebe pidió su sándwich de jamón habitual. La doctora Blake se inclinó hacia delante con los dedos entrelazados sobre la mesa.

—Hay algo de lo que me gustaría hablarte, Phoebe. Es algo que podría afectar a nuestra relación profesional, así que debemos hablarlo y luego —hizo un gesto con las manos desplazándolas hacia la derecha— olvidarnos de ello. ¿Vale?

Phoebe sintió un escalofrío en la columna. ¿Habría hecho algo mal? ¿Su trabajo no era satisfactorio? No podía soportar la idea de dejar la consulta, su mesa, aquella rutina que, en el breve tiempo que llevaba en el trabajo, ya se había convertido en algo muy importante para ella. Echaría de menos hasta los encuentros con el señor Jolly y con el hombre que se chupaba el pulgar y con los otros pacientes, excepto quizá con la madre y su hijo descontrolado.

La doctora Blake la miraba expectante, mientras esperaba una respuesta. Pero ¿cuál era la pregunta?

—Espero... —dijo Phoebe—. Espero no haber cometido alguna equivocación.

—No, no, ninguna equivocación —se apresuró a contestar la doctora Blake—. Pero anoche, cuando te marchaste, fui con tu padre a tomar una copa. Estuvimos en ese pub tan agradable, el que está en Baggot Street.

—¿Doheny & Nesbitt?

—Sí, ese mismo. Tomamos un whisky con soda, muy agradable. Luego le acerqué a su casa y, al llegar, nos quedamos sentados dentro del coche largo tiempo, charlando sobre muchas cosas: su vida, su crianza o —ella sonrió— su triste falta de crianza, y después fuimos a dar un paseo. Nos sentamos en un banco junto al canal y me habló... Bueno, me habló de alguien a quien conoce y que está gravemente enfermo. Eso le ha alterado mucho, pero, claro, ya conoces a tu padre, él no es consciente de casi nada de lo que sucede en su interior —permaneció en silencio mientras la camarera colocaba los vasos y una jarra de agua—. Así que después de nuestra charla junto al canal, volvimos al piso de tu padre y nos fuimos a la cama juntos.

Phoebe parpadeó. De pronto, como si hubiese aparecido en su mente por un resorte, recordó la fotografía que Quirke tenía sobre la repisa de su chimenea de Mal, Sarah, Delia y él, todos juntos en Boston hacía ya mucho tiempo.

—Ya —dijo con voz entrecortada antes de añadir—: Lo siento, no sé qué decir.

La doctora Blake sonrió.

—¿Te ha sorprendido? Espero que no. No hay nada sorprendente en ello. Tu padre es un hombre muy amable, muy tierno, muy atento incluso. Sí, ya sé que él piensa que es una persona horrible, pero nada más lejos de la verdad. Bueno, eso lo sabes, ¿no?

—Sí, supongo que sí, pero...

—¿Pero...? ¿Qué?

Phoebe buscaba las palabras. Se sentía incapaz. Intentaba imaginarse a Quirke en la cama con aquella mujerona grande y franca y su carnoso e infantil labio superior, su pelo corto y canoso y sus inmensos ojos oscuros. Pero era imposible.

—¿Volverá...? ¿Volverá a verle? Lo que quiero decir es si vosotros...

—¿Si saldremos juntos durante un tiempo? ¿Es eso lo que deseas preguntar? Es algo que no puedo decirte. Sí, claro que volveré a verle, sería extraño si no lo hiciera y con seguridad volveré a su piso y él también puede venir a mi casa —hizo una

pausa—. Creo que anoche hice que se sintiera un poco feliz. No fue solo por el sexo, eso no es importante a pesar de lo que todo el mundo dice, incluido el doctor Freud —esbozó lo que ella imaginaba que era una sonrisa traviesa.

—Entonces, ¿qué fue? —preguntó Phoebe con auténtica curiosidad... Es más, se moría de curiosidad.

—Bueno, no estoy segura. Me refiero a que no estoy segura de por qué fui capaz de hacerle feliz y por qué él se permitió ser feliz conmigo —desvió la mirada hacia un lado, con el ceño fruncido—. Es algo sobre lo que tengo que reflexionar. Sí, tengo que pensar sobre ello.

Dios mío, pensó Phoebe, ¿se convertirá Quirke en un caso sobre el que reflexionar, al que analizar, sobre el que incluso se escribirá algún día? La posibilidad era bien espantosa o bien cómica; tal vez ambas cosas al mismo tiempo.

La camarera trajo la comida. Phoebe no sabía cómo iba a conseguir probar bocado después de que su mundo se hubiese puesto del revés.

—Espero que lo que te he contado no afecte a nuestra relación en la consulta. Mmm... Este pollo está muy bueno, pero ¿qué es este aliño que lleva la ensalada?

—Es de bote —dijo Phoebe.

—Solo sabe a... ¿A qué? ¿A vinagre?

—Doctora Blake —dijo de repente Phoebe—, el señor Jolly ¿tiene de verdad una mujer?

La doctora no levantó la vista de su plato.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me habla de ella sin cesar. Siempre llega a la consulta antes de la hora de su cita, entre media hora y cuarenta y cinco minutos antes, se sienta y no para de hablar mientras usted está con otro paciente.

La doctora Blake sonrió sin levantar los ojos de la comida.

—Quizá deberías cobrarle una tarifa —alzó la vista—. ¿Qué se puede beber aquí? Aquel hombre tiene un vaso de leche, mira, y está comiendo un estofado. Hay muchas cosas de este país que siguen siendo un misterio para mí.

Phoebe, con aire apesadumbrado, jugueteaba con su sándwich.

—Lo siento, no debería haber preguntado por el señor Jolly —dijo con una vocecita.

—¿Por qué no? Es natural ser curioso.

—Pero no es profesional y yo quiero serlo. Quiero ser profesional. Quiero... —no podía detenerse—. Yo quiero ser como usted.

—¿De verdad? Eso es interesante. ¿Y cuál dirías que es la razón?

—Porque usted... Porque usted es una persona admirable.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Yo quiero ser una persona sosegada como usted.

—Sosegada —repitió la doctora como si hiciese girar la palabra para examinarla desde todos los ángulos—. Supongo que es una buena cualidad, pero no muy...

¿Cómo lo diría? No muy positiva.

—¡Claro que sí! —dijo Phoebe con presteza—. Usted ha pasado por tantas situaciones, ha visto muchísimas cosas terribles y, sin embargo, contempla el mundo con tranquilidad.

—Sosiego. Tranquilidad. Es muy interesante la opinión que tienes sobre mí —la doctora se llevó el tenedor a la boca—. Este aliño de la ensalada es bastante desagradable —dijo. Echó su plato hacia un lado y colocó los codos sobre la mesa—. Sí, el señor Jolly tiene una esposa, eso sí te lo puedo decir. También puedo decirte que ella es una mujer muy agresiva.

—¿Agresiva? Pero él siempre me cuenta que pega a su mujer.

A la doctora Blake se le escapó un pequeño hipo y Phoebe tardó unos instantes en comprender que se trataba de una risa.

—¡El señor Jolly! Qué bien le va su nombre. Un hombre muy divertido... Divertido y bastante enfermo. Bueno, ahora me gustaría tomar un café. ¿Es bueno el café aquí? Supongo que no.

Phoebe vio que la encargada se abría camino entre las mesas; llevaba un abultado paquete envuelto con esmero en papel de estraza y atado con una cuerda. Se detuvo ante su mesa. Era una mujer pequeña y mandona con una pésima permanente que hacía que su pelo pareciera virutas de acero.

—¿Es usted la señorita Griffin? —preguntó con frialdad, mientras consultaba la etiqueta del paquete—. ¿La señorita Phoebe Griffin? Nos han dejado esto para usted. Es ropa de la lavandería, me parece.

—¿Ropa de la lavandería? —dijo Phoebe desconcertada.

—Sí. Como puede ver, esto es un restaurante y no un punto de recogida —pronunció las últimas palabras como si las escupiera—. Le agradecería que en el futuro le hagan las entregas en su casa.

Dejó caer el paquete sobre la mesa con un golpe sordo, giró sobre los talones y se marchó.

—Gracias —dijo Phoebe con voz tenue a la espalda que se alejaba, pero la encargada la ignoró.

Las dos mujeres miraron el paquete.

—No sé qué es. Jamás he pedido que me traigan aquí la ropa de la lavandería —dijo Phoebe.

—¡Qué extraño! ¿De verdad no sabes nada sobre esto? Jung tiene algunas teorías interesantes acerca de este tipo de fenómenos. Aparte de eso, por supuesto, es un charlatán.

Pidieron el café y, cuando lo trajeron, la doctora Blake sentenció sin rencor alguno que era imbebible.

—Me gustaría fumar un cigarrillo. ¿Me lo permites?

—Sí, por supuesto, tome uno de los míos.

—Gracias. ¿Cómo se llaman? Déjame ver la cajetilla. ¡Gold Flake! ¡Qué nombre

tan bonito! ¿Son muy elegantes?

—No, qué va, son... populares.

—Gold Flake. No debo olvidarlo.

Ya sé a qué se parece estar con ella, pensó de repente Phoebe. Es como *Alicia en el país de las maravillas*, todo es absolutamente lógico y absolutamente demencial.

—¿Qué es lo gracioso? —preguntó la doctora Blake.

—Nada, estaba pensando en usted y en mi padre y lo... lo maravilloso que resulta.

—¿Eso piensas? Me alegro —tenía una manera peculiar de sujetar el cigarrillo, entre el dedo corazón y el anular y apoyado en el pulgar, como si fuese un palillo chino. No se tragaba el humo, lo dejaba pasar a través de los labios en una breve calada y rápidamente lo exhalaba—. Mi padre me dio a fumar mi primer cigarrillo cuando tenía diez años. Mi madre se opuso, pero él se obstinó, dijo que había que dejar que los niños experimentaran todo tan pronto como estuviesen preparados. O incluso antes.

Phoebe se preguntó, con cierta inquietud, a qué se referiría el señor Nussbaum con «todo».

Después de unas cuantas caladas, la doctora apagó el pitillo.

—Creo que es hora de volver al trabajo. ¿A quién tenemos esta tarde?

—El señor Doherty es el primero. Tengo la sospecha de que es un cura.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Exhala...?, ¿cómo decís vosotros?... ¿un olor a santidad?

—No, creo que son los calcetines blancos.

La doctora Blake soltó su carcajada en forma de hipo y se puso en pie.

—Permíteme que te invite. Casi no has probado tu comida, ¿no estaba buena? Tal vez lo que te he contado sobre tu padre y sobre mí te ha quitado el apetito. Cuando uno es joven, le cuesta pensar que la gente mayor también hace el amor. Inconcebible, diría. ¡Ja! ¡Qué palabra! ¿Ves? El lenguaje nunca es inocente —había sacado un monedero del bolsillo de su vestido y estaba contando las monedas—. ¿Cómo se llama esta?

—Media corona.

—Sí, es cierto. No sé cuántos años llevo viviendo aquí y aún no entiendo las monedas. Mi marido intentó enseñarme, pero siempre terminaba enfadándose. Así que voy a una tienda y digo: «¿Cuánto cuesta?», y la respuesta es: «Una libra, diecinueve y once peniques y medio»^[5]. No entiendo nada. Así que siempre pago con billetes y acabo con el monedero lleno de monedas. Deberías ver mi casa: tengo tarros llenos de florines y de monedas de seis peniques. ¿Cuál es esta?

—Una de tres peniques.

—Nunca lo aprenderé —dijo la doctora Blake con un teatral gesto de desesperación.

La mirada de Phoebe se deslizaba con inquietud sobre el paquete de papel junto a su codo. Era un cuadrado grande y sólido, envuelto con pericia. Le pasó por la cabeza dejarlo allí cuando se marcharan, como si lo hubiese olvidado, pero sabía que la encargada iría corriendo tras ellas con el paquete en la mano y la obligaría a llevárselo. Lo alzó de la mesa. Era cierto, parecía ropa de la lavandería. Le dio la vuelta; en efecto, su nombre estaba escrito en la etiqueta: Señorita Phoebe Griffin, c/o Country Shop, St. Stephen's Green. No lo entendía.

—Tal vez es un paquete que te envía el doctor Jung —ironizó la doctora Blake—. Si lo enviara Freud, sería ropa sucia, sin duda —sonrió, satisfecha de su broma—. Venga —dijo mientras enfilaba hacia la puerta de salida—, vayamos a ocuparnos del santo varón con calcetines blancos.

Cuando llegaron a la consulta, Phoebe colocó el paquete a sus pies, bajo la mesa, e intentó olvidarse de él. Podría haberlo llevado al lavabo de la planta baja para abrirlo, pero sentía un reparo casi supersticioso a saber qué había dentro. ¿Le estaría gastando alguien una broma? Era el tipo de inocentada que habría hecho su amigo Jimmy Minor: enviarle un paquete lleno de harapos envueltos en papel de estraza y atado pulcramente con una cuerda, solo por hacer la gracia, pero Jimmy había muerto y ella sabía que no existía nadie más con su peculiar sentido del humor. ¿Sería un regalo de Quirke? ¿Un vestido nuevo o algo así? Pero ¿por qué se lo iba a enviar al Country Shop? A Quirke no le agradaban las bromas ni las sorpresas.

En ese momento llegó el señor Doherty con aquella expresión de insulsa inocencia que Phoebe creía que adoptaba especialmente para ella. Incluso así tenía un aire solapado. Se fijó en que llevaba calcetines grises aquel día y se preguntó si aquello significaría que su estado mental, fuera el que fuese, estaba mejorando.

Era consciente del paquete que tenía a los pies, de aspecto tan inocente, aunque ella lo percibía como una bomba de relojería que hacía tictac sin descanso.

Cuando acabó su hora, el señor Doherty salió con aire furtivo de la consulta, le sonrió con sus labios pálidos y delgados —sus ojos parecían estar en otra parte, contemplando presuntos horrores— y se apresuró a desaparecer. La cita siguiente era de la señora Francis y su hijo asilvestrado, pero llegarían tarde como de costumbre.

A ojos de Phoebe, de todas las personas que pasaban por la consulta la más triste era la señora Francis, lo que resultaba irónico, pues ella no era la paciente. En otras circunstancias probablemente habría sido una mujer encantadora, de carácter fácil y amable, pero era obvio que Derek, su hijo, le estaba destrozando la vida y la había convertido en una arpía de ojos desorbitados. La criatura —el pequeño diablo, más bien— se sentaba con las piernas colgando en una de las sillas de respaldo recto y miraba con sus gruesos párpados a Phoebe con implacable intensidad, mientras sonreía satisfecho. Su madre le hablaba sin cesar, preguntando con vivacidad cuestiones nimias: ¿le dolía la tripa?, ¿le gustaría echar una ojeada a esa bonita

revista con fotografías en color? Pero él la ignoraba con un desprecio tan inmenso y rotundo que Phoebe, a su pesar, no podía evitar admirarlo. Suponía que debía de tener algún problema serio, pues de otro modo la doctora Blake no le recibiría dos veces a la semana, pero ni siquiera así podía quitarse de la cabeza que lo que aquel crío necesitaba de verdad era un buen bofetón. Imaginaba que justo por eso ella estaba sentada en la recepción y quien estaba en la consulta era la doctora Blake.

Después de un tiempo, dejó de preocuparse por el paquete. De hecho, casi se había olvidado de él cuando a las cinco y media cubrió la máquina de escribir con su funda, guardó el libro de las citas y la carpeta donde archivaba las facturas de los pacientes y se preparó para marcharse. Pero, al levantarse de la mesa, lo tocó con el pie y, con un suspiro, lo cogió.

Reflexionó sobre lo diferentes que eran los objetos y las personas. Las personas mostraban un aspecto u otro según lo que pensaras de ellas —parecían temibles si tenías miedo de ellas, o inofensivas si no era así—, pero los objetos eran siempre, obstinadamente, ellos mismos. O no, no «obstinadamente», esa no era la palabra adecuada. «Indiferentemente», eso era lo que quería decir. Recordó lo que su padre le había dicho en una ocasión hacía ya mucho tiempo, en la época en la que ella aún no sabía que era su padre: «Nunca olvides, Phoebe, que al mundo le somos indiferentes nosotros y lo que hacemos». Estaba un poco borracho, por supuesto —en aquel tiempo siempre estaba un poco borracho—, pero ella no había olvidado lo que le dijo.

El paquete tenía una forma extraña para cargarlo y Phoebe pensó que con él bajo el brazo llamaría la atención. Intentó llevarlo sujetando la cuerda, pero se le hundió enseguida en la carne y le cortó la circulación en los dedos. Al final, paró un taxi. El conductor se molestó porque el trayecto era corto y la tarifa era solo de un chelín y seis peniques. Ella hizo caso omiso de su mirada acusadora en el espejo retrovisor y contempló por la ventanilla las fachadas iluminadas por el sol de las tiendas de Baggot Street mientras pasaban de largo. El paquete iba a su lado, en el asiento. Sabía que era una tontería, pero no conseguía quitarse de encima la sensación de que el envoltorio la miraba de la misma forma que Derek Francis, el niño asilvestrado.

En su piso, colocó el paquete encima de la mesa y allí lo dejó a propósito mientras iba a la cocina a servirse un vaso de vino. Era raro que bebiera cuando estaba sola. El vino, una botella de Liebfraumilch que llevaba abierta en la nevera algún tiempo, tenía un sabor peculiar, pero se lo bebió de todas maneras. Finalmente, cogió las tijeras de costura que guardaba en el cajón junto a la cocina, se aproximó con determinación al paquete y cortó la cuerda.

Había artículos de lino de mantelería —servilletas, un mantel bordado— junto a sábanas y fundas de almohada, todo planchado y doblado con esmero. Ella los cogió de uno en uno y los fue sacudiendo. Despedían un fuerte olor a almidón. No había ni etiquetas identificadoras ni iniciales, solo las habituales notas de color rosa de las lavanderías sujetas con imperdibles. Cuando iba por la mitad de la pila, una hoja de papel se deslizó al suelo. Era una lista con el encabezamiento Lavandería Madre de

Misericordia Ltd. Lo que estaba escrito en ella no era, sin embargo, una enumeración de artículos, sino un mensaje garabateado precipitadamente y dirigido, como el paquete, a ella.

Edward Gallagher, al que todos conocían como Ned, era el secretario general del gabinete del primer ministro y por tanto su mano derecha. De hecho, era mucho más que eso. Era el funcionario más poderoso de Leinster House^[6]. Estaba al tanto de todo lo que sucedía, no solo en su propio departamento, sino también en los demás, incluido el más insignificante y con menos recursos. Hombres bien situados se habían enemistado con él, habían intentado arrebatarse su poder y habían pagado un alto precio. Cuando se trataba de maniobras estratégicas, no había nadie a la altura de Ned Gallagher. Para la profesión que había elegido tenía la consistencia y el aguante de un peñasco. Entre sus colegas se decía que los primeros ministros iban y venían, pero Ned Gallagher siempre estaba allí.

Era funcionario desde hacía más de treinta años; había empezado como joven administrativo en el Ministerio de Agricultura y había ido trepando por la escurridiza cucaña de la promoción a ritmo tenaz y con escaso esfuerzo aparente. El ascenso por antigüedad correspondía a otros, a hombres menos brillantes, pero en la trayectoria de Ned Gallagher hacia las altas esferas había una sensación de inevitabilidad que intimidaba a quienes eran testigos y, en especial, a los más jóvenes, que escuchaban hablar sobre ello como lo que ya era una leyenda en el ministerio. No había un solo colega que no le respetara, ni un solo político en el Parlamento, por brutal o taimado que fuera, que no le temiese.

Sin embargo, Ned Gallagher era un hombre extraordinariamente afable, al menos en apariencia. Era un tipo grande, de más de metro ochenta, hombros anchos y complexión atlética, aunque estaba próximo a cumplir cincuenta y cinco años, con una gran cabeza rectangular, cabello rubio rojizo, ojos de un azul lavanda y una amplia, ingenua e irresistible sonrisa. No había perdido su acento de Kerry y hablaba un irlandés fluido con una entonación musical. Tenía un chalet semiadosado en Drumcondra, convenientemente cercano al palacio arzobispal. Cada jueves por la tarde, al finalizar el trabajo, llamaba con discreción al palacio para charlar con su excelencia reverendísima sobre lo acaecido durante la semana en las sinuosas esferas del poder. A menudo aquellas charlas desembocaban en deliberaciones tácticas sobre cómo salvaguardar el bienestar de la Santa Madre Iglesia y promover su influencia en todos los ámbitos de la vida, tanto públicos como privados.

Ned estaba casado con una antigua enfermera. Tenían tres hijos: dos chicas, una de las cuales era monja carmelita, y un chico que había seguido los pasos de su padre y había ingresado en la administración pública, y que con solo veintitrés años ya empezaba a ascender. Se llamaba Fergus, pero sus compañeros le apodaban Neidín; era el ojito derecho de su padre, pero mientras Ned sénior era una persona encantadora, a Neidín todo el mundo lo consideraba un cabrón cruel y sin escrúpulos, un joven a quien era mejor no contrariar.

El inspector Hackett conocía a Ned Gallagher desde hacía muchos años; su relación se remontaba, como en el dicho, al principio de los tiempos. Pocas personas, por no decir ninguna, recordaban o sabían con certeza cómo habían entablado relación, hecho que convenía a ambos, en especial a Ned. A Ned no le agradaba evocar las circunstancias de su primer encuentro con el policía. Sucedió una lejana noche de noviembre, deprimente y lluviosa, cuando un joven agente que estaba haciendo su ronda sorprendió a Ned en compañía de un viajante en los baños públicos subterráneos que hay al final de Burgh Quay. El viajante, con los pantalones en los tobillos, estaba apoyado contra uno de los lavabos, que aferraba con ambas manos, y delante de él, arrodillado, estaba Ned.

Había sido una absoluta locura por la que Ned, desesperado y contrito, se maldecía. Por el amor de Dios, ¿por qué no se habían encerrado en uno de los cubículos? La respuesta, por supuesto, era el oscuro placer que se obtiene cuando se corre el peor de todos los riesgos posibles. En aquel entonces, en el frenesí del momento, le pareció que merecía la pena. Bastó un segundo, al sentir la mano de la ley en el hombro, para que Ned se diese cuenta de la catástrofe que se le venía encima, una catástrofe que aún parecía más terrible porque él había sido el causante y podía haberla evitado con facilidad.

Pero Ned siempre había sido un tipo afortunado y aquella noche su suerte no le abandonó. El policía que había sorprendido por casualidad a ambos hombres en tan escandalosa faena reconoció a Ned —su fotografía había aparecido en los periódicos aquella misma semana en una noticia sobre la visita a Irlanda de un congresista americano— y, preocupado, utilizó su *walkie-talkie* para llamar a la casa del sargento Hackett en busca de su sabio consejo.

—Lleva a ese bujarrón a la comisaría y bájale a las celdas sin que nadie lo vea.

Hackett acudió a Pearse Street, mantuvo una breve conversación con Ned y, con una mera advertencia, lo dejó marchar. El policía conocía el mundo y, a pesar de los anatemas que lanzaban por igual la Iglesia y el Estado, no tenía nada en contra de un hombre que cediera a sus impulsos carnales, sin importar qué forma adoptaran tales impulsos. Nunca le había contado a nadie que su hermano pequeño, su preferido, tenía esa inclinación. Por lo que a Hackett respecta, solo correspondía a Dios, y no a la ley y a sus oficiales, juzgarnos por nuestras fechorías.

Por otra parte, vivían en un país donde los muros de las casas eran de cristal y no resultaba aconsejable lanzar piedras en público. La misma Iglesia, árbitro en todas las cuestiones de fe y moral, tenía sus debilidades cuando se trataba de los pecados de la carne. Es más, Hackett había escuchado ciertos rumores sobre el propio arzobispo, comentados en secreto y entre bisbiseos, rumores que, de ser ciertos, habrían escandalizado a los piadosos y hecho temblar los cimientos de la Iglesia.

Hackett había coincidido con Ned Gallagher en numerosas ocasiones desde aquella noche crucial bajo la niebla que se arremolinaba en Burgh Quay, pero en circunstancias bien distintas. Ned había aprendido la lección y llevaba su vida secreta

con circunspección y extrema reserva. Así, cuando el inspector llamó al despacho de Ned y pidió a la secretaria que dijera a su jefe que le llamara, no pasaron ni diez minutos antes de tener a Ned en el teléfono, tan enérgico como de costumbre, pero con una sombra de preocupación en la voz. Charlaron amigablemente durante un rato, si bien Hackett casi podía ver a Ned, ansioso de impaciencia, urgiéndole para que fuese al grano.

—Hay un pequeño problema que me gustaría consultarle. ¿Tendría un minuto al mediodía o quizá esta tarde? —preguntó Hackett.

—Por supuesto, ¿cómo no iba a tener tiempo para hablar con la ley? —se rio Gallagher.

No obstante, se sobresaltó a las claras al escuchar dónde proponía Hackett que se encontraran.

—¿The Hangman? —repitió como si nunca hubiese oído hablar del lugar—. ¿Podría indicarme dónde está?

—Por la estación de Kingsbridge, al otro lado del río. Estoy seguro de que lo conoce —con el auricular en la mano, Hackett sonrió—. Espero que no le pille muy lejos de su camino. ¿Le va bien a las cinco? Allí estaremos tranquilos y a gusto a esa hora de la tarde.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Gallagher.

Hackett percibía en su voz la renuencia y una creciente inquietud.

El pub O'Driscoll, más conocido como The Hangman, se encontraba en una calle adoquinada y alejada del río, encajado entre un almacén de colchones y un garaje que llevaba cerrado muchos años. Era un establecimiento de mala fama, frecuentado por distintos especímenes del hampa. En ciertos círculos también era conocido como un garito para hombres con determinadas inclinaciones y a Hackett no le cabía la menor duda de que Gallagher, pese a su fingida ignorancia por teléfono, conocía el sitio y lo conocía íntimamente.

El inspector fue el primero en llegar. Se sentó, en la penumbra del pub, ante una pequeña mesa que había en la esquina con una botella de cerveza Bass y un ejemplar manoseado del *Evening Mail* que alguien se había olvidado. Hacía poco que había dejado de beber Guinness, demasiado densa para su estómago, pero le estaba costando acostumbrarse a la cerveza embotellada, aunque de alguna manera perversa le gustaba su consistencia jabonosa. Encendió un cigarrillo; siempre le parecía que el humo del tabaco mataba el gusto hasta de los sabores más desagradables.

Aparte de él, los únicos clientes eran una pareja de tipos corpulentos, maleteros de la estación probablemente, que estaban sentados a la barra, inclinados sobre el mostrador y dándole la espalda. El camarero, un tipo flaco, cargado de hombros y con un cuello desmesurado, estaba apoyado en la barra con los brazos cruzados mientras escuchaba la radio, que al parecer retransmitía una carrera de caballos. El día de verano no daba señal de menguar, pero allí dentro no existía ningún indicio de la intensa luz y el calor titilante del exterior. Hackett leyó un artículo sobre los esfuerzos

que estaba realizando la diócesis de Dublín para celebrar un Congreso Eucarístico que obtuviera el inmenso éxito que había cosechado el de 1932. Según decía, su excelencia reverendísima, el arzobispo McQuaid, se planteaba viajar a Roma para tener una entrevista en el Vaticano. Hackett tomó un trago de la insípida cerveza y fue a las páginas de deporte.

Cuando Ned Gallagher llegó, se detuvo en la puerta y examinó rápidamente la sala. Vestía un tres piezas azul oscuro de raya diplomática. Su expresión fue de alivio al comprobar que solo estaban Hackett, en su sombrío rincón, y los dos tipos duros de la barra; la gente que podía reconocerle solía ir mucho más tarde, casi a la hora de cierre, envalentonada por la embriaguez general de la clientela y su consiguiente accesibilidad. Al sorprender la mirada ansiosa de Ned, Hackett sintió un ligero remordimiento por haberle citado en *The Hangman*; el policía no era un mal tipo y no obtenía ningún placer del desasosiego ajeno, aun tratándose de pomposos hipócritas como Ned Gallagher.

—¡Ahí está! —dijo Gallagher, aproximándose a Hackett con la mano tendida— ¿No es increíble este tiempo que tenemos? —señaló el vaso del policía—. ¿Le apetece otra?

—No, no, yo invito —dijo Hackett, poniéndose en pie—. ¿Qué quiere tomar?

—Una botella de naranjada. Mañana me voy de retiro a Glenstal, así que más vale que me limite a los refrescos, ya sabe. No quedaría muy bien llegar a la sagrada abadía apestando como un estibador.

Hackett sonrió comprensivo y se dirigió a la barra. Los dos tipos que estaban allí sentados giraron las cabezas y le miraron inexpresivos. Había algo en sus ojos apagados que le hizo pensar que probablemente no eran maleteros. Lo más prudente sería ignorarlos, pensó, mientras a él, a su vez, lo ignoraba el camarero esquelético. Guardó un tiempo prudencial antes de hablarle:

—Llévanos una botella de refresco, Mick.

El camarero le lanzó una mirada hostil.

—No me llamo Mick —gruñó.

—¿No me digas? —replicó relajado Hackett—. En cualquier caso, quiero una botella de Orange Crush y otra de Bass. Y llévalas a la mesa, ¿vale? —y caminando sin prisa se alejó hacia su rincón.

—¿Tan ocupado como de costumbre, inspector? —dijo Gallagher.

—Como de costumbre —miró a los dos tipos encorvados sobre la barra—. A pesar de mis esfuerzos, el mundo se niega a renunciar a sus vicios. De vez en cuando veo su nombre en los periódicos.

Gallagher se removió en la silla; su nombre era susceptible de aparecer en la prensa de distintas maneras, algunas de las cuales no se atrevía ni siquiera a considerar.

El camarero trajo las bebidas y las dejó con un golpe malhumorado en la mesa.

—Dos y cuatro peniques —dijo.

Hackett contó las monedas, se las tendió y el camarero cargado de espaldas se marchó. Ned Gallagher inclinó la botella de Orange Crush sobre el vaso y, tras llenarlo, lo alzó.

—*Sláinte* —dijo.

Hackett se sirvió la cerveza espumosa; el líquido hizo un sonido como de borboteo al caer en el vaso. Tomó un trago: el sabor no había mejorado ni siquiera un poco. Seguiría bebiendo Bass hasta el final de la semana, pero si no se hacía con ella volvería a la Guinness sin importarle los comentarios sarcásticos de May sobre su cintura.

—¿Estuvo en el partido el domingo? —preguntó Gallagher.

—No, tuve que trabajar. ¿Vio en el periódico la noticia sobre el joven que murió al estrellarse su coche en Phoenix Park? Leon Corless. Uno de los suyos —Gallagher le miró alarmado—. Un funcionario, quiero decir.

—Ah, sí, claro —tosió con suavidad contra su puño—. Corless, sí. De Agricultura y Pesca, ¿no?

—No, de Sanidad —dijo Hackett.

No albergaba ninguna duda de que Gallagher sabía perfectamente dónde trabajaba Leon Corless. A aquellas alturas, mentir formaba parte de la naturaleza del pobre Ned.

—Ah, de acuerdo, yo no lo conocía... —se interrumpió en seco al advertir su tono defensivo—. Me refiero a que nunca me crucé con él. Alguien me comentó que era un lumbreras.

—Eso me han dicho. Su campo de trabajo era la estadística, según parece.

—Los chicos listos tienen todos alguna flamante especialidad.

Hackett estaba encendiendo un cigarrillo.

—Fui al ministerio para hablar con su jefe. Un tal O'Connor.

Gallagher asintió.

—Turlough O'Connor. Sí, una persona sensata.

—Me pareció un poco... —Hackett apagó la cerilla de un soplido— nervioso.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

—Es difícil de decir. Tenía que ver con lo que sea en lo que trabajaba el joven Corless antes de fallecer.

Gallagher estaba ahora muy quieto, como un viejo zorro que escuchara el distante y débil sonido del cuerno de los cazadores.

—¿En qué estaba trabajando exactamente? —preguntó con cautela.

—El señor O'Connor no quiso especificarlo. Algo relativo al área materno-infantil, me parece.

Gallagher asintió. Su incomodidad iba en aumento. Los funcionarios, pensó Hackett, eran una especie precavida por naturaleza, pero nadie es más precavido que quien tiene un secreto que esconder.

—Ya entiendo. Esa debe de ser un área delicada.

—Sí. Esas fueron casi las palabras exactas de Turlough O'Connor cuando le pregunté. Y al decirlas tenía casi el mismo semblante de preocupación que tiene usted ahora, señor Gallagher.

Gallagher parpadeó.

—Usted también estaría preocupado, inspector, si supiese la mitad de las cosas de las que está al tanto una persona en mi posición.

—Estoy seguro de que tiene razón, pero, verá, el asunto es que hay cierta investigación policial en marcha sobre la muerte del joven señor Corless.

—¿Qué quiere decir con cierta investigación?

Hackett se rascó la barbilla y, al hacerlo, sonó igual que una lija.

—Hay circunstancias sospechosas en torno a su muerte.

—¿Como cuáles?

—Como el hecho, y parece ser un hecho, de que estaba muerto, o al menos inconsciente, antes de que su coche se estrellara.

—¿Tuvo un ataque al corazón o algo parecido?

—No.

—Ah, ya entiendo. ¿Así que hay alguien implicado?

—Eso parece.

Gallagher reflexionó sobre aquello; un músculo temblaba en su poderosa mandíbula cuadrada.

—Corless. ¿No es el hijo de como-se-llame Corless, el tipo comunista?

—Samuel Corless. Sí, era su hijo.

—En ese caso, Dios sabe en qué lío andaría metido. Según he oído, el padre recibe un flujo constante de rublos rojos cada mes desde Moscú y se sospecha que está conchabado además con el IRA. Nos llegan informes sobre él regularmente de la Unidad Especial. De tal palo, tal astilla, ¿no?

—¿Tiene información de que el joven Corless estuviese metido en política como su padre? Hace un instante me dijo que tenía fama de ser un tipo listo. Los tipos listos en un trabajo como el suyo tienden a tener una trayectoria estable, estoy seguro.

—No sé nada sobre él —dijo Gallagher.

—¿Nada que le permita sugerir que podría haber estado relacionado con elementos subversivos, por ejemplo?

—Ya se lo he dicho, no sé nada —Gallagher empezaba a mostrarse hosco, aunque al mismo tiempo parecía sentirse aliviado al saber qué le iba a pedir Hackett—. Mañana por la mañana puedo solicitar un informe sobre él. Hay un par de personas que conozco bien en la Unidad. Me informarán de todo lo que haya para informar.

Hackett permaneció en silencio mientras encendía otro Player's.

—No ha tocado su vaso de naranjada —dijo—. ¿Está seguro de que no le apetece otra cosa? Aunque no me perdonaría empujar a romper su ayuno a un hombre que está a punto de irse a un retiro.

Gallagher, malhumorado, negó con la cabeza; no cabía duda de que le dolía en el

alma tener que escuchar, sentado dócilmente, todas las paparruchas de aquel pelagatos presuntuoso.

Hackett se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—El asunto, señor Gallagher, es que no creo ni por asomo que Leon Corless estuviese metido en política, subversiva o de cualquier otro tipo. No creo que ni siquiera le interesara el tema. Era un científico, un técnico. Y su padre y él apenas se dirigían la palabra.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque me lo dijo su padre.

Gallagher echó hacia atrás la cabeza y miró a Hackett con una escéptica sonrisa de desdén.

—Vamos, inspector, ¿cómo puede creerse una sola palabra que salga de la boca de ese abanderado del comunismo ateo?

Hackett, que seguía inclinado sobre la mesa, miró de reojo a Gallagher y asimismo sonrió. Era una sonrisa amable, casi tierna, que hizo renacer en Gallagher toda su incomodidad y su alarmado resentimiento.

—Creo que Sam Corless es un tipo honesto —dijo Hackett—. Desde luego, puedo equivocarme, como me ha sucedido en numerosas ocasiones en el pasado. Sea como sea, dudo que a su hijo lo matasen por razones políticas. O, al menos, no por el tipo de razones políticas que usted parece sugerir.

Se detuvo, se retrepó en la silla y apuró los posos de su cerveza. Gallagher le contemplaba con cierta fascinación. Aquel encuentro era una nueva experiencia para él. Estaba acostumbrado a ser quien permanecía sentado tranquilo mientras un aterrorizado subalterno se retorció y sudaba enfrente.

—Mire, inspector —dijo con un tono zalamero que no pudo evitar y que le hizo irritarse consigo mismo—, es hora de que vuelva a casa, la mujer debe de estar preguntándose dónde...

—Sí —dijo Hackett, alzando una mano—, no le retendré más de un minuto, estoy seguro de que mi propia cena ya está en la mesa y debe de estar enfriándose mientras le hablo. Lo que quiero es un pequeño favor. Mañana, cuando vaya a su despacho... —se detuvo y esbozó un gesto de amable interés—. Pero, dígame, ¿a qué hora tiene previsto salir para Glenstal y su retiro?

—A primera hora.

Hackett movió la cabeza con tristeza.

—Es una auténtica lástima. De verdad necesito que me haga ese pequeño favor. ¿Existe alguna posibilidad de que pueda retrasar la salida una hora o dos? Porque lo que necesito es que usted me averigüe qué trabajo realizaba exactamente el joven Leon Corless en el ministerio, en el área materno-infantil.

Se hizo un silencio. A ambos lados de la mesa, los dos hombres se medían. Las cejas de Gallagher enrojecieron y en sus ojos apareció un duro destello. Hackett le contemplaba afablemente, con una sonrisa cordial e inocente.

—¿Qué se cree usted que soy? —repuso Gallagher con aspereza, incapaz de frenarse—. ¿Su empleado? ¿El chico de los recados?

Hackett se echó hacia atrás con fingida sorpresa.

—¡Cómo voy a pensar semejante cosa, señor Gallagher! Si cree que esta insignificante tarea no es digna de usted, no hablemos más sobre ello. Terminemos nuestras bebidas, vayamos a casa con nuestras mujeres y olvidemos que nos hemos visto esta tarde. Tan solo creí que, para alguien en su posición que está informado de tantas cosas, lo que le he pedido no supondría ningún esfuerzo.

Se puso en pie, pero Gallagher, que había vuelto a recuperar el control, le hizo un gesto con la mano para que volviera a sentarse.

—Muy bien —dijo con un airado suspiro—, de acuerdo. Retrasaré mi salida hasta la hora de la comida. Hay un tren que puedo coger más tarde.

Hackett, dejándose caer en la silla, sonrió con alborozada gratitud.

—Como le he dicho, estoy seguro de que no le llevará más de unos minutos hacerme este pequeño favor. Lo único que quiero saber es la naturaleza del trabajo del joven Corless y qué tipo de estadísticas estaba recopilando. Lo más probable es que lo que hacía no tenga ninguna trascendencia, pero me gustaría saberlo para así poder eliminar esa vía de investigación.

Gallagher le contemplaba con una tensa y amarga sonrisita.

—Es verdad eso que dicen —comentó en voz baja—. Ningún favor es gratuito, antes o después toca devolverlo.

Hackett tenía el sombrero en la mano.

—Ahí lleva toda la razón, señor Gallagher —dijo cordialmente y luego bajó asimismo la voz—. El asunto es no colocarse nunca en una situación que obligue a pedir un favor. ¿No está de acuerdo?

Cuando sonó el timbre de la puerta, Quirke alzó la mitad inferior de la ventana que daba a la fachada, sacó la cabeza y para su sorpresa vio a Phoebe abajo, en el escalón. Envolvió la llave del portal en un pañuelo y se lo lanzó. Una densa luz vespertina llenaba la calle. Regresó a la cocina, donde había cenado una chuleta de cordero con pan y tomate en rodajas; era su cena habitual cuando estaba solo, si a aquello podía llamárselo cena. Tiró los restos del plato en el cubo de la basura, que estaba bajo la pila, y lo aclaró bajo el grifo. Enjuagó asimismo el cuchillo y el tenedor, colocó todo en el escurrerplatos y lo cubrió con un paño de cocina. Se detuvo, sorprendido de su propio comportamiento. ¿Por qué intentaba ocultar que había cenado? Después de todo, Phoebe también vivía sola y debía de comer sin compañía a menudo.

Escuchó cómo daba un golpecito a la puerta y le abrió. Siempre se sentía cohibido cuando los dos estaban solos. Frunció el ceño al ver su expresión agitada.

—¿Qué sucede?

—Nada, no pasa nada —Phoebe entró en el piso y se dirigió al cuarto de estar. En el suelo, junto a la ventana, se proyectaba la claridad última de la tarde como un charco luminoso. Se volvió hacia Quirke al tiempo que le mostraba una hoja de papel que tenía en la mano—. Hoy me ha llegado esto.

—¿Qué es?

Le tendió la hoja. Lo primero que le llamó la atención fue el encabezamiento, Madre de Misericordia. Leyó el mensaje escrito debajo.

Querida Phoebe esta es la única forma que tengo de poneme en contacto contigo lo siento me tienen retenida aquí contra mi voluntad por favor ayúdame Lisa

—No lo entiendo —dijo Quirke—. ¿Es de Lisa Smith? ¿Cómo te ha llegado?

—Estaba dentro de un paquete de ropa de la lavandería.

—¿Qué clase de ropa?

—Ropa, sin más. No era mía. Entregaron el paquete en el Country Shop y allí me lo guardaron para dármelo.

Quirke se sentó a la mesa y leyó el mensaje de nuevo. Hacía años había ido a la Lavandería Madre de Misericordia en busca de una joven llamada Christine Falls; tiempo más tarde, hubo que sacar de allí a Maisie y ahora aparecía el ruego de otra joven en el mismo lugar.

—No lo entiendo —repitió.

—¿Esa no es la lavandería donde aquella chica tuvo el bebé que mandaron a América? ¿El sitio que el abuelo Griffin ayudaba a financiar?

Él asintió.

—Sí, tu abuelo y sus amigos de los Caballeros de St. Patrick lo utilizaban como casa de maternidad y centro de internamiento para madres solteras. Pero ¿cómo ha acabado allí Lisa Smith?

—Alguien debía de saber que estaba en la casa de Ballytubber, fue hasta allí y se la llevó. Voy a ir a ese sitio, Madre de Misericordia, y averiguar qué está pasando. Por lo que dice la nota, parece que Lisa hablara de una prisión y no de una lavandería.

Quirke suspiró.

—Vas a perder el tiempo. Nadie te dirá nada. Ese sitio opera a base de secretos y de miedo.

—¿Qué quieres decir? Es una *lavandería*, por todos los santos.

—Siéntate, Phoebe —dijo Quirke. Ella se aproximó a la mesa y se sentó frente a él—. Hay cosas que desconoces, créeme. La Iglesia controla este país; la Iglesia y sus representantes en organizaciones como los Caballeros de St. Patrick. No puedes imaginarte el poder que tienen. No son unos ignorantes, no se trata sin más de unos fanáticos. Bueno, son fanáticos, son ignorantes, pero también son muy inteligentes y perspicaces y saben exactamente lo que hacen. Tienen una filosofía, por llamarla de alguna manera. *Ideología* sería una palabra más acertada, supongo. Son iguales que los comunistas contra los que siempre nos previenen, las dos caras de una misma moneda. El niño que le arrebataron a Christine Falls para enviarlo a América fue uno más de entre centenares de bebés, quizá miles, que durante años han sido enviados en secreto al extranjero para dárselos a familias católicas a fin de que los críen como si fuesen suyos —se detuvo y lanzó una carcajada amarga—. Hackett y yo intentamos poner fin a aquello, pero lo único que conseguimos fue que a Hackett lo sacaran del caso, y ahí acabó todo.

Phoebe lo miraba perpleja e indignada.

—¿Así que todavía sigue funcionando?

—Supongo.

—Pero seguro que debe de ser ilegal.

—Probablemente. No lo sé.

—Pero hay leyes de adopción.

—A las leyes se les puede dar la vuelta o ignorarlas y punto. Esto es Irlanda, Phoebe. No hay asunto en el que la Iglesia no se salga con la suya.

Ella se levantó como un resorte.

—No me lo creo. La Iglesia no está por encima de la ley.

Él sonrió con tristeza.

—En este país, sí.

—Me da igual. Voy a ir a ese sitio y exigiré ver a Lisa. Tú has leído la nota, necesita que la ayudemos.

Se encaminó a la puerta, pero Quirke la alcanzó y la sujetó de la muñeca.

—Espera —dijo—. Siéntate. Por favor, Phoebe.

Ella dudó, sus labios eran una línea delgada y pálida —«cómo se parece a su

madre cuando está enfadada», pensó Quirke—, luego regresó de mala gana y volvió a sentarse con la espalda erguida y las manos sobre la mesa.

—Dime —le interpeló con frialdad.

—Ya te lo he dicho, no tiene sentido que vayas allí. Lo negarán todo. Dirán que nunca han oído hablar de Lisa Smith.

—Entonces iré a la comisaría.

—La policía no hará nada. Los sitios como la lavandería están protegidos. En torno a ellos hay un muro invisible que no conseguirás atravesar. Confía en lo que te digo. Lo intenté y fracasé. El inspector Hackett fracasó. Es así —ella comenzó a protestar, pero él alzó una mano—. Espera, escucha, quizá haya otra manera de sacarla si está allí.

—¿Cómo?

—Hay una persona que puede entrar, en caso de que alguien pueda entrar —se puso en pie—. Es una posibilidad remota, pero no perdemos nada por intentarlo.

Apenas había taxis a esa hora de la tarde y tuvieron que caminar hasta Baggot Street antes de divisar uno y hacerle una seña para que parase. El sol se estaba poniendo tras los tejados; sobre la carretera y contra las fachadas de las casas se proyectaban sombras afiladas. Quirke le pidió a Phoebe que le contara de nuevo, en detalle, cómo había llegado a sus manos el paquete de la lavandería, pero ella no pudo añadir nada que no le hubiese contado antes: lo habían dejado en el Country Shop con su nombre escrito en el envoltorio.

—Es probable que fuese mezclado con la entrega habitual de la lavandería. Cuando me dio el paquete, la encargada no estaba de humor como para preguntarle nada.

—Pero ¿por qué en el Country Shop?

—Porque Lisa no sabe dónde vivo. Debió de meter la nota en el paquete y me lo remitió al único lugar al que pensó que yo iría —miró hacia la calle, a las casas que pasaban de largo—. ¿Cómo pueden retenerla allí en estos tiempos, como si fuese virtualmente una prisionera?

—Porque pueden, eso es todo.

El taxi cruzó el canal por el puente jorobado y descendió por Lower Baggot Street.

—Por cierto, hoy he comido con la doctora Blake —dijo Phoebe.

Quirke tensó la mandíbula y miró fijamente al frente.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es una persona muy franca, ¿verdad?

—¿Lo es?

Ella se inclinó para verle la cara.

—Vaya, Quirke, me da la impresión de que te estás ruborizando. ¿Te has

enamorado?

—¡Qué pregunta!

—Una pregunta bien sencilla, diría yo —Phoebe se echó hacia atrás, sonriendo satisfecha—. Ella me gusta mucho, aunque nunca hubiese pensado que fuera tu tipo.

—¿Y cuál es mi tipo?

—Yo qué sé. ¿Alta y esbelta? —le lanzó una ojeada. La oreja izquierda de Quirke, la única que veía, estaba de un rosa subido—. Vamos, que la doctora Blake se parece bien poco a Isabel Galloway, ¿no crees?

Quirke seguía mirando obstinadamente al frente, más allá de la cabeza del taxista, a través del parabrisas. Estaban en Merrion Road. Olía a la bahía, oculta tras las casas a su izquierda.

—Escucha, Phoebe, hay algo que debo decirte.

—¿Quiero escucharlo? Cuando pones esa cara siempre me inquieto.

—Es acerca de Mal —hizo una pausa—. Él... Él no está bien.

Phoebe permaneció en silencio unos minutos. Volvió el rostro hacia la ventanilla que estaba a su lado, apartándose de él.

—¿Qué significa «no está bien»?

—Está mal. Se está muriendo.

—¿De qué?

—De cáncer. Cáncer de páncreas. No se puede operar.

A ella le sorprendió no sentirse sorprendida. Cayó en la cuenta de que Mal llevaba años muriendo poco a poco; el cáncer solo era la confirmación del proceso, el sello oficial de su destino. Hacía mucho que algo se había detenido en él, una luz se había apagado. Phoebe lo notó cuando Mal se prejubiló de su puesto como jefe del departamento de Obstetricia en el hospital de la Sagrada Familia. Ella sabía que su matrimonio con Rose, que otros podían haber interpretado de forma equivocada como un ávido deseo de apoderarse de la vida y de todo lo que esta tenía que ofrecer, era algo a lo que él, simplemente, se había dejado llevar sin prestar gran atención.

En realidad, era el padre de Mal quien le había entregado la sentencia de muerte. Durante toda su vida, Mal lo había apoyado, le había cubierto las espaldas, había inventado excusas, contado mentiras, incluso había falsificado documentos para evitar que el anciano juez Griffin tuviese que pagar por sus delitos. Y todo lo que había obtenido a cambio era el desprecio de su padre.

Ella quería a Mal. No se había percatado de esa sencilla realidad hasta aquel preciso instante. Desde niña había creído que Mal era su padre, hasta que Quirke reunió el valor suficiente para contarle la verdad. Pero incluso entonces continuó pareciéndole su verdadero padre más que el propio Quirke. Mal era un tiquismiquis, era distante, era crítico, pero siempre estaba allí, siempre pendiente, siempre amoroso a su manera parca. Pronto ya no volvería a estarlo.

—Lo siento —dijo Quirke.

Ella no volvió los ojos hacia él.

—¿El qué?

—No sé. Supongo que ser el portador de las malas noticias.

—Me alegra que me lo hayas dicho.

—Él me pidió que no te lo dijera.

—¿Lo sabe Rose?

—Por supuesto.

Como si la mención de su nombre hubiese sido una invocación, en ese momento apareció Rose en su Bentley, deteniéndose a la puerta de la casa. El taxi se aproximó y Quirke pagó la carrera al conductor. Rose salió de su coche y se volvió sorprendida al verlos caminar hacia ella.

—Vaya, vaya, qué agradable, una visita de la familia, nada menos —besó a Phoebe con suavidad en la mejilla—. Ya veo por tu cara que te has enterado de nuestras tristes nuevas —Rose se giró hacia Quirke—. Creía que Mal te había dicho que no se lo contaras, que quería hacerlo él personalmente.

—Sí, me lo pidió —asintió Quirke.

—Nunca consigues mantener la boca cerrada, ¿no, Quirke?

—Rose, lo lamento muchísimo —dijo Phoebe.

—Bueno, es un hecho lamentable.

Subieron los escalones de la puerta principal, Rose y Phoebe delante y Quirke detrás. De repente, Phoebe tuvo una nítida imagen de los tres... —¿en cuánto tiempo?, ¿seis meses?, ¿un año?— subiendo aquellos mismos escalones con una banda negra en el brazo.

—Mal está descansando. Últimamente se cansa enseguida —dijo Rose.

Phoebe sintió un latigazo de rabia. ¿Por qué se había entrometido Rose en sus vidas? ¿Por qué se había casado con Mal, el marido más insólito que podría haber elegido, y le había llevado a vivir a aquella casa que parecía un inmenso cadáver maquillado? Pero su rabia desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. No era Rose quien le había chupado la vida a Mal. Él había sufrido muchas pérdidas. Su padre le había traicionado; a continuación, Sarah, su mujer, murió, y ahora era él quien se estaba muriendo. No era justo.

Fueron al espacioso salón dorado. El papel de las paredes poseía una oscura tonalidad de amarillo, las sillas eran doradas e incluso las cornisas de escayola en las cuatro esquinas del techo eran doradas.

—¿A alguien le apetece algo para beber? —dijo Rose—. Voy a llamar a Maisie.

Pulsó un timbre de porcelana que estaba en la pared, junto a la chimenea.

—De hecho, hemos venido a verla a ella —dijo Quirke.

Rose se volvió hacia él, sorprendida.

—¿A Maisie?

—Sí, hay algo que queremos pedirle.

Se escuchó un golpecito en la puerta y Maisie apareció ataviada con su uniforme negro y blanco de doncella.

—Maisie —sonrió Rose—, el doctor Quirke y su hija han venido para verte. ¿Qué te parece?

Las mejillas de Maisie se arrebolaron y sus ojos revolotearon ansiosos de Rose a Quirke y de nuevo a Rose.

—Acércate —le pidió Quirke, cogiéndola del brazo—, acércate a la mesa y siéntate. Quiero hablar contigo.

Maisie miró a Rose de nuevo, pero Rose se encogió de hombros, se dio la vuelta, cogió un cigarrillo de la caja dorada que había en la repisa de la chimenea y lo encendió. Quirke condujo a Maisie a la mesa y ambos se sentaron.

—Dime, ¿conoces a alguien en la Lavandería Madre de Misericordia? ¿Alguien con quien sigas en contacto? —dijo Quirke.

—¿En ese sitio? —respondió Maisie, incrédula—. ¿Por qué iba a querer yo mantener el contacto con alguien de allí?

—El asunto, Maisie, es que yo... nosotros... que nosotros necesitamos que alguien entre en la lavandería y haga algunas pesquisas. Verás, una amiga de Phoebe le escribió pidiéndole ayuda y creemos que está en la lavandería.

Maisie lanzó una mirada en dirección a Phoebe y luego se volvió hacia Quirke.

—¿Qué clase de amiga?

—Es una chica, una joven, se llama Lisa, Lisa Smith.

—¿Y qué está haciendo en Madre de Misericordia?

—No lo sabemos. Desapareció hace unos días sin dejar rastro. Hoy le ha llegado a Phoebe un mensaje de ella escondido en una pila de ropa de la lavandería.

—Claro —asintió Maisie—, es lo que solíamos hacer cuando queríamos escribir a alguien. Los conductores de la furgoneta estaban en el ajo. Los sobornábamos con cigarrillos y otras veces robábamos un mantel bonito o una blusa o lo que fuera para sus mujeres. ¿Qué decía la nota?

—Que estaba en la lavandería contra su voluntad, y pedía a Phoebe que la ayudara.

Maisie soltó un bufido.

—No conozco a nadie que haya estado en ese sitio por su propia voluntad. Hasta las mismas monjas parecían prisioneras.

—El problema, Maisie, es que no sabemos en realidad quién es Lisa Smith.

—¿No lo saben? —Maisie se volvió hacia Phoebe—. Pero es su amiga, ¿no?

—En realidad, no —contestó Phoebe—. Coincidí con ella en un curso, pero no tuvimos trato. Ni siquiera estoy segura de que su verdadero nombre sea Lisa Smith.

—Por eso tenemos que asegurarnos de que está en la lavandería —le dijo Quirke a Maisie—. Tenemos que asegurarnos de que no nos están engañando, de que todo esto no es una especie de broma —sonrió—. Piensa, Maisie, ¿hay alguien en la lavandería a quien pudieras visitar con algún pretexto?

Maisie bajó los ojos. En todo el tiempo que llevaba trabajando para los Griffin no les había pillado el tranquilo. Era como si se encontrase en una habitación con el

techo de cristal y encima estuviesen ellos —el doctor Griffin y la señora Griffin y el doctor Quirke y la chica que estaba con él, que bien era su hija, bien no lo era— enfrascados en sus asuntos, que a simple vista parecían obvios, pero que a ella le resultaban incomprensibles. Cuando estaba en la escuela, o a lo mejor fue en otro lugar, leyó un libro que tenía fotos de chinos, o tal vez eran japoneses: emperadores y sus mujeres y niños, los hombres con finos bigotes que casi llegaban al suelo y las mujeres con unas cosas clavadas en el cabello que parecían agujas de tejer. Ellas tenían unas boquitas fruncidas muy graciosas y los rostros pintados con una especie de sustancia arcillosa, y todos ellos, incluidos los niños, tenían las manos sepultadas en las grandes mangas colgantes de los trajes de seda que vestían. Aquellos chinos o japoneses o lo que fuesen no le resultaban mucho más extraños que la gente de esa casa, que hablaba en código y se miraba siempre con recelo. Dios sabe qué estarían tramando ahora, pensó Maisie. Aun así, era mejor que los ayudara o que al menos dijera que lo intentaría. Quién sabe qué tajada podría sacar si lo hacía o qué podrían hacerle si no lo hacía.

—Hay una monja —dijo muy despacio—, una joven, sor Agnes, que siempre se portaba bien conmigo. No era una lagarta como las otras, que me birlaban los cigarrillos y salían corriendo para decirle a la madre superiora que me habían visto fumando. Sor Agnes tenía buen corazón. No tengo ni idea de cómo acabó en ese lugar.

—¿Y todavía está allí? —preguntó Quirke—. ¿Sigue en la lavandería?

—Por lo que yo sé, sí, aunque no he vuelto a poner un pie en ese sitio desde que me fui.

—¿Regresarías solo por una vez? ¿Solo para visitar a sor Agnes y hablar con ella?

—Supongo que podría —dijo Maisie de mala gana—. Supongo que me dejarían entrar.

—Seguro que te dejarán. Yo iré contigo y esperaré fuera —afirmó Quirke.

—¿Y qué pasa si no me dejan volver a salir?

—Yo me aseguraré de que te dejen. No tienen ningún derecho a retenerte, ningún derecho en absoluto. Tienes mi palabra.

Ella lo miró poco convencida. ¿Podía confiar en él? ¿Podía confiar en alguno de ellos? Habría deseado que el doctor Griffin estuviera allí; era el único al que respetaba. El doctor Griffin era un caballero, y ahora, Dios nos asista, estaba enfermo y se pasaba la mitad del tiempo en la cama.

Tragó con esfuerzo y asintió.

—De acuerdo, pero ¿cómo voy a ponerme en contacto con ella, con sor Agnes?

—Yo llamaré a la lavandería —contestó Quirke—. O mejor llamará Phoebe y dirá que te gustaría hacer una visita a sor Agnes, que desde que te fuiste piensas a menudo en cómo le irá. Y entonces, cuando vayas a ver a sor Agnes, le preguntarás si conoce a Lisa Smith.

—Y si me dice que la conoce, ¿qué le digo?

Phoebe intervino.

—Pídele que le diga a Lisa que Phoebe Griffin le manda un saludo. Así sabrá que me llegó su nota, que sabemos que está allí y que la ayuda está en camino.

Maisie suspiró descorazonada. La idea de poner el pie en Madre de Misericordia le ponía los pelos de punta.

—¿Cómo van a ayudarla? —preguntó recelosa.

—Vamos a sacarla de ese sitio —dijo Phoebe—. Estoy segura de que por eso me escribió, para que fuese y la trajera conmigo.

Maisie se volvió hacia Quirke, moviendo la cabeza.

—No hay forma de librarse de ellos, si no quieren dejarte ir.

—A ti te dejaron.

La expresión de Maisie se tornó evasiva.

—Aquello fue distinto, se alegraron de perderme de vista.

—¿Por qué? —preguntó Quirke.

—Porque sí.

—¿Cómo que porque sí?

—Decían que era conflictiva. Me quitaron a mi bebé y se lo dieron a gente pomposa de América... —calló y echó una rápida ojeada a Rose, que seguía de pie junto a la ventana, dándoles la espalda—. A alguna familia de allí. Eso supongo, porque nadie me contó nada. Nunca te decían adónde habían enviado a tu bebé. «No es asunto tuyo», te soltaban y te ordenaban que siguieras con tu trabajo —se detuvo de nuevo y su rostro se ensombreció—. En cualquier caso, si a mí me dejaron ir, fue solo porque el doctor Griffin acudió a hablar con ellos.

—Bueno, esta vez iré yo —afirmó Quirke.

Maisie, una vez más, no pareció muy convencida.

—Cuando entre allí me pondré muy nerviosa, me sentiré como si fuese una espía.

—Estarás ayudando a alguien, igual que el doctor Griffin te ayudó a ti —dijo Quirke.

Hubo una larga pausa. Con expresión abatida, Maisie soltó otro suspiro.

—De acuerdo, lo haré.

Se puso en pie. Quirke la acompañó a la puerta. Cuando salía, ella le cogió de la manga y tiró de él hacia el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—¡Chist! ¿Conoce esas cajas de Player's azul oscuro que tienen dentro doscientos cigarrillos? ¿Las conoce? —su voz se había convertido en un susurro apremiante. Él asintió—. ¿Me conseguirá una?

Quirke se rio.

—Maisie, ¡doscientos Player's! Te vas a matar si te los fumas todos. Déjame que te dé dinero mejor.

Ella movió la cabeza con vehemencia.

—No quiero dinero. Lo haré por una de esas cajas —su expresión se dulcificó—. Me encanta cómo son... Son tan elegantes, con su papel de seda dentro y ese maravilloso olor a tabaco —le tiró una vez más de la manga—. ¡No le diga una sola palabra de esto a la señora Griffin! Me echaría una bronca de campeonato —le guiñó un ojo—. Queda entre nosotros.

—De acuerdo, Maisie —dijo Quirke, riéndose de nuevo—. Trato hecho.

Ella asintió mientras sonreía y se fue a toda prisa.

Quirke regresó al salón. Phoebe había cogido su bolso y se despedía de Rose. Había quedado con David Sinclair. Rose la acompañó hasta la puerta de la casa. Quirke eligió un cigarrillo de la caja sobre la repisa de la chimenea y lo encendió. Cuando se dio la vuelta, Rose estaba apoyada en el umbral, observándole.

—¿Detrás de qué andas? Cuéntame, Quirke. No sé por qué, no te veo como un caballero de brillante armadura galopando en ayuda de una damisela en apuros.

—¿Ah, no?

—Me da la sensación de que es otro de tus juegos, esos juegos de niños que tanto te divierten —Rose atravesó la habitación hacia él y le quitó el cigarrillo que tenía entre los dedos—. Me son indiferentes la lavandería y esa chica que está retenida allí contra su voluntad. Me es indiferente todo el asunto, Quirke. No creo en la caballería. El mundo está lleno de chicas en apuros, siempre ha sido así y siempre lo será.

—Tú nunca has estado en un sitio como la Lavandería Madre de Misericordia.

—¿Eso crees? —dijo Rose arrastrando las palabras y llevándose el cigarrillo a los labios—. Querido, hay muchos tipos de instituciones. Está la famosa institución del matrimonio, por ejemplo. Yo he estado en ella dos veces.

Quirke se encogió de hombros, sonriendo.

—Lo siento, Rose. No sé qué decirte, nunca lo sé.

—No, imagino que no —ella se aproximó más a él y escudriñó su rostro—. Hay algo diferente en ti, lo noto. Pareces... —se detuvo—. Ya sé lo que es. Estás contento —se rio asombrada—. Tengo razón, ¿verdad? Sí. Creo que nunca te había visto contento antes, ¿sabes? Excepto quizá una vez, hace mucho tiempo, cuando nos acostamos. ¿Qué ha sucedido? ¿Has conocido a alguien? —él le sostenía la mirada sin decir nada. Ella asintió despacio—. Es eso, ¿a que sí? ¿Quién es ella?

Él se apartó, fue hacia la ventana y permaneció allí, con las manos en los bolsillos, dándole la espalda.

—Es la loquera, ¿verdad? ¿Cómo se llama?... ¿Blake? ¿Es esa para quien trabaja Phoebe? ¿He dado en el clavo? Sí, ¿verdad? Puedo leerte como si fueras un libro abierto, Quirke, siempre he podido.

Quirke seguía sin decir nada. Ella se acercó y se quedó a su lado, mientras se fumaba el cigarrillo de él. Permanecieron en silencio, contemplando el jardín. Casey, un hombrecillo retorcido y fibroso, cavaba entre los arbustos, arrancando algo. La sombra de una nube se deslizó por la calle y de nuevo brilló el sol con tanta intensidad como antes.

—¡Qué listo eres, Quirke!

—¿Qué quieres decir?

—Te he subestimado. Diablos, tenías todo el asunto planeado. Primero, consigues una médico de la cabeza toda para ti y, a continuación, vas a la lavandería y rescatas a esa chica para subsanar todas las cosas que nunca hiciste por tu propia hija. Felicidades, Quirke. Es igual que ir a confesar, decir tus pecados y que te sean perdonados, como hacéis los católicos. Vaya, vaya.

Él se volvió hacia ella con el rostro encendido.

—¿De verdad crees que es eso lo que estoy haciendo? ¿De verdad crees que soy tan egoísta?

—Tú sabes que lo eres, cielo —dijo ella, con una sonrisa—. Todos lo somos. Pero he de confesarte que estoy celosa.

—¿Ah, sí? Lo siento.

—Toma —Rose le devolvió su cigarrillo—. Vaya, qué lástima, siempre los dejo manchados de carmín, ¿verdad?

El crepúsculo se adensaba sobre las copas de los árboles a lo largo de O'Connell Street. Phoebe, que iba sentada en el piso superior del autobús, se bajó antes de que este girara en la esquina hacia Parnell Square y se dirigió andando hacia el Shakespeare. El pub bullía con los asistentes al teatro que, aprovechando el descanso, habían salido corriendo del Gate para beber algo rápido. Phoebe confió en no encontrarse con Isabel Galloway, que actuaba a menudo en el Gate. Isabel había sido amiga suya, pero el idilio que mantuvo con Quirke y su final habían echado a perder la relación entre ambas. Aunque Phoebe lo lamentaba, no se podía hacer nada al respecto.

David le había guardado un sitio en la barra. Ella se sentó en el taburete vecino al suyo y pidió un gin-tonic. Se dio cuenta de que él no la había besado, pero aparte de ese detalle todo parecía normal. Con David nunca estaba segura de en qué punto se encontraban. Él siempre parecía tener la cabeza en otra parte.

Le preguntó cómo había ido el día, pero David le dijo que no quería hablar de eso, que era demasiado aburrido. Siempre era así: ella preguntaba y él se negaba a contestar; aquello se había convertido en una especie de diálogo cómico entre ellos. Aunque Phoebe suponía que él tenía razón: es probable que no tengas gran cosa de que hablar si has pasado las ocho horas previas diseccionando cadáveres. Se preguntó, y no era la primera vez, por qué David se habría hecho forense. Se diría que Quirke había nacido para ese trabajo, pero ella siempre tenía la sensación de que David estaba destinado a algo distinto, aunque era incapaz de imaginar de qué podía tratarse.

Phoebe le habló de Lisa Smith y de su nota en el paquete de la lavandería. Charlaron sobre ello un rato y también sobre la muerte de Leon Corless y la relación de Lisa Smith con él.

—A Quirke le encanta meterse en ese tipo de historias, ¿verdad? —dijo David.

—No va buscando problemas, si es eso lo que quieres decir. ¿Tú nunca sientes el impulso de investigar algo que has descubierto en una autopsia?

—Soy médico, no detective —contestó él. Con el ceño fruncido, hizo girar la base del vaso con los dedos—. Quirke debería mantenerte al margen.

—¿Debería? ¿Y por qué?

Él movió la cabeza y la observó largamente.

—Porque es peligroso. Tú no has visto el cuerpo de Leon Corless, o lo que quedaba de él. Yo sí. Si fuese tu padre, me aseguraría de mantenerte lo más lejos posible de gente que es capaz de hacer algo así.

Ella iba a decir algo, pero se calló. No quería discutir con David. En otro tiempo lo habría hecho, ahora no.

Bebieron en silencio. A Phoebe le gustaba contemplar cómo los cubitos de hielo, sumergidos entre la desbandada de burbujas, crujían y se agrietaban, aunque eran

tantos los bulliciosos bebedores que llenaban el pub que tuvo que llevarse el vaso a la oreja para oír el efecto. Tenía la teoría secreta de que todo, incluidos los objetos inanimados, poseía una vida propia y su propia manera de expresarse. Sabía que David se reiría de ella si se lo decía, así que nunca lo había hecho. Había muchas cosas que no le había dicho y estaba segura de que había muchas cosas que él tampoco le había dicho a ella. No eran una pareja convencional, pensó. En el caso de que fuesen una pareja.

—Tómame otra copa —sugirió David.

—No, no me apetece.

Él estaba a punto de terminar su pinta de Guinness.

—¿Te importa si yo me pido otra?

—Claro que no.

David hizo una seña al camarero, levantando el vaso vacío y moviéndolo. El camarero asintió, cogió un vaso limpio, lo colocó bajo el grifo, tiró lentamente de la palanca de madera y el lustroso líquido negro surgió en una delgada columna espumosa.

—Hoy he recibido una carta de mi amigo Yotam —dijo David.

—¿Ah, sí? Desde Tel Aviv, ¿no?

—Él vive en Tel Aviv, pero ahora mismo está en un kibutz, echando una mano en el centro médico.

—¡Qué interesante!

—Sí —David contemplaba cómo el camarero tiraba el final de la pinta y daba los últimos retoques a la cremosa superficie—. Desde luego, consigue que parezca interesante.

—Tú no has estado en Israel, ¿verdad?

—No. Mi padre estuvo. Fue a luchar contra los árabes en el 48.

—¿Le fue bien? Me refiero a si no le hirieron o algo parecido.

—No, pero hay otro tipo de cicatrices, desde luego. Fue una guerra sucia.

El camarero trajo la pinta. David pagó, la dejó sobre el posavasos de corcho y, cruzado de brazos sobre la barra, miró cómo un reguero de espuma resbalaba lentamente por la pared del vaso.

—Me ha propuesto que vaya —dijo sin mirar a Phoebe.

—¿Tu padre? —preguntó ella, confundida.

Él se rio.

—No, Yotam. Dice que disfrutaría, que el país está en plena efervescencia, lleno de vida.

Ella no dijo nada. El último cubito de hielo se derretía en el fondo del vaso. La rodaja de limón parecía abandonada y desvalida. En el colegio había una chica que comía limones. Los cortaba en cuatro trozos y absorbía el zumo de cada uno de ellos. Tenía un aspecto muy gracioso con el pedazo de limón en la boca, como una hilera de suaves dientes postizos sin divisiones y de un brillante amarillo.

—¿Te apetecería ir de visita? —dijo por fin.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Israel no es un sitio para ir de vacaciones. Todo es demasiado... demasiado serio. No me veo haciendo turismo en un país que lucha cada día para poder seguir existiendo.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. O eso creo.

—Me dice... Yotam me dice que hay un puesto de trabajo en Haifa —se rio con vergüenza—. Dice que me iría como anillo al dedo.

—¿Un trabajo como forense?

—No, como médico general.

—¿Podrías hacerlo? ¿Podrías trabajar como un médico normal? Quiero decir un médico que trata con gente que está viva.

—Sí, creo que podría. Probablemente tendría que hacer un curso o dos, pero con eso bastaría.

Se quedaron de nuevo en silencio. Una sensación peculiar —quizá de embarazo— empezaba a crecer entre ellos como niebla, como humo. El pub se estaba vaciando con rapidez; el público del Gate se apresuraba a apurar sus bebidas para regresar al teatro.

—Entonces ¿te lo estás pensando? —preguntó Phoebe, precavida—. ¿Te estás pensando lo del trabajo en Haifa?

Él desvió la vista.

—Sí, eso creo. El asunto es... —se llevó una mano a la frente, de pronto parecía consternado—. El asunto es que me parece que no estoy hecho para ser forense. «Es un poco tarde para darte cuenta», podrías decirme y tendrías razón. Pero cuando las cosas no van bien, tienes que enfrentarte a la realidad y hacer algo al respecto antes de que sea demasiado tarde. O intentarlo, al menos.

Phoebe tragó con esfuerzo.

—Tomaré otra copa —dijo sin mirarle.

De nuevo David hizo un gesto al camarero, señalando el vaso vacío de Phoebe, y, de nuevo, aquel asintió. Qué raro debe de ser trabajar de camarero, pensó Phoebe, de pie detrás de la barra toda la noche, sirviendo bebidas y observando cómo se achispa la gente mientras has de permanecer sobrio. Debía de ser por eso por lo que los camareros eran tan lentos y taciturnos, un poco como los policías: era una deformación profesional, el modo como aprendían a comportarse.

Si las cosas no van bien, debes hacer algo al respecto. Bueno, vale.

Le trajeron su bebida y tomó un largo trago, demasiado largo, las burbujas se le metieron en la nariz y la hicieron estornudar. Phoebe se rio, mientras tanteaba dentro del bolso en busca de un pañuelo.

—Toma el mío, está limpio —dijo David.

—Gracias.

Se sonó. Se sentía como si fuese a llorar, pero estaba segura de que era el efecto

de las burbujas, que aún le cosquilleaban la nariz.

—Ir a Israel sería un gran paso —dijo—. ¿Te... te quedarías si fueses?

—Sí, claro, tendría que quedarme. Si no lo hiciera, sería algo... No sé. Frívolo.

—¡Qué palabra tan extraña para describirlo!

—¿Lo es? —David tomó un trago de su pinta.

—Tienes un bigote de espuma —dijo Phoebe.

Él se limpió con los dedos. Ambos sonreían, pero la sonrisa de David desapareció enseguida y giró el rostro para no mirarla.

—Ese es el problema con Israel. Es un proyecto serio. No puedes entrar y salir. Exige compromiso.

—Sí —dijo Phoebe—. Compromiso. Lo comprendo.

—¿De verdad? —David seguía sin mirarla.

—Eso creo —Phoebe hizo una pausa—. ¿Crees que soy una persona frívola?

Lo preguntó sin rencor, como una consulta sincera, y él reflexionó antes de responder.

—No, no lo creo. Esa palabra no va contigo. Tu sitio está aquí, tu gente está aquí. Para bien o para mal, es tu vida. Esa chica, Lisa Smith, te pide que la ayudes y tú la ayudas. No se te pasaría por la cabeza no hacerlo. Pero la gente que necesita mi ayuda está lejos.

—¿Así es como te sientes siempre? ¿Te sientes culpable por estar aquí y no allí?

—¿Culpable? No, pero... No lo sé. Insatisfecho, quizá. No, esa tampoco es la palabra. ¿Frustrado? Suena ridículo, ya lo sé.

—No, no suena ridículo.

Él se inclinó hacia Phoebe y colocó su mano sobre la de ella.

—Eres muy amable, Phoebe. Eres una buena persona, ¿lo sabes?

Ella se rio.

—¿Una buena persona? Quizá lo soy, no lo sé. No parece la descripción de una persona fascinante, ¿verdad? No como esa gente que vive en el kibutz. Supongo que ser una buena persona no se lleva allí. Todo debe de ser trabajo, deber y compromiso. Esos conceptos tan severos.

David rodeó con sus dedos los de Phoebe.

—Sabes que no puedo pedirte que vengas conmigo.

—¿No puedes? —había un leve temblor en la voz de Phoebe—. ¿Por qué no?

—Sabes que no funcionaría.

—¿Porque no soy judía? ¿O porque soy demasiado buena e insulsa? ¿Porque no soy suficientemente *severa*? —retiró lentamente su mano, que estaba bajo la de él.

—Lo siento —dijo David tan bajo que a ella le costó oírlo.

Phoebe se sonó de nuevo la nariz en el pañuelo de David.

—Soy yo quien lo siente, ¡te he dejado el pañuelo perdido! —dijo riendo.

—Phoebe.

Ella negó con la cabeza, apretando los labios, y se levantó del taburete. No le

miró, no podía mirarlo.

—Tengo que irme. Me quedo con tu pañuelo para lavarlo, así tendremos una excusa para vernos.

Él extendió la mano, en un intento de tomar la suya. Phoebe simuló no verlo y, sujetando el bolso con fuerza contra el estómago, empezó a caminar. Sentía como si fuese a vomitar.

—No te marches —le rogó David—. Así no.

Ella se volvió hacia él, súbitamente enojada.

—¿Cómo entonces? ¿Cómo quieres que me vaya?

—No quiero que te vayas.

—Sí, sí quieres, David —dijo ella hablando con lentitud—. Sí quieres.

Y con la cabeza baja, se alejó.

El sol ya había desaparecido, pero en las calles aún hacía calor y hasta el aire parecía exhausto tras el largo día de bochorno. Hackett caminó los escasos diez metros que separaban su oficina del pub Mooney, al otro lado de la calle; cuando llegó estaba empapado en sudor. Al quitarse el sombrero pensó que de su cabeza saldría vapor. Se secó la frente. Su nuca tenía un tacto arenoso. Más valía que cambiara el tiempo; si no sucedía pronto, estallarían revueltas.

Dentro del pub se estaba un poco más fresco que en la calle, aunque solo un poco. Hackett saludó al camarero con un movimiento de cabeza y entró en la parduzca oscuridad del reservado. Llevaba toda la tarde esperando aquel momento. Pidió una pinta de Smithwick's y se bebió un tercio de un trago. Aquella cerveza también poseía una textura aguada y jabonosa, pero tenía más cuerpo que la Bass. Se reclinó contra la felpa polvorienta del respaldo del banco y encendió un cigarrillo. Durante los minutos siguientes se dispuso a relajarse. Años de trabajo policial le habían enseñado a dividir su cabeza en una serie de compartimentos más o menos estancos para conseguir dejar de lado las cosas en las que no quería pensar en cada momento.

Estaba pensando en pedir una segunda pinta cuando llegó Quirke. Tomó asiento y colocó su sombrero de paja sobre la mesa.

—¿Qué le apetece beber? —preguntó Hackett.

—No sé. ¿Qué se bebe con este calor?

—Algo frío y refrescante, como dicen los anuncios.

—Tomaré una tónica con hielo y limón.

Hackett sonrió.

—¿Sigue sin probar el alcohol?

—Casi siempre.

El policía se acercó a la barra y tamborileó con una moneda sobre el mostrador. Un minuto después apareció el camarero y de un rápido vistazo localizó el reservado donde estaban sentados. Hackett pidió una tónica para Quirke y otra pinta para él, y regresó a su asiento.

—No debería beberme esto —dijo, mirando con expresión lúgubre el charco de cerveza en el culo del vaso—. Me da acidez —observó detenidamente a Quirke—. Está usted de buen humor.

—¿Ah, sí?

—Tiene el aire de un hombre que pisa fuerte. ¿Ha ganado a las quinielas?

Quirke sonrió.

—¿Qué tenía que contarme?

El camarero apareció de nuevo en la barra, Hackett se levantó para coger las bebidas y le tendió un billete de diez chelines. Recogió el cambio y volvió a la mesa. Su frente estaba húmeda y sudorosa sobre la línea que le había dejado el sombrero.

—Ayer fui a ver a un tipo que conozco de la administración. Uno de los

mandamases —dijo.

—¿Sí? ¿Para qué fue a verlo? —preguntó Quirke mientras encendía un cigarrillo.

—Para pedirle que hiciese unas averiguaciones sobre el joven Corless.

—¿Y?

Hackett se inclinó hacia delante y apagó su cigarrillo haciéndolo girar lentamente en el cenicero en un sentido y en el otro. No era alguien a quien se le pudiera meter prisa.

—Por cierto, eso me recuerda algo —dijo—. Ya tengo el informe completo de los chicos de la Policía Científica.

—¿Han encontrado algo?

Hackett hizo una mueca de desdén.

—Nada de nada, como de costumbre. Son un hatajo de inútiles, eso es lo que son. *Creen* que pudieron empujar el coche de Corless desde la carretera para que cayese por la pendiente de hierba y que nadie lo conducía; *creen* que pudieron rociarlo con petróleo y prenderle fuego; *creen* que había marcas de huellas en la hierba, pero no pueden estar seguros porque los bomberos pisotearon todo con sus botas de siete leguas, etcétera, etcétera —si no hubiera estado dentro del pub, el inspector habría escupido—. Inútiles... Peor que inútiles.

—Yo tengo noticias para usted —dijo Quirke.

—Espero que sean buenas —replicó Hackett, adusto.

Quirke sacó su cartera.

—A Phoebe le llegó esto en un paquete de la lavandería —desdobló la nota de Lisa Smith y la extendió sobre la mesa. Hackett la cogió y procedió a leerla, moviendo los labios en silencio. Luego volvió a ponerla sobre la mesa, al tiempo que asentía.

—La Lavandería Madre de Misericordia alza de nuevo su fea cabeza —dijo.

—He conseguido que alguien vaya allí para sacar información.

Hackett le miró sorprendido.

—¿Quién?

—Maisie Coughlan... ¿Se acuerda de ella?

—¿La Maisie que ahora trabaja para el doctor Griffin? Sí, claro que me acuerdo de ella. Nunca pensé que nadie conseguiría persuadirla para que pusiera los pies en aquel sitio otra vez.

—En realidad, llevó algo de tiempo persuadirla.

—¿Cómo se las va a apañar para entrar? Ese lugar es como Fort Knox.

—Conoce a una de las monjas de allí, una monja decente que se portó bien con ella, según dice. Irá a hacerle una visita y le preguntará por Lisa Smith. Y si la chica se encuentra en la lavandería, que debe de estar, acudiré yo en persona y me encargaré de sacarla.

Hackett redondeó los labios en un silbido invisible.

—No será fácil.

—No, pero estoy decidido a hacerlo de todas maneras.

Hackett movió la cabeza con expresión risueña.

—Es usted temible cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja.

Apuraron sus bebidas. Podían oír el ruido del tráfico en la calle. De vez en cuando, una ráfaga de humo de los tubos de escape entraba por la puerta abierta del pub y se abría camino hasta el reservado donde estaban sentados.

—El doctor Griffin está muy enfermo —dijo Quirke.

Hackett se giró para mirarlo.

—¿Cómo es eso?

—Se está muriendo.

—Vaya, lamento oírlo. Es un buen hombre. Debe de ser un duro golpe para su mujer. Y también para usted y para su hija. Sé que... —tosió—. Sé que la señorita Phoebe estaba muy unida a él.

—Sí, lo estaba. Todavía lo está.

—¿Sabe ella que el doctor se está muriendo?

—Sí, se lo dije yo.

Hackett chasqueó la lengua.

—Es una pena.

Quirke se puso en pie y señaló el vaso vacío de Hackett.

—¿Puedo invitarle a otra?

—Odio beber solo.

—Yo pediré algo también para hacerle compañía.

—¡Qué buena persona es usted! Entonces tomaré un whisky de malta.

Quirke se dirigió a la barra y cuando apareció el camarero le pidió dos vasos pequeños de Jameson. Esperó a que sirviera las bebidas, pagó y las colocó sobre la mesa antes de tomar asiento. Durante un instante ninguno de los dos tocó su vaso. Quirke observaba su whisky con el aspecto de un hombre al borde de un acantilado que intenta calcular cuán larga será la caída. Hackett le miraba de reojo sin decir nada. Finalmente, Quirke alzó su vaso y olió el whisky.

—¡Por la vida! —dijo.

—Mientras dure —añadió Hackett.

Y bebieron.

—Bueno —dijo Quirke recostándose contra la felpa—, ¿qué le contó su funcionario?

—Bastante, de hecho. Parece ser que nuestro joven Corless estaba trajinando por su cuenta, recopilando información acerca de un proyecto que a ninguno de los dos nos resulta ajeno.

—No me diga más: bebés y qué hacer con ellos —dijo Quirke.

Hackett asintió.

—De acuerdo con mi informante, parece que la operación que dirigían el juez Garret Griffin y sus socios, arrebatando sus bebés a las madres solteras, o a madres

que ellos no consideraban adecuadas para ejercer la maternidad, y enviándolos clandestinamente a América y a otros lugares, aún sigue activa y con fuerza. Solo que ahora se realiza con fines económicos.

—¿Qué significa eso?

—La gente que se halla al mando está amasando fortunas. Los bebés se venden a familias ricas americanas por dos o tres mil dólares cada uno. Eso es un montón de dinero por un mocoso, ¿no le parece, doctor Quirke?

En los tiempos venideros, pensó Quirke, la gente mirará hacia atrás y dirá: «¿Cómo pudo ocurrir eso?». El futuro jamás comprende el pasado. Hackett y él habían intentado destrozarse la red que Garret Griffin dirigía en connivencia con el primer marido de Rose Griffin, Josh Crawford, pero fracasaron, desautorizados y presionados por las fuerzas alineadas contra ellos: el arzobispo, los Caballeros de St. Patrick y demás figuras de poder, riqueza e influencia en la sombra, que sabían cómo debía ser dirigido el mundo y lo dirigían de acuerdo con sus propias leyes no escritas. Alzó su vaso de whisky. ¿Podría haber hecho más? ¿Debería haber perseverado? ¿Debería haber llevado la lucha hasta el vientre del monstruo? ¡Qué idea tan patética! El monstruo lo habría expulsado de un eructo, le habría dado la espalda y se habría alejado con su andar deforme para proseguir con su monstruoso negocio.

Al menos, era lo que él se decía. Y estaba medio convencido.

Bébetelo el whisky y pide otro. Esa había sido siempre una solución a sus dudas y a su miedo.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—Venga —dijo—, vamos a dar un paseo.

Hackett lo miró con asombro.

—No ha terminado su whisky.

—No, no lo he terminado, es cierto.

Anduvieron a lo largo del río en el crepúsculo creciente, bajo un espléndido cielo aborregado. La marea estaba baja. A su lado pasaban jóvenes parejas cogidas de la mano: ellos, con el cuello de la camisa alzado en la parte posterior, según era la moda; ellas, con sandalias y chaquetas echadas sobre los hombros. El mundo no es lo que parece, reflexionó Quirke. Por tranquila que sea la escena ante nuestros ojos, bajo nuestros pies se agita otro mundo de ilimitado sufrimiento. ¿Cómo podemos vivir aquí arriba sabiendo lo que sucede allí abajo? ¿Cómo podemos saber y no saber al mismo tiempo? Nunca lo comprendería. Si Joe Costigan hubiese estado allí, podría habérselo explicado, como ya hizo en otra ocasión; pero él no había aprendido la lección.

No habían intercambiado una palabra desde que salieron del pub. En el puente de Capel Street, Hackett se detuvo, se inclinó sobre el muro del muelle y miró abajo, hacia el río, un reguero plateado que serpenteaba a través del barro.

—¿Sabe quién está ahora al mando de la organización? Adivine —dijo.

Quirke no tuvo que adivinar.

—Costigan.

—¡Ha acertado a la primera! —exclamó Hackett—. ¡Entréguele a este hombre su premio en metálico! —dijo riendo—. Sí, el mismísimo Joseph Costigan, el negociador de los negociadores. Y se está inflando a recaudar dinero. Se está inflando como un cerdo bien cebado. Vive en una casa nueva en Monkstown, entre los ricos, y tiene un gran coche americano con dos alerones traseros que asustarían a un tiburón. Su hija mayor, que acaba de casarse, celebró una boda en el Shelbourne que fue la comidilla de la ciudad durante semanas.

—No es propio de él hacer alarde de su dinero —dijo Quirke.

—Todos se vuelven descuidados, incluso los más precavidos —contestó Hackett con ironía.

Al otro lado del muelle, dos jóvenes estaban enzarzados en una pelea de borrachos a la puerta de un pub. Al oírlos, Hackett se giró para contemplar la escena. Movían los brazos con violencia, brincando como monos, se insultaban y gruñían hasta que se asieron con torpeza y cayeron rodando sobre la acera.

—¿Dónde está la policía cuando se la necesita? —murmuró con sarcasmo.

Apareció otro joven, también borracho, y empezó a patear indiscriminadamente a los dos que estaban en el suelo. Una pequeña multitud empezaba a congregarse para disfrutar del espectáculo. Quirke y Hackett continuaron su camino.

—¿Alguna vez se le pasa por la cabeza dejar la ciudad y volver al campo? —preguntó Quirke.

—Siempre que veo a ejemplares como esos —dijo Hackett, apuntando con el pulgar sobre su hombro hacia la pelea—, pero May no lo permitiría. ¿Qué haría ella sin los grandes almacenes Switzers o sin el tranvía para ir a Howth los domingos por la tarde?

Cruzaron el puente, giraron a la derecha y caminaron a lo largo del río en dirección opuesta a la que habían ido. ¿Por qué eran tan tristes los atardeceres de verano?, se preguntó Quirke.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer a propósito de qué? —replicó Hackett con suavidad, enarcando las cejas.

Había ocasiones en las que Quirke sentía una profunda compasión por la sufriente señora Hackett.

—A propósito de Leon Corless y de lo que descubrió en relación con Costigan y su dinero americano —contestó con paciencia—. ¿Qué le dijo en concreto su funcionario mandamás?

Hackett soltó una carcajada.

—Oiga, el hombre es un funcionario, así que las posibilidades de que diga algo *en concreto* son escasas. Parece que Corless tenía la mosca detrás de la oreja acerca de

Costigan y de lo que hacía con los bebés. No sé cómo se enteró del tema, pero cuando lo hizo, convirtió en un asunto personal guardar cada pizca de información a la que lograba tener acceso.

—¿Qué ha sucedido con toda esa información?

—Esa es la cuestión. Si tuviese que aventurar una hipótesis, diría que es bastante probable que se haya perdido o incluso que haya desaparecido misteriosamente. Costigan y sus amigotes suelen ser muy minuciosos cuando se trata de documentos incriminatorios.

Dieron varios pasos en silencio hasta que Quirke habló:

—Usted sabe bien de qué estamos hablando aquí. Estamos hablando de la clara posibilidad, de hecho de la clara probabilidad de que Joe Costigan esté detrás del asesinato de Leon Corless.

Hackett había empezado a asentir antes de que Quirke terminara la frase.

—Sí, de eso mismo estamos hablando, doctor Quirke.

Continuaron caminando en un sombrío silencio. Las gaviotas volaban en círculos sobre el río, fantasmales en el aire crepuscular. ¿Por qué se tornaban silenciosas cuando se aproximaba la noche?, se preguntó Quirke. Al no emitir ningún sonido, parecían aún más inquietantes.

—Me acabo de dar cuenta de algo —dijo.

—¿De qué se trata?

—De que estoy harto de este país, de sus secretos y sus mentiras.

—Eso es fácil de entender, pero dígame, doctor: ¿existe algún país sin secretos y donde la gente siempre dice la verdad?

En la brisa les llegaban débiles retazos de música.

—Es la banda del salón de baile del hotel Jury, en Dame Street —dijo Hackett—. ¿Alguna vez fue a bailar allí en la época de sus correrías de juventud? Menudo público: vendedores de zapatos, empleados en despachos de abogados y enfermeras de los hospitales Mater y Rotunda a la caza de un marido.

Quirke intentó imaginarse al policía, más joven, más delgado, con un traje elegante y una llamativa corbata, deslizándose alrededor de la pista de baile con una chica en los brazos bajo la bola de luces y el estruendo de la banda.

—¿Por qué sonrío? —preguntó Hackett.

—Por nada —dijo Quirke.

Le apetecía otro whisky. *Se moría* por otro whisky. ¿Por qué no había terminado el que pidió?

De hecho, había estado en uno de esos bailes en el Jury hacía mucho tiempo, recordó. Había ido con una enfermera, en una cita. Intentó recordarla. Alta, con el pelo teñido de negro. Su mano fresca y húmeda en la suya. Cuando la pisó —siempre había sido un terrible bailarín—, ella puso buena cara y dijo que no pasaba nada, que no se preocupara, que estaba acostumbrada a los pisotones de los hijos de los granjeros en los bailes de la fiesta de la cosecha, cuando regresaba a casa los fines de

semana, en... ¿Dónde era? ¿Dónde estaba su casa? En algún punto al sur del país. Allí tenían su casa la mayoría de las mujeres que había conocido en aquellos días lejanos. Mientras estaban sentados en la barra, la enfermera de aquella noche le había explicado que para una chica como ella había tres opciones: ser esposa, ser monja o ser enfermera. Las opciones primera y tercera no eran excluyentes, aunque por supuesto no podías ser esposa y enfermera al mismo tiempo: o trabajabas y cuidabas de tus pacientes o te quedabas en casa y cuidabas de tu marido. La opción del convento no le había interesado. En el taxi de vuelta a la residencia de las enfermeras, ella le dejó que le pusiera una mano sobre la pierna al final de la media; ese había sido el tope.

Pensó en Evelyn Blake. «Quiero tragarte, meterte entero dentro de mí».

—El asunto es que no estoy seguro de que podamos hacer gran cosa —dijo Hackett, interrumpiendo sus pensamientos—. Podría hacer que arrestaran a Costigan para que lo trajeran a la comisaría e interrogarle, pero ¿con qué motivo? Y piense además en el follón que él montaría a continuación. El comisario, por cierto, es un caballero de St. Patrick. No debemos olvidarlo.

—Tal vez la chica, Lisa Smith, podría contarnos algo si conseguimos sacarla de aquel maldito sitio. Después de todo, era la novia de Leon Corless y va a tener un hijo suyo.

Llegaron a O'Connell Bridge. Aunque ya era de noche, sobre los tejados de poniente el cielo conservaba un tenue resplandor.

—Sí, tal vez ella podría ayudarnos —Hackett suspiró—. Debo decirle, doctor, que usted no es el único que está harto de este país.

Se detuvieron en la esquina que había a la altura del puente. La gente volvía a casa después del cine y en las paradas de los autobuses se veían largas colas. En algún lugar invisible un borracho cantaba «Boo-lavogue» de manera trémula y llorosa.

—¿Le apetece una última copa? Aún quedan unos buenos veinte minutos antes de que cierren —propuso Hackett.

—No, gracias, tengo una autopsia mañana temprano.

—Muy bien, de acuerdo, buenas noches, doctor. Manténgame informado sobre cómo le va a la joven Maisie en Madre de Misericordia.

Se dieron la espalda y siguieron sus caminos.

En Westmoreland Street, Quirke pensó de nuevo en Evelyn, en su pálida y suave carne, en sus inmensos ojos negros, en sus encantadores pechos disparejos. ¿Estaba cometiendo un error? Probablemente. Le daba igual. ¿Cuántas veces más en su vida volvería a presentársele el amor?

La autopsia resultó ser ardua, aunque no estaba seguro de la razón. Algunas eran así. El cadáver pertenecía a una chica de diecinueve años, una dependienta de Lipton's que se había sentido indispuesta cuando estaba tras el mostrador. La llevaron sin

dilación al hospital de la Sagrada Familia, pero ingresó muerta. Al principio, Quirke buscó las causas probables de la muerte —una embolia o una hemorragia cerebral—, pero no encontró nada. Su ayudante, Sinclair, también estaba perplejo. Al final convinieron en señalar una fibrilación ventricular; el corazón de la pobre chica se había detenido por razones desconocidas para la razón.

—Tal vez le habían roto el corazón —dijo Sinclair.

Quirke le escrutó para averiguar si aquello pretendía ser una broma, pero el rostro de Sinclair permaneció impasible, como de costumbre.

Subieron a la cantina para beber una taza de té amargo endulzado con mucho azúcar y permanecieron sentados en silencio durante largo rato, hasta que Sinclair empezó a hablar de sus planes para ir a Israel. Quirke solo le escuchaba a medias.

—¿Israel? —dijo de forma vaga, como si nunca hubiese oído hablar de aquel país—. ¿Cuánto tiempo se quedará? ¿No ha gastado ya todas sus vacaciones de este año?

—No estoy hablando de vacaciones —contestó Sinclair, mientras dibujaba signos con la brasa del cigarrillo en la ceniza del cenicero.

—Entonces ¿de qué se trata? —preguntó, esforzándose en mostrar interés.

El altavoz que estaba en la esquina del techo, a su espalda, volvió a la vida entre crepitaciones y Quirke escuchó cómo repetían su nombre para que acudiera al teléfono.

—¡Por Dios! ¿Qué sucede ahora? —gruñó.

Apagó el cigarrillo y, tomándose su tiempo, bajó la escalera hacia su despacho. No le apetecía hablar con nadie, pero de repente se le ocurrió que podría tratarse de Evelyn y apresuró el paso. Cerró la puerta del despacho, se sentó en su mesa y alzó el auricular. La nueva chica de recepción aún no sabía muy bien cómo transferir las llamadas y tuvo que esperar un buen rato antes de escuchar la voz de Phoebe. Parecía sin aliento.

—¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Quirke.

—Nada, nada. Solo que acabo de hablar con Maisie. Ha estado en la lavandería.

—¿Sí? ¿Y cómo le ha ido?

—Vio a la monja simpática. No conocía a ninguna Lisa Smith —Quirke iba a decir algo, pero ella le interrumpió—. Escucha: hay una Lisa allí, pero no es Lisa Smith.

—¿Quién es entonces?

Hubo una interferencia en la línea y Quirke, que no había comprendido lo que ella respondió, tuvo que preguntarle de nuevo.

—Su apellido es Costigan —dijo Phoebe—. Elizabeth Costigan.

Al final decidieron que Phoebe iría con Quirke a la Lavandería Madre de Misericordia, pues era ella quien conocía, o al menos había visto, a Lisa Smith, o Elizabeth Costigan, como ahora sabían que se llamaba. Quirke y Phoebe fueron a la casa de Ailesbury Road para hablar con Maisie. Mal y Rose salieron a recibirlos y los cuatro se acomodaron en la habitación acristalada, en torno a la pequeña mesa de metal y frente a la palmera en miniatura que siempre parecía fuera de lugar. Había refrescado aquel día y, de vez en cuando, por las puertas francesas entraba la brisa del jardín. Llamaron a Maisie, que volvió a relatar su encuentro con sor Agnes. No añadió nada nuevo a lo que ya le había contado a Phoebe, y Rose le dio permiso para retirarse.

—Costigan tiene una hija que se llama Elizabeth —dijo Quirke—. Lo he comprobado. Es la menor de las tres —se volvió hacia Phoebe—. Había una Elizabeth Costigan en la lista con los nombres del curso de secretariado. Tiene que ser tu Lisa Smith.

—Estaba segura de que Smith no era su verdadero apellido —dijo Phoebe.

Mal se quitó las gafas y se presionó el puente de la nariz con un dedo. Estaba pálido y sus ojos tenían un leve aire cansado, como si se hubiese esforzado durante largo rato en distinguir algo que estaba demasiado lejos.

—¿Habéis dicho que está embarazada?

—Sí —respondió Phoebe.

Mal asintió.

—Por esa razón está en la lavandería.

—Costigan la habrá metido allí —dijo Quirke.

—Sí, tienen que haberla llevado el padre o la madre —Mal miró a Quirke—. Por lo general es el padre quien lo hace.

Se hizo un breve silencio.

—¿Qué diremos? —preguntó Phoebe—. ¿Cómo haremos para entrar a verla?

—No lo sé. Tienes que ser tú quien llame a la lavandería. Puedes fingir que eres un familiar. Podrías decir incluso que eres hermana de Lisa —dijo Quirke.

—¿Por qué hay que mentir? Al fin y al cabo no es una prisión. Les diré que soy una amiga e insistiré en que quiero verla.

Sí, pensó Quirke, eso podría funcionar. El apellido Griffin aún debía de tener un peso considerable en la Lavandería Madre de Misericordia. Pero debería ser él quien llevara la conversación. Había estado en la lavandería antes, sabía cómo era, conocía los obstáculos.

Rose se puso en pie.

—¿A alguien le apetece beber algo? Casi es la hora de la comida. ¿No? —preguntó—. Vale, dejaré que los conspiradores urdan sus planes, mientras yo voy a prepararme una copa bien fría.

Se marchó hacia el interior de la casa. Cada vez que Rose salía de una habitación se producía un incómodo silencio, como si las personas que se quedaban allí estuviesen persuadidas de que, si hablaban, ella aún podría oírlas.

Mal jugueteaba de nuevo con sus gafas.

—Joseph Costigan —dijo con aire pensativo—. No consigo apartar a ese hombre de mi vida —se volvió hacia Phoebe—. Sabes que tu abuelo hizo muchas cosas que no estaban bien, ¿verdad? —Phoebe lanzó una rápida ojeada a Quirke y asintió—. Joe Costigan era su mano derecha, aunque más bien debería decirse su mano izquierda. Es una persona siniestra.

—¿Por qué no se ha hecho nada contra él? ¿Por qué no está en la cárcel? —preguntó Phoebe.

Mal sonrió con tristeza.

—¿Por qué? Porque tiene amigos poderosos que le protegen. Es más, yo fui uno de sus protectores. ¿Te asombra, cariño?

Phoebe bajó los ojos hacia sus manos con el ceño fruncido. Sabía de qué forma Mal había ayudado a evitar que su padre y sus socios se viesan obligados a dar cuenta de sus fechorías; sabía más de lo que nadie se imaginaba.

—No te puedes culpar por haber protegido al abuelo —dijo sin alzar la vista—. Al fin y al cabo era tu padre.

—Sí, la vieja excusa de siempre —dijo Mal, antes de dirigirse a Quirke—. Sabes que en la lavandería no te lo pondrán fácil.

—Lo sé.

Mal lo observaba sin parpadear.

—Y luego está Joe Costigan. Es muy peligroso, aunque a ti precisamente no necesito decírtelo.

—Lo sé —asintió Quirke—, pero en esta ocasión quizá haya ido demasiado lejos. Encerrar a su hija en un sitio es una cosa. El asesinato es otra bien distinta.

Mal negó con la cabeza.

—Conoces a Costigan. Aunque fuese el responsable de la muerte de ese joven, no conseguirás demostrarlo. E incluso si lo lograras, sus amigos moverían sus hilos, como de costumbre. Los Joe Costigan de este mundo consiguen salir bien parados hasta de un asesinato.

Quirke se dirigió a Phoebe.

—Ve a hacer la llamada de teléfono. No digas que yo estaré contigo. Simplemente apareceremos allí. No conseguirán despacharnos.

Phoebe se puso en pie y se dirigió al interior de la casa. Mal y Quirke permanecieron sentados durante un rato en un tenso silencio. Una enfermedad mortal resulta en cierto sentido algo embarazoso, reflexionó Quirke.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Estoy bien. Aterrorizado, por supuesto, aterrorizado todo el tiempo. Es una sensación extraña. Me siento como si estuviese flotando, como si dentro de mí

hubiese un globo lleno de aire caliente que me elevara. Y también sin aliento, como si estuviese huyendo de algo sin descanso —sonrió—. Como de hecho es el caso.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Por mí? No. Acércate alguna tarde a charlar con Rose. Esto es duro para ella. Primero fue Josh y ahora, yo. No es muy justo.

Quirke se levantó.

—Tengo que irme.

—Cuídate, Quirke —Mal se volvió a mirar el jardín—. Resulta muy extraño hablar de estas cosas mientras el mundo sigue su curso como si no pasara nada. ¿No es cierto?

—Atraparemos a Costigan esta vez. Te lo prometo —dijo Quirke.

Mal alzó la vista hacia él.

—Quizá lo consigas. No cambiará el pasado. Antes creía en la redención, ya no.

Mal se puso en pie y caminaron juntos a través de la casa. Se cruzaron con Rose en el vestíbulo; llevaba un vaso en la mano. Sonrió con sarcasmo a Quirke.

—Ahí va sir Galahad. Cuidado con los dragones.

Quirke ya conocía a sor Dominic. Aún podía percibir, igual que en el pasado, el desagrado que ella sentía hacia él. Estaban uno frente al otro, a ambos lados del imponente tablero de su mesa. Phoebe se hallaba sentada en una esquina, le habían dejado claro cuál era su sitio, reconoció con pesar. Sor Dominic, alta y flaca, era sorprendentemente hermosa. Vestía un hábito que le llegaba hasta los pies y llevaba un rosario de cuentas de madera, más grandes de lo normal, anudado con holgura al talle. Tenía unos penetrantes ojos celestes y unas manos largas y pálidas, cuyos estilizados dedos rara vez permanecían quietos. La ajustada toca negra le daba el impactante aire de una estatua de tamaño natural que dirigiese su mirada fuera de su nicho. A pesar del caluroso día, ella mostraba un aspecto glacial y la punta de su nariz tenía el blanco color de los huesos.

—Doctor Quirke, qué inesperada sorpresa. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo.

Quirke encendió un cigarrillo; de forma deliberada no le había pedido permiso a la monja.

—Hermana, me han dicho que hay una joven en la lavandería que se llama Elizabeth Costigan. Lleva aquí poco tiempo.

Sor Dominic pestañeó; sus párpados descendieron con lentitud y con lentitud volvieron a abrirse, como el obturador de una cámara programada para una larga exposición. Bajó la vista a su mesa, desplazó el lápiz unos centímetros hacia un lado y puso recto un porta papel secante forrado de cuero.

—Elizabeth Costigan —repitió, separando cada sílaba del nombre como si las estuviese examinando detenidamente—. No estoy segura de conocerla. ¿Dice que lleva poco tiempo con nosotras?

—Sí, llegó la semana pasada, no sé qué día. Tal vez, hermana, no ha tenido ocasión de conocerla todavía.

La tenue sonrisa de sor Dominic era condescendiente.

—Conozco a todas mis chicas, doctor Quirke, puede estar seguro.

—Bien, entonces debe de conocer a la señorita Costigan —repuso afablemente Quirke.

—Ella se presenta como Lisa. Quizá usted la conoce por ese nombre —intervino Phoebe.

Sor Dominic no se dignó siquiera a mirar en su dirección. Sus ojos seguían fijos en Quirke. Él casi podía oír el delicado mecanismo de su cerebro en funcionamiento mientras calculaba cuánto debía de saber él sobre Lisa Costigan y en qué medida estaba lanzando un farol. La monja tomó una decisión.

—Sí, por supuesto, Lisa, claro —dijo.

Hubo una larga pausa. Quirke, con expresión expectante y una ceja arqueada, continuó mirando a la monja.

—Me gustaría verla. ¿Cree que sería posible?

Sor Dominic rozó de nuevo el lápiz y el porta papel secante con la yema de sus inquietos dedos. Cuánto debían de atormentarla aquellos dedos, pensó Quirke. Aquella mujer se había pasado la vida sofocando cualquier signo exterior de conflicto y agitación, pero la punta de las manos aún la traicionaba.

—¿Puedo preguntarle para qué desea verla? —inquirió la monja.

—Es amiga de la señorita Griffin. Por eso pensamos en pasar a verla y charlar con ella.

—Me han dicho que no es usted el primero que pregunta por ella —dijo la monja—. Una de nuestras antiguas chicas, Maisie Coughlan, estuvo aquí indagando, haciendo preguntas. ¿Lo sabía? —la mujer se volvió hacia Phoebe—. Maisie trabaja en su... en casa del doctor Griffin, ¿no es así?

—Sí, en efecto. Fue Maisie quien nos dijo que Lisa estaba aquí —contestó Phoebe.

De nuevo se hizo un silencio; de nuevo Quirke imaginó oír el cerebro de la monja haciendo sus cálculos.

—Todos nos preguntamos cómo se encuentra —dijo él.

—Puedo asegurarle que se encuentra muy bien —le espetó la monja—. Todas nuestras chicas se encuentran bien.

—Estoy seguro de que es así, hermana, estoy bien seguro, pero también estoy seguro de que a ella le agradecería recibir una visita de Phoebe. A cualquiera le gusta recibir visitas, ¿no está de acuerdo? Especialmente cuando ha sido aislado del mundo, como ustedes aquí en la lavandería.

—Jamás lo describiría de tal manera —dijo sor Dominic, glacial.

—¿Ah, no? —Quirke sonrió.

Sor Dominic miró su escritorio de nuevo, igual que un general que inspecciona

una serie de mapas de campaña, y fue revisando de uno en uno los objetos que estaban sobre el mismo: el lápiz, el porta papel secante, un tintero, una caja de clips, un gran teléfono negro y el cenicero de cristal tallado en el que, de vez en cuando, Quirke echaba despreocupadamente la ceniza ante la obvia irritación de la monja. Sor Dominic no era una mujer tolerante. Tenía sus principios. Su iglesia era la Iglesia Militante; para ella no eran las lánguidas y pálidas santas, esas que sujetan lirios y libros de oraciones con los ojos bajos en mansa devoción y con sus pequeñas bocas rosadas abiertas en adoración y sobrecogimiento, esas a las que muchas de sus compañeras monjas habían entregado sus vidas. No, para ella eran el ímpetu y la certeza. Su pasaje favorito de las Escrituras era del Evangelio de San Mateo, cuando Cristo se hizo un látigo de cuerdas y expulsó a los mercaderes del Templo.

—El asunto, doctor Quirke, es que no recibimos visitas de buena gana... Entiéndame, lo que quiero decir es que en verdad no podemos aceptar visitas inesperadas. Nuestro día aquí está estrictamente reglado, como debe ser. Usted lo sabe bien por su propio trabajo en el hospital. Las instituciones tienen sus reglas, y deben ser acatadas.

—Lo entiendo, desde luego —dijo Quirke haciendo gala de una cordial urbanidad—. Pero como hemos venido hasta aquí, me siento con ánimo para pedirle que por una vez haga caso omiso de las reglas, aunque sea brevemente.

En algún rincón del edificio una máquina se detuvo, acentuando el silencio de la habitación.

—Me pregunto, doctor Quirke, si usted sabe quién es Lisa —dijo despacio la monja—. Es más, me pregunto si usted sabe que su padre es Joseph Costigan. ¿Se acuerda del señor Costigan? —la mujer se volvió hacia Phoebe—. Era un estrecho colaborador de su abuelo.

—Sí, claro que conozco al señor Costigan —respondió Quirke con viveza—, lo conozco bien. Un hombre tremendo. Eso también lo sé.

—¿Y sabía que fue el propio señor Costigan quien nos trajo a Lisa y la confió a nuestro cuidado?

—Eso había imaginado.

Phoebe, sentada en el borde de la silla, se dio cuenta de que las palmas de sus manos estaban húmedas.

—Doctor Quirke —dijo sor Dominic con el aire resignado de quien se ve obligada contra su voluntad a hacer una revelación—, tengo que decirle que Lisa Costigan se halla en un estado bastante problemático.

—Sé que está embarazada —dijo sin ninguna entonación Quirke.

De nuevo la monja parpadeó lenta y mecánicamente.

—Sí, resulta que, para su gran desgracia, Lisa está esperando un hijo. Por eso se encuentra aquí, claro.

—¿Claro? —repitió Quirke con suavidad—. Hermana, esto es una lavandería, no un hospital, según tengo entendido —la monja iba a decir algo, pero él la interrumpió

—. Hay algo que quizá *usted* no sepa, hermana —dijo, dejando que su voz se endureciera ligeramente—: Su novio, el novio de Lisa, el padre de su hijo, murió en la madrugada del pasado viernes. Lo encontraron en su coche, estrellado contra un árbol en Phoenix Park. He de decirle que la policía sospecha que su muerte pudo no ser un accidente. De hecho, creen que él pudo haber sido..., bueno, asesinado.

La monja le miraba impasible. A Phoebe le pareció que sus pálidos rasgos se veían aún más pálidos. Sus dedos realizaban un pequeño y agitado baile sobre el porta papel secante.

—Sabía que el joven había muerto, sí. No he escuchado nada sobre ninguna circunstancia sospechosa en torno a su muerte —dijo la monja.

—Bueno, esa es la cuestión —Quirke alzó ambas manos y luego las dejó caer—. Lo cierto es que Leon Corless, así se llamaba el joven, por si usted no lo sabía, está muerto, asesinado quizá, y que su novia embarazada se encuentra aquí bajo su tutela.

Sor Dominic alzó sus estrechos hombros.

—¿Está sugiriendo, doctor, que existe algún tipo de vínculo entre esa muerte supuestamente sospechosa y la presencia de Lisa Costigan aquí con nosotras?

Quirke adoptó una pose como si reflexionara con detenimiento sobre la pregunta.

—Sí, diría que eso es lo que estoy sugiriendo —dijo al fin.

Phoebe le observaba atentamente. A su vez, él no apartaba los ojos del rostro de la monja. Ambos podían oír la respiración de la mujer.

—¿Y cuál podría ser ese vínculo? —preguntó sor Dominic.

—No lo sé. Ese es uno de los temas de los que me gustaría hablar con Lisa. De hecho... —acercó su silla unos centímetros a la mesa—, de hecho, hermana, yo sugeriría que Lisa recogiera sus cosas y se viniera con nosotros, con Phoebe y conmigo, hoy. Ahora.

—Eso está fuera de toda discusión —dijo la monja con una risita desdeñosa—. Su padre expresamente...

—Sí, estoy seguro de que su padre insistió en que ella no debía ver a nadie ni hablar con nadie y por supuesto no debía marcharse de la lavandería sin su permiso.

—Exacto.

—Pero yo, sor Dominic, estoy aquí para... ¿Cómo podría decirlo? Estoy aquí para revocar sus órdenes. Estoy aquí para recoger a Lisa y llevarla a un sitio seguro.

—¿Seguro? —dijo la monja en un tono más grave—. ¿Está sugiriendo que aquí corre algún peligro?

—Creo que ella corre peligro en general —dijo lentamente Quirke—. No puedo decir con exactitud qué tipo de peligro. Permítame explicárselo de la siguiente manera: conozco a su padre, conozco qué clase de persona es. Él es un peligro. Y no se le debería confiar la seguridad de su hija... —golpeó la mesa con la punta del dedo corazón— ni el cuidado del bebé que ella espera.

La monja se retrepó en su silla, la boca tensa dibujando una línea, los ojos entrecerrados.

—Doctor Quirke, esas son acusaciones atroces —dijo en voz baja.

—Sí, lo son —dijo Quirke con calma—. Pero también lo son las circunstancias. Sé tan bien como usted qué sucede aquí, hermana. Por tanto, sugiero que haga lo que le digo y comuniqué a Lisa que estoy aquí, que Phoebe está aquí y que hemos venido a llevárnosla.

—Esto es ridículo, yo no puedo en ningún caso...

—Sí, sí puede, hermana. Y lo hará.

Phoebe sintió cómo le subía a la garganta un estremecimiento de excitación. La monja inspiró hondo para controlarse.

—Voy a llamar al padre de la chica —dijo y alzó el auricular—. Voy a llamarle ahora mismo y le voy a contar las escandalosas acusaciones que ha lanzado contra él y...

Se detuvo mientras observaba, casi hipnotizada, cómo la mano de Quirke se aproximaba lentamente y lentamente le quitaba el auricular y lo volvía a colocar con suavidad en la horquilla.

—No va a llamar a nadie —afirmó él en voz baja y tranquila—. En lugar de eso, va a decirle a una de las monjas que traiga aquí a Lisa con su maleta —los pálidos ojos azules de la monja ardían—. Créame, hermana, es lo mejor que puede hacer por el bien de todos los interesados. De hecho, es lo único que puede hacer.

—¿Qué le lleva a pensar semejante cosa?

Quirke esbozó una pequeña y amable sonrisa.

—Sor Dominic, sé que usted valora la privacidad y el aislamiento que son imprescindibles para su trabajo en la lavandería. Imagine la publicidad que atraería que los agentes de la policía llegaran a su puerta y exigieran que les entregara un testigo presencial de lo que con gran probabilidad parece que fue el asesinato de un joven. Lisa estaba en el parque la noche en que murió su novio. Sé que el inspector Hackett, de la comisaría de la Garda en Pearse Street, está trabajando con denuedo para hallar el paradero de la señorita Costigan. ¿No sería mejor que ella se viniera con nosotros? ¿No es preferible eso a que el inspector Hackett y sus hombres vengan aquí?

Lisa Costigan no se había quitado la bata azul oscuro que vestían todas las internas de la lavandería. Llevaba una pequeña maleta de piel. Parecía conmocionada. Sus mejillas estaban hundidas y caminaba con los hombros encorvados. Miró alrededor ansiosa y desorientada. Phoebe lanzó un pequeño grito y corrió hacia ella para abrazarla, pero la joven se echó hacia atrás, con expresión confundida. Tenía un aire aturdido y vacío, como si llevase años encarcelada y ahora no pudiese creer que estaba libre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Phoebe.

—Sí —murmuró Lisa—. Sí, estoy bien —intentó sonreír—. No creí que vinieras.

De pronto empezó a llorar, débilmente y sin hacer ruido, más por fatiga, parecía, que por otra cosa. Phoebe le rodeó los hombros con un brazo y la llevó hacia la salida.

—Está bien, Lisa, ya eres libre, estás a salvo —le dijo.

Quirke y Phoebe caminaron con Lisa entre ambos mientras bajaban por el camino de entrada hacia el lugar donde el taxi que los había llevado los estaba esperando.

En la puerta de la verja, Lisa se detuvo y retrocedió.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó, mirando el taxi—. ¿Está ahí dentro?

—No, no está —contestó Quirke.

Ella le miró a la cara.

—¿No está?

—No.

Al sol apretaba el calor. El motor del taxi estaba en marcha y el aire olía al humo del tubo de escape.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó la joven.

—A un sitio donde estés a salvo —dijo Quirke.

Lisa se volvió hacia Phoebe.

—Creí que no te llegaría mi nota. Lo intenté por si acaso.

—Sí, lo hiciste y funcionó.

En el taxi, Quirke se sentó delante, junto al conductor, y Phoebe y Lisa Costigan se sentaron en el asiento trasero. Lisa les pidió un cigarrillo. Quirke le dio uno de su pitillera y sujetó el mechero para que lo encendiese. La joven temblaba.

Se volvió de nuevo hacia Phoebe.

—He perdido al bebé.

May Hackett estaba nerviosa, no podía negarlo, aunque eso la hiciera sentirse un poco tonta. Cuando estaba en el colegio, un día les dijeron en clase que se iba a incorporar una niña nueva que venía de Sudáfrica. Durante la semana previa a su llegada, May y sus compañeras no hablaron de otra cosa. ¿Cómo sería? May no había visto jamás a una persona negra, salvo en películas como *Lo que el viento se llevó* y *Magnolia*. Les habían dicho que hablaba inglés, pero ¿y si no comprendían su acento? ¿Y a quién elegirían para que compartiera el pupitre con ella? La semana pasó lentamente y por fin llegó la niña. Para sorpresa de todos, y secreta decepción, no era negra en absoluto. De hecho, su cabello era de un rubio ceniza y tenía los ojos azules. Se llamaba Johanna de Kuyper y era afrikáner, que era como se llamaban a sí mismos los colonos holandeses de Sudáfrica. Una vez que superó su timidez inicial, Johanna resultó ser bastante normal, salvo cuando hablaba de cosas como las serpientes, las preciosas playas blancas que había alrededor de Ciudad del Cabo o el número de sirvientes que tenía su familia —todos negros, por supuesto—, lo perezosos que eran y cómo robaban.

En el fondo, May sabía que probablemente sucedería lo mismo con la hija de aquel bellaco de Joe Costigan. Y, sin embargo, había pasado la mañana hirviendo de impaciencia. Había limpiado la casa dos veces y ya había perdido la cuenta de las ocasiones en que había subido para echar un vistazo a la habitación libre que daba a la parte de atrás y comprobar que todo estaba listo para la llegada de la invitada. También se había cambiado de ropa varias veces. Primero se puso su vestido azul y hasta un collar de perlas, pero al sorprender su imagen en un espejo se dio cuenta de lo ridícula que parecía con aquel atuendo tan elegante. Así que se quitó el vestido y las perlas y se puso una vieja falda de *tweed* y la bata marrón que llevaba cuando hacía la limpieza. Se miró de nuevo en el espejo. Ahora parecía el ama de llaves de un cura, así que volvió arriba para buscar con desesperación en el armario y en los cajones de la cómoda qué ponerse. Al final, cerró los ojos y eligió un vestido al azar —solo tenía tres o cuatro conjuntos, así que las posibilidades eran limitadas—, y cuando por fin escuchó aparcar afuera el coche patrulla se alegró de comprobar que tenía su aspecto habitual. Hackett le había advertido cuando llamó que la chica tenía los nervios destrozados y era preferible no deshacerse en atenciones.

Cuando Lisa Costigan entró, May comprobó que su esposo estaba en lo cierto: la chica se hallaba en un estado deplorable, pálida como un fantasma y temblando como si la hubiese alcanzado un rayo.

—Bienvenida a casa —dijo May y, tras coger la maleta de la joven, la condujo al cuarto de estar.

También estaban el doctor Quirke y su hija, cuyo nombre May no conseguía recordar. ¿Era Phyllis?

Tras ellos venía Hackett, con aire azorado y rehuendo mirarla; May se imaginó

que debía de encontrarse incómodo al verse obligado a permitir que el gran doctor Quirke viera dónde vivía.

Ella no había coincidido con Quirke nunca, aunque había visto su foto en los periódicos. Pero su marido le había hablado tanto de él a lo largo de los años que tuvo la sensación de conocerle. Era serio y amable, incluso hizo una pequeña inclinación de cabeza cuando le estrechó la mano. Ella conocía ese tipo de personas; su propio padre era así, precavido y reservado. Hackett le había dicho que Quirke bebía, justo como su padre.

—Es muy amable de su parte, señora Hackett —dijo Quirke, manteniendo la mano de ella entre las suyas más tiempo del que la mera cortesía exigía.

—Por favor, doctor, no tiene ninguna importancia —May se puso nerviosa y hasta notó, con gran disgusto, que se estaba ruborizando un poco—. Cualquier cristiano haría lo mismo.

La joven Quirke se había quedado atrás, sonriendo vagamente y con las manos entrelazadas delante de la cintura. Era guapa de una forma severa. Se parecía algo a su padre, pero no mucho. El vestido negro con el collar de encaje le iba a la perfección. La vida no había sido fácil para ella hasta entonces —Hackett le había contado la historia de la chica— y por su aspecto no parecía que fuese a mejorar en el futuro.

May volvió los ojos hacia Lisa. ¿Quién lo hubiese pensado? La hija de Joe Costigan quedándose en su casa, tácitamente una fugitiva. Si algo podía decirse de estar casada con Hackett, era que resultaba imposible aburrirse.

Subieron las escaleras juntas, Lisa delante, sujetándose al pasamanos de la barandilla como si temiese caer, y May detrás de ella, llevándole la maleta. En la habitación, la joven se sentó en el borde de la cama, con las rodillas pegadas y las manos en el regazo, mientras sus ojos iban de un lado a otro, examinando lo que había en el cuarto. Era como una criatura que hubiesen rescatado del bosque.

—¿Te parece bien? —dijo May.

Lisa alzó la vista hacia ella e intentó sonreír.

—Sí, claro, es que estoy un poco...

—Lo sé, cariño, lo sé. Quizá te apetezca echarte y descansar un rato. Puedes deshacer la maleta luego. Te la dejo aquí, mira, a los pies de la cama. Ahí está el armario, puedes utilizar todos los cajones que necesites para tus cosas. El cuarto de baño está al otro lado del rellano —May sonrió—. Te dejo ahora para que vayas instalándote. Si necesitas algo, llámame por la escalera y subo.

Salió y cerró la puerta con cuidado. Iba por la mitad de la escalera cuando escuchó los sollozos de la chica. Dudó si debía subir, pero decidió no hacerlo.

Los otros tres, Hackett, Quirke y su hija, seguían en el cuarto de estar tal como los había dejado, de pie en un silencio embarazoso. El doctor Quirke tenía el sombrero entre las manos y Hackett miraba el suelo con expresión ausente. A May le recordó a esas situaciones cuando la gente se llama por teléfono en Navidad y todo el mundo se

siente incómodo y nadie sabe qué decir.

—¿Les apetece un té? —dijo animadamente.

La joven Quirke se ofreció a ayudar y la acompañó a la cocina. May le propuso que preparase una bandeja con las tazas y le indicó dónde estaban guardadas. Ojalá recordara su nombre, se decía. ¿Philomena? No, era algo más elegante.

Puso el hervidor de agua en el fuego. El sol entraba por la ventana que había sobre el fregadero y en la curva de las dos canillas de bronce del grifo destellaba una misma estrella luminosa.

—Tu amiga estará estupendamente aquí —dijo May.

—Sí, claro, estoy segura. Me llamo Phoebe, por cierto —sonrió—. Creo que no nos han presentado.

May se secó las manos en el delantal.

—Encantada de conocerte. Mi marido te menciona a menudo. Le tiene mucho cariño a tu padre.

—Sí, lo sé —dijo Phoebe.

Ambas se miraron sonriendo.

—Tu padre es muy duro consigo mismo, me parece —aventuró May.

Phoebe arqueó las cejas.

—¿Eso le parece?

—A mí me da esa sensación —pero ¿qué estaba diciendo? ¿Qué día tan enloquecido!—. Lo siento. No es asunto mío.

Phoebe no pareció escucharla, enfrascada en sus propios pensamientos.

—No está acostumbrado a la amabilidad —dijo, por fin—. Creo que ese es el problema. Si le resulta brusco, no le haga caso, no significa nada, es su forma de ser —se volvió hacia la bandeja de té—. ¿Dónde está el azúcar?

—Aquí, sobre la repisa.

Phoebe bajó el azucarero y se quedó inmóvil. De nuevo sonrió, abstraída.

—De hecho, acaba de enamorarse.

May sintió el rubor subirle por la garganta. ¿Qué clase de comentario era ese a alguien que acababa de conocer? Y encima sobre su padre. Hackett le había advertido que el doctor Quirke, su hija y los Griffin eran un grupo extraño, y parecía que estaba en lo cierto.

—Eso es muy... Eso es muy bonito —tartamudeó—. ¿Se ha enamorado de alguien que ha conocido hace poco?

—Sí, de mi jefa, casualmente, la doctora Evelyn Blake. Trabajo para ella en Fitzwilliam Square. Es psiquiatra. ¿No es una locura? Me explico: ¿no es una locura que mi padre se haya enamorado justo de ella? Me alegro muchísimo por él —May Hackett la contemplaba con la boca ligeramente abierta y los ojos algo vidriosos—. Me parece que está hirviendo el agua. ¿Llevo la bandeja al cuarto de estar?

May echó unas cucharadas de té en la tetera y vertió el agua. Y pensar que ella creía que Johanna de Kuyper era exótica.

De regreso en el coche patrulla, Quirke pidió que le dejaran en Ailesbury Road, Phoebe siguió hasta Fitzwilliam Square, donde estaba la consulta de la doctora Blake, y Hackett volvió a Pearse Street. Al llegar allí, el inspector se sentó ante su mesa, puso los pies encima y se hurgó los dientes con una cerilla mientras rumiaba sobre el día, largo y memorable.

Cuando atravesó la verja, Quirke vio a Rose Griffin de pie en el ventanal del amplio mirador situado a la izquierda de la puerta de entrada. Estaba fumando un cigarrillo y tenía el otro brazo cruzado sobre el torso. Lo miró impasible. El día se estaba nublando y soplaba un viento caliente que levantaba remolinos de polvo en las esquinas en sombra.

Rose le abrió la puerta.

—Mal está en su habitación —dijo, y apartó la vista—. No pienso molestarle.

—No quiero que lo hagas —la siguió al salón—. Solo he venido a informarte sobre la chica.

Rose se dirigió al mirador y permaneció allí, mirando afuera, dándole la espalda con determinación.

—No sé qué he hecho para que estés enfadada —dijo Quirke.

Ella no se dio la vuelta.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadada?

Quirke suspiró.

—No disimules, Rose, no va con tu carácter.

Ella permaneció en silencio unos instantes antes de volverse hacia él. Ya no parecía enfadada, solo agotada y abatida.

—Tómame una copa conmigo, Quirke.

Preparó dos gin-tonics. Él solo había pedido una tónica, pero Rose no le hizo caso. Le tendió el vaso y chocó el suyo contra el borde.

—Por la caballerosidad —dijo.

Atravesaron el salón con sus bebidas y se sentaron en el sofá. El día se había oscurecido y podían oír soplar el viento en la calle.

—No estoy enfadada contigo, Quirke —dijo Rose—. O sí estoy enfadada, pero no especialmente contigo. Estoy furiosa con todo y lo que sucede es que a ti te ha pillado en medio —así un hilo de la manga de su blusa—. Es una cosa rarísima. Yo le tenía cariño a Josh, pero cuando murió lo que sentí fue sobre todo alivio —echó una ojeada a Quirke y sonrió—. ¿Te choca? Debería. A mí me chocó en cierta manera. Pero con Mal, el pobre Mal, me sucede algo completamente distinto, voy a sufrir cuando no esté... Ya estoy sufriendo, imagino... —bebió un sorbo de su vaso—. Supongo que tengo que aceptar que le amo. Es gracioso, no creo que haya amado

a nadie antes. Pensé que sí, pero ahora creo que me equivocaba —se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos en la rodilla—. Durante un tiempo imaginé incluso que estaba enamorada de ti, Quirke. Fíjate, estaba celosa de cómo seguías a Sarah como un pobre sabueso enfermo de amor bajo la luna llena. Podía oírte aullar, aunque no emitieras ningún sonido.

—Nunca he sabido lo que quería, Rose. Ese ha sido siempre mi problema.

Ella asintió, despectiva.

—Pero ahora sí sabes lo que quieres.

—¿De verdad?

—Lo veo en tus ojos. Has dejado de aullar en silencio. Me alegro por ti, pero mentiría si no te dijera que me gustabas más antes —bebió un sorbo del vaso, mientras le observaba—. ¿Me vas a hablar de ella?

Él supo que se refería a Evelyn. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—Bueno, imagino que lo harás con el tiempo —se pasó la mano por el cabello—. Háblame entonces de la chica.

—Se ha quedado en casa del inspector Hackett.

—¿Qué fue lo que le pasó?

—Su padre tenía a alguien vigilándola, un tipo con el disparatado apellido Abercrombie. Él las siguió, a ella y a Phoebe, hasta Ballytubber con un par de matones, obligaron a Lisa a salir de la casa y la llevaron a la Lavandería Madre de Misericordia.

—¿Qué nombre para ese sitio! —dijo Rose—. ¿Cómo la sacaste de allí? ¿Doblegaste a golpes a una pobre monja?

—Algo así. Rose, me parece que no imaginas cómo son esos sitios que montaron el padre de Mal y tu primer marido.

—Esos dos eran un par de granujas, Garret y el viejo Josh. Se pensaban que dirigían el mundo con instrucciones directas del santo Dios que está en los cielos —había terminado su bebida y cogió el vaso que sujetaba Quirke, bebió un trago y se lo devolvió—. Lo siento, lo he manchado de carmín como siempre.

Quirke sacó la pitillera, encendió dos cigarrillos y le tendió uno a Rose. Ella lo observaba, divertida.

—Ves demasiadas películas. Crees que eres Cary Grant.

Fumaron en silencio un rato, haciéndose compañía. Algo en la tenue luz exterior contagiaba una sensación de pérdida y dulce melancolía.

—¿Qué harás? —preguntó Quirke.

—¿Quieres decir cuando Mal ya no esté? —un tordo silbaba fuera, un gorjeo líquido y cristalino—. Tal vez regrese a los Estados Unidos —Rose señaló la habitación con un amplio gesto de la mano—. De lo que estoy segura es de que voy a quitarme de encima este caserón. Para empezar, ni siquiera sé por qué lo compré. Delirios de grandeza, supongo —se rio—. Me gustaba la idea de que una chica que venía de un lugar perdido viviera entre tanto dorado —de repente, cambió de tema—.

Si no recuerdo mal, el padre de la chica, Costigan, era el recaudador de Garret.

—Entre otras cosas.

—¿Por qué la encerró? ¿Porque iba a tener un bebé?

—Por eso y porque había averiguado algunas cosas en las que él anda metido y se las contó a su novio y el novio empezó a investigar y acabó con la cabeza abierta en un coche en llamas.

Ella asintió.

—Desde luego, suena a Costigan —agarró el vaso de él, que ahora estaba vacío, lo llevó al aparador y preparó otras dos copas para ambos—. Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó por encima del hombro—. ¿Vais a meter al viejo Joe en el talego tú y ese policía amigo tuyo? Si ese es el plan, más vale que tengas todos los ases en la manga. Joe es un tipo escurridizo. Tú también podrías encontrarte dentro de un coche en llamas y con un chichón del tamaño de un huevo en la cabeza —se aproximó, le tendió su vaso y se sentó—. ¿Qué me dices de Phoebe? ¿Crees que Costigan podría ir a por ella?

—Podría.

—Debería venir aquí, de verdad, y quedarse con nosotros como sugeriste. Contrataré a algunos tipos de cuidado para que la protejan. Costigan no es el único que tiene contactos.

Quirke movió la cabeza.

—No serviría. Cuando intenté convencerla para que viniese aquí se rio y luego se enfadó. Tiene el carácter de su madre... También su tozudez.

—Está loca —dijo Rose con suavidad. Removió la bebida con el dedo índice—. ¿Qué vas a hacer entonces para protegerla?

—No lo sé.

—¿Estás preocupado? Quiero decir seriamente preocupado.

—Tú misma lo has dicho, Costigan es un tipo peligroso. Querrá recuperar a su hija.

—Pero tu policía y tú no se la vais a entregar, ¿no?

—No, no lo vamos a hacer.

Ella le miraba sonriendo; de repente se inclinó hacia él y, como hacía a menudo, le puso una mano en la mejilla.

—Eres un caso perdido, Quirke. Pareces un niño en el patio de recreo defendiendo a la chica que le gusta frente al matón del colegio.

Quirke bebió un sorbo.

—Según Costigan hay dos mundos: el de ficción, donde vive la gente como yo, y el real, donde él lleva a cabo sus negocios. Tiene razón, desde luego, pero ser realista es una gran excusa para cometer todas las fechorías que desees y luego decir que así son las cosas, que así es como son *realmente* las cosas.

—¡Bobadas! ¿Tú crees que puedes elegir cómo vivir? Mal también lo cree, o por lo menos lo creía hasta que los recientes acontecimientos le han mostrado lo

equivocado que estaba. Vamos a la deriva, Quirke. ¿Sabes esa espuma amarillenta que hay al final de las olas cuando mueren en la playa, esa cosa que parece un escupitajo de tabaco mezclado con gaseosa? Eso somos nosotros. La ola viene, la ola se va —hizo una demostración, moviendo lánguidamente una mano hacia delante y hacia atrás— y nosotros vamos con ella. Te apuesto lo que quieras a que esa espuma amarillenta también piensa que se mueve por su cuenta, igual que pensamos nosotros.

Se puso en pie y se estiró.

—Me duele la espalda, me estoy haciendo vieja —apuró el último trago, se metió un cubito de hielo en la boca y lo hizo estallar entre los dientes. Mientras masticaba, lo miró—. Solo se puede hacer una cosa con los Joe Costigan de este mundo, Quirke, y tú sabes tan bien como yo qué es. Y ahora te voy a dejar para ver cómo se encuentra mi pobre Mal. Si hay algo que odio, es ver morir a un hombre. ¿Quieres quedarte para comer conmigo cuando baje?

Quirke se puso en pie.

—Gracias, pero no.

—¿Tienes cosas que hacer?

—Sí, eso es.

Rose se aproximó a él, mirándole a la cara.

—Bésame, Quirke. ¿Lo harás por los viejos tiempos?

Lo abrazó, ambos sostenían sus vasos vacíos. Los labios de ella estaban fríos por el hielo. Rose echó hacia atrás la cabeza, sonriendo.

—Nos quisimos un poco, ¿verdad, Quirke? Dime que sí, miénteme si quieres, no me importa.

Él no dijo nada, pero volvió a besar sus labios fríos, un beso leve, después se alejó de ella, dejó el vaso vacío en la repisa de la chimenea y salió de la habitación. Rose se quedó inmóvil mirando el suelo, luego se aproximó al ventanal. Grandes gotas de lluvia habían empezado a caer.

Quirke ya estaba en las escaleras de entrada. Lo observó mientras se alejaba hacia la verja. Él no volvió la cabeza.

En el hospital se dirigió a su despacho, cerró la puerta, se sentó a su mesa, cogió el teléfono y llamó a la chica de recepción para pedirle que buscara el número de Sam Corless. Esperó mientras tamborileaba con los dedos sobre el tablero.

Cuando Corless contestó, su voz sonaba ronca y agotada. En el trasfondo se escuchaba música de baile.

—¿Tiene que soportar eso todo el día? —preguntó Quirke.

—Todo el día —asintió sombrío Corless y rompió a toser—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llamaba para ver cómo se encuentra.

Hubo un breve silencio, luego Corless tosió de nuevo.

—No, usted no me ha llamado para eso, pero estoy bien, supongo.

Con la mano libre, Quirke se las arregló para sacar un cigarrillo de la pitillera, se lo colocó en la esquina de la boca y lo encendió.

—Tengo una información que puede interesarle —dijo.

—¿Sí? ¿Qué clase de información?

—Creo saber quién mató a su hijo.

Mientras subía las escaleras hacia su piso, se sacudió con las manos las gotas de lluvia que tenía sobre las hombreras de la chaqueta. Los bajos de las perneras de su pantalón también estaban mojados y notaba los pies húmedos. Cuando llegó a la puerta vio de inmediato la madera astillada junto a la cerradura; al poner la mano, se abrió sin resistencia. Olió el humo del cigarrillo: no era el que fumaba él. No estaba sorprendido, pero aun así dudó. Resultaba interesante lo tranquilo que se encontraba, el poco miedo que sentía. Sabía que no debería estar tranquilo, sabía que debería tener miedo. Podía darse la vuelta y bajar en silencio las escaleras, podía ir a la cabina telefónica de la esquina para llamar a Hackett, y Hackett enviaría un coche patrulla o vendría en persona con Jenkins y una pareja de agentes uniformados. En lugar de eso, respiró honda y lentamente dos o tres veces y entró en su piso.

Costigan estaba de pie junto a la ventana, viendo caer la lluvia. Vestía un traje azul oscuro, los tres botones de la chaqueta estaban abrochados de manera que la parte trasera del cuello se alzaba con firmeza. Estaba fumando un cigarrillo. En el suelo, a sus pies, había ceniza. Era un hombretón corpulento —Quirke siempre olvidaba lo inmenso que era—, con una gran cabeza cuadrada, la frente despejada y una nariz como un hacha de piedra. Su cabello, abundante y engominado, estaba peinado suavemente hacia atrás. Llevaba gafas de gruesa montura de concha. No se giró al oír los pasos de Quirke a su espalda.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Dónde está quién?

Costigan dio una larga calada a su cigarrillo.

—Traje a gente conmigo. Los que necesitaba para que me abrieran la puerta. Podría haber hecho que se quedaran, podrían continuar aquí. En lugar de eso, solo estoy yo —giró la cabeza para mirarle—. No podrá decir que no soy un hombre razonable.

—No —dijo Quirke—, supongo que no puedo.

Costigan volvió el rostro hacia la ventana otra vez.

—Entonces, con ese espíritu razonable le haré de nuevo una pregunta: ¿dónde está?

Quirke sacó la pitillera del bolsillo de su chaqueta y liberó uno de los cigarrillos de la banda elástica que mantenía en su sitio la ordenada hilera de pitillos, se lo puso entre los labios y lo encendió. Se alegró de ver que no le temblaban los dedos.

—Podría decirse que está en manos de la ley.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Señor Costigan, usted no cree en realidad que yo le vaya a decir dónde está ella, ¿verdad? Para empezar, ¿qué sentido tendría que la hubiera sacado de la lavandería si se la fuese a entregar?

La lluvia susurraba en la ventana.

—Sabe que antes o después la encontraré. Deberíamos comportarnos como hombres civilizados y arreglar esto entre nosotros, aquí y ahora. ¿No cree que sería lo mejor, lo más sencillo? ¿Qué sentido tiene no evitar el escándalo, los problemas y todo lo demás?

—¿Por qué no nos sentamos? —dijo Quirke.

Costigan tenía los ojos fijos en la calle.

—Prefiero estar de pie.

—Como usted quiera. Voy a ponerme una copa, ¿le apetece una? Ah, lo había olvidado, usted no prueba el alcohol.

Tomándose su tiempo, fue a la cocina y alcanzó la botella de Jameson que estaba en el fondo de la alacena situada junto a la ventana. Mientras lo hacía, echó una ojeada a la calle. Estaba seguro de que Costigan mentía: sus hombres debían de estar en algún rincón ahí abajo, esperando una orden de su jefe para subir las escaleras con gran estrépito, llevando consigo lo que fuera que habían utilizado para forzar la puerta. Sin embargo, no consiguió ver a nadie y tampoco había ningún coche aparcado junto al bordillo.

Cogió un vaso del escurrerplatos y lo secó con un paño de cocina. Había dejado el cigarrillo en equilibrio en el borde del fregadero. ¿Por qué los cigarrillos despedían siempre una columna de humo más densa cuando se hallaban sobre una superficie fría, como la porcelana del fregadero o una estantería de mármol? El mundo estaba lleno de cosas cuya razón desconocía.

Costigan apareció en el umbral y permaneció allí con las manos en los bolsillos. Quirke se sirvió un dedo de whisky, midiéndolo con cuidado.

—Controlando el consumo, ¿no? —dijo Costigan—. ¿Ha estado de nuevo en el San Juan de la Cruz desde la última vez que nos vimos?

—No creo. ¿Cuándo nos vimos por última vez?

—Yo le veo con frecuencia.

—¿Ah, sí? —Quirke bebió un sorbo de su vaso. La crudeza del whisky le quemó placenteramente la lengua—. Yo a usted no lo veo nunca.

—No, no puede.

Quirke se dio la vuelta con el vaso en la mano.

—Así que me está vigilando, ¿no?

—Vigilo a mucha gente.

—Estoy seguro. Mire, Costigan, me ha preguntado lo que venía a preguntar y yo le he respondido. Estoy cansado.

—Lo creo, ha tenido un día agitado.

Quirke se sentó en la mesa, junto a la ventana. Costigan dudó antes de aproximarse, separar una silla y sentarse.

—¿Cómo vamos a resolver este asunto, Quirke?

—No estoy seguro de que vayamos a resolverlo. Para empezar, no sé a qué se refiere. ¿Qué solución habría?

Costigan deslizó los dedos sobre la suave superficie de plástico de la mesa.

—¿Sabe que podría demandarle por llevarse a mi hija del sitio donde vivía legalmente?

Quirke se rio.

—Adelante. Además, yo no me la llevé. Ella vino por su propia voluntad, a pesar de los denodados esfuerzos de sor como-se-llame.

—Dominic —dijo, sombrío, Costigan—. Sor Dominic, que pronto estará de camino a las misiones del Congo —calló, mientras movía la mandíbula de un lado a otro—. ¿Cómo se encuentra Malachy?

—No muy bien.

—¿Es cierto? Algo había oído. ¿Está mal?

—Sí, está mal.

—Lamento escucharlo —Costigan colocó los puños sobre la mesa—. Vamos, Quirke, ¿dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho con ella? ¿Estaba ese cabrón de Hackett con usted cuando fue a la lavandería?

Quirke bebió un pequeño sorbo de whisky, se echó hacia atrás en la silla y cruzó un tobillo sobre la rodilla. Se sentía levemente mareado; después de todo, supuso que debía de estar asustado. No obstante, aún notaba aquella extraña calma en su interior. El whisky estaba haciendo su trabajo.

—Sé lo que Corless averiguó sobre usted y sobre el asunto en que anda metido.

La luz de la ventana se reflejó en los cristales de las gafas de Costigan, que se volvieron opacas; parecía que llevara dos monedas sobre los ojos.

—No me diga. ¿Y en qué ando metido?

—Estoy al tanto del dinero que está ganando en América. Cuando Garret Griffin y Josh Crawford dirigían el tinglado no lo hacían por dinero, al menos.

—¿Dinero? ¿Qué dinero? ¿Tiene alguna idea de los gastos generales que conlleva una operación como esa?

Quirke se rio de nuevo.

—¡Los gastos generales! Por todos los santos, Costigan —dejó de reírse, se inclinó hacia delante sobre la mesa y bajó la voz hasta un susurro—. Dígame, Costigan, ¿ordenó que matasen a Leon Corless?

—¿Qué quiere decir con «matasen»? El joven cachorro estaba en una fiesta, se emborrachó y estampó su coche contra un árbol.

—No, no fue así. Estaba muerto, o por lo menos inconsciente, mucho antes de que su coche se aproximara a aquel árbol —las lentes brillantes destellaban—. ¿Qué sucedió, Costigan? ¿Fue uno de esos errores que comete tan a menudo su gente? ¿Mandó a uno de sus chicos a asustarle, a darle tal vez una pequeña paliza para advertirle que no metiese la nariz en sus negocios y no abriera la boca sobre las cosas que Lisa le había contado y sobre otras que él mismo había averiguado? Pero no salió como estaba previsto, ¿no?

Costigan se retrepó en la silla para alejarse de él y echó la cabeza hacia atrás.

—Menuda imaginación la suya, Quirke.

Quirke alzó su vaso de whisky y se sorprendió al ver que estaba vacío. ¿Podía tomarse otro? Miró su reloj. Diez minutos. Esperaría diez minutos. Aún se sentía levemente mareado. Alguien le llamaba, una voz dentro de su cabeza. Cerró los ojos un instante. Le pareció sentir un dedo sobre los labios. *Algo que no puede ser hablado*. Abrió los ojos y miró alrededor; durante un segundo no supo dónde se encontraba.

—¿Qué le ocurre? —gruñó Costigan.

—¿Cómo?

—¿También está enfermo, como Malachy? —soltó una pequeña carcajada—. Por todos los diablos, si espero lo suficiente se morirán los dos y me los habré quitado de encima.

Quirke se dirigió al fregadero, cogió la botella de whisky y llenó de nuevo el vaso. Debía resistir, no debía permitir que el mareo lo abrumara. Deseó que enmudeciera aquella voz en su cabeza. ¿A quién pertenecía aquella voz? Evelyn, sí, era la voz de Evelyn, ¿no era cierto? Sí, era ella. Ella sí le hablaría, ella sí le diría.

Regresó a la mesa. Una pregunta irrumpió en su cabeza.

—¿Dónde está la madre de Lisa, Costigan? ¿Qué piensa ella de todo esto?

—Mi mujer está muerta.

—Lo siento.

—No lo parece —Costigan estaba sudando, las gafas le habían resbalado por el puente húmedo de la nariz. Se las subió con un dedo—. Murió cuando Lisa tenía siete años. Lisa nunca lo superó, ese es su problema —alzó la vista hacia la ventana—. Usted, Quirke, sabe lo que es preocuparse de una hija, vigilarla y preocuparse por ella.

—Sí, claro que lo sé, pero nunca habría permitido que mi preocupación me llevara a meter a mi hija en la Lavandería Madre de Misericordia.

El semblante de Costigan se endureció.

—Yo sabía lo que hacía. Ella iba a tener al bastardo de ese tipo. A él no le bastaba con intentar destruir mi reputación, también tuvo que echar a perder a mi hija.

—Su reputación, su hija. Y, cuando llegase el momento, ¿habría vendido ese bebé a los americanos igual que hace con los demás?

Costigan dio tal puñetazo en la mesa que hizo saltar el vaso de whisky de Quirke.

—¡Ningún condenado hijo de comunista iba a ensuciar la reputación de mi familia! —bramó—. ¿Usted cree que yo iba a permitir que saliera a la luz que el cachorro de Sam Corless había dejado preñada a mi hija? ¿Usted cree que yo iba a permitir tal cosa? ¡Por los clavos de Cristo, no! Ningún Corless iba a destruir a Joe Costigan, puede estar seguro.

Quirke retiró el vaso de la mesa, donde Costigan tenía aún el puño cerrado, con los nudillos blancos.

—Sé que usted lo mandó matar, Costigan. Sus hombres lo siguieron aquella

noche, le hicieron parar, le golpearon en la cabeza, rociaron el coche con gasolina, le prendieron fuego y lo empujaron para que se estrellara contra un árbol y pareciese un accidente o un suicidio. Abercrombie... ¿Fue a él a quien envió? Pues si fue él, hizo una chapuza. No parecía un accidente, solo parecía lo que era. Mi segundo en el hospital advirtió de inmediato que, antes de morir, Corless se encontraba inconsciente por un golpe en la cabeza. Eso es parte de su problema: no actúa con cuidado, y la gente que contrata para hacer el trabajo sucio todavía tiene menos cuidado.

Costigan sonreía.

—Ya se lo he dicho, Quirke, vaya imaginación que tiene —encendió otro cigarrillo y expulsó el humo hacia la ventana. Durante un rato permaneció sentado, reflexionando—. Usted siempre nos decepcionó a su padre y a mí, Quirke.

—¿Qué padre?

—Qué padre, me pregunta —la sonrisa de Costigan se hizo más amplia—. Como si no lo supiera.

Quirke lo miró fijamente unos instantes antes de alzar el vaso, echar atrás la cabeza y terminar lo que quedaba del whisky. Costigan asintió, sonriendo; los cristales de sus gafas destellaban con la luz de la lluvia que entraba por la ventana.

—Eso es, tómese otra copa, quizá así consiga olvidar todo lo que prefiere no saber —se rio con desprecio y luego repitió de nuevo—: ¿Qué padre?

Quirke estaba mareado, se le iba la cabeza, pero no era por el alcohol. Algo había cedido, como el mamparo de un barco. Durante muchos años había mantenido lejos de él lo que ya sabía y se negaba a reconocer. Y ahora, de repente, mientras miraba el rostro risueño de Costigan, el muro se había roto y la verdad había emergido y, al fin, se veía obligado a admitir su verdadero origen, su verdadera identidad.

Costigan empezó a hablar de nuevo en voz baja, con tono apremiante y amenazador.

—Ahora va a escucharme, Quirke, y va a escucharme con atención. Usted tiene una hija, exactamente igual que yo. Ahora va a ir a buscar a la mía, dondequiera que la tenga escondida, y me la va a devolver. Más le vale que yo la recupere si quiere que su hija esté bien. Usted me conoce, Quirke. Sabe hasta dónde soy capaz de llegar —se echó hacia atrás, dio una calada a su cigarrillo y expulsó por la nariz dos lentas columnas de humo—. Se lo voy a preguntar por última vez: ¿dónde está?

El baqueteado Ford azul de Abercrombie apareció por la esquina de Baggot Street, entró en Herbert Place y se detuvo bajo los goterones de los árboles en el lado de la carretera que daba al canal, frente al número 12, donde Costigan les había dicho que vivía Phoebe. Era mediodía, pero debido a la lluvia parecía que estaba anocheciendo. Apagó el motor y escudriñó el exterior a través del parabrisas golpeado por la lluvia racheada.

Llevaba con él a dos hombres, dos tipos duros que ya habían trabajado para él antes y en quienes sabía que podía confiar. Uno de ellos, Hynes, alto y delgado, con el pelo cortado al rape, había salido de la cárcel de Mountjoy la semana anterior. Habría preferido no meterse en líos y permanecer al margen durante un tiempo, pero le debía a Crombie un gran favor —un tipo había estado rondando a su chica mientras él estaba encerrado y Crombie le había hecho desaparecer— y no pudo negarse a acompañarlo para aquel trabajo.

Sentado en el asiento trasero fumando un cigarrillo estaba el otro, Ross, un chaval de dieciséis años con una cara pálida y estrecha y un pico de viuda. Aunque parecía incapaz de matar una mosca, ya había tenido tiempo para lisiar a un quinquillero que vivía en un cuchitril con su madre y que había cogido la costumbre de darle una paliza a la mujer todos los sábados por la noche. Era Ross quien había ido con Abercrombie a Wicklow aquella noche para llevarse a la hija de Costigan.

—¿Qué casa es? —preguntó Hynes.

—Esa —señaló Abercrombie—, la de la puerta negra.

—¿Está ella ahí ahora?

—Esté o no esté, vamos a entrar. Si no está, la esperaremos. En algún momento tendrá que volver a casa —se giró hacia Ross—. Tú quédate aquí con los ojos bien abiertos. Nosotros estaremos pendientes desde la ventana. Cuando la veas venir, nos avisas.

—¿Cómo?

—Baja la ventanilla y mueve la mano, gilipollas.

—¿No puedo ir con vosotros? —dijo Ross, mohíno. Hablaba con un gañido nasal que a Abercrombie le ponía los pelos de punta.

—¿Por qué no me quedo yo? —propuso Hynes—. Déjale que vaya contigo, es bueno con las cerraduras —se giró hacia atrás—. ¿Verdad, chico?

Ross se limitó a mirarle. Tenía unos ojos graciosos, alzados en las esquinas como si fuese chino. Hynes siempre se quedaba con ganas de preguntarle si su madre se lo había montado con un chinaco, pero no se atrevía. Nunca había conocido a nadie como Ross; Ross no tenía miedo de nada, ningún miedo en absoluto. Era asombroso.

—Te lo acabo de decir —espetó Abercrombie a Ross—: cierra esa boca y ten los ojos abiertos, ¿de acuerdo?

Hynes salió del coche y sujetó la puerta a Abercrombie; juntos cruzaron la calle.

Abercrombie se subió el cuello de la chaqueta y se lo cerró.

—¡Qué mierda de tiempo! Llevamos semanas sufriendo un sol de justicia y justo hoy tenía que llover.

Hynes había encendido un cigarrillo, pero en lo que tardaron en llegar a la acera ya estaba empapado. Soltando un taco, lo tiró a la alcantarilla.

Ascendieron por los escalones de granito que llevaban al portal. Hynes vigiló mientras Abercrombie manipulaba la cerradura. No le dio ningún problema y a los pocos segundos estaban dentro.

Ross los vio entrar, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y se dispuso a esperar. Le enfurecía que Crombie hubiera elegido a Hynes para acompañarlo. Crombie le había enseñado una foto de la chica; le habría gustado divertirse un rato con ella antes de que se la llevaran.

Dentro del edificio, los dos hombres subieron con sigilo la escalera. Estaba silencioso, la gente que vivía en los otros pisos debía de estar trabajando. Quizá ella también estuviera en el trabajo. No importaba, esperarían.

Llegaron al rellano del segundo piso y se detuvieron ante la puerta, escuchando con atención mientras se miraban. Ningún ruido. Abercrombie asintió y se puso a trabajar con la cerradura.

El coche que venía de Mount Street no tenía ningún distintivo, pero Ross se irguió tan pronto lo vio. Circulaba despacio, las ruedas levantaban el agua de la lluvia formando pequeñas olas a ambos lados. Ross lo observó con los ojos entrecerrados. Sin perder un minuto, se coló de lado por el espacio entre los asientos delanteros y se sentó ante el volante. El cabrón de Crombie se había llevado la llave. Miró de nuevo el coche, esforzándose por ver quién estaba dentro. Había cuatro, dos delante y dos detrás. No pudo distinguir sus rostros, la lluvia caía con demasiada fuerza. El coche siguió de largo y él se relajó.

Abercrombie y Hynes ya habían entrado en el piso. Metieron la cabeza en la cocina. Nadie. Continuaron hacia el cuarto de estar y se detuvieron. Hynes se dio la vuelta de inmediato e intentó escabullirse, pero al llegar a la puerta se topó con dos policías de paisano que subían las escaleras. Abercrombie, quieto en el umbral, escuchó la refriega, a Hynes maldiciendo y, a continuación, gimiendo de dolor.

Hackett estaba sentado en un sillón junto a la chimenea, con el sombrero en el regazo. Había otros dos policías en la ventana, uno a cada lado. Hackett se puso en pie.

—Vaya, vaya, el mismísimo señor Abercrombie en persona. Pase, pase.

Abajo, en la calle, el coche con los cuatro ocupantes hizo un giro tan rápido que las ruedas chirriaron. Ross ya había salido del Ford y corría por la acera, bajo los árboles goteantes. El coche se detuvo, las cuatro puertas se abrieron de golpe y los hombres, todos con sombreros y gabardinas, salieron con dificultad. Ross los esquivó, colándose por un hueco que había en la verja, y continuó su carrera por el camino de sirga, la cabeza echada hacia atrás, los codos cortando el aire como una

sierra, las rodillas rápidas como pistones.

Y Crombie le había llamado gilipollas. Le faltaba resuello para reírse mientras corría. Oyó las voces tras él. Demasiado tarde, chicos, demasiado lentos.

Siguió corriendo.

Cuando sonó el teléfono, Quirke sonrió a Costigan. Seguían sentados a la mesa; Quirke se había puesto otro whisky. Era el tercero, pero se había servido cantidades pequeñas, el mareo había desaparecido y tenía la cabeza despejada.

Costigan lo observó con recelo, las gafas de pasta negra muy altas en la nariz. El teléfono continuó sonando.

—¿No va a contestar?

Quirke se puso en pie y fue al cuarto de estar.

Costigan permaneció sentado muy quieto, escuchando. Oyó a Quirke coger el auricular y decir una palabra o dos, pero no logró comprenderlas. Quirke regresó y se detuvo en el umbral.

—Es para usted, Costigan. El inspector Hackett quiere decirle algo.

La doctora Blake organizó una cena para unos pocos comensales. Invitó a Quirke, a su sobrino Paul Viertel y a Phoebe. La doctora vivía en una casa diminuta que había sido una antigua caballeriza, situada en un callejón detrás de Northumberland Road. La había comprado y se había mudado a ella cuando murió su esposo. Dentro, la pequeña casa poseía la atmósfera recogida de una confortable y bien equipada guarida subterránea. Acentuaba aquella sensación la impresionante tormenta de verano que llevaba días amenazando y que, por fin, había estallado sobre la ciudad aquella noche. No soplaba viento y la lluvia percutía intensa e incesantemente sobre el tejado. El retumbar de los truenos hacía vibrar los cristales de las ventanas y el vivo resplandor de los relámpagos dejaba en el aire crepitante un leve tufillo a sulfuro. Hubo varios cortes de electricidad hasta que la luz se fue de una vez por todas pasadas las nueve y el resto de la cena transcurrió al resplandor de las velas.

Por fortuna, la casa tenía cocina de gas. Comieron una sopa clara de pollo, seguida por salmón escalfado y espárragos y, de postre, helado con salsa de frambuesa. Quirke tuvo cuidado con el vino y bebió con moderación. Paul Viertel y Phoebe hablaron largo rato; a los otros dos, de mayor edad, les bastaba para sentirse bien estar sentados en silencio, mirándose de vez en cuando a través de la luz y los destellos de las llamas de las velas, intercambiando sonrisas clandestinas.

Era la primera vez que Quirke iba a la casa. El mobiliario era escaso y poseía una discreta elegancia. Evelyn coleccionaba arte primitivo y había feroces cabezas de madera y máscaras de aspecto temible sobre las mesas y en el alféizar de las ventanas o, al acecho, en los huecos entre los libros de las estanterías. En la habitación donde comieron destacaba un dibujo de Egon Schiele, sobrecogedor en su franqueza anatómica, de una joven desnuda y esquelética sentada en el suelo que, apoyada en los codos, se reclinaba hacia atrás lánguidamente, con una pierna doblada y la otra extendida con descuido. Sobre un piano de pared había numerosas fotos enmarcadas. Evelyn le mostró a Quirke una imagen diminuta de su difunto marido en un marco oval: «Aquí era joven, tú no le conocías aún», le dijo. Y le enseñó asimismo algunas instantáneas borrosas de su familia tomadas en los años treinta. También había una fotografía de su hijo, Hanno, que había muerto de niño; Quirke contempló la imagen un tanto desenfocada del crío: tenía el rostro sereno y los ojos tristes de su madre.

—Se parece a ti —dijo Quirke.

—¿Eso crees? Era un niño muy bueno.

—¿Qué le sucedió?

Evelyn alzó un dedo admonitorio.

—Sssh —dijo con suavidad—. Quizá otro día, no ahora, no esta noche.

Cuando terminaron el salmón, las dos mujeres retiraron los platos de la mesa, mientras Quirke y Paul Viertel charlaban sobre los estudios de Paul. Había elegido Inmunología como especialidad. Cuando le dieran el título, quería ir a trabajar a

África.

—Estoy convencido de que la malaria, la ceguera de los ríos e incluso la viruela pueden ser erradicadas. Lo único que se necesita es financiación y personal.

—Es un proyecto ambicioso —dijo Quirke—. No creo que viva para verlo.

—No —sonrió Paul—. Pero puede que yo sí.

Tras la cena se dividieron en parejas: Paul y Phoebe se quedaron en la mesa, enfrascados en una conversación sobre la política de la Guerra Fría —Paul era radicalmente de izquierdas—, mientras que Quirke y Evelyn se sentaron juntos en el sofá, con las tazas de café en equilibrio sobre las rodillas.

—He hecho un descubrimiento —dijo Quirke.

—Sabía que algo sucedía.

Él la miró con franqueza.

—¿A qué te refieres con algo?

—A algo trascendental.

Quirke, pensativo, asintió.

—Trascendental, supongo que esa es la palabra, sí —tomó un sorbo de su café—. He caído en la cuenta de quiénes fueron mis padres.

—¿Has caído?

—Lo he aceptado. Creo que lo sabía desde hace mucho tiempo —sonrió—: ¿No es raro cómo puedes saber algo y no saberlo al mismo tiempo?

—No es tan raro —dijo Evelyn—, les sucede a muchas personas... A países enteros. ¿Cómo ha ocurrido?

Quirke movió la cabeza con perplejo asombro.

—Fue raro —repitió—. Un hombre vino a mi piso, de hecho forzó la puerta para entrar, un hombre que conocía a mi padre. Un tipo horrible, una especie de demonio.

—Sí, suele ser el demonio quien nos susurra al oído las cosas trascendentales —Evelyn le rozó la muñeca con un dedo—. ¿Quieres contarme quiénes eran tus padres?

Hubo un instante de silencio.

—Mi padre era juez —dijo Quirke—. El juez Garret Griffin.

—Me suena el nombre.

—Era un hombre muy poderoso. Ya está muerto —volvió la cabeza hacia otro lado con el ceño fruncido—. Me adoptó, pero creo que de algún modo siempre supe que él era mi verdadero padre.

Evelyn le observaba, sus ojos parecían más oscuros y grandes que nunca.

—¿Y tu madre?

—Creo que estaba empleada en casa del juez, una criada que trabajaba para él y su mujer. Se apellidaba Moran. Dolores Moran.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—También está muerta. Asesinada. De hecho... —se inclinó de pronto hacia delante como si hubiese sentido una puñalada—. De hecho, el hombre que se presentó en mi piso, Joseph Costigan, fue el responsable de su muerte. Él y el juez

Griffin.

Evelyn puso una mano sobre la de él.

—Qué historia tan horrible.

—Sí, lo es, es horrible —dijo Quirke.

—¿Tu padre sabía que la asesinaron? ¿Fue decisión suya?

—Él me juró que había sido culpa de Costigan, que había sido culpa de los hombres que Costigan envió a la casa de ella para quitarle algo, un diario. Había otra chica, otra de las chicas del juez, que también trabajaba de criada en su casa igual que Dolly Moran. Se llamaba Christine Falls. Murió en el parto de su hijo.

—¿Ese crío también era hijo del juez?

—Sí, y Dolly Moran lo había dejado por escrito, por eso la asesinaron.

—¿Detuvieron a sus asesinos?

—No, la policía sabía quiénes eran, pero no pudo hacer nada. El juez era un hombre muy poderoso con amigos muy poderosos en la Iglesia y en el Gobierno. Era intocable. También Costigan, todos ellos eran intocables.

Phoebe y Paul Viertel discutían amigablemente sobre Israel y Palestina. Quirke los observó, sonriendo. Hacía mucho tiempo que no veía aquella luz en los ojos de Phoebe.

—Debes de estar sufriendo, ¿no? —dijo Evelyn.

—No, *sufrir* no es la palabra. Lo que siento sobre todo es alivio, o algo parecido. Y tristeza por Dolly Moran, por supuesto, y por la pobre Christine Falls.

—¿Y por ti?

Él pensó sobre ello.

—No, no siento tristeza por mí, creo que ya estoy curado de eso. Es como si hubiese estado atravesando lo que parecía una noche interminable y, de repente, el alba hubiera surgido a mi espalda. No un alba muy prometedor, pero el alba al fin y al cabo.

—¿Te iluminará el camino a partir de ahora? Tengo la impresión de que te queda mucho trabajo por hacer.

—¿Te refieres a que debería emprender una curación por la palabra? ¿Me aceptarías?

Ella se limitó a sonreír.

Más tarde, en la cocina, Evelyn le dijo:

—Creo que Phoebe está enamorándose un poco de mi Paul.

—¿Eso crees?

—Sí, desde luego —ella se hallaba junto a los fogones, preparando otra cafetera, mientras Quirke fumaba un cigarrillo apoyado en el fregadero. En el escurrer platos había una vela alta encendida—. ¿Te gusta él?

—¿Paul? Parece una persona decente.

—Decente. Mmmm. Es una buena palabra. ¿Yo te parezco decente?

Evelyn se giró hacia él y Quirke la abrazó.

—¿Sabes que yo estoy enamorándome un poco de *ti*? Más que un poco.

—Qué bien, eso me gusta.

El fuego bajo la cafetera estaba muy alto y el café empezó a rebosar de la tapa. Evelyn se alejó de Quirke para bajar el gas.

—¿Por qué no te casas conmigo? —dijo él.

Ella le miró de reojo.

—Qué gracioso eres.

—No pretendía serlo.

Evelyn cogió la cafetera y la dejó en la mesa, sobre un salvamanteles de corcho.

—Déjame que te cuente un chiste, es el único que sé, pero es tan bueno que no necesito saber ninguno más. El *schlemiel*... ¿Sabes qué es un *schlemiel*?

—Creo que sí.

—Pues el *schlemiel* está desayunando. Unta mantequilla en un lado de la tostada y sin querer la tira al suelo. Cae por la parte sin untar... Sin untar, ¿lo entiendes? *Oy vey*, dice el *schlemiel*, ¡debo de haber untado el lado que no era! —Evelyn sonrió—. Es bueno, ¿verdad? Pero no te estás riendo.

—¿Ese soy yo? ¿Yo soy el *schlemiel*?

—Un poco, algunas veces, pero no importa. Recuerda que detrás de ti está apareciendo el alba. Venga, llévame el café.

Él no se movió. Permanecieron quietos mirándose. Oían caer la lluvia en el pequeño jardín exterior. Había un murmullo de truenos en la lejanía, la tormenta empezaba a alejarse. Ninguno dijo nada. Una cinta de vapor se alzaba de la boca de la cafetera. En la otra habitación, Phoebe y Paul Viertel discutían sobre el futuro de la humanidad. Evelyn extendió una mano y Quirke la cogió. La llama de la vela vaciló y luego quedó inmóvil de nuevo, una brillante lágrima amarilla.

Cuando llegó su taxi, Quirke ofreció llevar a Phoebe, pero Paul ya le había propuesto acompañarla andando a su casa y los dos se marcharon en la satinada oscuridad. Mientras se alejaban, Evelyn permaneció con Quirke en la puerta de la casa, entre los olores húmedos de la noche. El taxi aguardaba con las ventanillas punteadas por las gotas de lluvia, del tubo de escape escapaba lentamente el humo. A Quirke le habría gustado quedarse, pero de pronto ambos se sentían cohibidos; Evelyn le besó, rozando apenas sus labios, y se separó de él para entrar en la casa. Habían acordado comer juntos al día siguiente. Hablarían entonces de todo. De todo. El taxista revolucionó el motor, impaciente.

Era medianoche cuando Quirke llegó a su piso. Sin encender las luces, permaneció junto a la ventana, fumando en la oscuridad.

Padre. Madre. Dijo las palabras en alto, poniéndolas a prueba. Cayeron de su boca con un sonido sordo.

El timbre del teléfono hizo saltar a Quirke. Era el sargento Jenkins con un

mensaje de Hackett para que acudiera a Phoenix Park.

Vio el coche patrulla detenido a un lado de la carretera y la ambulancia con las puertas traseras abiertas, proyectando una luz blanca sobre la escena. Figuras imprecisas aguardaban de pie, como si esperaran ociosamente a que algo sucediera. Salió del taxi y bajó por la verde cuesta. La hierba empapada resbalaba, el suelo aún estaba inundado y Quirke hubo de tener cuidado para no dar un traspies. Hackett estaba allí, con las manos en los bolsillos y el sombrero echado hacia la coronilla. Saludó a Quirke con un gesto de la cabeza. Ambos observaron el cuerpo de Joseph Costigan, las gafas de montura de concha con el puente roto y caídas a los lados.

—El cuello roto —Hackett se tiró del labio inferior con el pulgar y otro dedo—. Un buen trabajo, además.

El traje de Costigan estaba empapado por la lluvia y él tenía el rostro manchado de barro. Yacía de costado, con las piernas encogidas y un brazo extendido a un lado. Había una hoja en su cabello. La luz de la ambulancia brillaba en los cristales de sus gafas rotas. Tenía los ojos abiertos y también la boca, como si hubiese muerto asombrado. Aquel era el hombre que años atrás, pensó Quirke, había enviado a unos tipos para que le diesen una paliza de aviso con el propósito de que no se entrometiera en el negocio de exportar bebés a América, y que, tiempo más tarde, envió a aquellos mismos tipos para que torturaran a Dolly Moran hasta la muerte porque sabía demasiado. Costigan, el último seguidor, que había representado para Quirke toda la vileza y crueldad de esta vida, estaba ahora muerto, y Quirke no sentía nada, nada en absoluto. Se preguntó si aquella indiferencia, al igual que la admisión final de quiénes habían sido sus padres, era tal vez una señal de que «algo trascendental» había en efecto ocurrido. ¿Era posible un cambio, un cambio radical? Nunca antes lo había creído. Era como si en una puerta que había permanecido cerrada a cal y canto durante largo tiempo se hubiese abierto una rendija, permitiendo que pasara un resquicio de luz.

La corteza al pie del imponente árbol bajo el que se encontraban se veía carbonizada y las ramas superiores estaban negras y desnudas. La lluvia de la noche había acrecentado el olor fétido y acre a hierba abrasada, a gasolina y a metal quemado.

—¿Fue aquí donde mataron a Leon Corless? —preguntó Quirke, mirando la oscuridad en torno. Desde todas partes llegaba el sonido de las hojas que goteaban.

—El mismo sitio —dijo Hackett—. Curiosa coincidencia.

Los dos hombres se miraron.

—Sí, curiosa coincidencia.

El sargento Jenkins apareció con un *walkie-talkie* del tamaño de un ladrillo.

—Los forenses están de camino.

—¿Ah, sí? —dijo Hackett con desdén, apartando la vista—. Dígalos a esos

supersabuesos que me envíen el informe mañana.

Quirke y él subieron con dificultad la cuesta embarrada. En un momento dado, Hackett resbaló y tuvo que aferrar el brazo de Quirke para apoyarse y no caer. Por fin llegaron a la carretera.

—Maldita lluvia —dijo Hackett—. Las peticiones de los granjeros han sido escuchadas, en cualquier caso —miró con disgusto las perneras empapadas de su pantalón y los zapatos embarrados—. Mi mujer me va a matar —suspiró.

En la lejanía se oía aún el sordo retumbar de los truenos y de vez en cuando el horizonte se iluminaba de blanco como si en la distancia se estuviera librando una batalla.

—¿Cuándo se enteró usted? —preguntó Quirke.

—¿De lo de nuestro amigo de ahí abajo? —dijo Hackett, señalando con el pulgar hacia donde yacía lo que quedaba de Joe Costigan, desplomado a los pies del árbol carbonizado—. Una llamada anónima desde una cabina de teléfono. No hay ninguna pista, nada. Yo diría... —el policía olisqueó—. Yo diría, doctor Quirke, que se convertirá en un caso más sin resolver.

Quirke asintió, evitando mirarle.

—¿Eso cree?

—Tengo esa sensación —tanteó sus bolsillos en busca de tabaco y, tras tenderle el paquete a Quirke, cogió un pitillo. Sacó el mechero, abrió la tapa, hizo girar el pedernal con el pulgar y la mecha se prendió de inmediato—. Un objeto muy útil, el Zippo —dijo, sopesando el mechero en la palma de la mano—. Dios sabe cuánto tiempo habrá estado esta noche en la hierba bajo la lluvia y todavía funciona —se metió el mechero en el bolsillo—. ¿Puedo llevarle, doctor?

—No, gracias, le dije al taxista que esperara.

—De acuerdo. Me voy, entonces —empezó a alejarse, pero se detuvo—. ¿Ha oído hablar de la batalla del Jarama y el cerro Pingarrón? ¿No? España, ya sabe, la guerra civil. Recuérdeme otro día que se lo cuente. Sam Corless estuvo allí.

Quirke permaneció impertérrito.

—¿Estuvo allí?

—Sí. Una batalla feroz, los hombres se mataban entre sí con las manos desnudas —miró hacia atrás, estaban metiendo el cadáver de Costigan en la ambulancia—. Es terrible tener que aprender a romper un cuello —estudió el rostro impassible de Quirke—. ¿No está de acuerdo, doctor?

Quirke no dijo nada, y el policía se llevó un dedo al ala del sombrero y se alejó.

Quirke reaccionó entonces.

—Buenas noches, inspector —dijo a la brillante oscuridad, pero no le llegó ninguna respuesta.

Notas

[1] La Garda Síochána na hÉireann («Guardianes de la Paz de Irlanda»), más conocidos como Garda Síochána, Garda o Gardaí, es la institución de Policía Nacional de la República de Irlanda. <<

[2] SLAP, siglas de Socialist Left Alliance Party. Su traducción literal es «bofetada».

<<

[3] *Jolly* significa «alegre». <<

[4] «Buenos días, caballeros». «Buenas tardes, señor». <<

[5] Una libra, diecinueve chelines y once peniques y medio. El sistema monetario británico resultaba extremadamente complicado antes de 1971, fecha en que se implantó el sistema monetario decimal. Hasta entonces existían billetes de mil, quinientas, doscientas, cien, cincuenta, veinte, cinco y una libra; billetes de diez chelines (o sea, de media libra esterlina); monedas en plata de media corona (dos chelines y medio), de dos chelines, de un chelín; monedas de seis peniques, antiguas monedas en plata de tres peniques (*threepenny*), de un penique, de medio penique (*ha'penny*) y de un cuarto de penique (*farthing*). <<

[6] Antiguo palacio de los duques de Leinster y desde 1922 sede del Parlamento de Irlanda. <<